

M. *4*  
*16624*

LOS  
**COMUNEROS DE PARIS,**

HISTORIA  
DE LA  
REVOLUCION FEDERAL DE FRANCIA EN 1871,  
POR  
RAMON DE CALA,  
DIPUTADO REPUBLICANO DE LAS CONSTITUYENTES.

TOMO II.



MADRID.

Imprenta de F. Escamez, calle de San Mateo, núm. 6.  
1872.

*57*

LOS  
COMUNEROS DE PARÍS.

HISTORIA

REVOLUCION FEDERAL DE FRANCIA EN 1871

RAMON DE CALA

MADRID EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA LIBRERIA DE LA CALA

TOMO II

MADRID

1875

# LOS COMUNEROS DE PARÍS.

## PARTE SEGUNDA.

### LA COMMUNE—LA GUERRA SOCIAL.

#### CAPITULO PRIMERO.

La Asamblea ratifica los preliminares de la paz.—Intransigencia de la mayoría.  
—Su ódio y su miedo á París.—Se acuerda la traslacion á Versalles.—La  
contra-revolucion es decididamente apoyada por el gobierno y la mayoría.

Página de luto para la civilizacion y de eterno opróbio para la historia de nuestro siglo será siempre aquel dia en que los representantes del pueblo francés reconocieron como supremo derecho la voluntad omnipotente del vencedor, y dieron el carácter de ley al inicuo despojo que les imponia la espada del mas fuerte.

Despues de los adelantos del derecho público, despues de tantos años de celebrar las conquistas de la razon y del progreso, demostró de un modo patente la Europa de los conservadores su impotencia para hacer prevalecer la razon

en frente de la violencia, y vino la Francia de los partidos medios á sancionar la conquista y á acatar el terrible *vo victis* del mundo antiguo.

Nada dijo á la Asamblea reunida en Burdeos la protesta del país contra toda cesion de territorio: nada significó para el gobierno la amenazadora actitud de París, de Marsella y de Lyon. Lo que las razones de justicia y patriotismo no lograron, mal pudo alcanzarlo el clamor público de la opinion. La paz era el único medio de conservar el poder para los que, con la intriga y en momentos de terror, habian sorprendido el mandato de la representacion nacional, y, siendo para ellos los intereses materiales antes que la justicia y la honra de la pátria, desde un principio se mostraron resueltos á votar á todo trance los preliminares de paz que al implacable Bismark pluguiera establecer.

La comision parlamentaria que acompañó á los negociadores á París se presentó á la Asamblea el 1.º de Marzo y dió lectura á un informe sobre su conducta. Todo en aquel tratado lo perdía la Francia, y antes que todo el honor. Desmembramiento del territorio francés, pérdida de sus líneas de defensa, indemnizacion de guerra casi superior á la fortuna territorial del país y al numerario de Europa, saqueo de sus más ricas provincias, humillacion de su heróica capital, ocupacion militar durante años: tal era el precio que habia de costar al pueblo del 93 una paz humillante y envilecedora.

La Asamblea, al escuchar este horrible *ultimatum* de los enemigos seculares de la Francia, lejos de adoptar el carácter de austeridad solemne que esas inmensas desgracias

de las naciones inspiran, dió el mas triste espectáculo de ódios personales y rivalidades de partido, añadiendo escándalo al opróbio, desvergüenza á la pusilanimidad, y degradacion y bajeza á la agonía de la pátria.

Audacia tuvo Víctor Lefranc para aprovechar aquellos momentos de suprema angustia y decir que no podria la Francia hallar remedio fuera de las tendencias y opiniones de su partido: «Solo evitando lanzarse en brazos del cesarismo ó de nuevas revoluciones, exclama, todavía puede el país salvarse.» Las mas violentas protestas salen de todos los puntos de la Cámara. Levántase Edgardo Quinet, y su elocuencia declamatoria no retrocede ante el espantoso ridículo de afirmar, que ya con la paz ó con la guerra, la Francia tendrá siempre en sus manos el porvenir del mundo.

Un diputado por el Norte, Mr. Lambretch, prorumpe momentos despues en un apóstrofe violento contra el imperio, é inculpándole todos los desastres de la guerra, pide que el nombre de Napoleon quede expuesto eternamente en la picota de la Historia. La izquierda republicana se levanta y aplaude con frenesí durante dos minutos, sucediéndose otras dos salvas de aplausos. La derecha excita á Mr. Conti, jefe que habia sido del gabinete del hombre de Sedan, á que proteste contra tales manifestaciones. Este, habituado á las luchas parlamentarias y conociendo á los hombres que lo rodean, sube tranquilamente á la tribuna, y dirigiéndose á todas las fracciones de la Cámara, exclama: «Cuántos entre vosotros han prestado juramento al imperio?»

A estas palabras estalla una verdadera tempestad y se oyen las voces más discordantes. «¡A Tolon! ¡A Tolon! ¡Al

presidio! gritan muchos. En vano se esfuerzan algunos por apartar la discusion de cuestiones dinásticas. Mr. Conti permanece en la tribuna ostentando con cinica audacia su impunidad triunfante. El tumulto crece por momentos: la voz del antiguo ministro bonapartista es ahogada por las exclamaciones de los diputados: la escena se prolonga mas de tres cuartos de hora. Al fin baja Conti lentamente la escalera de la tribuna, y al retirarse á su asiento cambia con Mr. Thiers palabras agresivas que provocan nueva agitacion y turbulencia. Los representantes se cubren y la sesion se suspende. Ni la tregua dada á las pasiones consigue calmar los ánimos: al reanudarse la sesion propone el representante de Calvados una órden del dia en la que se proclama la destitucion de Napoleon III y su familia, y declara al imperio responsable de la ruina, de la invasion y del desmembramiento de la Francia. Otro diputado bonapartista se lanza entonces á la tribuna, y en medio de los clamores de la Asamblea no vacila en emprender la defensa del imperio en presencia de la Francia por tan horrible gobierno asesinado. El desórden vuelve á reproducirse con nuevo furor. Thiers toma entonces la palabra y hace prodigiosos esfuerzos de equilibrio á fin de contentarlos á todos, impidiendo, por último, que la destitucion se vote. La presencia de Víctor Hugo en la tribuna vuelve la serenidad y la calma á los espíritus, y pone fin á aquel vergonzoso espectáculo que causara vergüenza á los mismos griegos del Imperio Bizantino.

Entonces la voz del pueblo, la voz de la razon y del derecho, hizo oír los consejos del patriotismo, los fervientes

votos del país y la protesta enérgica de la democracia contra la violencia y la conquista. «París, dijo Víctor Hugo, nos ha dado un mandato que se une á sus peligros y se une á su gloria; es el votar contra la desmembracion de la patria. París ha aceptado la mutilacion para sí, no la quiere para la Francia. París se resigna á sus desgracias, no á nuestra deshonor.....»

»La conquista es una rapiña nada más. Es un hecho, y el derecho no emana de los hechos. La Lorena y la Alsacia quieren ser Francia, y son Francia á pesar de todo..... Se ha dicho: nosotros sufrimos las consecuencias de la situacion. Resignémonos. La falta ha sido nuestra: Prusia está en su derecho. Pero yo os digo que la fuerza no tiene derecho.»

Con no menos vigor, pero con mas profundo sentido político, contesta Luis Blanc á los republicanos templados que por medio de Mr. Vacherot declaran, que votan la paz por considerarla necesaria. «Hay un punto, dijo el ilustre escritor socialista, que no es permitido poner en litigio: la separacion de Alsacia y de Lorena. Que quedemos separados de ellas, si no podemos echar abajo la barrera que nos separa, nos resignaremos mientras dure esta imposibilidad. Pero el desprecio de sus afecciones y de la nuestra, el legalizar con nuestra mano esta separacion, ¡nunca! ¡nunca!»

«Ante todo, añade mas adelante, es preciso examinar si un nuevo sistema de defensa nacional no daria los medios de desconcertar á esos matemáticos de carnicerías.» Violentos murmullos de la derecha interrumpen al decir esto al diputado parisiense: la mayoría no transige ni con la mas ligera

idea de independencia. Luis Blanc arrostra la oposicion de los partidarios de la paz á todo trance, y prosigue desarrollando con energía su pensamiento. «Lo que yo os hago presente, dice, es que el enemigo no ocupa mas que la tercera parte del territorio, que las dos terceras que nos quedan contienen dos millones de hectáreas y 25 millones de poblacion; y lo que la invasion tiene á su servicio son 7 á 800.000 hombres cansados, atacados de nostalgia, deseosos de reposo, y la mayor parte tienen que ocupar los fuertes. (Se renuevan los murmullos.)

«Tenemos por refugio, por proteccion, las montañas, el Océano, el Mediterráneo, una escuadra. (Grandes interrupciones.)

«No; un pueblo que no quiere ser conquistado, no puede serlo. Si esta voluntad no existe en todos, es, pues, imposible el crearla. Yo aseguro que si la Asamblea dijera: ¡No; la Francia no ha llegado á ser incapaz de defender su honor! haria despertar en el país el sentimiento del patriotismo. Negarlo seria desconocer el génio impresionable de la Francia. ¿Qué es preciso hacer para reanimarla? La fé, esta fé patriótica en sus jefes, que, en tiempo de Juana de Arco, salvó la Francia monárquica, y bajo la Convencion, salvó la Francia republicana.

«En una y en otra época, la Francia habia sido declarada muerta por el mundo entero; pero nuestros padres creyeron en la patria, y la salvaron, porque la juzgaron invencible.

«Declaremos á la Europa que arrancar la cualidad de francés á los franceses supera nuestro derecho; que hecha esta reserva, apelamos en todo lo demás á sus intereses y á

su conciencia. Y si la Prusia rehusa; si la Europa consiente, entonces la Europa habria pronunciado su propia abdicacion, y la Prusia seria maldita por habernos obligado á la guerra individual, en la cual tendríamos de nuestra parte la fuerza de la desesperacion, que dan el sentimiento del derecho, el sacrificio á la pátria y las simpatias del mundo.»

Incontrovertibles eran estas razones: incontestables tales argumentos. ¿Qué podian oponer á ellos el gobierno y la mayoría? La fuerza numérica de los votos: la apariencia legal, máscara hipócrita las mas veces de la iniquidad y de la injusticia.

Thiers, por toda respuesta, subió á la tribuna, y con lágrimas en los ojos dijo, que rogaba á la Cámara por bien del país, que no le obligasen á decir por qué queria la paz y por qué era imposible de todo punto el no aceptarla. La emocion embarga entonces su voz y se vé imposibilitado de continuar. Repuesto, despues de varios discursos de otros diputados, y haciendo protestas de patriotismo y de que espera mucho en el porvenir, cierra el debate. La Asamblea acuerda al fin, por 546 votos contra 107, ratificar los preliminares de paz suscritos en Versalles el 26 de Febrero.

Estas bases para el arreglo de la paz definitiva establecian entre otras condiciones vejatorias, los dos siguientes artículos, padron de ignominia para los insensatos autores de la guerra y para la Asamblea, que prefirió firmándolas sostener una horrible guerra fratricida antes que pelear con denuedo por la pátria independencia:

«Artículo 1.º La Francia renuncia en favor del imperio

aleman á todos sus derechos y títulos sobre los territorios situados en el Este de la frontera, que son los que á continuación se expresan; (Aquí una larga demarcacion geográfica.) Las cuatro quintas partes de la Lorena quedan en poder de la Francia; en Alsacia conservará á Belfort. En la Lorena perderá á Metz.

»El imperio aleman poseerá estos territorios, en perpetuidad, con toda soberanía y propiedad.

»Art. 2.º La Francia pagará á S. M. el emperador de Alemania la suma de cinco mil millones de francos.

»El pago, á lo menos de mil millones de francos, tendrá lugar en el corriente año de 1871, y el de todo el resto de la deuda en un espacio de tres años, á contar desde la ratificación del presente artículo.»

Imposible parece que haya habido un francés capaz de estampar su firma al pié de un tratado semejante, y aún más imposible explicar cómo al autorizar de tal suerte la mayoría la expoliacion y la conquista no comprendió que al herir con esto los sentimientos nacionales preparaba á su pátria mayores desastres y horrores de los que pudieran nacer de una guerra en defensa de la independendencia del país.

Asamblea de ciegos y de sordos, ha llamado un cronista de estos acontecimientos, á los representantes congregados en Burdeos, y sordos y ciegos, con efecto, debieron es-

tar los hombres que impassibles ante el movimiento de la opinion y las manifestaciones del pueblo solo supieron inspirarse en sus egoistas pasiones y aconsejarse de la más feroz intransigencia. Diríase al examinar su conducta que tuvieron la misión provincial de hacer surgir el conflicto y desencadenar al fin la tempestad por ellos mismos provocada. Cada sesión ofrecía el espectáculo deplorable de un tumulto: cada acuerdo del gobierno suscitaba manifestaciones progresivamente reaccionarias de la derecha de la Cámara.

Las palabras república y revolución no se pronunciaban sin que estallaran protestas y coléricos murmullos por parte de la mayoría: el mismo Thiers vióse obligado á combatir el espíritu ultra-reaccionario de aquellos diputados que empezaron á ser conocidos con el nombre de *rurales*. La voz de los representantes de la izquierda era con frecuencia ahogada por los gritos y clamores de la derecha: hasta Victor Hugo, gloria de la Francia, tuvo que abandonar la representación nacional, levantando esta protesta: «La Asamblea rehusó escuchar á Garibaldi, hoy rehúso oírme: por lo tanto presento mi dimisión.»

Dada esta actitud de la Asamblea, es fácil comprender la aversión y terrible encono que abrigaba hacia París, centro y baluarte que siempre había sido de la revolución europea. En cinco meses de República había conquistado aquella gran ciudad mas honores de los que había perdido

en los diez y nueve años de imperio. Bajo el amparo de la bandera republicana y á los mágicos acentos de la marselesa, trescientos mil padres de familia improvisaron un ejército, fundieron cañones, socavaron minas, multiplicaron fortalezas y guardaron las murallas teniendo en jaque á enormes masas de soldados que venían de arrollar las mas aguerridas legiones del mundo. Y tamañas poezas y tan señaladas heroicidades, habíalas llevado á cabo el pueblo parisiense en medio de los mas horribles sufrimientos y privaciones, sin pan, sin leña, sin gás, sin carbon, con un invierno espantoso en que el termómetro bajó á quince grados, y entre el tífus y las epidemias, entre la metralla y el bombardeo. Con razón podia decir Victor Hugo al presentarse á los *rurales* de Burdeos: «París está enclavado en la cruz y sangrados sus cuatro miembros.»

Esta gloriosa epopeya fué el proceso en que la Asamblea fundó su sentencia para descapitalizar á París. Los diputados habian recibido el mandato de la admiracion de Francia hácia la ciudad-héroe, pero sus intereses de mesócratas les habian impuesto un mandato imperativo de ódio y de rencor inextinguible hácia el pueblo de las revoluciones.

La actitud belicosa de los parisienses, su veto á la cesion de dos provincias, y el armamento, por último, de los arrabales acabaron de encender las pasiones de la mayoría contra París: que nada hay que aumente tanto el aborrecimiento y la enemiga como la cobardía y el miedo.

Decidido el gobierno á trasladarse á París pidió que la Asamblea abandonara á Burdeos. Un clamor general se levantó contra la idea de ir á establecerse á París. Orleans,

Versalles, Poitiers, Fontainebleau, cualquier punto parecia preferible al natural asiento de los congresos y de los gobiernos franceses. La parte de la mayoría que transigia con la traslacion á París no se resignaba á ello sin que antes se le garantizara el que iria la Asamblea precedida de un tren de batir, y no se hablaba sino de arrasar con bombas de petróleo ó con el fuego griego si era preciso á los rojos de los arrabales. Casi todos los demás pedian abiertamente la descapitalizacion, protestando que era preciso descentralizar, como si la descentralizacion consistiera en variar de centro. No comprendian que abandonar á París en aquellas circunstancias era abdicar, y antes que arrostrar de frente los peligros dieron al mundo el espectáculo de una Asamblea tras-humante y fugitiva en su misma pátria buscando un asilo y un refugio contra los elementos más vitales del país.

— Cuando se tiene, dice Maquiavelo, que gobernar un pueblo, cuyas disposiciones interiores son terribles uno de los grandes medios y más seguro es vivir en él. Presentes, se ven nacer los desórdenes, y pueden remediarse inmediatamente. Ausentes, no se conocen sino cuando toman grandes proporciones y entonces no pueden remediarse. Esto lo sabia la Asamblea. Su propio interés así como su dignidad y decoro le imponia el deber de establecerse en París: la passion sin embargo, triunfó.

La exaltacion del encono contra París solo pudo medirse más tarde con los horrores de la guerra civil. El baron Schop dió testimonio algun tiempo despues de haber oido el siguiente diálogo que da idea de esta animadversacion fratricida:

—Vosotros no podeis abandonar á París, dijo un diputado de la izquierda á uno de la mayoría.

—¿Por qué lo decís? respondió este. Que París hierva en su concha, que se le intercepten los víveres, que se le sitie otra vez, y no tendrá más que lo que ha merecido.

—Pero ¿vosotros no pensais ni en las mujeres, ni en los niños, ni en los ancianos, ni en tantos ciudadanos como suspiran por el restablecimiento del órden?

—Tanto peor para ellos, ¿por qué habitan en París?

Al fin, puesta sobre el tapete la cuestion, decidió la Asamblea por 427 votos contra 154 la traslacion á Versalles, significando con este acuerdo, despues de las declaraciones de la diputacion de París, que no vacilaba en aceptar la responsabilidad inmensa de una guerra civil. Público y notorio era que la consecuencia de tal resolucion seria inmediatamente el provocar un alzamiento del pueblo parisiense, mas terrible y formidable entonces, porque no solo estaba acostumbrado á las batallas, sino porque contaba con cañones, ametralladoras y grandes armamentos. Y no pueden los defensores de la Asamblea, si es que hay algunos, aducir en disculpa de esta que jamás alcanzó á preveer los seguros peligros del porvenir, porque el discurso que pronunció Luis Blanc en los debates que precedieron al acuerdo les puso de relieve con una exactitud matemática los sucesos que se preparaban y que no podian menos de sobrevenir. Véanse sus palabras, y en estas revelaciones de la experiencia del

revolucionario, hechas una semana antes de la insurreccion, se hallaran la justificacion y la clave del movimiento de 18 de Marzo:

«Hay, dijo aquel, un partido que, con una conviccion profunda, enérgica, deplorablemente enérgica, segun mi opinion, quiere desarmar lo que él llama la revolucion, para trasportar fuera de París el asiento del gobierno. (*Movimientos diversos.*)»

»¡Conciudadanos! ¡Pensadlo bien! ¡No toqueis, os lo suplico, á la unidad nacional! ¡No toqueis al pueblo sagrado! No pongais en tela de juicio á París, que el mismo conde de Chambord llamaba últimamente «su buena villa de París, la ciudad de sus antepasados.»

»¿Creeis que París bajaria la cabeza sin murmurar, bajo esta declaracion de indignidad política? Es un error de tal modo funesto, tan fecundo en desastres, que yo tiemblo sólo de pensarlo. Despojad á París de su papel de capital, seria unir todo en París, ricos, pobres, niños y viejos por un sentimiento de cólera; y de cólera terrible quizás. Seria obligar á París á darse un gobierno para él, contra el cual la Asamblea, ó bien no podria nada, ó si algo pudiera seria al precio de los más crueles desastres. Seria realizar con manos francesas el desmembramiento de nuestra Francia querida, que manos enemigas han comenzado, y, de los desastres de una guerra extranjera, hacer salir una guerra civil más terrible todavía.»

Tales hombres y tal conducta, no pudieron menos de inspirar un profundo desprecio al país y causar á la Asamblea un desprestigio sin igual. No eran solo los amigos de la

revolucion los que se colocaban en frente de aquel cuerpo heterogéneo y perturbador, el mismo gobierno y los mas moderados liberales se burlaban en primer término de las pretensiones ridiculas y de los desahogos tempestuosos en que la Cámara ponía de relieve su pequenez y su impotencia. Un hombre tan enemigo de la revolucion como Ernesto Picard, ministro á la sazón, decia entonces que, con aquella Asamblea, *soberano abigarrado*, nada era posible hacer, y que el país no podía obstinarse en apoyar á unos diputados que tan indignamente lo representaban. Los ministros se creían revestidos de autoridad propia, y trataban á los representantes que pronto cambiaron el nombre de *rurales* por el *pacíficos*, con el mas profundo desden. Solo los adulaban cuando de ellos querían obtener concesiones y legitimar con el voto de la Asamblea sus acuerdos y medidas. Del gobierno partió, pues, el movimiento reaccionario que levantó sobre la democracia una espada de Damocles al establecer todos los precedentes y las bases todas de una restauracion monárquica. Una ojeada sobre las disposiciones del gobierno basta para comprender, que, sin una resistencia armada por parte del pueblo, la obra de la contra revolucion no tardaría en estar consumada, y la situacion no sería mas liberal que la derrocada en Julio de 1848. Cuatro de los jefes de la revolucion habian sido condenados á muerte por los consejos de guerra; Vinoy, cómplice del 2 de Diciembre y ametrallador del pueblo por cuenta del imperio, estaba de gobernador en París, y el general Valentin, genedarme de Napoleon, habia sido nombrado prefecto de policia; los orleanistas de primera fila ocupaban los puestos mas ele-

vados y que mayor confianza exigen; los periódicos republicanos eran recojidos y suprimidos; el derecho de reunion veíase violado, pues cerrados los clubs se hallaban y se impedía por las autoridades la reunion de las secciones de la *Internacional*; y la Asamblea, por último, que solo elegida para decidir de la paz y de la guerra no podía legítimamente resolver en cuestiones constituyentes, hizo pública, merced á la estudiada debilidad de Thiers, su determinacion de no disolverse sin establecer antes el sistema de gobierno que hubiera de regir definitivamente á la Francia.

En la última sesion celebrada en Burdeos, estuvo á punto presentarse una proposicion declarando que las Córtes quedarían reunidas hasta que se constituyera el país dándole la forma de gobierno que mas le conviniera, lo cual, dadas las tendencias de la derecha, era un explícito voto en favor de una nueva monarquía. La intervencion de Thiers, quien agotó todo su tesoro de vergonzosos equilibrios, solo consiguió aplazar esta cuestion; pero dejando en pié y mas amenazadores que nunca contra la libertad y la democracia los peligros de una restauracion borbónica ú orleanista.

Es digno de notar el pasaje del discurso que con este motivo pronunció el célebre jefe del poder ejecutivo, si se quiere bien juzgar de la firmeza de las convicciones de este hombre y de la confianza que podían inspirar á la nacion su gobierno y su mayoría. «Por un acto de cordura, dijo Thiers, os habeis dicho: no seremos constituyentes.» Grandes aplausos estallaron en la izquierda y gritos de reprobacion y de protesta se levantaron de los bancos de la mayoría, en cuyo honor continuó el antiguo ministro de Luis Felipe cam-

biando por completo de tono y de tendencia: «No quiero decir, añadió, que hayais renunciado á vuestros poderes, sino que los reservais»—(Vivos aplausos en la derecha: ¡sí! ¡sí!.)

«Conservando la estension de vuestros poderes, os habeis dicho que no era urgente constituir, pero sí era urgente reconstituir.»

Argucias y equívocos: estas eran las únicas prendas que se daban al pueblo de París para que entregara las armas á los hombres que tales propósitos manifestaban y que no veian otro obstáculo en su camino reaccionario que los cañones de Montmartre y los batallones de Belleville y de la Vilette.

## CAPÍTULO II.

Entrada de los prusianos en París.—La cuestion de los cañones.—Intenta Vinoy un golpe de mano contra Montmartre.—Resistencia de la guardia nacional.—La insurreccion triunfa.

Las manifestaciones patrióticas se sucedian diariamente en París en los últimos dias de Febrero, para levantar el espíritu público contra toda paz vergonzosa y protestar contra todo proyecto enemigo de la República y de la Revolucion. Acudia con frecuencia el pueblo en estas ocasiones á los cuarteles, invocando el patriotismo de los soldados para que se unieran á las masas, y mas de una vez numerosos grupos del ejército acompañaron en estas manifestaciones á la guardia nacional, que marchaba siempre precedida de la bandera roja cubierta con un negro crespon en señal del luto de la patria.

Llegó el dia 1.º de Marzo en que los prusianos debian hacer su entrada en París, y en los mismos instantes en que la Asamblea daba en Burdeos el más repugnante espectáculo de las pasiones y de las miserias de los partidos,

ofreció París un ejemplo solemne y majestuoso de su grandeza en la desgracia. Habíase estipulado por los negociadores de la paz, que solo conservarían los franceses á Belfort á costa de la última humillacion de París, al sufrir la presencia ultrajante del ejército triunfador. La actitud del pueblo fué tal en estos momentos supremos, que los mismos prusianos se sintieron dominados por aquel París que, postro y caído, tan grande se les mostraba. Un silencio sepulcral reinó en todo el día en la poblacion: los teatros, los cafés y las tiendas estuvieron cerrados; todo el mundo permaneció en sus hogares llorando los desastres de la pátria: parecia que la vida se habia interrumpido en aquel inmenso centro de actividad, de movimiento y de febril agitacion. Al día siguiente abandonaron los alemanes la capital: envueltos en las sombras de la noche entraron en París, y en medio de las tinieblas de la noche desaparecieron tambien como vision aterradora de una conciencia culpable.

Era esta la tercera vez que el extranjero hollaba con su planta la ciudad sagrada de la civilizacion, y afrentaban con sus alardes de triunfo á la nacion que habia hecho retroceder ante sus legiones republicanas toda la Europa de los reyes y de los aristócratas. ¿Quién habia abierto las puertas de la pátria al enemigo? ¿Quién habia entregado ejércitos, fortalezas y ciudades á las hordas del moderno Atila? ¿Quién habia malogrado los imponderables sacrificios y el heroísmo sin límites de la defensa de París?

Desde 1789 una clase social tenia vinculado en sus manos el poder. En poco menos de un siglo, y despues de innumerables revoluciones, motines, trastornos y guerras, des-

pues de haber arruinado el tesoro público y empeorado cada día más la triste condicion de las clases obreras, recompensaba la ciega obediencia y abyecta sumision de la Francia, con la inmensa vergüenza de que acamparan los prusianos en los Campos Elíseos.

Un grito de furor salió de las entrañas del pueblo, al sentir sobre la garganta el pié del extranjero: «El culpable, dijo Julio Vallés desde las columnas del Cri-du Pemple, se llama clase media; ¡y no ha muerto todavía, pero vá á morir!»

Desde que los prusianos salieron de París la cuestion de los cañones que habia rescatado la guardia nacional empezó á ser la eterna preocupacion y la pesadilla del gobierno. Era á todas luces evidente que la Asamblea no podia legislar y ejercer la soberanía á que aspiraba, mientras el pueblo tuviera tan formidables recursos para hacer respetar su *veto* á las usurpaciones y demasias del poder. Todos los dias afluián sobre París nuevas fuerzas del ejército, pero no por eso aminoraba el terror del gobierno ni se alarmaban los defensores de los arrabales, segun eran de excelentes su armamento y medios de defensa. Segun una estadística fidedigna de que he podido hacerme, las piezas de artillería que estaban á mediados de Marzo en manos de la guardia nacional eran las siguientes:

En Buttes-Chaumont: 22 piezas de á doce, modelo antiguo: 24 de á siete, nuevo modelo; tres piezas de á diez y

seis, modelo antiguo; una pieza de á veinte y cuatro, corta; dos obuses: en todo, 52 piezas.

En Buttes-Montmartre: 91 piezas, nuevo modelo; 76 ametralladoras y cuatro piezas de á doce; en todo, 171.

Salon de la Marsellesa: 31 piezas, modelo antiguo.

En la Chapelle: 12 piezas, modelo nuevo; ocho ametralladoras; en todo, 43 bocas de fuego.

En Clichy: ocho piezas y dos ametralladoras.

En Belleville: 16 ametralladoras y seis piezas transformadas.

En Menilmontant: 22 ametralladoras; ocho piezas de á doce y seis transformadas: total, 42.

En la plaza de los Vosgos: 12 ametralladoras; seis piezas de á doce; 12 piezas, nuevo modelo; total, 30.

Total general de piezas, 417.

Estas solas cifras bastan á desmentir cuanto se ha dicho de que la insurreccion, que más tarde estalló, venía preparándose con una conspiracion lenta y laboriosa desde principios del sitio. A ser esto verdad, dueño fué el pueblo de París de sus destinos, y fuerzas tuvo para cumplir su voluntad, desde que salvó de caer en manos de los alemanes todo aquel arsenal de máquinas de guerra.

La conservacion de los cañones nó representaba más que una actitud de expectacion defensiva, que no podia estar más justificada en vista del furor reaccionario de los *rurales*.

Por otra parte la guardia nacional consideraba como suyos aquellos cañones que se habian fabricado á su costa y que sólo en concepto de ser propiedad de la milicia ciudada-

dana se habían librado en el tratado de armisticio y capitulación de París, de ser entregados á los alemanes. Y si como estos títulos no fueran bastantes, en aquellos últimos días el gobierno, que tantas pruebas de incuria y negligencia había dado en la entrega de los fuertes, los abandonó en los parages donde los prusianos habían de penetrar, y solo la actividad y el entusiasmo de las masas logró poner á salvo las baterías que tanto hicieron en la defensa de la ciudad. ¿Qué garantías ofrecía el gobierno para que se le entregara despues aquel armamento? ¿No era probable y casi seguro que se exigian aquellos cañones para emplearlos en favor de la monarquía ó de una dictadura hipócrita y corruptora, y ametrallar con ellos á sus mismos dueños y defensores?

En tal situación, si de algo pecó el partido revolucionario fué sin duda de descuido é imprevision. Una organizacion vigorosa y una línea de conducta bien trazada hubiera aunado los esfuerzos de todos, y completado más tarde la victoria cuando al fin estalló el conflicto. Preciso es confesar en honor de la imparcialidad, que no solo los hombres de accion hicieron muy poco en todo el tiempo que precedió al 15 de Marzo, cuando tan evidente eran las pavorosas contingencias de futuros conflictos, sino que los mismos defensores de las piezas de artillería mostraron tan poca diligencia y celo en su guardia y custodia, que hubo dias en que estuvieron casi abandonadas, y momentos en que un golpe de mano hábilmente combinado pudo arrebatárselas impunemente.

A medida, sin embargo, que la Asamblea se precipitaba

más y más en el abismo de la reacción tomaban secretamente una actitud más enérgica y decidida los amigos de la revolución, y adquiría una importancia mayor una junta directiva de los delegados de 215 batallones de la guardia nacional que era conocida con el nombre de comité central y que tan altos destinos estuvo llamada á cumplir.

Dato importantísimo y digno de hacerlo constar, como muestra de que en París reinaban la paz y la tranquilidad más completa, sin que por nadie se abrigara recelos contra las masas que habían reivindicado sus cañones; es el hecho de que la Bolsa estuvo constantemente en alza hasta el instante en que el gobierno se decidió á romper las hostilidades y á atacar á quien no le combatía. Desde el día 14 al 17, es decir, momentos antes de la explosión, la renta experimentó el alza de un franco, cosa sorprendente en un mercado como el de París.

\*\*\*

Pero el gobierno estaba decidido á jugar el todo por el todo y alentado por la pasividad que manifestaban los *rojos* de los arrabales determinó apoderarse de los cañones á todo trance, bien fuese por medio conciliador ó pacífico, ó dando la batalla á todos los elementos que fuesen obstáculo de sus planes. Con tal objeto el día 17 un destacamento de artillería se presentó con carros y caballos de tiro en la plaza de los Vosgos para trasladar las piezas á los cuarteles del Estado. La alarma cundió inmediatamente en todo el barrio y la guardia nacional se opuso tenazmente á la espoliación de sus cañones.

Los artilleros, cuya consigna no habia previsto esta demostracion dudaron, é hicieron alto esperando nuevas órdenes. Al poco tiempo un fuerte destacamento de la guardia llamada republicana acudió á reforzarlos. El jefe de la pequeña columna parlamentó con los nacionales y pidió que se abrieran las verjas del cuartel. El capitán de la guardia nacional contestó con una enérgica negativa, declarando que solo por medio de la fuerza podrian arrebatarle los cañones, y que en este caso, dijo, echaría á la tropa toda la responsabilidad de la sangre derramada.

El comandante del destacamento de la guardia republicana no creyó de su deber el insistir, y se retiró seguido de los artilleros, dejando á sus espaldas la alarma y la agitacion en toda la ciudad; pues no bien se estendió la noticia, cuando todos se apresuraban á armarse, y á apercibirse á la resistencia contra aquellas medidas que anunciaban el desarme general de las fuerzas populares.

Una proclama firmada por Thiers anunció á los habitantes de París que *el gobierno estaba decidido á obrar, que los cañones arrebatados al Estado iban á ser devueltos á los arsenales, y que los culpables serian entregados á los tribunales de justicia.*

Terrible fué la conmocion de la ciudad ante este cartel de desafio, hecho por un gobierno sin poder ni prestigio á un pueblo indignado y valiente.

Una numerosísima reunion de la guardia nacional congregada en Vauxhall designó una comision de cuarenta miembros para reemplazar al comité provisional, y se concedieron al comité central plenos poderes para dirigir la resistencia.

Las campanas tocaron á rebato toda la noche, y el clamor de las cornetas y de los tambores tuvo á la ciudad en un cruel insomnio, esperando la accion. Dos horas antes del amanecer del 18, las tropas del ejército de París recibieron orden de ir á ocupar las posiciones que le habian sido designadas.

Dejo á un testigo ocular hacer la reseña hora por hora de esta jornada, antes de ocuparme del conjunto, á fin de que mis lectores puedan seguir paso á paso los incidentes y progresos de la insurreccion:

«El ejército llegó hácia las tres de la madrugada á los alrededores de Montmartre para ocupar las piezas establecidas en la altura. A las tres y media se empezó la operacion; habia un batallon del 17 de cazadores y otro del 122 de línea del ejército de Faidherbe, acompañados de unos cien guardias de paz. Los boulevares exteriores se hallaban ocupados por los regimientos 137 y 88 de línea. El cuartel general se hallaba establecido en la plaza Pigalle.

Ametralladoras puestas en batería en la calle de Houdon, calle de Durantin, calle de los Mártires y calle de Virginia. Piezas de á 4 se colocaron en la calle de Pigalle y en el pasaje de Bellas Artes.

A las cinco, un regimiento del ejército de Faidherbe, el 88 de línea, que acababa de llegar á París, se presenta en los alrededores de Montmartre.

En el momento que las columnas del 88 operan su union sobre la altura, solamente 25 ó 30 guardias nacionales la ocupan. Sorprendidos por este brusco ataque, fueron desarmados sin resistencia y no tuvieron tiempo de dar la alarma

por medio de la señal convenida, que consistía en tres cañonazos disparados sucesivamente.

Desde este momento las alturas fueron militarmente ocupadas, y todos se disponían para llevar los cañones al centro de París.

(Seis y media.) Sin embargo, llegan algunos guardias nacionales de Montmartre en mayor número, pero no para que pudieran tomar la ofensiva y apoderarse de los cañones; á pesar de esto hicieron algunos disparos á quema-ropa sobre la tropa; esta no contestó. Una bala rechazó contra la puerta del núm. 28 de la calle Muller, é hirió en el muslo al hijo del portero de la casa. Igualmente fué herida en el brazo una mujer que salía de la taberna.

(Ocho de la mañana.) Se vé poca guardia nacional. Bajan hácia la calzada de Clignancourt. Un numeroso grupo de guardias nacionales y de soldados llegan llevando los fusiles con la culata hácia arriba. La columna se paró en la esquina del boulevard Rochechouart. Una muchedumbre considerable intercepta el paso. De la multitud sale un grito; nos aproximamos, es un teniente coronel que el pueblo hizo prisionero. Algunos gritaron: ¡matadlo! La mayor parte de las personas que allí se encontraban protestaron contra todo acto violento. El coronel habia dado la orden de cargar contra las masas. El pueblo es cada vez más numeroso. La columna nos arrastra y me encuentro en la plaza Pigalle.

(A las nueve.) El general Vinoy á caballo estaba á las nueve en la plaza Pigalle. Es acogido con gritos, silbidos y pedradas.

Una docena de cañones se cogieron en la altura, los artilleros enganchan los caballos y se dirigen hácia el centro de París por la calle Lepic. Pero en el recodo, formado por la unión de esta calle con la de Abesses, una multitud considerable se opone al paso de las piezas, y los artilleros, para no causar desgracias, se paran. Hombres, mujeres, muchachos agarran las bridas de los caballos y quieren hacerles retroceder.

Un momento despues, un piquete de infantería, compuesto de unos sesenta hombres, llega para proteger á los artilleros.

Mientras tanto, á eso de las nueve y diez minutos llegan tambor batiente y en columnas cerradas los batallones de Belleville á prestar apoyo á los de Montmartre.

Entonces, sin duda por la disposicion de la tropa de línea, ó mejor dicho de la masa compacta de los batallones de Belleville, aquella se retira, y los que habian llegado nuevamente ocupan sus puestos sin hacer un disparo.

(Nueve y cuarto.) El general Susbielle llega en este momento con una escolta de gendarmes y de cazadores de Africa.

Llegan tambien guardias nacionales de línea. Los soldados tienen sus fusiles con la culata hácia arriba ó abandonados.

Muchos grupos de soldados bajan hácia París; algunos ciudadanos, sin resistencia alguna han reenganchado los caballos de una pieza, y veinte ó treinta individuos se apoderan de ella inmediatamente, conduciéndola á la alcaldía de Montmartre. Lo mismo hicieron con las demás. Los soldados estaban mezclados con el pueblo, y los artilleros de-

jaron desenganchar los caballos sin decir palabra y entregaron sus cañones.

A las nueve y media, el general Susbielle dá órdenes para dirigirse hácia Montmartre. A la entrada de la calle Hondon hay una columna de infantería, con las culatas levantadas. El general avanza, y parece dar órdenes. Los soldados continúan inmóviles. El peloton se exalta quiere abrirse paso, sable en mano. Los soldados no abren paso, y los cazadores de Africa dan una media vuelta, y envainan sus sables. Se dá una nueva orden. ¡Sable en mano! ordena el capitán que manda el peloton. ¡Adelante! El oficial pasa primero atropellando al pueblo; el peloton le sigue. Ven al oficial levantarse sobre los estribos, y dos veces su sable, que conserva en la mano: se levanta y baja. Vuelve al medio de la calle; numerosos disparos suenan; despues un terrible fuego de fusilería, en medio del cual ven desaparecer al oficial y al general Susbielle.

La fusilería continua muy nutrida, medio minuto. La gendarmería se replega en las calles adyacentes á la plaza; nosotros nos refugiamos en el café de la plaza Pigalle, en el momento en que las balas vienen á dar en la pared.

Un momento despues la plaza se hallaba libre; un soldado de línea se encuentra tendido sobre el boulevard, y un guardia nacional mortalmente herido, boca abajo en la calle Pigalle. Un capitán de cazadores de Africa fué muerto en la plaza Pigalle.

La agitacion de Montmartre ha tomado un nuevo carácter.

(Diez y cuarto.) El general Lecomte, que ocupaba la tor-

re de Salferino, fué preso por la guardia nacional que quiere obligarle á gritar ¡Viva la República!

Al ver su negativa, es conducido prisionero á Chateau-Rouge.

(Once de la mañana.) La tropa de línea se niega á obedecer. La guardia nacional es dueña de las alturas y de la artillería. El oficial de cazadores de Africa que mandó la carga ha sido muerto. Acabo de ver al guardia nacional que sufrió el sablazo de este oficial: tiene cortado el pulgar de la mano izquierda.

(A las doce.) La plaza de la Bastilla se encuentra ocupada por grupos muy animados y muy tranquilos. Dos batallones de cazadores de Vincennes y una batería de ametralladoras, despues de haber ocupado la plaza á eso de las doce, se han retirado. Los vuelvo á encontrar en la plaza del Hotel de Ville, donde se reunen tropas. Un batallon del 42 de línea baja por el muelle de Fournelles.

(A la una.) Patrullas precedidas de tambores, batiendo la generala, recorren las calles del faubourg Montmartre y los boulevares. El féretro de Carlos Hugo, que ha llegado á las doce á la estacion de Orleans, fué obligado á detenerse en el faubourg de San Antonio por las barricadas.

(A las dos.) Despues del primer momento, dedicado á la alegría nacional de la victoria, la insurreccion se ha ocupado de las medidas que deben conservarles su beneficio.

Se construyen barricadas al rededor de la altura.

Se coloca un cañon á la entrada de cada una de las calles que desembocan en la plaza de Abesses.

(A las tres y media.) Todas las tropas de línea se han re-

tirado. La insurreccion es dueña de los barrios de Montmartre, de Belleville y del faubourg de San Antonio.

Solo se ha hecho un disparo de ametralladora esta mañana. Los artilleros se negaron á hacer más.

La insurreccion constituye un Consejo de guerra para juzgar al general Lecomte, hecho prisionero en la torre de Solferino.

Batignolles y la Thapelle han enviado sus cañones á Montmartre.

Se asegura á última hora que Mr. Thiers, que ha llegado á París, se pone de acuerdo con la autoridad militar para que esta disponga la concentracion de la tropa de línea de París sobre un punto de la orilla izquierda, dejando á la guardia nacional el cuidado de restablecer el orden.

(Cuatro menos cuarto.) El comandante general de las fuerzas de Montmartre, acompañado de su estado mayor, aparece en la plaza de San Pedro. Dice que no queda más que marchar sobre el Hotel de Ville.

Es aclamado por el pueblo.

(A las cuatro.) El general Clemente Thomás, vestido de paisano, es reconocido en el boulevard Rochechouart, é inmediatamente preso por los guardias nacionales que le conducen al comité de la calle de los Rosales. Mr. Clemente Thomás estaba muy pálido.

En la calle de los Rosales se halla constituido un consejo de guerra á dondo habia sido conducido algunas horas antes el general Lecomte.

(A las cuatro y msdia.) El 77 batallon de la guardia nacional, con tambor á la cabeza, se dirige hácia el boulevard

Ormano cantando la Marsellesa. En las filas de este batallón iban mezclados multitud de soldados que parecían satisfechos de hacer causa común con los cañoneros de Montmartre.

Se levantan barricadas en la plaza Blanca, á las entradas de la calle Blanca y de la calle de la Fuente.

Hacia las cuatro los guardias nacionales de Montmartre, que se habían reunido desde por la mañana, se pusieron en marcha hacia París. Se tocó á llamada á las cinco de la mañana.

Estos hombres marchaban con aire marcial.

Tres ó cuatro batallones marcharon por el boulevard Rochechouart y el faubourg Poissonniere.

En estos dos grupos, que decían á su paso que se dirigían hacia el Hotel de Ville, se encontraban artilleros y soldados.

En el momento que estos hombres abandonaban á Montmartre, corria el rumor de que los generales Clemente Thomás y Lecomte habían sido fusilados. Una cantinera de la guardia nacional afirmaba haber asistido á la ejecución.

(A las cinco.) Diez batallones de la guardia nacional, que componían un total de cerca de 15.000 hombres, pasaban el puente de la Concordia y se reunían en buen orden sobre la plaza, á algunos metros de las verjas del jardín. A los que les interrogaban contestaban que eran enviados por el comité central.

¡A Montmartre! ¡A Montmartre! gritaban por todas partes.

Un batallón se separa. despues dos, despues tres; todos marchan á los gritos de ¡viva la República! ¡Abajo Vinoy!

Uno de ellos se encuentra en la calle Real una patrulla de la guardia nacional.

Gritad ¡viva la República! le dicen.

La patrulla pasó sin responder.

El general Lecomte y Clemente Thomás han sido en efecto fusilados á las cinco y media, calle de las Rosas, en un jardín, despues de haber sido juzgados por una comision militar de la milicia nacional.

El cuartel del príncipe Eugenio fué ocupado desde el sábado por la mañana por los revolucionarios; pero no quisieron quedarse por más tiempo, y han dejado á la tropa, llevándose los fusiles.

Los soldados por su parte (eran del 126 de linea) se prestaron gustosos á esta medida.

(A las cinco.) Belleville pertenece por completo á los revolucionarios. Cinco barricadas dominan la calle de París entre el boulevard exterior y la calle de Puebla; las calles laterales se hallan igualmente ocupadas; en la calle Piat, donde se encuentra el polvorin del distrito, háy nuevas barricadas.

Dos cañones se han colocado detrás de la segunda y tercera barricada de la calle de París: grandes carteles anuncian que desde las siete se prohibirá la circulacion en Belleville.

En la esquina del faubourg del Templo se construye una barricada, para lo cual se obliga á los transeuntes, pero con toda prisa, á llevar y traer los adoquines. Si rehusan se ven obligados á dar la vuelta por la calle de la Chopinnette.

El cuartel Napoleon, detrás del Hotel de Ville, está ocu-

pado por el 108 y el 109 de línea. Cuando el cabo del cuerpo de guardia salía para relevar los centinelas, uno de estos había desaparecido.

(Doce de la noche.) Multitud de guardias nacionales se reúnen en la plaza del Hotel de Ville con banderas rojas, gritando ¡viva Garibaldi! Se cree que tienen la intención de apoderarse esta noche del Hotel de Ville y de la prefectura de policía.

(Una de la madrugada.) Los miembros del gobierno, á escepcion de Julio Favre, han salido de París para Versalles. Los generales Vinoy, Aurelles de Paladines y Valentin los acompañan.

Una reunion de los alcaldes de París, de los diputados de la izquierda radical y de los jefes de los batallones más influyentes se celebra en la alcaldía del primer distrito. La discusion es muy animada: los moderados piden que se envíe una diputacion al gobierno para obtener pacíficamente la Commune, la eleccion de los jefes de la guardia nacional de todos los grados, comprendido el jefe superior, y la entrega de los cañones á cada uno de los batallones que han contribuido á la suscripcion para su fabricacion.

Los más exaltados reclaman el municipio revolucionario y la formacion de un gobierno provisional.»

\*  
\* \*

Punto por punto han seguido los lectores las fases que presentó este movimiento tan fecundo en desgracias como en grandes ideas y heróicos caracteres. Explicar las causas

de su triunfo es cuestión árdua y casi imposible, cuando las mas pequeñas circunstancias ejercen una influencia decisiva en los acontecimientos mas trascendentales para la humanidad.

El movimiento estratégico de Vinoy no pudo estar mejor organizado: la sorpresa fué completa. A las cuatro de la madrugada ocupadas estaban todas las posiciones importantes. Un movimiento habilmente dirigido hizo dueño al ejército de las alturas de Montmartre: en sus manos estuvieron los cañones. Apenas hubo combate; apenas se derramó sangre: y sin embargo algunas horas despues las tropas de Vinoy se retiraban aceleradamente abandonando todas las posiciones, y la revolución levantaba su enseña triunfadora en todos los sitios públicos de París. ¿Quién detuvo en el momento crítico las armas fraticidas de los combatientes? ¿Quién impidió que las ametralladoras sembraran la muerte y el terror entre los hijos del pueblo? ¿Quién relajó los vínculos de la disciplina militar y rompió la férrea ordenanza que convierte al soldado en una máquina de matar?

Indudablemente la dura experiencia de los desastres habia trabajado mucho los ánimos, y ejercido gran influencia en el espíritu del ejército que se negó á hacer fuego contra la guardia nacional; pero preciso es convenir que la fuerza poderosa de las ideas habia cumplido su camino de propaganda, y al sentir el peligro de nuevas persecuciones y de una nueva imposición de la fuerza bruta, hizo estallar el círculo de hierro en que se pretendia encerrarla, y trocó en armas de la libertad los mismos instrumen-

tos que en daño del pueblo apercibieron los amigos de la tiranía.

\* \* \*

Cuando las revoluciones están justificadas, cuando los sufrimientos de un país han llegado á su colmo y las injusticias de arriba han herido de muerte á los gobiernos, todas las circunstancias concurren á resolver esas crisis supremas en que los pueblos vencen casi sin lucha y los grandes poderes se desmoronan, como segun la leyenda bíblica cayeron las murallas de Jericó ante el clamor de las trompetas del pueblo de Israel. Así sucumbieron los Borbones en 1830, los Orleans en 1848, Napoleon III el 4 de Setiembre de 1870: así acabamos de presenciar nosotros la ruina de la dinastía secular de Felipe de Anjou.

Nadie dirigió en toda la mañana del 18 el movimiento de resistencia: el comité central encontró envueltas sus fuerzas, y solo el valor individual y los esfuerzos aislados, que convergieron á un punto, evitaron el éxito á los agentes del gobierno. Solo un instinto salvador presidió á aquel gran movimiento envolvente de los arrabales sobre el centro, y solo la inspiracion del propio derecho hizo á los guardias nacionales mezclarse fraternalmente entre las filas del ejército, exhortándolo con sus consejos y razones á abandonar la causa de los tiranos antes que ahogar en sangre la libertad y la pátria.

Ante la luz bienhechora de la República, unos y otros vieron en tan supremos momentos que el enemigo comun

era quien mandaba hacer armas contra el pueblo, y levantando al aire las culatas de los fusiles se confundieron en un abrazo de hermanos. El entusiasmo y la fé fueron los grandes directores de aquella jornada: la razon, su invencible estrategia: el derecho y la justicia impuso por modo fatal é irresistible la señalada victoria de aquella grandiosa insurreccion.

CAPITULO III

### CAPÍTULO III.

**La revolucion en el Hotel de Ville.—Fuga del Gobierno á Versailles.—Los asesinatos de Lecomte y Thomas.—El Comité Central.—Se decretan las elecciones de la Commune.**

El plan del gobernador de París habia fracasado en toda la línea. En Belleville, como en Montmartre, habia resistido el ejército á hacer fuego contra el pueblo. Un destacamento llegó á apoderarse en las primeras horas de la mañana de las buttes Chamont defendidas por unos veinte guardias nacionales; pero la noticia de este golpe de mano puso en conmocion á todo aquel barrio, y los esforzados voluntarios de Belleville, que habian conseguido hacer su nombre sinónimo de revolucionario y republicano, corrieron á caer sobre las filas de los soldados, á los cuales unieron á su causa por medio de la conviccion, reconquistando sin disparar un tiro aquellas alturas, y aun se apoderaron de los cañones con que el ejército los habia rodeado para apoyar el ataque de la infantería. Al mismo tiempo, grandes grupos de insurrectos llegaban al cuartel del príncipe Eugenio y se apoderaban de los fusiles y armamento del batallon 120 de

línea, que los cedió de buen grado victoreando á la revolucion y al pueblo.

Tales nuevas llevaron el desconcierto al ánimo de Vinoy, que viendo imposible toda resistencia, ordenó una retirada general replegándose sobre la orilla izquierda del Sena. La revolucion entonces, sin descuidar la defensa de las posiciones mas importantes por medio de barricadas, tomó la ofensiva cayendo como un torrente sobre el centro de París, sin que nada bastase á detener su ímpetu. No habia ya quien pensara en resistir. Todos los edificios públicos fueron ocupados por el pueblo sin oposicion, y al fin, hácia las cuatro de la tarde, la guardia nacional tomó posesion del Palacio de las revoluciones, de aquel Hotel de Ville, centro y punto de partida de tantos esfuerzos y heroicidades en favor de la igualdad y de la justicia tantas veces perdidas, despues de conquistadas á costa de tanta sangre. ¿Se malograria como en los pasados alzamientos esta nueva victoria de las víctimas de siempre?

\*  
\* \*

Perdido se vió Thiers despues de la retirada de Vinoy. Más peligros veia en sus defensores que en la misma pujanza del enemigo. El ejemplo de los soldados que fraternizaban con el pueblo ejercia un benéfico contagio en el corazon de sus compañeros. Un órden general de ataque hubiera sido señal de una desercion completa de las tropas del gobierno, y de un aumento considerable en las huestes populares. Las corrientes de la revolucion eran tan poderosas

que la disciplina militar apenas si alcanzaba con todo su rigor á sujetar á los soldados al pié de las antiguas banderas del imperio y á evitar que corrieran á precipitarse en brazos de sus hermanos. Thiers y los suyos comprendieron el peligro y se aceleraron á poner remedio apartando de la vista del ejército aquellas escenas, para influir despues su ánimo con falsas relaciones y con la excitacion de rencores y ódios, y forjar sangrientos y feroces enemigos de los revolucionarios de París. La órden de replegarse sobre Versalles fué dada y todo intento de sostener posiciones en la capital completamente abandonado. Los que habian decretado la traslacion de la Asamblea á Versalles dispusieron bien pronto el llevar allí tambien todo el gobierno, y con la celeridad de la fuga todo el mundo oficial siguió los pasos de Thiers á establecer un segundo cuartel general para sitiar á París, donde el enemigo secular del pueblo francés acababa de levantar el suyo. Y mientras los hombres funestos del 4 de Setiembre y de la Asamblea de Burdeos revisaban los campeones que les habian quedado y llamaban apresuradamente legiones con que combatir á sangre y fuego á los parisienses, tenian el cinismo de decir en un manifiesto á la faz de Europa: que aquella retirada reconocia por causa el no haber querido el gobierno empeñar una accion sangrienta.

\*  
\* \*

Es incontestable que el carácter distintivo de aquel levantamiento popular fué la generosidad y la templanza. Nadie en los momentos de triunfo se inspiró en antiguos

rencores: los agravios parecían hallarse olvidado. La ferocidad que más tarde se atribuyó á los campeones de la *Commune*, y que algunos de estos, por desgracia, acosados por la desesperacion, justificaron en demasía, aparece con evidencia clarísima como calumnia forjada por la pasion de partido, cuando se considera imparcialmente la conducta de los hombres de la revolucion en todo aquel primer período. Dueños eran de París: la fuerza toda en sus manos se hallaba: ¿quién hubiera podido contrarestar sus desafueros y sus excesos entonces, á ser ciertos sus perversos instintos? Si de pensamientos criminales hubieran estado poseidos, ¿qué mejor ocasion habrian hallado para realizarlos que aquellos momentos en que la revuelta aseguraba la impunidad y el tumulto podia escusar los extravíos y servir de sombra á la violencia? Sin embargo, si se exceptúa el crimen de la calle *des Rosiers*, no hubo que lamentar ni el mas leve atentado. Una vez mas pudo convencerse el mundo de lo calumnioso y vano que encierran las declamaciones de los doctrinarios y sus terroríficas profecias sobre el triunfo de las revoluciones. Esta vez, como siempre, guiadas las masas por su honradez intachable, é inspirándose en sus nobles instintos, tomaron á su cargo la salvaguardia de los intereses sociales y la garantía y libertad de todos los ciudadanos, sin distinguir entre amigos y enemigos. Tan patente fué este levantado y patriótico proceder, que apenas cesaron los peligros de la lucha, renació en París la calma, abrieron las tiendas sus puertas, circuló la gente tranquilamente por las calles, y recobró por entero la ciudad su habitual y ordinario aspecto.

Una sola mancha vino á empañar el brillo de tanto esplendor y á anunciar con sus sangrientas tintas la aurora de terribles días de esterminio, de crímenes y de horrores. El fusilamiento de los generales Claudio Lecomte y Clemente Thomas fueron verdaderos asesinatos, cuya responsabilidad alcanza no solo á sus autores, sino á los que los celebraron, teniendo el deber de castigarlos para vindicar la opinion pública y la justicia ofendidas. Mucho se ha discutido sobre estos hechos, y más aun de ellos se ha abusado para querer deshonar una noble causa: no ha faltado tampoco quienes hayan tomado su defensa ó hayan pretendido escusarlos por completo. Pero la imparcialidad del historiador exige un espíritu desapasionado y una conciencia recta que solo en los sentimientos del bien y de la humanidad se inspiren. El fin no justifica los medios, y aunque esto no fuera cierto, la muerte impuesta á dos generales prisioneros era de todo punto contraproducente, y no podía traer en pos de sí mas que la reprobacion de todos los corazones generosos y las represalias y los rencores del partido enemigo. Preciso es para juzgar bien de este hecho, que tanto ha influido en los sucesos posteriores, oir la opinion de uno y otro bando, y así los lectores apreciarán en sus conciencias actos tan debatidos, y que adulterados por el fanatismo ó la pasion política pueden de un modo funesto pervertir el sentido moral de muchos hombres de buena fé.

Una historia de la *Commune* de París, escrita casi al resplandor de los incendios y con la furiosa saña de los hombres de Versalles nos refiere, que, abandonado el general Lecomte por sus soldados, oyó impasible las súplicas del

alcalde de Montmartre, Mr. Clemenceau, que le rogaba fervientemente que se retirara para evitar los inminentes y terribles peligros á que sin fruto alguno se esponia.

—Me es imposible retirarme, respondió friamente Mr. Lecomte. Ved aquí una orden escrita del general Vinoy que me manda estarme aquí *suceda lo que quiera*. Yo no puedo partir sin contra orden.

Un cuarto de hora despues fué conducido por algunos guardias nacionales á Chateau-Rouge en calidad de detenido.

Clemente Thomas, continúa diciendo la historia precitada, era uno de los hombres que hacian honor al partido republicano, aun ante los ojos de sus adversarios. Inquieto el 18 de Marzo con los rumores que corrian sobre la suerte de su compañero el general Lecomte, salió en traje de paisano con su kepis para adquirir noticias. Así llegó hasta las líneas de los insurrectos de Montmartre. Hacia las cuatro de la tarde, un subteniente de la guardia nacional lo detiene interpellándolo:

—¿No sois el general Clemente Thomas?

—Sí, respondió el general; ¿y qué os importa?

—¿Qué haceis aquí?

El general balbucea algunas palabras. El subteniente le pone la mano sobre el hombro, y le dice:

—En nombre de la República, daos preso.

Lo llevan en seguida á Chateau-Rouge, y de allí unido al general Lecomte lo conducen á una casa de la calle de Rosiers donde residia una especie de comision que tomaba el título de comité central y era solo una simple fraccion de él.

»Allí dígase lo que se quiera, no hubo ni el más pequeño simulacro de juicio. Mientras que en la casa se discutía si debía constituirse un consejo de guerra, una ventana de la habitación donde estaban los prisioneros saltó hecha pedazos, y entrando por ella algunos nacionales los condujeron al jardín donde terminó la horrible tragedia.

»Los dos generales son arrastrados al fondo del jardín. Veinte hombres se adelantan, los insultan y dirigiéndose más especialmente á Clemente Thomás:

»Sois un miserable, le dicen; nos habeis hecho traccion durante el sitio; nos habeis vendido y hecho matar inútilmente.»

«El general no se digna responder.

—¿Os atreveriais á jurar que no habeis hecho traicion á Francia ni á la República? le preguntan.

«El general se encoge de hombros.

»Dos disparos se oyen. Clemente Thomás que no ha sido herido, saluda á sus asesinos. En seguida se forma un peloton, retrocede cinco pasos y se dispone á tirar.

—¡Cuán cobardes sois! dice el general Thomás.

—¡Fuego! grita un capitán.

»El general Lecomte herido en medio del corazón, cae sobre sus rodillas, y espira.

Clemente Thomás, menos afortunado, solo estaba herido. Otras tres descargas se disparan contra él. Cae y se levanta en frente de sus verdugos. Suena otra nueva descarga, y esta vez Clemente Thomás cae para no levantarse jamás.»

El efecto producido por la relacion de estas escenas más ó menos exageradas por los periódicos conservadores, fué

desastroso. El comité central se vió obligado á salvar su responsabilidad. «Solo dos hombres que se habian hecho impopulares, dijo en uno de sus primeros manifiestos: por actos que desde hoy calificamos de inícuos han sucumbido en un momento de indignacion popular. El comité de la federacion declara en honor de la verdad que es extraño á estas dos ejecuciones.»

Torpe y coharde era esta manifestacion que al tratar de eximirse de la culpabilidad de semejantes hechos no se atrevia á protestar contra el crimen, y revelaba hácia sus autores una benevolencia muy próxima á la complicidad. El triunfo de la conciencia pública sobre esta contemporizacion indigna se vé de un modo patente en las declaraciones que más tarde han ido haciendo los jefes del comité central cada vez más severas respecto de aquellos fusilamientos. Tan grande fué la indignacion de la opinion pública, que ya el 20 de Marzo se vieron obligados á rechazar de nuevo toda participacion en el atentado si bien tratando todavía de disculparlo y atenuarlo en lo posible. Hé aquí la declaracion consignada en el *Diario oficial de la Commune*. «Todos los periódicos reaccionarios han publicado un relato más ó menos dramático de lo que se ha dado en llamar el asesinato de los generales Lecomte y Clemente Thomás. Sin duda alguna estos sucesos son muy lamentables; pero conviene, para ser imparciales, hacer constar dos hechos:

1.º Que el general Lecomte habia mandado por cuatro veces distintas en la plaza Pigalle cargar sobre una muchedumbre inofensiva de mujeres y niños.

2.º Que el general Thomas fué arrestado en ocasion en que vestido de paisano levantaba un plano de las barricadas de Montmartre.

«Estos dos hombres, pues, han sufrido la ley de la guerra, que no admite ni el asesinato de mujeres ni el espionaje. Asegúrase que la ejecucion del general Lecomte fué llevada á cabo por soldados de línea, y la de Thomas por guardias nacionales. Es falso que estos fusilamientos se hayan ejecutado á nuestra vista y de orden del Comité central. El Comité central estaba constituido en sesion permanente anteayer en la calle Onfroy cerca de la Bastilla, y supo á un mismo tiempo el arresto y la muerte de las dos víctimas de la justicia popular. Debemos añadir que se ha mandado abrir inmediatamente una informacion sobre estos sucesos.»

El manifiesto del Consejo general de la asociacion internacional de trabajadores dando cuenta de la guerra civil de Francia, despues de la derrota de los comuneros, se limita en este asunto á decir secamente:

«Uno de los oficiales bonapartistas comprometidos en la intentona nocturna contra Montmartre, el general Lecomte, habia ordenado cuatro veces á los soldados del 81 de línea tirar sobre el pueblo indefenso en la plaza de Pigalle y los habia insultado groseramente por su negativa. En lugar de tirar sobre mujeres y sobre niños, sus propios soldados lo fusilaron. Las costumbres inveteradas de los soldados educados por los enemigos de las clases obreras no pueden naturalmente perderse en el mismo instante que cambian de bandera. Estos mismos hombres fueron los que fusilaron á

Clemente Thomas.» Los internacionales pasan despues á trazar un retrato horrible de la conducta de este último general tratándolo con los más duros epítetos.

En medio de lo especioso de estas excusas se vé un empeño firmísimo de arrojar sobre otros la responsabilidad de un acto cuya maldad moral se revelan ellos mismos en el afán de atenuarlo y en la protesta de su no participacion.

Es ya cosa indudable que el Comité central no tomó parte en estas ejecuciones, pero sus hombres que tanta entereza mostraron ante los peligros y que ya en el banquillo de los acusados han sabido asumir sobre sí con entereza la responsabilidad de todos los actos de la *Commune*, no tuvieron valor para oponerse de frente al grupo de fanáticos ó de malvados que derramó á sangre fria la primera sangre de los prisioneros en aquella guerra civil, ó dejaron que la voz de la pasion y de la amistad ahogara el clamor de la conciencia. Una enérgica protesta contra el crimen, y su inmediato castigo habrian hecho grande honor á sus nombres y evitado rios de sangre á su mismo partido. Los reyes y la monarquía, representantes del mundo antiguo, exigen y necesitan para su vida sacrificios de víctimas humanas. La República, esperanza de los pueblos é ideal del progreso, rechaza todo holocausto sangriento. Solo con grandes virtudes cívicas y con sublimes heroicidades triunfa: las matanzas y la carnicería son obstáculos en su camino, y solo evocan con un poder irresistible el fantasma feroz y sombrío de las reacciones.

Inútil es buscar pretextos para coonestar actos que la justicia reprueba. Las teorías que sublevan las conciencias

no son otra cosa que paradojas del espíritu al servicio de los extravíos del corazón. Poner en duda la criminalidad del fusilamiento de Thomás y Lecomte, es declarar falso el sentimiento del género humano; es negar la naturaleza, que no es más que la moral en instinto. Nada hay más elevado en el hombre que la humanidad.

A penas se instaló la revolución en el palacio del pueblo un poder provisional apareció organizado. La guardia nacional había conseguido la victoria y el Comité central que había tomado parte activa en el movimiento se hizo cargo del gobierno interino de la ciudad mientras se procedía á la eleccion del municipio independiente ó sea de la *Commune*. ¿Qué era el Comité central? ¿Quiénes sus hombres? Oscuros proletarios ayer, todavía desconocidos, se definian ellos mismos en el *Diario oficial*, que inspirados por un amor profundo á la justicia y al derecho, por una adhesion sin límite á la Francia y á la República, y aconsejándose de estos generosos sentimientos y de su valor á toda prueba, resolvieron salvar á la vez la pátria invadida y la libertad amenazada. La misma oscuridad de sus nombres revelaba que el movimiento procedía de abajo, y era tanto más espontáneo y legítimo, cuanto que en él no influyeron ni la palabra elocuente, ni la poderosa inteligencia de los jefes antiguos del partido revolucionario. Las mismas angustias de la pátria hicieron al pueblo organizarse para defender su independencia y sus derechos. Cada desastre sufrido daba más fuerza al nuevo poder, cada

desengaño que la Asamblea de Burdeos imponía al país prestaba mayor influencia á estos nuevos jefes, y hacia poner en ellos mayores esperanzas.

Desde la rendición de París se trabajó activamente en una organización revolucionaria de la guardia nacional preparándose para arrostrar todas las eventualidades; pero hasta el 24 de Febrero no quedó constituido el comité central. Tuvo este al principio el único programa de impedir la entrada de los prusianos en París y de defender el derecho de la guardia nacional á nombrarse por sí misma sus jefes. Esta liga de la guardia nacional que tomó el nombre y el carácter de federación, de tal suerte dirigida, tomó cada día más proporciones, y al crecer en fuerzas y en prestigio, formuló ya resueltamente su programa republicano declarando que combatiría toda otra forma de gobierno que se le quisiera imponer. Los desaciertos de los *rurales*, las intrigas de Thiers y las circunstancias hicieron el resto.

El comité central se encontró dueño de París, y con una buena fé nunca vista se apresuró á deponer la autoridad que acababa de darle la victoria para constituir un poder legal y conforme con los principios de la democracia. Prueba fué esta de una lealtad ejemplarísima y de una honradez digna de todo encomio. Apenas pisaron aquellos hombres los umbrales del Hotel de Ville, fué su primer acuerdo convocar á sus conciudadanos para la elección de un gobierno fundado en el sufragio universal que sustituyera al que la fuerza y las armas les habían concedido.

Hé aquí su primer decreto:

AL PUEBLO.

Ciudadanos:

El pueblo de París ha sacudido el yugo que trataban de imponerle.

Tranquilo, impassible con su fuerza, ha esperado sin temor, como sin provocacion, á los locos desvergonzados que querian tocar á la República.

Esta vez nuestros hermanos de armas no han querido poner sus manos sobre el arca santa de nuestras libertades.

Gracias á todos, París y la Francia pueden establecer las bases de una República aclamada con todas sus consecuencias, y así se constituirá el único gobierno que cierre para siempre la era de las invasiones y de las guerras civiles.

El estado de sitio queda levantado.

Se convoca al pueblo de París en sus secciones para hacer sus elecciones communales.

La seguridad de todos los ciudadanos será garantida por el concurso de la guardia nacional.

Hotel de Ville, París hoy 19 de Marzo de 1871.

*El Comité Central de la guardia nacional.*

## CAPÍTULO IV.

**Tradición revolucionaria de la Commune de París.—Su historia.—Una página de la revolución del 92.—La Commune insurreccional del 10 de Agosto por Edgardo Quinet.**

Al derrotar el pueblo de París todas las fuerzas del gobierno y al destruir todos los poderes que sobre él se alzaban, no tuvo mas que un programa y una afirmación. La bandera roja empavesada sobre el Hotel de Ville solo contenía el lema de ¡Viva la Commune! La Commune era entonces todo el pensamiento de la revolución vencedora. ¿Qué significaba, pues, la Commune? ¿Qué ideas representaba y qué problemas venía á plantear y á resolver? ¿Por qué habia sido durante tanto tiempo la aspiración constante del partido de acción y de esperanza y estímulo de todos los revolucionarios? ¿Por qué en todas las desgracias de la patria y en los trances mas peligrosos para la libertad se habian levantado como clamor general de los parisienses los más fervientes victores á la Commune? ¿Qué mágico poder ejercía este nombre para conciliar las más opuestas

tendencias, unir todos los esfuerzos y dar todo un programa á una insurreccion victoriosa?

Es indudable que habia algo de instintivo y fatal en este movimiento. La centralizacion desmedida del imperio hizo surgir en todos los ánimos la aspiracion á la autonomia de los pueblos, protesta viva contra el despotismo. La revolucion del 4 de Setiembre, sitiada por los prusianos, no tuvo lugar ni espacio para desarrollarse: quedó aplazada para cuando la guerra terminara, y al firmarse la paz se encontró el pueblo con que á la centralizacion del imperio habia sustituido otra centralizacion no menos ominosa, y tan envilecida por las transacciones con el extranjero y por las derrotas, que hundieron en el polvo el trono militar de Napoleon el Chico. Al triunfar la revolucion el 18 de Marzo contra los que pretendian monopolizar y perderla, fué su primera obra el reivindicar su derecho, y proclamó la autonomia de su municipio. Noble y glorioso ejemplo el que daba París rompiendo el férreo círculo en que la centralizacion política y administrativa tenia ahogada á la Francia. París, la gran capital, donde toda la vida de la nacion reflúa, era la primera en renunciar al trono y al cetro de los soberanos para abrir sus brazos á las provincias sus hermanas. La libertad era el premio de tan alta virtud, porque aquella su corona de reina que la revolucion hacia pedazos ahogaba el espíritu libre y los derechos del pueblo; que, por una sábia compensacion de la naturaleza, el que roba la libertad á los demás, es el primero que pierde la suya.

Pero una razon más poderosa hizo de la Commune la bandera de la insurreccion. El municipio de París tenia una

historia gloriosa y una tradicion eminentemente popular, hasta el punto de representar su solo nombre el período mas transcendental en la vida de la Francia y la página más heróica en la historia de las revoluciones.

Imposible es comprender la grande epopeya de 1792 y 93 sin examinar el espíritu, tendencias y accion del Municipio de París; imposible es tambien esplicarse lo que el 18 de Marzo representa sin tener presente la historia de aquel baluarte de la revolucion que destruyó para siempre el derecho divino de los reyes, supo vencer á la Europa entera, y dejó con las tradiciones revolucionarias de Danton y Robespierre las bases de una gran renovacion social. Hagamos, pues, una reseña, siquiera sea breve y somera de la historia de la Commune de París en los tiempos de su grande influencia y significacion.

\* \* \*

Al comenzar el año 1789 era la municipalidad de París una institucion sin color político y sin prestigio, por lo que no respondia á las necesidades del pais hacia mucho tiempo: sin fuerza ni iniciativa era refractaria á todo progreso. Casi todos los miembros de este cuerpo tenian conciencia de su nulidad; de modo que, cuando el 12 de Julio del mismo año se presentaron en el Hotel de Ville algunos grupos de electores de París, declarando que en vista de la gravedad de las circunstancias venian á tomar provisionalmente el gobierno de la ciudad, no intentaron aquellos hacer la menor resistencia.

La situación era efectivamente grave porque la corte no cesaba en sus preparativos belicosos, rodeando de tropas á Versalles donde estaba constituida la Asamblea nacional. Crecia la arrogancia de los cortesanos más cada día, y la destitución de Necker, entonces ministro, que gozaba de alguna popularidad, unida á el alejamiento de la Asamblea producian en el pueblo parisiense vivas inquietudes, que después se transformaron en violentos murmullos viéndose claramente que se preparaba una insurrección formidable.

París corría un grave peligro, porque en aquellas circunstancias carecía de un poder fuerte y popular que estuviese á la altura de las circunstancias, pero sus electores lo crearon nombrando la Commune.

Conserváronse, sin embargo, las antiguas denominaciones de regidores del comercio y otras funciones que constituian el despacho ordinario del Hotel de Ville, pero esto fué más bien por pura fórmula, y para crear sin peligro un Comité permanente y aumentar los miembros de la Commune que de ciento veinte de que al principio se componía se aumentó á ciento ochenta y más tarde á trescientos.

Fué el primer cuidado de este Comité, organizar una fuerza armada que pudiese asegurar su independencia. Con este objeto dispuso por medio de un decreto el restablecimiento de la milicia ciudadana con la que se formó la guardia nacional.

Después de los sucesos del día 14 de Julio que terminaron con la toma de la Bastilla por el pueblo de París, la Commune sufrió alguna modificación en sus miembros

nombrándose alcalde de París á Bailly, y comandante de la guardia nacional á la Fayette.

El comisario de policía De Crosne y los del Chatelet habian cesado en sus funciones porque huyeron á los primeros disparos de cañon, y la Commune para reemplazar estos cargos, creó varias clases de tribunales ó jurados para policía, comercio, y lo contencioso.

Creó además bajo el nombre de Consejo general de la Commune, una especie de tribunal superior compuesto de los representantes que no entendian en la administracion.

Mientras tanto la Asamblea nacional que aumentaba en poderio por los derechos y prerogativas que iba arrebatando uno á uno á la corona, no dejaba de ver con cierta inquietud elevarse á su lado un segundo poder rival, que aumentaba cada dia porque le apoyaba el pueblo de París en su generalidad, y particularmente la guardia nacional por él mismo creada, y de cuya fuerza nadie podia más que él disponer.

La Commune tenia ya bastantes fuerzas para sostener la lucha, y así lo demostró dando la orden del 5 de Octubre á la Fayette para que se apoderase de Versalles con la guardia nacional y trajera el rey á Paris.

El éxito que obtuvo este acto de autoridad animó aun más á la Commune. Ampliando entonces lo que antes habia decretado acerca del poder judicial, creó un Comité de investigaciones, é hizo instruir los procesos del principe de Lambese, de Bezenval, y d'Angeard, acusados de un proyecto para apoderarse del rey, y trasladarlo á Metz, condenó á Favra en cuyo proceso estuvo tan comprometido

el conde de Provenza, hermano del rey, que se vió obligado á acudir á disculparse ante esta nueva magistratura.

Sin embargo, esta municipalidad ó Commune que con tanto poder y con tan buenos auspicios se inauguraba no pudo librarse de las terribles consecuencias de la division que estalló en su seno. Produjose esta entre los miembros del despacho y los del Consejo general.

Estos últimos presentaron sus dimisiones declarando no obstante que seguirian en sus puestos hasta que los electores nombrasen á los que habian de reemplazarlos.

Por un decreto de la Asamblea nacional se varió entonces la organizacion de este municipio dividiéndolo en cuarenta y ocho secciones. Bailly quedó de alcalde.

A pesar de la nueva forma que parecia habia de prestarle fuerza de cohesion, se vió dominada la Commune por nuevas agitaciones á cuya cabeza aparecian Danton y Marat apoyados por los clubs.

Mas tarde para sostener el prestigio de su autoridad tuvo que recurrir á la proclamacion de la ley marcial y de mandar á la guardia nacional contra el pueblo que se estaba reuniendo en el campo de Marte para firmar sobre el altar de la pátria la destitucion de Luis XVI.

La guardia nacional, por órden de Bailly hizo uso de sus armas sobre el pueblo indefenso y el número de las victimas fué considerable.

A pesar de que la Asamblea nacional aprobó la conducta de Bailly, tuvo este la necesidad de presentar su dimision el 19 de Setiembre del 1791, permaneciendo no obstante en su puesto hasta que le sucedió Petion. Entonces fué nom-

brado procurador de la Commune Manuel que tuvo por sustituto á Danton.

Desde este período entra la Commune á velas desplegadas en todas las corrientes revolucionarias convirtiéndose en la representacion de las aspiraciones populares.

Vinieron las jornadas de Junio y la Asamblea nacional suspendió en sus funciones á Pétion y á Manuel á consecuencia de la parte que habian tomado en aquellas ocurrencias; pero la Commune era tan poderosa que tuvo necesidad la Asamblea de transigir y suspender su acuerdo.

La revolucion toma entonces un nuevo impulso, y sin detenerse en vacilaciones ni debilidad esemprende decididamente la obra de demolicion de todo lo antiguo, derrocando el trono de los reyes de Francia y lanzando con la audacia del heroismo el valiente reto de los hijos del pueblo á todas las córtés de la vieja Europa.

No otra cosa fué la jornada del 10 de Agosto. La Commune fué tambien el principal autor de tan grandiosa empresa, y hay ciertamente tantos puntos de contacto entre esta insurreccion y la del 18 de Marzo, que no parece sino que los modernos comuneros hallaron intactas las huellas que habian dejado en su atrevido movimiento los jefes populares de la Commune insurreccional del 92. Un cuadro fiel de aquella insurreccion dará completa idea de los puntos de identidad entre ambas revoluciones y de lo que representaba la tradicion de la Commune al mismo tiempo que justificará el último levantamiento del pueblo de París, á los ojos de muchos que, admiradores de la revolucion antigua, no han visto en la actual su continuacion progresiva y se-

gunda etapa. Difícil creo que será el hallar mas verdad en la relacion, ni mas viveza de colorido que en la notable y gráfica descripción que Edgardo Quinet ha hecho de aquella jornada memorable. Al leer esta página de la revolución, muéstrase de un modo evidente que el Comité central tomó por punto de partida al municipio revolucionario que levantó la bandera de la primera República y reanudó su obra interrumpida por el militarismo y la burocracia de las clases medias.

¿Qué significa (y habla ya Mr. Quinet), el 10 de Agosto de 1792?

Es la jornada en que estalla en el pueblo la convicción de que Luis XVI debe dejar de reinar, ó la independencia nacional debe perecer.

Lento había sido en su formación este pensamiento; pero al fin la luz se hace.

La Asamblea legislativa, proclamando el 11 de Julio «la patria en peligro,» ha desencadenado las imaginaciones. Cada uno se agita dentro de su círculo. Brunswick, con su manifiesto, conocido el 28 ó el 29, acaba por abrir los ojos de aquellos que habían querido todavía dudar. Da un cuerpo á los espectros que asediaban los ánimos.

Vuelven sus ojos hácia este ejército amenazador de los Prusianos, cuyas etapas estaban contadas, y para resistirlos ¿qué encontraron?

Un rey cómplice que esperaba su salvación de la derrota de la Francia.

*Los más desconocidos, los más miserables*, aquellos que más aman la patria porque es el único bien que poseen, sienten que no hay un solo momento que perder para poner el gobierno en otras manos; asumen sobre sí el cargo ante el que sus jefes retroceden.

La jornada del instinto fué aquella en la que pareció, como lo mejor, la fuerza que estalla en la muchedumbre, cuando todos los medios han sido agotados. Hé ahí por qué es difícil descubrir lo que hicieron los jefes.

¿Dónde estaba Robespierre? Las gestiones más activas no han podido descubrir sus huellas. Dudó del éxito y rehusó entrar en un proyecto donde no preveía más que desastres.

Lo mismo sucedió con Petion, alcalde de París. Nadie como él deseaba el triunfo de la insurrección, nadie tampoco dudaba más. El 3 de Agosto, había llevado á la Asamblea legislativa la proposición de la destitución del rey, en nombre de cuarenta y siete secciones de París.

A pesar de aquella casi-unanimidad, la Asamblea duda en dar el último paso. La imágen de la monarquía, en vísperas de perecer, parece despertarse. No era más que una sombra, y todavía causaba respeto.

Casi todos la creían, y ella misma se consideraba con fuerzas que no estaban en ninguna parte. Se trataba de dar el último golpe á un fantasma armado de mil años de recuerdos: nadie se sentía con valor para llevarlo á cabo.

Merlín de Thionville, Bazire, Chavot escitan inútilmente á la Asamblea; esta los escucha y rehusa el decidir.

Los jacobinos se escitan con palabras; y aplazan los actos.

Cada uno ve que se trata de una hora decisiva, y aquellos que tenian la costumbre de no transigir encuentran nuevas razones para contemporizar; ó bien si intentan cualquier movimiento, vuelven sobre sus pasos. Los dias se pasan en vanos ensayos de insurreccion, que el temor recíproco impide á la vez hacer estallar ó ahogar en su origen.

El dia despues de la llegada de los federales de Marsella, Barbaroux ha proyectado atacar al frente de estos las Tullerías; quiere amenazar, no herir, como si, cuando se desencadenan los elementos, estuviera alguien seguro de contenerlos á su capricho. Por otra parte, esta amenaza no ha podido llevarla á cabo por culpa, dice él, de Santerre; que ha prometido en vano el barrio de San Antonio. El 5, la seccion Mauconseil, resolvió marchar y poner á Santerre á su cabeza. Santerre dice que se encuentra enfermo. El 6, toca el turno de faltar á los seccionarios de los Gobelinos. Ellos tambien habian decidido dar la señal, y habian vuelto sobre su acuerdo.

Así las cosas, á los mismos jacobinos les faltaba audacia en este instante supremo. La córte, si podia dársele aun este nombre, empezaba á concebir esperanzas de que tantas vanas intentonas cansarian á sus autores, ó bien, si se atrevian á atacar, que á ella estaba reservada la victoria decisiva.

¿Quién puso un término á estas irresoluciones? ¿Quién rehizo los ánimos? ¿Quién fijó el dia, la hora y dió una sola alma á la multitud? Quiero creer que Danton no se faltó á sí mismo en semejante momento, y que puso en la balanza el peso de sus cóleras.

Por tanto, cuando lo considero en la noche del 10 de

Agosto, tan poco presuroso hasta la media noche, dejarse escitar y casi arrebatar por los impacientes, y, despues de cortas ausencias, entrar, acostarse y dormir, dudo reconocer en él la actividad de un jefe que tiene todos los hilos en su mano. Parece ceder al tormento, más bien que mandar; á menos que no se quiera mejor reconocer en este sueño tranquilo la confianza de un jefe que, habiéndolo preparado todo, descansa de antemano en la victoria.

Solo una cosa es cierta. Hacia las doce de la noche, por calles separadas, y de todos los puntos de París llegan al Hotel de Ville ochenta y dos hombres casi todos desconocidos. A este número, ya imponente, los comisarios de las secciones y los centinelas los dejan entrar; acababan de ser elegidos á estas altas horas de la noche precipitadamente por veinte y seis secciones de París. Se dice que en muchos distritos no habian sido escogidos más que por un pequeño número y á última hora, lo que confirma que las resoluciones más audaces se toman en la noche, y solo pertenecen á unos pocos.

Eran hombres de todas profesiones: artesanos, letrados, escribientes, mercaderes; entre ellos no se encuentra ninguno de los personajes que han dejado un nombre en la revolucion, si no es quizás Hebert, Leonard Bourdon y Rosignol; casi todos sólo debian tener esta hora de vida política.

¿Qué venian á hacer? Habian aceptado ó se habian dado el mandato de ejecutar la cosa más temeraria de la revolucion. Los poderes que habian recibido aceleradamente se reducian, la mayor parte, á estas palabras: *¡Salvad la pá-*

*tría!* Pero ¿cómo? ¿dónde? ¿de qué peligros? ¿por qué medios? esto es lo que nadie decía. Se reunían bajo el pretexto de corresponder con sus secciones; en realidad su misión era de espulsar la municipalidad y de reemplazarla. Apesar de la violencia de sus pasiones pusieron para ejecutar este proyecto más paciencia y diplomacia que hubiera podido imaginarse.

En vez de hacerse presentes desde luego, empezaron por establecerse tranquilamente en un cuarto contiguo al que ocupaba el Consejo legal de la Commune. Durante muchas horas, guardan la apariencia de la obediencia, comunicando amistosamente con el Consejo que están encargados de disolver. Hacia las doce de la noche, el toque de rebato se hace oír en medio de la ciudad, primero tímido, incierto, con frecuencia interrumpido, y muy pronto más enérgico: las iglesias más retiradas lo repiten. La audacia de los invasores del Hotel de Ville se aumenta. A cada nuevo tañido, la entereza del municipio decae; el número disminuye; los que quedan en sus asientos ceden poco á poco á muchas de las resoluciones de los insurrectos.

Jamás se habían encontrado tan cerca una de otra, la legalidad y la revolucion; separadas solamente por el espesor de una pared. La necesidad de disimular desaparecía á cada noticia de sublevacion de las secciones de San Antonio, del barrio de San Marcelo y de los federados de Marsella.

Sin embargo, los ochenta y dos se contuvieron todavía, y, por esta prudencia, se sirvieron de los magistrados legales para conseguir órdenes y decretos cuya confirmacion no fué nunca denegada.

Por eso encontraron el medio de mandar bajo otro nombre á las tropas del castillo, de hacerse obedecer y de desorganizar la defensa. Un puesto de artillería habia sido colocado en el Puente Nuevo para impedir la union de la insurreccion de los dos lados del Sena; piden que ese puesto sea alejado. La Commune legal dá la orden, y es firmada con el nombre del secretario *greffier*, Royer Collard.

Un punto importante era, el apoderarse de la persona del comandante en jefe de la guardia nacional Mandat; mandaba en las Tullerías. El consejo legal tiende, á pesar suyo, esta emboscada, dá á Mandat la orden de ir al Hotel de Ville. Al recibir este despacho de la autoridad regular, Mandat no tenia ningun motivo de sospecha. Obedece con repugnancia. Llegado que fué al Hotel de Ville, los magistrados le reciben, y despues de cambiar algunas palabras le mandan de nuevo á las Tullerías cerca del rey. Pero entonces, los desconocidos lo hacen entrar en la sala inmediata, donde se encuentra delante de la Commune insurreccional que arroja ya los disfraces. Los ochenta y dos le obligan á firmar la orden de retirar la mitad de las tropas del castillo; él rehusa heroicamente. En el mismo instante, algunos oficiales entregan la carta en la que ha ordenado atacar por detrás las columnas del barrio de San Antonio.

Esto era una doble condenacion á muerte para Mandat. Conducido á la prision del Hotel de Ville, se le saca para conducirlo á la de la Abadía. Bajaba las escaleras del Hotel de Ville, cuando un hombre le salta la tapa de los sesos de un pistoletazo. Santerre es nombrado en lugar suyo comandante general de la guardia nacional.

Después de haberse hecho entregar el general, la Comuna insurreccional juzga que es inútil el contenerse por más tiempo. Ha obtenido de los magistrados más de lo que podía esperar; el momento ha llegado de hablar y de mandar en propio nombre. Los ochenta y dos invaden la sala del Consejo: significan á este su suspension y toman los asientos, desocupados en su mayor parte, y que nadie piensa disputarles. ¡Ejemplo singular de circunspeccion en la violencia, y de paciencia en la Revolucion!

Todos concurrieron, áun los mismos servidores del rey, á entregar la corona; y, ¿qué le quedaba que esperar, cuando se vé en esta noche el teórico futuro de la monarquía, Royer-Collard, firmar él mismo casi todos los decretos, cuya trascendencia aun en el mas pequeño perdía la corona?

La Asamblea legislativa parecia esperar los acontecimientos que anunciaba aquella noche. Apenas sesenta miembros se habian reunido al primer toque de rebato. Este grupo aumentó poco á poco, sin llegar á doscientos. Para llenar las horas sin inclinarse en ningun sentido, la Asamblea aprovecha el no haber número suficiente de diputados y aparta toda deliberacion sobre la situacion. Se hacen leer durante largas horas algunos dictámenes sobre las deudas atrasadas de las antiguas provincias y sobre las mejoras pedidas por los departamentos. Los diputados parecen ser sordos en medio de los preparativos de combate que se hacen á su alrededor. Máscara de indiferencia, bajo la que, los allí reunidos, se complacen en ocultar sus mas profundas alarmas.

Cuando los emisarios llevaron las noticias, les escucharon sin marcar ningun favor á la insurreccion. Al contrario la Commune legal fué la que obtuvo los honores de la sesion. Esta disposicion iba muy pronto á cambiar. La larga sesion permanente del 9 al 10 debia acabar por glorificar todo lo que habia sido renegado ó condenado en la primera hora.



A contar desde este dia, tan fatal para los tronos y los tiranos la historia de la Commune de París no es otra que la historia de la revolucion francesa. Con ella creció y luchó hasta el heroismo: en su seno se libraron las terribles batallas de las distintas fracciones que rivalizaron en abnegacion y en patriotismo: ella vió impasible la muerte de aquellos girondinos que en tanto peligro pusieron á la República: cuando ella abandonó á Danton, cayó la cabeza de este bajo la cuchilla de la guillotina: cuando Robespierre sucumbió, no fué sino perdiendo la Commune su soberanía casi absoluta. El militarismo del imperio al asesinar la República, hirió tambien de muerte el municipio libre de París. A cada alzamiento popular veíase surgir la misma idea de la Commune, y la reaccion, triunfante luego, proscribia, y alejaba mas y mas del pueblo aquella institucion querida.

Al hallarse ahora el pueblo victorioso marchó como á su centro de accion á las casas consistoriales, y proclamó como consecuencia inmediata el ayuntamiento del sufragio universal. Del Hotel de Ville habian partido en todo tiempo

las revoluciones: y la revolucion convergía ahora á él, como á su propio hogar.

La Commune habia en periodos críticos y aterradores llamado en su socorro á la guardia nacional: la guardia nacional invocaba ahora como salvacion suprema y esperanza del país la Commune revolucionaria.

## CAPÍTULO V.

El manifiesto del Comité central.—El *Journal Officiel* á los departamentos.—  
Primeros acuerdos del Hotel de Ville.—Declara el Comité que se hace cargo  
del gobierno.

Bastante hemos dicho ya de los antecedentes y de los actos de la revolucion, y tiempo es que ella misma hable; pues solo en sus palabras podrá apreciarse su verdadero caracter, y juzgarse de su conducta con imparcialidad y rectitud. La inmensa publicidad que obtienen todos los actos políticos de nuestros dias, al propio tiempo que facilita gran trabajo á la relacion de los hechos, dificulta con las muchas interpretaciones y minuciosos detalles un juicio exacto y completo de acontecimientos tan complejos y trascendentales. La lectura de los documentos es lo que mas luz arroja y abre más bien el camino de la verdad.

Hé aquí el primer manifiesto publicado por el Comité central para dar cuenta de la insurreccion, y justificar el movimiento tanto en su origen como en su direccion y desarrollo:

## FEDERACION REPUBLICANA DE LA GUARDIA NACIONAL.

«Si el Comité central de la guardia nacional fuese un gobierno, podría, por la dignidad de sus electores, desdeñar el justificarse. Pero como nuestro primer cuidado ha sido declarar «que no pretendemos ocupar el puesto de aquellos que el pueblo ha arrojado,» creemos cumplir con el deber de hombres honrados no extralimitando las facultades del mandato, que nos ha sido confiado, y podemos defendernos por tanto, como todos los demás ciudadanos.

Hijos de la República que tiene escrito en su divisa el gran principio de la Fraternidad, perdonamos á nuestros destructores; pero queremos persuadir á los hombres honrados que han acogido la calumnia por ignorancia.

Nosotros no nos hemos ocultado para dirigir la gran obra que hemos emprendido, todos hemos puesto nuestros nombres; si son oscuros, no hemos huido la responsabilidad, que era por cierto bien grande.

Somos los elegidos y los representantes por el sufragio de los doscientos quince batallones de la guardia nacional.

No hemos sido autores de desórdenes, pues la guardia nacional, que nos ha hecho aceptar su direccion, no ha cometido ni excesos ni represalias, y se ha mostrado imponente y fuerte por la templanza y moderacion de su conducta.

Y no han sido escasas las provocaciones, ni el gobierno ha cesado de emplear los medios mas vergonzosos para intentar el mas espantoso de los crímenes, la guerra civil.

Ha calumniado á París y ha escitado contra él el espíritu de las provincias.

Ha enviado contra nosotros á nuestros hermanos del ejército, que ha dejado morir de frio en nuestrás plazas mientras que sus hogares les esperaban.

Ha querido imponernos un general en jefe.

Ha querido, por medio de tentativas nocturnas, apoderarse de nuestros cañones, despues de haberlos salvado nosotros de la codicia de los prusianos.

Ha querido, en fin, con el concurso de sus cómplices en Burdeos, decir á París: «Tu acabas de mostrarte heroica; así, pues, tenemos miedo de tí, y, por lo tanto, te arrancamos tu corona de capital.»

¿Qué ha hecho el comité central para responder á estos ataques? Ha fundado la federacion; ha predicado la templanza —digamos la palabra—la generosidad; y en el momento en que el ataque de la fuerza armada empezaba, decia á todos: «¡Abstenerse de agresiones, y no responded mas que en un caso extremo!»

Ha llamado á su lado todas las inteligencias, todas las capacidades; ha pedido el concurso del cuerpo de oficiales, ha abierto su puerta cada vez que han llamado en nombre de la República.

¿Dónde está, pues, el derecho y la justicia? ¿Dónde la mala fé?

Esta historia es demasiado breve y está muy cerca de nosotros para que ninguno la haya olvidado. Si la escribimos la vispera del dia en que vamos á retirarnos, es, lo repetimos, para los hombres honrados, que han aceptado

ligeramente calumnias dignas solamente de aquellos que las levantan.

Uno de los motivos más grandes de cólera de estos últimos contra nosotros es la oscuridad de nuestros nombres. Pero ¡ay! muchos nombres eran conocidos, muy conocidos, y esta notoriedad nos ha sido harto fatal.

¿Quereis conocer uno de los últimos medios que han empleado contra nosotros? Han negado el pan á las tropas, que han preferido dejarse desarmar á hacer fuego contra el pueblo. Y ellos nos llaman asesinos, ellos que castigan con hambre á los que no quieren asesinarlos.

Ante todo, lo decimos indignados, el fango ensangrentado, con que intentan manchar nuestro honor, es una innoble infamia. Nunca una orden de asesinato ha sido firmada por nosotros; nunca la guardia nacional ha tomado parte en la ejecucion de un crimen.

¿Qué interés tendria esta? ¿Qué interés tendríamos nosotros mismos?

Esto es tan absurdo como infame.

Además, es casi vergonzoso el defendernos. Nuestra conducta muestra, en definitiva, lo que somos. ¿Hemos alcanzado sueldos ú honores? Si somos desconocidos, habiendo podido obtener, como ha sucedido, la confianza de 215 batallones ¿no es porque hemos desdeñado hacernos una propaganda? La notoriedad se obtiene á buen precio; algunas frases huecas y un poco de corbadía son suficientes. Un pasado reciente lo ha probado.

Nosotros, encargados de un mandato que hacia pesar sobre nuestras cabezas una terrible responsabilidad, la hemos

cumplido sin excitar á nadie, sin miedo, y desde que hemos llegado al fin, decimos al pueblo que nos ha estimado lo bastante para escuchar nuestros consejos que han calmado muchas veces su impaciencia: «Hé aquí el mandato que nos has confiado: allí donde nuestro interés personal empiece, nuestro deber concluye; haz tu voluntad. Juez mio, tú te has hecho libre. Oscurecidos hace algunos dias, entramos oscurecidos en tus filas, y enseñamos á los gobernantes que se puede bajar con la cabeza erguida, los escalones de tu Hotel de Ville, y en la seguridad de encontrar al fin tu leal y poderosa mano.

Los miembros del comité: Ant. Arnaud. — Assy. — Billioray. — Ferrat. — Babick. — Ed. Moreau. — C. Dupont. — Varlin. — Boursier. — Mortier. — Gouhier. — Lavalette. — Fr. Jourde. — Rousseau. — Ch. Lullier. — Henry Fortune. — G. Arnold. — Viard. — Blanchet. — J. Grollard. — Barroud. — H. Geresme. — Fabre. — Pougeret. — Bouit.»

Es difícil hallar un documento oficial de un gobierno escrito con mayor sinceridad. La lealtad y la buena fé campean y resplandecen en todo él, dándole un carácter distintivo. Pero á primera vista deja conocer desde luego cierta irresolucion en el Comité, una especie de asombro y un afán de justificarse y atraerse las voluntades de los indiferentes más bien que de confirmar y dirigir los ánimos de los amigos. Un momento de perplegidad refleja este manifiesto, y nadie puede dudar que aquellos hombres que acababan de obtener tan gran triunfo no tuvieron un pensamiento preconcebido respecto de la revolucion. Un exceso de imparcialidad en tales momentos y la desmedida confianza en un seguro éxi-

to hicieron perder un tiempo precioso, y acarrearón más tarde una guerra sangrienta y despiadada.

El mismo sello de debilidad llevaba impresa la proclama del *Diario oficial*, que fué desde el día 20 la verdadera *Gaceta* del Hotel de Ville. Parecía que los vencedores enorgullecidos con los laureles conquistados solo se curaban del esplendor y de la plena justificación de la jornada del 18 de Marzo, como si las razones pudieran convencer á los que, ciegos por el interés, habían condenado de antemano y sin apelación todo el movimiento revolucionario del pueblo parisiense.

Decía así esta alocución á las provincias de la Francia:

#### A LOS DEPARTAMENTOS.

El pueblo de París, despues de haber dado desde el 4 de Setiembre una prueba incontestable y sorprendente de su patriotismo y de su amor á la República; despues de haber sobrellevado con una resignacion y un valor dignos de todo elogio los sufrimientos y las luchas de un sitio largo y sangriento, acaba de mostrarse de nuevo á la altura de las circunstancias presentes, y ha hecho los esfuerzos necesarios que la pátria estaba en el derecho de esperar de su acendrado amor á la libertad.

Por su actitud digna, imponente y fuerte, por su espíritu de orden republicano, ha sabido unir la inmensa mayoría de la guardia nacional, captarse las simpatías y el concurso activo del ejército, mantener la tranquilidad, evitar

la efusion de sangre, reorganizar los servicios públicos, respetar las convenciones internacionales y los preliminares de la paz.

Espera que, cuando esta conducta sea conocida, las calumnias ridículas y odiosas esparcidas desde hace algunos días en las provincias desaparecerán.

Los departamentos, advertidos del engaño, harán justicia al pueblo de la capital, y comprenderán que la union de todo país es indispensable para la salvacion comun.

Las grandes ciudades han hecho ver en la época de elecciones de 1869 y del plebiscito, que estaban animadas del mismo espíritu republicano que París; las nuevas autoridades republicanas esperan, por lo tanto, que les prestarán su concurso enérgico en las circunstancias presentes y les ayudarán á consolidar la obra de regeneracion de y salvacion que han emprendido en los más grandes peligros.

Las aldeas tambien imitarán el ejemplo de las ciudades. La Francia entera, despues de los desastres que ha sufrido, no tendrá más que un objeto: asegurar la salvacion comun.

Hé ahí una gran obra, digna de un pueblo entero, que no desfallecerá un momento hasta verla realizada.

Las provincias, uniéndose á la capital, enseñarán á la Europa y al mundo que la Francia entera quiere evitar toda division intestina, toda efusion de sangre.

Los poderes actualmente son esencialmente provisionales, y serán reemplazados por un Consejo comunal, que será elegido el miércoles próximo 22 del corriente.

Que las provincias se apresuren á imitar el ejemplo de la

capital, organizándose de un modo republicano, y que se pongan en contacto con ella por medio de delegados.

El mismo espíritu de concordia, de union, de amor republicano nos inspirará á todos. No tengamos sino un objeto, la salvacion de la pátria y el triunfo definitivo de la República democrática una é indivisible.—Los delegados *Journal Officiel.*

En ninguno de estos documentos se ve una proclamacion de principios, ni la mas pequeña esposicion de programa político.

El Comité central no se hizo cargo ciertamente de la situacion, no comprendió que habia triunfado el partido revolucionario, que estaba rodeado de enemigos formidables, y que aplazarlo todo para la eleccion de la Commune era dar tiempo á que el gobierno de Thiers se repusiera, reorganizara un ejército, y sitiara la capital incomunicándola por completo con las provincias. Las revoluciones que se detienen en su desarrollo se suicidan; pero cuando en su principio tratan de reprimirse y contenerse, malogran la mejor ocasion de su completo planteamiento, y dan origen á peligros de muerte tanto en su propio seno como de parte de los enemigos exteriores. Los hombres del Comité central quisieron seguir una política de atraccion en circunstancias en que era necesario obrar, y mostraron un capital empeño en no aparecer como gobierno revolucionario, sino como un poder accidental é interino que no tenia mas objeto que el de presidir las elecciones municipales. ¿Tanta buena fé no era cándida é inocente, cuando semejantes adversarios habia que combatir? ¿qué garantía habia de

tener luego la Commune una vez elegida enfrente del gobierno de Thiers y de la Asamblea de Versalles? ¿No comprendieron desde el principio que una guerra á muerte se habia planteado entre los hombres de la revolucion y los grupos políticos de los partidos doctrinarios? Pero los mismos hecho desmentian de un modo necesario y fatal aquel empeño del Comité de no aparecer como gobierno.

En el mismo *Diario oficial* del 20 aparecen multitud de decretos estableciendo disposiciones propias de la incumbencia sola de un poder constituido; pero todas ellas atendiendo mas á la política de conciliacion para lo presente que á una actitud revolucionaria y enérgica contra los peligros seguros del porvenir.

Veanse todos estos acuerdos tomados á raiz del levantamiento, y al mismo tiempo que obtenga aplausos el espíritu democrático y generoso en que se inspiran, no podrá menos de desconocerse en ellos la audacia de los verdaderos revolucionarios, y la entereza de ánimo que mas tarde mostraron aquellos mismos hombres. Helos aquí:

#### A LA PRENSA.

«Las autoridades republicanas de la capital quieren hacer respetar la libertad de la prensa, así como todas las otras; esperan por lo tanto que todos los periódicos comprenderán que el primero de sus deberes es el respeto debido á la República, á la verdad, á la justicia y al derecho, que están bajo la custodia de todos.

El *Journal Officiel* desmiente los rumores alarmantes y las calumnias propaladas á sabiendas por ciertos periódicos

desde hace tres días. Previene á la capital y á las provincias que desconfíen de esos manejos culpables que deben cesar con la República, y que de continuar serian muy pronto un verdadero peligro.

Se levanta el estado de sitio en el departamento del Sena.

Los consejos de guerra del ejército permanente son abolidos.

Se concede completa amnistía por todos los crímenes y delitos políticos.

Se previene á todos los directores de las prisiones que pongan inmediatamente en libertad á todos los detenidos políticos.

El nuevo gobierno de la República ha tomado posesion de todos los ministerios y de todas las administraciones.

Esta ocupacion, llevada á cabo por la guardia nacional, impone grandes deberes á los ciudadanos que han aceptado esta difícil tarea.

El ejército, comprendiendo al fin su posicion y sus deberes, ha fraternizado con los habitantes de la ciudad: tropas de línea, móviles y marinos se encuentran unidos para cooperar á la causa comun.

Sepamos aprovechar esta union para estrechar nuestras filas y de una vez plantear la República sobre bases sólidas é inespugnables.

Que la guardia nacional unida á la tropa de línea y á los móviles continúe su servicio con energía y con patriotismo.

Que los batallones de la milicia, cuyos cuadros aún no están completos, ocupen los fuertes y todas las posiciones avanzadas, á fin de asegurar la defensa de la capital.

Las municipalidades de los distritos, animadas del mismo celo y del mismo patriotismo que la guardia nacional y el ejército, se han unido á ellos para asegurar la salvación de la República y preparar las elecciones del consejo municipal que van á verificarse.

¡Que no haya divisiones! ¡Perfecta unidad; completa y entera libertad!»

Después de esto insertó el *Journal Officiel* esta nueva proclama que fué fijada además en todos los sitios públicos de París, y en la cual se da cuenta de haberse hecho cargo el Comité federado de la guardia nacional, de todos los servicios públicos y de todas las atenciones del gobierno de la ciudad.

«Ciudadanos: La jornada del 18 de marzo, que por razón de interés quieren desfigurar de una manera odiosa, será llamada en la historia la jornada de la justicia del pueblo.

El gobierno caído, siempre torpe, ha querido provocar un conflicto sin darse cuenta de su impopularidad ni de la fraternidad de las diferentes fuerzas armadas de la nación.

El ejército entero, mandado para ser fratricida, ha contestado á esta orden con el grito de ¡Viva la República! ¡Viva la guardia nacional!

Hoy los ministerios se han constituido, la prefectura de policía funciona, las administraciones recobran su activi-

dad, y nosotros invitamos á todos los ciudadanos á que mantengan la calma, y guarden el más perfecto orden.

Ciudadanos: habeis visto la obra de la guardia nacional; la union establecida en medio de tantas dificultades por el comité de la federacion de la guardia nacional ha enseñado lo que hemos podido hacer y lo que haremos en lo futuro.

Una reunion de los alcaldes y sus adjuntos y de los diputados de París, iniciada por el ciudadano Tolain, ha tenido lugar en la alcaldia del segundo distrito.

La gravedad de los acontecimientos da á esta reunion una extraordinaria importancia. Despues de la discusion, se envió una delegacion á Mr. Picard para entenderse con él sobre las modificaciones que hay que introducir en el sistema gubernamental.

Muchas proposiciones se han hecho pero sin resultado; Mr. Picard no puede, segun ha asegurado, tomar ninguna decision sin el asentimiento de sus colegas.

La delegacion fué enseguida á casa del general Aurelles de Paladines, que declaró no podia poner remedio á una situacion que no habia creado.

El general añadió que la suerte de Francia se hallaba entre las manos de las municipalidades, y que abandonaba toda iniciativa.

A consecuencia de estas declaraciones, el comité central de la guardia nacional ha previsto las necesidades imperiosas de la situacion, y ha organizado los servicios públicos.

¡Viva la República!

## CAPITULO VI.

Thiers en Versalles.—Disposicion de ánimo de los diputados.—Sesiones de la Asamblea.—Declaraciones de Thiers y de Julio Favre.—Una sesion del Comité central.

Desde el 19 de Marzo todo el París oficial habia obedecido á la orden de retirada á Versalles, y en este último punto se hallaba reconcentrado ya el personal de todos los ministerios, el de todas las administraciones públicas y todas las ruedas en fin de la máquina gubernamental. Instalado Thiers en el palacio de la prefectura, telegrafaba á las autoridades de todos los departamentos una circular declarando que seria considerado como reo de alta traicion todo el que ejecutara con órdenes que no procediesen del gobierno de Versalles. Al propio tiempo afirmaba contar con 40.000 soldados á las órdenes de Vinoy para la defensa de la Asamblea, noticia completamente falsa puesto que ascendia á poco más de 12.000 hombres todo el contingente de tropa de que en aquellos momentos podia disponer. ¿Se hizo cargo el célebre ministro de Luis Felipe de la trascendencia

del movimiento de París? Creo hacerle justicia al suponer que consideró como un motin aislado y sin consecuencias lo que llevaba en su seno el germen de una revolucion social. Es más fácil escribir la historia de los grandes hechos de la humanidad cuando estos ya pasaron, que penetrarse del espíritu de los sucesos contemporáneos y tomar parte en ellos con el elevado criterio que de lo antiguo se juzga. El autor de la *Revolucion francesa* probó en esta crisis suprema de su país, que el sábio de gabinete, esclavo las más veces de sus teorías ó de sus preocupaciones, se agita en un mundo muy distinto de la realidad, y que en la atmósfera artificial en que se encierra no siente ni vive la vida libre y espontánea de la naturaleza. El que habia hecho la crónica de la revolucion estuvo cerca de ella. la tocó con sus manos y ciego y desconcertado la negó sin llegar siquiera á vislumbrarla.

Su manifiesto, firmado tambien por su gobierno, y dirigido á la nacion para explicar las últimas ocurrencias de París, dan testimonio de una completa imprevision política porque no quiero ni puedo creer que el rencor de partido llegara al extremo de cerrar todo camino de conciliación en aquellos instantes, y de poner á los insurrectos en el duro trance de resistir hasta la muerte. En la referida circular se consideraba como una sedicion efimera que azotaba la ciudad, cual una tempestad súbita é irresistible, el alzamiento de la guardia nacional.—Hacia un llamamiento al país para luchar sin debilidad contra el motin, y despues de grandes inexactitudes y noticias completamente falsas que solo descrédito podian proporcionar al gobierno, con-

cluía con estas palabras de encono y de venganza, fomentando así el fuego de la discordia, y haciendo imposible toda avenencia desde el punto en que inculpaba á todo un pueblo la responsabilidad de un crimen aislado:

«Los facciosos que tan grave atentado han cometido contra la República van á verse obligados á hundirse de nuevo en la sombra; pero no será sin dejar en pos de sí con las ruinas que han causado y con la sangre generosa derramada por sus asesinos la prueba cierta de sus inteligencias con los más detestables agentes del imperio y las intrigas enemigas. El día de la justicia está próximo. En la entereza de todos los buenos ciudadanos consiste el que esta sea ejemplar.»

\*  
\* \*

A medida que los diputados iban llegando á Versalles, acentuábase más decididamente en el gobierno la tendencia á resistir á todo trance. Reflejábase en todos los círculos políticos, al par que un profundo terror de los partidos doctrinarios, cierta satisfaccion al pensar que el pueblo de París se habia hecho reo de una sublevacion, y que esto justificaria grandes medidas de represion, y quizá una restauracion monárquica tan anhelada por la derecha. El espíritu de conservacion dominaba de tal suerte el ánimo de los viejos realistas, que se discutia acaloradamente sobre la traslacion de la Asamblea y del gobierno á Bourges, á Poitiers ó á Tours, buscando siempre un buen centro de operaciones para una resistencia en toda regla aquellos hombres que tan fácilmente se plegaron ante los prusianos y que decla-

raban á la nacion que habian abandonado la capital para evitar una guerra civil. Solo á fuerza de una oposicion enérgica y firmísima y merced á la actitud pasiva del Comité central logröse que la Asamblea no huyera tambien de Versalles andando por el país en busca de un lugar de refugio donde guarecerse. La cobardía es siempre feroz é intransigente cuando está lejos del peligro ó despues que el valor ajeno le ha proporcionado la victoria. Por eso los diputados versalleses siguieron una conducta que inspirada alternativamente por el miedo y por la ciega intransigencia solo alcanzó aumentar los peligros sin conjurar el más pequeño de ellos.



La sesion del 20 de Marzo fué muy significativa. Una reunion de los diputados de la mayoría habia acordado con anterioridad declarar que la Asamblea tenia poderes constituyentes. El gobierno presentó una proposicion á fin de que se declarasen en estado de sitio los departamentos del Sena y del Oise.

Mr. de Clemenceau diputado y alcalde de Montmartre presenta un proyecto de ley, que lleva la firma de la fraccion radical de los diputados parisienses, á fin de que se decrete la eleccion de un consejo municipal de la ciudad de Paris y reclama la urgencia en términos muy apremiantes. Casi todos los diputados de la derecha se levantan á protestar y grandes murmullos ahogan la voz del orador.

—Si rechazais la urgencia, dice Mr. Clemenceau, me obligareis á deciros por qué la reclamo.

Nuevas protestas estallan que bien pronto se convierten en tempestuosos clamores.

—Pues bien sea, grita entonces Mr. de Clemenceau, vosotros me obligais, preciso es que yo me explique. Hace dos dias que París está en la anarquía mas completa. Hace dos dias que el gobierno ha desertado del puesto que allí le señalaba su deber.

A estas palabras Mr. Thiers se indigna, y pronuncia con vehemencia algunas frases de protesta. Mr. de Clemenceau continúa:

—París es presa de la insurreccion. Hace falta en París una autoridad: y ¿dónde la he de tomar, puesto que habeis partido?

La indignacion de Mr. Thiers redobra, quiere hablar, pero hace un esfuerzo sobre sí mismo, y para huir de su cólera abandona el salon. Mr. Picard, ministro de la Gobernacion, sube á la tribuna y declara que el gobierno desea una reforma del consejo municipal de París; pero que en aquellos momentos de insurreccion, todo lo relativo á este asunto seria parlamentar con el motin.

La sesion del dia 21 ofrece un incidente que prueba aun más la pequeñez y pusilaminidad de la Asamblea, y justifica mas de lleno todas las desconfianzas que tan fundadamente abrigaban hácia ella los republicanos de París.

Al darse cuenta de la proclama del gobierno sobre los acontecimientos del 18 de Marzo, Mr. Peyrat pide que se añadan al final las palabras de ¡viva la República! Un ruidoso tumulto estalla entonces en la derecha: vivas interpe-laciones se cruzan entre los diversos lados de la Cámara;

algunos diputados de la mayoría se levantan á rechazar aquella petición, diciendo que la proclamá estaba votada y que no podía modificarse. ¡Ridículo y cobarde proceder! No se atrevían á ponerse en frente de la República ni tenían abnegación para acallar sus preocupaciones de partido. En vano Milliére, gerente de la *Marsellesa* y partidario de los insurrectos, intenta hablar: la Cámara se niega á oírlo; Thiers toma entonces la palabra y vuelve á dar en espectáculo sus vacilaciones, sus complacencias y sus repugnantes equilibrios. Declara que no quiere volver sobre la proclama; «está votada, dice, y no se puede volver sobre ella ni aun para una adición *que es muy legítima*.» Diversas manifestaciones de reprobación y de aplauso siguen á estas palabras. «Digo, añade entonces Mr. Thiers, ni aun para una adición, *que pudiera ser legítima*. Si nosotros estamos unidos prosigue mas adelante, la Francia entera lo estará enfrente de una horda de bandidos.» Respecto al derecho de los parisienses á elegir libremente su municipio no dice nada definitivo Thiers; manifiesta de un modo nebuloso sus simpatías hácia el establecimiento de la Commune, pero pide un aplazamiento, y reclama algunos días, á fin de que la paz renazca. Al mismo tiempo dá grandes seguridades de que no quiere atacar á París, y de que prefiere haber sido vencido al solo intento de combatirlo.

Mas franco Julio Favre en sus declaraciones reaccionarias dice con profunda indignación: «París quiere imponer su dominación á la Francia,» sin recordar que el gobierno del 4 de Setiembre fué proclamado solo por el pueblo parisiense, y sin la anuencia de la nacion la com-

prometió toda entera en el armisticio del 28 de Enero. Después, en un arranque oratorio, esclama: «¡Me he engañado al conservar las armas á la guardia nacional! Pido perdón de ello á Dios y á los hombres.»

Estas eran las bases con que podía contar una transacción entre París insurreccionado y Versalles centro de los fugitivos. Los hombres de la Revolución eran llamados bandidos: la República protestada y combatida: la Asamblea decidida á hacerse constituyente: el derecho de elegir un municipio libre puesto en duda; y la guardia nacional amenazada del desarme. ¿Quién era entonces el principal agente de la guerra civil? ¿Quién clavaba en el corazón ensangrentado de la Francia el tizon de la discordia fratricida?

\* \* \*

Al mismo tiempo que tenían lugar estos debates en Versalles celebraba el Comité central sus sesiones en medio del mayor orden y de la más completa unanimidad; pero sin tomar ninguna resolución salvadora de los grandes conflictos que se preparaban en torno suyo. Para comparar el espíritu de uno y otro bando, trasladamos á continuación el extracto de la sesión que se verificaba en el Hotel de Ville en los mismos instantes en que Thiers llamaba hordas de bandidos á la guardia nacional de París.

PRESIDENCIA DEL CIUDADANO ASSI.

«El ciudadano Varlin llama la atención del comité sobre la cuestión de prorogar los vencimientos. La ley sobre los vencimientos es una ley mal hecha, dice, de la que se resiente extraordinariamente el comercio parisiense.

Los tiempos que nos vemos obligados á atravesar nos imponen el deber de suplir la falta de prevision de los legisladores de la Asamblea nacional.

El ciudadano Billioray observa que no siendo gobierno el comité, no puede decretar la próroga de los efectos de comercio.

El ciudadano Mortier apoya la mocion del preopinante, desenvolviendo la idea de que la próroga de los efectos de comercio solo puede corresponder á la *Commune*, que iba á ser nombrada.

El ciudadano Varlin reclama la urgencia.

Queda reservado el proyecto.

El delegado Grollar toma la palabra. Se ha presentado una dificultad, dijo: el pago de haberes á la guardia nacional se hace dificilmente. Hay que allanar cuanto antes esta dificultad: es preciso ante todo que los ciudadanos vivan y hagan vivir á sus familias.

El ciudadano Assi esplana la idea de que aun cuando el gobierno debia conocer la situacion, nada habia dejado al comité en punto á numerario. El comité, añadió, cuidando de evitar las acusaciones de sibaritismo, hechas al gobierno de 1848, debe zanjar la dificultad, y hay que hallar forzosamente los fondos necesarios para pagar los haberes de la guardia nacional. Un impuesto inmediato seria dificil de recaudar, y acaso ilegal. El comité enviará delegados al Banco y á las grandes administraciones. Esas instituciones de crédito suministrarán, en el límite de lo estrictamente necesario, los fondos indispensables.

La proposicion fué votada por unanimidad.

El ciudadano Pourgeret llamó la atención del comité sobre la situación de los soldados errantes en París. El comité, dijo, tiene el deber de protegerlos y alimentarlos.

La Asamblea vota que de los fondos que hayan de percibirse se tome la suma necesaria para impedir que los militares se mueran de hambre.

El ciudadano Rousseau llama también la atención sobre la oposición que empieza á manifestarse en París.

El ciudadano Assi declara en nombre de la libertad que están tomadas todas las disposiciones para asegurar la libertad de las elecciones, pero que las opiniones de cada cual son libres. Esa es nuestra fuerza, añadió; la libertad debe ser nuestra legalidad.

Reservóse la cuestión de los alquileres propuesta por el ciudadano Blanchet. Sin embargo, parece encontrar más partidarios el proyecto que asegura el pago solo de los alquileres crecidos.

Gran número de delegados de los batallones de la guardia nacional habían enviado al comité su adhesión. El ciudadano Assi espera que los pocos disidentes se adherirán al día siguiente.

Los generales envían sus partes todos favorables.

La sesión se levanta á los gritos de ¡viva la República!»

## CAPITULO VII.

Se rehace el partido conservador en París —La declaración de los treinta periódicos.—Manifestación de la plaza de Vendome.—Es disuelta á viva fuerza por la guardia nacional.—Proyectos de transaccion.—Trabajos del almirante Saisset.

En los momentos de peligro y cuando todo el ejército fluctuaba entre la disciplina y las simpatías hácia la Revolución, el general Vinoy habia invocado con todas sus fuerzas el auxilio de la guardia nacional partidaria de los conservadores. En vano el toque de generala habia llamado á la defensa del gobierno á los hombres del partido que se llamaba del orden. A duras penas solo trescientos nacionales de la clase media se habian ofrecido al gobernador de París. Pero apenas vieron las fracciones reaccionarias renacer la tranquilidad en las calles, prevalecer la libertad y se convencieron de la templanza y débil política del comité revolucionario, cobraron ánimos y contando con el auxilio de Versalles, empezaron á organizar la lucha por todos los medios que á su alcance estaban. El *Diario oficial* denunciaba ya en los primeros dias la actitud amenazadora

de algunos grupos que de trecho en trecho ocupaban el *boulevard* de los Italianos, y en los cuales algunos oradores reaccionarios concitaban las pasiones contra los hombres del Hotel de Ville, asegurando que era imposible que el nuevo gobierno procurara á los obreros el trabajo que necesitaban.

Siguiendo esta corriente casi toda la prensa periódica de París se puso á la cabeza del movimiento. Por iniciativa del director de la *France* hubo una reunion general de los jefes políticos de la mayoría de los periódicos de la capital y se acordó publicar una protesta contra las elecciones excitando á la anulacion de las elecciones decretadas para la Commune. Este documento redactado el dia 20 apareció el 21 en esta forma:

#### A LOS ELECTORES DE PARIS.

##### DECLARACION DE LA PRENSA.

Considerando que la convocatoria de los electores es un acto de la Soberanía nacional.

Que el ejercicio de esta soberanía solo pertenece á los poderes que emanan del sufragio universal.

Que por consiguiente, el Comité instalado en el Hotel de Ville no tiene ni derecho ni caracter para hacer esta convocatoria; los representantes de los periódicos que suscriben declaran la convocatoria fijada para el 22 del corriente nula y de ningun valor, y excitan á sus electores á prescindir de ella por completo.

*Le Journal des Debats, Le Constitutionnel, Le Siècle, Le Moniteur (Universel, Le Figaro, Le Gaulois, La Verité, Paris Journal, Le Rappel.*

*La Presse, La France, La Liberté. Le Pays, Le National, L'Univers, Le Temps, La Cloche, La Patrie, Le Bien Public, L'Union, L'Avenir Liberal, Journal des ville et des campagnes, Le Charivari, Le Monde, La France Nouvelle, La Gazette de France, Le Petite, Moniteur, Le Petite National, L'Electeur Libre, La Petite Presse, Le Messager de Paris, Le Soir.*

Esta conducta de la prensa era una provocación insensata á la guerra civil, y las razones que aducía contra la eleccion de la Commune no era mas que un pretexto para encubrir su adersion profunda y su hostilidad decidida hácia el partido revolucionario. ¿Cómo podian aquellos periódicos condenar el derecho de elegir París su municipio, y recusar al Comité del Hotel de Ville la facultad de convocar á los comicios, cuando la mayor parte de ellos habia apoyado con todas sus fuerzas á los hombres del 4 de Setiembre que subieron al poder y gobernaron á toda la Francia en virtud de una insurreccion de los parisienses? ¿Cómo consideraron legítima la convocacion hecha por ellos para las elecciones de una Asamblea general de la nacion, y declaraban nula la eleccion del Ayuntamiento de Paris solo por proceder la convocatoria de un poder fundado en el triunfo de la guardia nacional? ¿Cuál era su criterio para distinguir la legitimidad de los movimientos populares?

El Comité central se limitó á dirigir una amonestacion á la prensa, amenazando con una represion severa si continuaba excitando á la desobediencia de sus decisiones y de sus órdenes. Pero el partido afecto á Versalles continuó

animado por sus periódicos, los trabajos de reorganización, considerándose vencido más por la sorpresa que por la fuerza de sus contrarios. El día 22, una reunión pacífica en su principio, tuvo lugar en la plaza de la nueva Opera, á la que acudieron unas tres mil personas de las clases más acomodadas de la sociedad, y que desde el principio del sitio pertenecían en su mayor parte á la guardia nacional. Proponíanse los promovedores de ella hacer una manifestación en favor de la Asamblea de Versalles. Todos los oradores que á ella acudieron, pronunciaron apasionados discursos reclamando la unión de todos los ciudadanos para salvar la legalidad y el orden. Todos sostuvieron que la situación crítica de París no podía prolongarse. Un gran cartelón con las palabras «llamamiento á todos los hombres de orden,» fué paseado por medio de los grupos y acogido con grandes aplausos. Para halagar todas las tendencias y todas las opiniones no se escasearon los vivas á la República. El *meeting* al fin acordó ponerse en marcha y pasear las calles de París, después de enarbolar la bandera tricolor. En número de cuatro mil se adelantaron por la calle de la Paz hácia la plaza de Vendome, pero poco antes de llegar á esta encuentran á los centinelas de un batallón de la guardia nacional que les niegan el paso. Siendo una posición estratégica la plaza de Vendome, ocupada entonces por el Estado mayor de la milicia, receló esta dejar libre entrada á una manifestación que había tomado un carácter tumultuoso y que había desarmado á los centinelas de la guardia nacional que había encontrado aislados en el camino. Los manifestantes se detienen, y de enmedio de la multitud que á cada

momento aumenta, se levantan los gritos de ¡viva el orden! ¡viva la República! ¡viva la Asamblea nacional! y algunos otros de ¡abajo el Comité central! ¡abajo los asesinatos! Los jefes de la manifestacion, personas caracterizadas en los partidos doctrinarios, intentan seguir con los nacionales el sistema que estos adoptaron para atraerse el ejército, y animados coloquios se entablan entre los de uno y otro bando á fin de conseguir el libre paso. El batallón de nacionales se forma en línea de batalla, y el redoble de tambor marca la primera intimacion para que despejen el campo los que quieren forzar la consigna. El almirante Saisset que acababa de ser nombrado comandante general de la guardia nacional por el gobierno de Thiers, insiste á la cabeza de la manifestacion en que cedan los que guardan la plaza; entonces despues de otra nueva intimacion hacen estos una descarga al aire que llena de espanto á la multitud y pone en precipitada fuga á la inmensa mayoría de los manifestantes. Todos están contestes, amigos y enemigos, en que no resultó herido alguno de esta primera descarga. Atribuyendo esto á debilidad quizás ú obedeciendo á planes preconcebidos, un grupo numeroso no retrocede un paso y permanece á pié firme diciendo: ¡quedémosnos! Momentos despues los fusiles de la guardia nacional se bajan y hacen fuego sobre los amotinados que se ponen en precipitada fuga, quedando en el sitio unas veinte víctimas entre muertos y heridos y dejando á sus espaldas toda la calle sembrada de puñales, revolvers y bastones de estoque que no hablan mucho en favor del carácter pacífico de la manifestacion.

Mientras los versalleses han sacado gran partido de este acontecimiento para execrar á los comuneros diciendo que habian organizado el asesinato, y que se habian ensañado contra ciudadanos pacíficos é indefensos los hombres de la revolucion han sostenido que los manifestantes fueron los primeros en hacer fuego contra ellos, y si esto como parece no es muy verosímil, es indudable que hicieron resistencia como lo prueba el hecho de que quedaron dos guardias nacionales muertos, y nueve gravemente heridos, entre los cuales se contaba un miembro del Comité central.

¡A cuántos escesos no se hubiera entregado un gobierno conservador despues de semejantes ocurrencias! ¡Qué medidas de reprension no hubiera adoptado con un pretesto como el de una manifestacion tumultuosa! La historia de los paises constitucionales abunda demasiado en casos de esta índole para que tengamos que recordar persecuciones rigurosas fundadas en acontecimientos más insignificantes y de menos valor. El Comité central se limitó á anunciar al dia siguiente que estaba decidido á adoptar las medidas más enérgicas para hacer respetar los derechos que habian reivindicado los ciudadanos de París. Sin embargo, este incidente le hizo tomar una actitud más decidida y acordó prescindir de los alcaldes y de los diputados de París para las elecciones de la Commune, á los cuales imputó el no haberlas podido hacer el dia 22 por lo que se veia obligado á aplazarlas para el dia 26.

Aprovechando este plazo, algunos hombres de buena vo-

luntad y otros muchos. con ánimo de ganar tiempo para Thiers y sus partidarios, empezaron á hacer esfuerzos supremos á fin de lograr un arreglo por medio de transacciones aceptables para todos. Para este objeto no pudo hacerse una eleccion de comandante en jefe más acertada que la del almirante Saisset, que por su brillante conducta durante el sitio y sus ideas amigas del pueblo y de la República, se habia captado las simpatias de todas las clases. Una proclama suya devolvió las esperanzas á los que presentian los horrores de una guerra, é hizo confiar en una solucion pacifica y salvadora. Encabezada con el lema de *Libertad, igualdad y fraternidad* decia así:

Queridos conciudadanos me apresuro á poner en vuestro conocimiento que de acuerdo con los diputados del Sena y los alcaldes de París, hemos obtenido del gobierno de la Asamblea nacional:

- 1.º El reconocimiento completo de vuestras *franquicias municipales*.
- 2.º La eleccion de todos los oficiales de la guardia nacional, incluso *el general en jefe*.
- 3.º Modificacion de la ley sobre los cambios.
- 4.º Un proyecto de ley sobre los alquileres, favorable á los inquilinos hasta los alquileres de 1.200 francos inclusive.

Esperando que confirmeis mi nombramiento, ó que me hayais reemplazado, esperaré en mi puesto de honor para velar por la ejecucion de las leyes conciliadoras que hemos logrado obtener y para contribuir así á la consolidacion de la República.

El vicealmirante, comandante general interino, SAISSET.

General alegría produjeron en todos los partidos estas promesas, en cuyo cumplimiento estribaba la consolidacion de la República. El Comité central se apresuró á aceptarlas y nombró como delegados á los ciudadanos Brunel y Protot para establecer los términos de un arreglo con el almirante Saisset. En prenda de su espíritu conciliador, puso en libertad al general Chanzy detenido por la guardia nacional en los primeros momentos de la insurreccion, y fué tanta la confianza de todos, que fraternizaron los batallones de la milicia disidentes con los federados á los gritos de ¡viva la República! El almirante Saisset, fiel al convenio establecido con el Comité central, salió para Versalles á presentar su dimision de comandante general despues de dar una órden autorizando para volver á sus hogares á todos los gefes y guardias nacionales del Sena. Pero el gobierno de Thiers y la Asamblea de los rurales mas obcecados cada vez por su furor reaccionario habian tomado la resolucion de la intransigencia, y buscaron el mas fútil de los pretextos para romper lo mas pronto posible con los parisienses en cuanto contaron con un ejército compuesto de los soldados del imperio que volvian de las prisiones de Alemania.

## CAPITULO VIII.

Fundadas desconfianzas del Comité central.—Los alcaldes de París en la Asamblea.—Se ven obligados á ponerse de parte de la revolucion.—Las elecciones.—Cuadro de los candidatos elegidos.—Proclamacion solemne de la Commune.

Al mismo tiempo que en la Asamblea se insultaba con todo linaje de injurias al Comité de París y se manifestaba en medio de generales aplausos el arrepentimiento del gobierno por haber dejado las armas á la guardia nacional, los delegados de Versalles reclamaban de los comuneros como condicion indispensable el aplazamiento de las elecciones hasta el dia 30. ¿Podia acceder á esto la revolucion triunfante? El ciudadano Assi protestó vivamente contra tal concesion en el Hotel de Ville declarando que un solo dia de retraso podia perderlo todo. «Los alcaldes y los diputados por París, dijo, no merecen confianza alguna: los ministros son unos canallas; los diputados imbéciles feroces. Es muy difícil por lo tanto tener ni sombra de confianza en semejantes hombres.» El comité reconoció la justicia de estas observaciones y envió dos delegados á la alcaldia del segundo dis-

trito á participar á los agentes de Thiers que las elecciones se harian indefectiblemente en el dia señalado.

Las desconfianzas del Comité no podian estar mas justificadas ¿Que razones alegaba la Asamblea para exigir un aplazamiento? ¿No era esto entregar á la Revolucion atada de pies y manos á los hombres de Versalles, cuyo ejército recibia cada dia nuevos refuerzos, y cuyo lenguaje revelaba una actitud cada vez más feroz y belicosa? El partido llamado del orden conservaba aun posiciones de importancia en París, y sus periódicos no cesaban un momento de llamar á los parisienses á la resistencia contra los *facciosos* de la guardia nacional. Basta leer la prensa de aquellos dias para comprender la imposibilidad en que se halló el Comité del Hotel de Ville de ceder en lo más mínimo. Tenia pues razon Assi cuando decia á sus compañeros de la guardia nacional. «Si retardamos las elecciones, el poder, que es sinónimo de la reaccion, vendrá á imponerse con todo su peso á los electores: de tal suerte dirigirá el voto que nosotros representantes de la revolucion hoy victoriosa seremos, no solamente los vencidos, sino los proscriptos de mañana.»

A las doce de la noche los delegados que habian ido al segundo distrito volvieron al Hotel de Ville á anunciar que el gobierno de Versalles rechazaba las elecciones en tan breve término: y no reconocia el carácter oficial del mandato que de la guardia nacional habian recibido Brunel y Protot. El Comité declaró entonces por unanimidad nulas y de ningun valor las negociaciones entabladas, y la sesion se levantó á los gritos de ¡viva la República! ¡viva la Commune!

Esta ruptura vino á crear una situacion por demás esce-

cional y violenta. La Revolucion se veia obligada á empuñar la espada de la dictadura para defenderse de los enemigos que se negaban á todo arreglo y á toda conciliacion. Sin embargo tan grande era el deseo de los hombres del Comité central de legalizar su situacion y tanta su confianza en que el sufragio universal seria favorable á su causa, que no vacilaron un momento en acudir á los comicios cuando otro género de lucha era el que imponian y reclamaban las circunstancias. En tan suprema crisis los alcaldes de París decidieron de la situacion poniéndose enfrente de la Asamblea. Estas autoridades populares, que en su mayor parte eran republicanas y de los mejores antecedentes, habian trabajado de un modo heróico para lograr una conciliacion poniendo á salvo los principios y garantizando la perpetuidad de la República y la constitucion del municipio libre de París. Abandonada la capital por el gobierno desde las primeras horas de la insurreccion, acudieron ellos á Versalles á responder ante la Asamblea que se encargaban de restablecer el órden en París, como se diese oidos á sus ruegos y escitaciones. Un triunfo costó á los diputados parisienses que la Cámara consintiera la presentacion de los alcaldes. La derecha se aterrorizaba con los recuerdos de las antiguas comisiones que desfilaban delante de la Convencion para pedir el levantamiento en masa, y se horripilaba de pensar en que pudiera reproducirse la célebre jornada del 15 de Mayo del 48. Al fin el Presidente determinó que los alcaldes de París que fuesen diputados serian en la Asamblea los órganos de sus colegas, y que se destinaria una tribuna á los que no lo fuesen para que pudieran asistir á la sesion.

Los alcaldes entran llegado el día en la Cámara revestidos con su banda, y son acojidos con frenéticos aplausos por toda la izquierda que grita ¡viva París! ¡viva la República! Todos los diputados de la derecha protestan llenos de indignación contra estas manifestaciones: muchos de ellos se cubren é interpelan con vehemencia á los alcaldes, dirigiendo imprecaciones al pueblo de París. El Presidente agita en vano la campanilla: no puede representarse tan espantoso tumulto. Algunos representantes de la izquierda gritan:— Abajo los sombreros, estais insultando á París.

El Presidente, sin energía para tomar resolución alguna, se cubre y declara suspendida la sesión.

¿Qué hacen entre tanto los diputados republicanos? ¿Dónde estuvo su patriotismo y su valor para dejarse imponer por aquellas turbas de los representantes de todas las reacciones?

Desahogar su cólera con palabras, y calmar sus ánimos con apóstrofes retóricos y vacías declamaciones, cuando una actitud enérgica y revolucionaria habria salvado á la Francia regularizando y dando vida á la revolución de los comuneros. Una hora despues M. Grevy volvió á ocupar la presidencia, é influido ya por el gobierno, declaró que no quedaban asuntos que tratar en la órden del día, y por consiguiente levantaba la sesión.

Los diputados de la izquierda permanecieron sentados en sus puestos, mientras que los de la derecha evacuaron lentamente el salón. La mayor parte de las tribunas, especialmente la de los alcaldes de París, siguieron ocupadas hasta que entró la noche y todos hubieron de retirarse.

El efecto que produjeron estas escenas en París fué indescriptible. No era ya solo en los círculos republicanos donde estallaba la indignacion, sino hasta en los mas indiferentes se levantaba el espíritu de protesta y de oposicion hácia unos hombres que á la impotencia unian tal saña y encono contra el pueblo parisiense y tanta obstinacion en provocar á todo trance una guerra civil. En vano los alcaldes trataron de apaciguar los ánimos, diciendo que no habian sido insultados, como se creia, por una parte de la Asamblea. Ellos mismos, que al principio habian condenado el alzamiento, empezaron desde aquel instante una evolucion favorable á la guardia nacional, y en el momento decisivo, cuando todas las relaciones se habian roto entre París y Versalles, y era preciso optar entre la reaccion y la revolucion, los verdaderos republicanos se colocaron resueltamente de parte de esta última, proclamando como salvacion suprema las elecciones decretadas por el Comité central.

El 25, vísperas de las elecciones, apareció ya el siguiente manifiesto en que los diputados, los alcaldes y adjuntos de París, se unían al Comité Central para cumplir el único programa que hasta entonces la insurreccion habia tenido, cual era el establecimiento de la Commune.

Decia así:

«Los diputados de París, los alcaldes y sus adjuntos, que han vuelto á tomar posesion de las alcaldías de sus distritos, y los miembros del Comité Central de la federacion de la guardia nacional, convencidos de que el único medio de evitar la guerra civil, la efusion de sangre en París y al mismo tiempo de consolidar la República, es el proceder

inmediatamente á las elecciones, convocan para mañana domingo á todos los ciudadanos á los colegios electorales.

»Estos estarán abiertos desde las ocho de la mañana, y se cerrarán á las doce de la noche.

»Los habitantes de París comprenderán que en las presentes circunstancias el patriotismo los obliga á usar todos de su voto, á fin de que las elecciones tengan el carácter sério, que es lo único que puede garantizar la paz en la ciudad.

»¡Viva la República!

»Los alcaldes y adjuntos de París.

»(*Siguen las firmas de todos los distritos*).

»Los representantes del Sena presentes en París.—E. Lokroy, Floquet, Clemenceau, Tolain, Schoelcher, Greppo.

»El Comité Central de la Guardia nacional.

»(*Siguen las firmas*).»

Al mismo tiempo una gran parte de los periódicos que habian firmado la declaracion de nulidad de las próximas elecciones rompian el pacto, volvian sobre su acuerdo, y exhortaban á los parisienses á acudir á las urnas para conjurar los peligros que amenazaban á la patria y la república.

\*  
\*  
\*

Con tales elementos, las elecciones fueron al dia siguiente una verdad. Los colegios estuvieron concurridísimos en su mayor parte, y el partido revolucionario dió un alto ejem-



plo de moralidad política al hacer unas elecciones donde la legalidad mas completa resplandeció, y la libertad más omnimoda logró garantizar la lucha legítima de todos los partidos.

Aquella misma mañana dió el Comité Central su última proclama, declarando terminada su mision, y que cedia el puesto en el Hotel de Ville á los nuevos elegidos, á los mandatarios legales. Al propio tiempo daba consejos á los electores sobre los candidatos que debian preferir en términos generales y altamente moralizadores. «Desconfiad, decia, tanto de los ambiciosos como de los advenedizos: unos y otros solo consultan á su propio interés, y concluyen siempre por considerarse indispensables. Desconfiad igualmente de los charlatanes incapaces de pasar á vías de hecho; todo lo sacrificarán á un discurso, á un efecto oratorio, á una frase ingeniosa. Buscad, en fin, hombres de convicciones sinceras, á hombres del pueblo, resueltos, activos, que tengan un sentido recto y una honradez reconocida. Preferid á los que no soliciten vuestros sufragios: el verdadero mérito es modesto, y á los electores toca conocer á sus hombres y no á estos el presentarse.»

No influyeron poco estas exhortaciones para el resultado de la eleccion, que en su mayor parte recayó sobre ciudadanos de las condiciones y antecedentes que el Comité enaltecia.

Con exceso de pasion y de encono se han juzgado estas elecciones por los hombres de Versalles, á raíz de su cruel y sanguinaria victoria, pero nunca han podido aducir argumentos sólidos en contra de su validez. La gran mayo-

ría de los electores tomaron parte libremente en ellas, como lo acreditan partes oficiales, y las 225.000 papeletas que salieron del escrutinio, probaron que la Commune quedaba constituida por mayor número de votos que obtuvieron los alcaldes de París, bajo el gobierno del 4 de Setiembre. Sirviendo de base la condicion establecida en 1849, de que para ser electo, era preciso contar con mas de la octava parte de los electores inscritos en cada departamento, todos los nuevos miembros de la Commune excedieron en algunos miles de votos de este *minimum* señalado, menos los candidatos del octavo distrito, entre los que figuraba Raoul Rigault, sombra terrible para el porvenir de la revolucion. Preciso es reconocer en este aislamiento en que se halló su candidatura, el buen instinto del pueblo y el recto sentido del sufragio universal.

\* \* \*

Despues de dos dias de escrutinio supo ya París los nombres de sus nuevos consejeros y mandatarios, nombres destinados á ser la admiracion de los unos, el odio y el escándalo de los otros, y el estudio y meditacion de todos los hombres sensatos que no se dejan arrastrar de las pasiones. Hé aquí el cuadro de los candidatos triunfantes:

- Distrito 1.º Adam, Meline, Rochard, Barré.
- Distrito 2.º Brelay, Loiseau-Pinson, Tirard, Cheron.
- Distrito 3.º Demay, A. Arnaud, Pindy, Murat, Dupont.
- Distrito 4.º Lefrancais, A. Arnould, Clemence, Gerardin, Amouroux.

- Distrito 5.º Régere, Jourde, Tridon, Blanche, Ledroit.
- Distrito 6.º Albert Leroy, Goupil, Varlin, Beslay, Robinet.
- Distrito 7.º Parisel, Ernesto Lefebvre, Urbain, Brunel.
- Distrito 8.º Raul Rigault, Vaillant, Arturo Arnould, Julio Allix.
- Distrito 9.º Ranc, Desmarest, Ulisses Parent, F. Ferry, André.
- Distrito 10. Gambon, Félix Pyat, Henry, Champy, Rastoul, Babik.
- Distrito 11. Mortier, Delescluze, Protot, Assi, Eudes, Avrial, Verdure.
- Distrito 12. Varlin, Geresme, Fruneau, Theisz.
- Distrito 13. Leon Meillet, Duval, Chardon.
- Distrito 14. Billioray, Martelet, Descamps.
- Distrito 15. Vallés, Clement, Lagevin.
- Distrito 16. Marmottan, De'Bouteiller.
- Distrito 17. Varlin, Clemain, Gerardin, Chalain, Malon.
- Distrito 18. Dereune, Theisz, Blanqui, J. B. Clement, T. Ferré, Vermorel, Pascal Grousset.
- Distrito 19. Oudet, Puget, Delescluze, Cournet.
- Distrito 20. Ranvier, Bergeret, Blanqui, Flourens.

\*\*\*

La solemne proclamacion de esta municipalidad tuvo lugar el 28, en la plaza del Hotel de Ville, en medio de un entusiasmo delirante y un gran aparato marcial. El restablecimiento de la Commune revolucionaria, despues de tan

largos años de tiranía y de desgracias, abría en aquellos instantes inmensos horizontes al génio de la Francia, hogar eterno del fuego sagrado de las revoluciones. La solemnidad de este día solo puede compararse á la grandiosa fiesta de la federacion del 89. En la una se habian roto los obstáculos que contra el progreso del tercer estado se levantaban; en la otra, el cuarto estado se emancipaba de toda tiránica tutela y se apoderaba por sí mismo de la direccion de sus destinos. Pero la proclamacion de la Commune tenia un carácter especial, propio de su terrible mision: mas que una fiesta parecia la jura de una bandera antes de entrar en campaña. Al ver las calles erizadas de barricadas y de cañones, y al contemplar el inmenso aparato de fuerza desplegado, el ánimo se llenaba de dolor, comprendiendo que no bastaba el sufragio universal ni la libre voluntad del pueblo para hacer respetar su autonomia, sino que era preciso á la democracia reñir tremendas batallas para asentar sobre la tierra el reinado de la justicia.

Al estampido del cañon y á los marciales acentos de la Marsellesa se dió cuenta por el Comité Central de los votos de los distritos. La emocion popular llegó á su colmo en vista del triunfo de los hombres de accion del partido revolucionario. Los vivas y las aclamaciones llenaron el espacio: se agitaban los kepis en las puntas de las bayonetas y se hacian ondear en los aires las banderas rojas que llevaban los inmensos grupos de la muchedumbre. Algunos discursos pronunciados por oradores populares desde el tablado donde presidian el Comité dimisionario y los miembros de la nueva *Commune*, y en el cual se levantaba sobre todas

las cabezas una gran estatua de la República, completaron aquella solemnidad, que terminó con el desfile de 150.000 guardias nacionales. Al pasar cada batallon por delante de los hombres de la Commune, presentan las armas, saludan con la bandera y prorumpen en nuevos vítores á la República y á los nuevos jefes de la Commune de París.

En aquella misma tarde, en la Asamblea de Versalles se presentaba un proyecto de ley firmado por 80 diputados en que se declaraban nulas las elecciones que se acababan de verificar en la capital. Mientras tanto, la nueva Commune, en la sesion de instalacion, daba un voto de gracias y consideraba como beneméritos de la pátria á cuantos habian contribuido á derrotar al gobierno en la jornada del 18 de Marzo.

## CAPITULO IX.

Los hombres de la Commune.—Dificultad de juzgarlos.—Su carácter general.—Assi.—Su vida.—Su participacion en el levantamiento.—Delescluze.—Félix Pyat.—Flourens.—Su carácter é ideas.

General sorpresa causó en la opinion de Europa la relacion de los nombres de los jefes recién elegidos de la Commune. Se habia prescindido por completo de las grandes celebridades, se hacia caso omiso de los hombres, cuya sola historia constituia bandera y prestaba garantía á elementos vivos del país. ¿Quiénes eran estos nuevos caudillos de la revolucion? ¿Cuáles sus antecedentes, sus condiciones y caracteres? ¿Justificaban la absoluta confianza del pueblo, ó ya desde su nombramiento pudo temerse por la suerte de la obra á ellos encomendada?

Dificil tarea la de estudiar estas originales figuras, que aparecieron como meteoro en el horizonte, llenando de confusiones y de dudas todos los ánimos, y no dejando ni serenidad ni espacio para juzgarlos en su fugaz y vertiginosa carrera. Vivas están todas las pasiones: las heridas de uno

y otro bando manan todavía sangre: no hace cinco meses que los últimos comuneros fueron fusilados en Satory, y en los momentos en que esto escribo, algunos otros van camino del destierro á cumplir terribles condenas, que no admiten mas redencion que la muerte. ¿Quién es capaz de acusarlos ó defenderlos con imparcialidad, cuando los misterios de sus conciencias y los problemas que plantearon están envueltos en los vapores de sangre y el humo de la pólvora de las espantosas escenas que acompañaron y siguieron su dominacion?

Una teoría que hoy prevalece, y que es por desgracia criterio de la generalidad los condena por el solo hecho de haber perdido en la lucha que entablaron. Si en los primeros momentos de victoria hubiera marchado el Comité de la guardia nacional sobre Versalles, y persiguiendo las fuerzas fugitivas del gobierno hubiera hecho triunfar en toda Francia la revolucion, á estas horas, casi todos los poderes de Europa habrian reconocido la República comunal de los franceses, é innumerables políticos que hoy fulminan acusaciones contra los condenados y los proscriptos, los pondrian al nivel de los héroes y de los génios de la humanidad. ¿Qué serian hoy para esos serviles adoradores de la fatalidad Danton, Robespierre, Saint-Just y todas las eminencias de la grande revolucion, glorificados en la conciencia de las modernas generaciones si los planes monárquicos de Dumouriez se hubiesen cumplido, ó si Brunswich hubiera llevado triunfante á París el oriflama de los legitimistas?

Horrible es fundar todo un juicio en los hechos consumados: la teoría del éxito puede servir para dar la clave de

los acontecimientos; pocas veces para justificar al que vence, pero nunca para condenar al que sucumbe. En el inmenso tejido de horrores y de lágrimas, de martirios y sufrimientos que constituye la historia de los hombres, el éxito fué casi siempre cómplice de la iniquidad y de la tiranía, y solo con el sacrificio propiciatorio de inmensas hecatombes de sus hijos pueden la libertad y la democracia conquistar cada día alguno de sus derechos.

Es absurdo el criterio que juzga atendiendo solo á los resultados. Colon, iluminado por su inspiración, desafía la inmensidad del Océano en busca de un nuevo mundo: lo encuentra, y las generaciones cantan himnos inmortales á su génio: si hubiese sucumbido en su empresa, sería considerado como un soñador insensato. ¿Acaso su conciencia y su grandeza de alma no serian las mismas en ambos casos? ¿No es mas digno de admiración y de respeto el que sucumbe en una empresa que consideró como sublime, sin que la victoria llegue á compensar sus esfuerzos y á premiar un momento sus afanes?

Poco deben, pues, importar á un espíritu recto y á un criterio justo, la trascendencia y el resultado de los hechos de la Commune, para apreciar en lo que merezcan las aspiraciones, las ideas, los caracteres y la conducta de sus hombres. Y grato me es decirlo y consolador el contemplarlo en honor de la humanidad y en honra de nuestro siglo; jamás revolución alguna presentó hombres del temple, de la conciencia y de la integridad incorruptible que hicieron patentes los representantes de la Commune de París. La ambición, eterna compañera de los jefes de masas, no tuvo

cabida entre ellos: la codicia tentacion de los plebeyos que se encumbran fué por ellos despreciada y escarnecida. Los hombres que han sido tachados de espoliadores de la propiedad únicamente cobraban por todo sueldo de las primeras magistraturas de la revolucion 15 pesetas al dia, y cuando amenazados de la muerte, emprendian el camino de una emigracion interminable, solo reclamaron á pesar de as inmensas sumas de que podian disponer, mil francos para asegurarse la fuga. Examínense todos sus actos, pondérense sus errores, llévense hasta la exageracion los crímenes de la última hora, y podrá acusarse el fanatismo de los unos, la ferocidad de la desesperacion de los otros, la intransigencia y dureza de los más, pero en ninguno se descubrirá el más pequeño deseo de medro personal ni de amor al interés. Mas pasemos ya á conocer de cerca, y uno á uno, á los más influyentes de estos hombres que hoy figuran en la estadística criminal de la vieja Europa, al mismo tiempo que en los anales de los mártires de las futuras edades.

\* \* \*

Ninguno de los nuevos miembros de la Commune habia comprendido el verdadero carácter de aquella revolucion, como Assi: nadie como este inteligente obrero encarnaba el movimiento popular del 18 de Marzo. Cuando compareció con sus compañeros en el banquillo de los acusados en el consejo de guerra, todos dieron muestras de entereza y de valor, pero él más que todos brilló por la magestad y

la noble y serena franqueza de su actitud, y es que él, más que un hombre, era un símbolo, era el alma del cuarto estado y el verbo hecho carne de la gran renovación del porvenir. El fué el único que supo oponer bandera á bandera y convertir su calvario en la transfiguración del obreiro, que de máquina se convertía en hombre y de acusado en juez.

Nada extraordinario ofrecía su vida anterior á su entrada en el Comité central, porque nada descubre de grandioso la fama ni la admiración del mundo en esos poemas ocultos de la lucha del trabajador con la miseria y de sus improbables sacrificios para romper sin auxilio ni protección las tinieblas de la ignorancia. Nacido en 1840, Adolfo Alfonso Assi hizo un viaje á los 17 años á Londres donde conoció al célebre Karl Marx y se afilió á la sociedad de trabajadores (*Trad's unions*) y más tarde á la Internacional de la que se separó al cabo.

Poco tiempo después se estableció en el Creuzot ejerciendo su profesión de maquinista, y siendo de los más espertos y probos de los obreros, fué delegado al frente de uno de los talleres especiales. En el Creuzot estallaron dos huelgas que llevaron el terror y el sobresalto á los capitalistas; en la primera que él consideraba como puramente relacionada con la administración, fué alma y vida de la resistencia; en la segunda no tomó parte, sin embargo de lo cual fué trasladado á París y procesado; el tribunal hubo de declararlo absuelto. Vióse entonces privado de trabajo: los fabricantes le cerraban sus puertas, recelosos de sus ideas. Cuando llegó la guerra con Prusia, vivía de confeccionar objeto

para el servicio militar. Queriendo que la revolucion partiese del pueblo, fué uno de los principales agentes de la intentona de la Villette: de esta suerte, se anticipó al movimiento del 4 de Setiembre. Preso por los gendarmes del imperio, fué puesto en libertad por la insurreccion triunfante.

Se le ofreció una prefectura y la rehusó para alistarse en un batallon de francos tiradores, y combatir á los enemigos de su pátria durante el sitio de Paris.

Su inteligencia y su valor hicieron á sus compañeros conferirle el cargo de teniente que cuando los francos tiradores fueron suprimidos conservó, agregándose al batallon 192 de la guardia nacional, el cual lo nombró delegado para formar el Comité. Desde esta fecha, él mismo cuenta con sencilla franqueza, sin esquivar la responsabilidad ni hacer alarde de fanfarronería, toda la participacion que tomó en los acontecimientos que siguieron.

«A las cinco de la mañana del dia 18, dijo en su solemne declaracion ante el consejo de guerra, llamaron á mi puerta. Era un miembro de la *Internacional* que temia ser preso. Le habian dicho que la tropa habia atacado á los guardias nacionales y que se habia librado la batalla. Cuando oí llamar, habia creido que venian á prenderme, y me preparaba á defenderme por efectuarse la prision á una hora indebida. Salgo y me dirijo al local del Comité, y allí firmé la siguiente orden:

«Paris 18 de Marzo.—Orden de reunir todos los batallones en los sitios ordinarios. Prepararse para la defensa (segun el movimiento de las tropas); no atacar. En caso de

lucha, desplegarse en tiradores, hacer barricadas en las calles pequeñas, cerca de las grandes comunicaciones, y tener cuidado de marchar arrimado á la pared.»

»Temíamos un nuevo 2 de Diciembre, y queríamos evitar que la guardia nacional fuese destrozada en detall. Indiqué un sistema de barricadas, recibí varios partes é informes, y por la noche fui al Hotel de Ville: mandé colocar retenes en sus famosos subterráneos, á fin de evitar toda sorpresa. Nos defendimos contra las tropas que nos habian atacado. Se queria desarmar á la guardia nacional, y lo mismo para un soldado ciudadano, que para un soldado mercenario, es una deshonra dejarse desarmar.

»El Comité Central, viendo al cabo de uno ó dos dias que habia llegado á adquirir cierto conocimiento en la ciudad, me nombró gobernador del Hotel de Ville, cargo que desempeñé hasta el advenimiento de la Commune.

Hácia los últimos dias de Marzo, á consecuencia de un fuerte altercado con Raul Rigault, que exigia la supresion de tres periódicos, mientras yo defendia la libertad sin limites de la prensa, quise salir de la sesion de la Commune, fui preso y conducido á la prefectura. El 13 de Abril fui juzgado, y al dia siguiente puesto en libertad.»

\* \*

Del mismo modo que Assi era el revolucionario del porvenir, Delescluze era la encarnacion del antiguo revolucionario. Parecia un éco, un reflejo de los hombres del 93. En su vida errante, en sus continuas conspiraciones, en sus es-

critos populares, de todo punto sediciosos contra los tiranos, desaparecía siempre su personalidad, no se traslucían ni su carácter, ni sus inclinaciones: una idea fija é inmutable, grabada en su alma con caracteres de fuego hacía en él lugar de vida y de conciencia, de fé y de voluntad. Ardiente jacobino, al estilo de los viejos convencionales, con su misma heroicidad de carácter y estrechez de espíritu, no retrocedía ante nada para hacer triunfar su sistema político. Para Delescluze la República era más indiscutible que para un católico los misterios de su teología: su creencia en el triunfo de la revolución y en las altas virtudes del pueblo eran dogmas eternos, de que es un crimen dudar. Si para salvar los principios era preciso hacer correr olas de sangre ó incendiar ciudades enteras, no habría vacilado un momento ante el sacrificio de una generación hecho en aras de la justicia y de la felicidad de los siglos futuros. Su génio es el alma de Saint Just viviendo en una atmósfera que todo lo empequeñece, y disponiendo de una inteligencia vulgar y de una naturaleza más trabajada por las decepciones y los dolores que por los años. Por temperamento era dulce y afable: pero cuando tenía que defender su convicción y la persuasión no bastaba, su voluntad de hierro podía arrastrarlo hasta una ferocidad salvaje, ahogando con rudo esfuerzo los tiernos sentimientos de su corazón.

No conocía el miedo ni los alardes ridículos de valor: la fuga es un recurso que no acierta á comprender en un jefe popular: jamás supo lo que era transigir con la conciencia. Cuando al resplandor de los incendios le aconsejaban sus amigos abandonar la lucha, estando ya todo per-

dido, dejó que todos escaparan, y permaneció solo, cruzado de brazos delante de la barricada que no podía defender, y se ofreció en sacrificio á los manes de los que habian muerto cumpliendo sus órdenes. Cayó al fin acribillado á balazos, y murió con la conciencia de haber cumplido con su deber. Tal era Carlos [Delescluze: habia nacido en Dreux el 2 de Octubre de 1809, y fué abogado. Su vida no es otra que la del partido revolucionario de su tiempo; siempre perseguido, llevando en las victorias populares la mas pequeña parte, apurando en las desgracias del país hasta las heces el cáliz de amargura. Tomó parte en la revolucion del 30, y ya en el año 34 el gobierno de Luis Felipe lo reducía á prision por sus ideas republicanas. Dirigió luego los periódicos de oposicion, el *Diario del Charleroi* y el *Imparcial* de Valenciennes, y contribuyó con todas sus fuerzas al triunfo de la Republica en 1848. En 1849 era ya otra vez condenado á la deportacion por el tribunal de Versalles, y marchó á Londres. Despues del golpe de Estado que levantó el imperio, acudió á París á intentar un golpe de mano contra el cesarismo triunfante: fué reconocido y preso. Entonces empezó para él una triste peregrinacion por todos los presidios de Francia: estuvo en Belle Isle, en Brest, en Tolon, y por último, en la Cayena. Aprovechando la amnistia del 59, volvió á París, donde fundó el *Reveil*, órgano de los hombres de accion del partido republicano; pero luego tuvo que emigrar á Bélgica, perseguido por los gendarmes y la policia de Napoleon el Chico. Al comenzar la guerra franco-prusiana tornó á establecerse en París, que lo eligió diputado para la Asamblea de Burdeos. Al firmar esta la paz des-

honrosa que rompía la integridad del territorio, presentó su dimision de representante, dedicándose en cuerpo y en alma á la revolucion que rugia ya en las entusiastas filas de la guardia nacional de París.

\*  
\* \*

El nombre de Félix Pyat era sin duda el mas conocido de todos sus colegas de la Commune: sus brillantes escritos y sus populares dramas le habian conquistado una reputacion inmensa en la democracia europea. Era el talento mas privilegiado de aquella revolucion y su mas preciado escritor; pero distaba mucho de la severa energía y virilidad de la mayoría de los comuneros. Como Delescluze, habia envejecido en la lucha contra la tiranía, como aquel, habia sufrido persecuciones y destierros, pero diferencias esenciales de carácter y de condicion los separaban por completo. Tenia Delescluze algo del génio romano: diriase en su austeridad y terrible rigidez que era la sombra de Caton; Pyat, por el contrario, tenia la flexibilidad y turbulencia del carácter helénico, y todo lo tornadizo y lo superficial del génio francés. Parecia un griego del Bajo Imperio queriendo renovar la libertad de su pátria, pero sin poder librarse de la influencia corruptora de su época. Tenia arranques impetuosos, pero faltábale perseverancia en la accion: la conviccion en sus ideas era firmísima, pero mudaba con frecuencia sus planes para cumplirlas; y las mas bellas cualidades de su carácter eran á las veces oscurecidas por pequeñas rivalidades y raquílicas envidias. Las mas gran-

des contradicciones caracterizan su vida: tuvo entereza para no acojerse á ninguna amnistía, y faltóle valor para combatir en el terreno de la fuerza al lado del pueblo á quien excitaban sus predicaciones. Agitador por inclinacion y por temperamento, al par que por teoría, no se puede determinar si era un revolucionario ó un demagogo. Su inteligencia es privilegiada, y la elocuencia y brillantez de su estilo han prestado grandes servicios á la propaganda del socialismo y de la república. Desde 1826, cuando solo tenia diez y seis años, trabajó con gran éxito en la prensa, colaborando sucesivamente los periódicos mas avanzados, el *Papagallo*, el *Corsario*, el *Siglo*, el *Nacional* y la *Reforma*. Diputado en la Asamblea del 48, se distinguió por su defensa de la libertad de imprenta y del derecho al trabajo: el pueblo empezó á darle entonces el cariñoso título del *buen Pyat*. Con Luis Blanc y Ledru-Rollin dió impulso y tuvo la direccion de las jornadas memorables de Junio, donde la bandera socialista estuvo á punto de triunfar. Una emigracion de veinte años fué la consecuencia de su derrota; pero su espíritu activo é infatigable no cesó un momento, así desde Inglaterra, como desde Bélgica y Suiza, de conspirar contra el imperio, cuyas amnistias despreció siempre. Amigo cordial del gran Mazzini, y en correspondencia activa con los republicanos de mas autoridad en toda Europa, trabajó con un ferviente celo en favor de la República universal, como medio para la igualdad social de todas las clases.

Despues del 4 de Setiembre fundó el popular *Combate*, que tuvo al principio el único propósito de excitar al país

contra los invasores extranjeros, pero que bien pronto hubo de convertirse en fiscal intransigente de los enemigos interiores de la República, que vinieron á perder al cabo la integridad y la honra de su pátria. El malogrado Flourens retrata en las siguientes palabras al ilustre escritor en este último período de su campaña por la causa del pueblo: «Pyat es un noble ciudadano que apenas vuelto de una emigracion de veinte años y en tanto que otros proscritos gozan de un reposo profundo y de la consideracion pública, debida á sus grandes caractéres, no cesa de vigilar noche y día por la salvacion pública, exponiendo su libertad y hasta su vida bajo este gobierno de traidores, cuyas perfidias denuncia, y combatiendo en cada uno de sus escritos á los Bazaine y los Trochú, profeta elocuente, de grandes convicciones y verídico, aunque nunca escuchado por esta poblacion frívola, de todas las desgracias que nos están sucediendo.»

La gratitud del pueblo parisiense á estos servicios le otorgó su representacion en la Asamblea de Burdeos, á la que, cuando vió el abismo donde esta se precipitaba, abandonó para hacer causa comun con los hombres de sus ideas y las masas de su partido.

\*  
\* \*

Gustavo Flourens tenia treinta y siete años cuando fué elegido miembro de la Commune por el vigésimo distrito: era hijo de Paris. A los veinte y cinco desempeñaba la cátedra de su padre en el colegio de Francia. A una vasta ins-

truccion y á un talento poco comun, agregaba una imaginacion ardiente y un carácter impetuoso y audaz. Era como Rossell, el mas simpático y el verdadero héroe de la República. Ya le hemos encontrado otra vez en el trascurso de esta historia, y al par de sus defectos he señalado sus grandes cualidades. Los mismos lunares de su carácter no eran mas que exageracion de sus bellas dotes: su conviccion profunda y fé firmísima trocábanse á veces en presuncion, y su incomparable entusiasmo en impaciencia devoradora y nociva; pero sobre todas sus faltas resaltaba una conciencia purísima y sin tacha, y una abnegacion sin límites, consagrados hasta la muerte á la mas noble de las causas.

Perseguido activamente por sus ideas democráticas se habia visto obligado muy pronto á abandonar la Francia. Al partir para la emigracion, un pueblo descendiente de los maestros y civilizadores de la humanidad derramaba las últimas gotas de su sangre para romper el yugo de un despotismo brutal: la bandera de los débiles y de los oprimidos despertó las simpatias de su corazon generoso, y la antigua Creta lo vió esgrimir la espada en pró de la independencia cantada por Chateaubriand y defendida por Byron. Durante un año combatió, sufrió y esperó con los candiotas. Con ellos peleó en mil escaramuzas y guerrillas; con ellos vivió de raices silvestres, de yerbas cocidas, sin carne y sin pan. Pero allí mismo encontró la mano fria y maléfica de Napoleon, que en todas partes se oponia á la emancipacion de los pueblos. Cuando los frios y egoistas cálculos de las potencias de Occidente hicieron sucumbir á los insurrectos de Candía, Flourens volvió á su pátria á com-

batir de cerca al traidor del 2 de Diciembre, al jefe de la reaccion de toda Europa. Su audacia y su extraordinario arrojo llegaron en breve á preparar un levantamiento: el dia del entierro de Víctor Noir, asesinado por Pedro Bonaparte, todo estuvo dispuesto para un golpe de mano: Rochefort desconfió del éxito y Delescluze temió comprometer la suerte de la revolucion; el movimiento quedó aplazado. Pocos dias despues era Rochefort preso en medio de sus electores congregados en la Villete, y conducido á la cárcel. Flourens, presidente de la reunion, declaró destituido al gobierno y á la revolucion en permanencia, y empuñando una espada exhortó á los ciudadanos allí presentes, á armarse y á dar la batalla al imperio que así violaba las leyes y el sufragio universal.

Oigámosle á él mismo referir un episodio de aquella jornada que traza un rasgo brillante de la nobleza de su carácter:

«El comisario de policia que representaba al gobierno en esta reunion, M. Barlet, fué arrestado por el presidente, defensor de la ley, que Barlet tantas veces habia violado.

—Venid á mi lado, le dijo Flourens. Portaos bien ó sois muerto. Un gesto sospechoso á vuestros agentes os perderia. Hacedles señal de que no se muevan.

—¡Ay! grito Barlet, quisiera ver otra vez á mi mujer y á mis hijos.

—Ya los vereis. Estad tranquilos. Los republicanos no asesinan, como hacen vuestros amos con sus adversarios indefensos.

—Y ahora, compañeros, ¡adelante! exclamó Flourens vol-

viéndose hácia la sala. Cantad la Marsellesa, y ¡viva la batalla! ¡viva la República universal y la redencion de la humanidad!»

La insurreccion no pudo sostenerse: ni el movimiento estaba preparado ni se contaba con armas. Flourens hubo de retirarse al fin de las barricadas que logró levantar, y en las que se encontró solo, porque aun no habia llegado la hora suprema del imperio.

Viendo que una lucha en las calles era prematura, y que no contaba con la suficiente influencia para arrastrar en pos de sí las masas, se consagró á tramar maquinaciones para destruir la tiranía por la sorpresa de un complot. Hasta la caida de Napoleon no cesaron para él ni las persecuciones ni la conspiracion constante. La guerra franco-prusiana llamó á la defensa de su pátria y fué nombrado comandante de las murallas. Los lectores han presenciado ya la parte que tomó en el sitio y en los alzamientos contra los hombres de Setiembre. Las elecciones del 26 de Marzo, elevándolo al municipio, vinieron á reparar la ingratitud de los parisienses, que en Febrero lo habian olvidado al enviar su representacion á la Asamblea.

\*  
\* \*

¿Qué significacion traia Flourens á la Commune? Assi era el obrero, Delescluze la tradicion jacobina, Pyat la doctrina socialista. ¿Qué pensamiento encarnaba Flourens? ¿Cuáles eran sus ideas? En la última obra que escribió dos meses antes de su horrible y lastimoso fin, dejó grabados para

siempre todos los sentimientos, todas las impresiones é ideas que despertaron en su alma las desgracias de su país y las insurrecciones en que tomó parte tan activa. En ese testamento, escrito sin él saberlo al borde de una tumba ensangrentada, se vé impresa un alma, y esta alma, con sus alucinaciones y sus errores, era por cierto el corazón de un héroe.

«La manía, dice en sus consejos revolucionarios, de ver por doquiera traidores pagados por la policía es desastrosa para todo el que quiere conspirar. Seamos confiados y sigamos siempre adelante. Porque la policía es torpe por esencia. Los hombres honrados son en definitiva mas hábiles: la suprema astucia es la honradez, es la rectitud de intenciones, es la adhesión ardiente é inquebrantable á la causa sagrada de la humanidad.

»¿Qué nos importa ser espíados? ¿Habrà algun espía tan elocuente que pueda decir á sus amos, á los asesinos de los pueblos, con cuánta fuerza nuestros corazones generosos los desprecian y los detestan?... Y si esos espías llegan á descubrir uno de nuestros complots, todo lo mas que podrán conseguir es que nos condenen á muerte. Como nuestros sublimes principios son esencialmente justos y verdaderos, triunfarán por nuestra misma muerte.... Los que crucificaron á Jesus han fundado el cristianismo.»

Toda su teoría en materia de revoluciones puede reducirse á estas palabras: «La acción, siempre la acción. Veinte veces fracasareis, la que haga veintiuna os dará victoria.» Juzgando de los hombres por su propio génio, no teme el peligro ni el cansancio, ni comprende que las derrotas con-

tinuadas desgastan las fuerzas y dan poder al adversario. «En revolucion, dice en otro lugar, se necesita paciencia y perseverancia, Agitar siempre. Vencido en una parte, empezar en otra. Si solo se entabla la lucha cuando hay fuerzas iguales se pasará la vida entera sin hallar ocasion para batirse.»

Era partidario del regicidio y en el célebre complot de las bombas, que se juzgó en Blois, tomó la parte mas activa. Su imaginacion fogosa é impaciente, veló en esta cuestion sus generosos sentimientos con el sofisma de todos los fanatismos.

«¡Ah!, esclama ocupándose de sus proyectos de asesinar al emperador, en verdad que la vida humana es sagrada para nosotros: de buena voluntad la espondríamos á los mayores peligros para salvar al mas vil de los hombres, pero con tal que no fuera rey. Porque cometer el crimen de coronarse rey, de ponerse fuera de la humanidad, es colocarse fuera de la ley.»

Su ideal político se encerraba en pocos principios: en las últimas palabras que dió al público, reducía á estos términos sus aspiraciones y doctrinas. «Europa necesita, decia, si no quiere acabar muy pronto como el Bajo Imperio, un principio nuevo que la salve de la corrupcion monárquica.

«Un principio fecundo en instituciones, capaces de garantizar la seguridad de los pueblos, de evitar para siempre la vuelta de estos azotes terribles de la humanidad, el absolutismo realista, las castas, la teocracia, las luchas internacionales.

«Este principio, lo tiene ya el pueblo: lo ama; con todas

sus fuerzas lo defiende, y quiere hacerlo triunfar á toda costa.

«Este principio, es la igualdad.»

¡Pobre Flourens! ¡Cuántas esperanzas se malograron con su muerte y qué pérdida tan irreparable fué para los partidos populares su cruel martirio! Era el entusiasmo, era el sentimiento de la revolucion: su caballeresco y leal carácter habría evitado grandes divisiones entre sus compañeros, y librado de algunas sombrías manchas á las fracciones de la Commune: pero feliz y mil veces feliz él, sin embargo, que derramó su sangre generosa en aras de la igualdad de los hombres, y no presencié ni el furor frenético en la gran catástrofe de sus hermanos, ni la feroz orgía celebrada sobre montones de cadáveres por los enemigos del pueblo.

## CAPÍTULO X.

Los hombres de la Commune.—Francisco Jourde.—Raul Rigault.—Ferré.—  
Reseña biográfica de los demás miembros de la Commune.—Milliere.—  
Courbet.—Beslay.—Grousset.—Gambon.

A la caída de la Commune la indignación de los conservadores de todos matices, fulminaba acusaciones y denuestos contra los hombres de la revolución por todos sus actos, pero su moralidad y administración eran precisamente el blanco de las iras, de las calumnias y de las maldiciones del vencedor. A voz en grito se les llamaba bandidos y ladrones, y no cesaban un momento de atribuir al amor del vil interés y al afán de enriquecerse, los móviles de la insurrección. Pero un día, cuando con todo el aparato de su fuerza hizo la vieja sociedad comparecer en el banquillo de los reos á los hombres que habían querido adelantar el porvenir, se levantó entre los acusados un joven alto y demacrado, de mirada dura y penetrante, de gesto adusto y severo, que con una precisión admirable y con una elocuencia varonil y sincera, trazó el presupuesto de la revolución, pintó sus

necesidades, sus gastos, sus economías, los males que evitó; y declaró que había salvado el crédito y el porvenir de Francia con la honradez característica del hijo del pueblo. Este hombre era Jourde. Sus propios enemigos se vieron obligados á bajar la cabeza ante él y á reconocer su indisputable genio y su probidad incorruptible.

Jourde no había figurado en política antes del 18 de Marzo: durante el sitio, fué sargento de un batallón de nacionales y se asoció luego al levantamiento, movido de sus sentimientos patrióticos é ideas republicanas. Era estudiante de medicina, y tenía grandes conocimientos en las cuestiones del comercio y de la banca. Había sido cajero de una gran sociedad de crédito y tenedor de libros en una respetabilísima casa comercial. Elevado por sufragio universal al puesto de concejal, la Commune le confió la delegación de Hacienda. Desde aquel momento, no volvió á acordarse de política, consagrándose en cuerpo y en alma á salvar la situación rentística y administrativa.

Para formar juicio de su gestión financiera, bastan las líneas que le consagraba la acusación fiscal de Versalles, que á pesar de su sangrienta saña y odiosa parcialidad, veíase obligada á decir: «Jourde debe ser colocado en la categoría de los hombres inteligentes que han dirigido el gobierno del Hotel de Ville. La destreza y habilidad con que ha llenado sus funciones de Delegado de Hacienda, prueban que marchaba con convicción hácia el establecimiento de ese gobierno....»

Jourde, era con efecto un hombre modelo; era personificación de la honradez del pueblo, era una protesta viviente

contra esa turba de políticos que se encubren con las leyes de las monarquías constitucionales, para explotar solapadamente á las naciones. Jourde, habia manejado millones: su administracion habia tenido lugar en un período de alteraciones y turbulencias, donde parece fácil la impunidad del agio y la concusion: sin embargo, el jóven delegado, al ser reducido á prision estaba mas pobre que á su advenimiento á la Commune, y tenia por todo capital 480 reales.

La declaracion de su principal ante el consejo de guerra, describe en estos términos su carácter y conducta, durante este período de su elevacion y gobierno.

«Jourde era muy querido en el batallon de guardias 160° y daba un excelente ejemplo. Lo he creido casado. Durante el sitio, la mujer con quien vivia maritalmente, iba á lavar ella misma la ropa, al lavadero del rio: durante la Commune, lo seguía haciendo lo mismo.

No gastaban para su alimento mas de treinta sueldos al dia cada uno. El acusado no ha cambiado nunca de género de vida, guardando siempre la misma modestia. Su hija, niña de corta edad, cuando su padre formaba parte de la Commune, continuó asistiendo á la escuela gratuita de los pobres. Repito que la vida de Jourde ha sido ejemplar y nadie puede saberlo como yo, que era su vecino mas inmediato.»

Entre los testigos figuró un fondista, que declaró que en todo el tiempo que Jourde estuvo en el poder, gastó en su *restaurant*, donde comía, la cantidad de 800 reales por toda partida.

Examinaré en lugar oportuno su gestion económica, pero

séame lícito ahora despues de haber trazado su carácter, recordar que hace muy poco tiempo se sustanció en Ruan la célebre causa contra Lamothe Janvier por estafas al Estado. Este prefecto del imperio habia dilapidado sumas cuantiosas á la nacion destinándolas á regalos de actrices y á livianas prodigalidades. El Ministro de Hacienda del partido, que se llama defensor de la propiedad y del orden, Mr. Pouyer Quartier, consideró como muy natural la conducta del prefecto, que calificó de un simple *cambio de fondos*.

\* \*

La contraposicion mas completa de Jourde fué el infortunado Raul Rigault. En aquel, la idea absoluta del deber guiaba por completo todos los sentimientos y todas las tendencias revolucionarias; en este, por el contrario, toda la energía de un carácter de hierro y un talento de primer orden, veíanse esterilizados por la falta de un concepto exacto de la justicia y de los principios eternos de la moral. Era Rigault, de una familia acomodada: en la Universidad adquirió una instruccion basta y sólida. En política, Blanqui habia sido su maestro: tenía veinte y cuatro años cuando ascendió á la Commune y ejercía la medicina. Elocuente, entusiasta y valeroso, gozaba de una grande popularidad. Sus ideas materialistas, habian impreso en su alma un desprecio cínico hácia la sociedad en que vivía: tenía en poco que se le apreciara como hombre, con tal de que se le celebrara como revolucionario. Era para él lo mas natural del mundo el vivir al dia y apelando á recursos que causarían

rubor á todo hombre pundonoroso. Solo en su sistema político era incorruptible é intransigente: por inclinacion, y quizás mas bien por presentarse como un carácter original y temible, era partidario del terror, y tenia á Marat por modelo de hombres de accion. Pretendió ser el Diógenes de su tiempo y el Hebert de los revolucionarios, y solo fué la sombra negra de la Commune. Su muerte acreditó mas tarde su bravura, y probó que su desprecio á la vida y su terrible energía no habian sido una vana comedia. ¡Desgracia fué inmensa para su nombre no sobrevivir á la derrota y no poder emplear su elocuencia y su talento en la explicacion de su conducta!

\* \* \*

Quando en las agonías del imperio se agrupaba un dia el pueblo en torno de la tumba de Baudin, un hombre se alzó en medio de las masas, y levantando las manos al cielo, exclamó: ¡La convencion en las Tullerías! ¡La razon en Nuestra Señora! ¡Viva la República! Aquel hombre, que frente á frente del cesarismo evocaba las sombras del 93 se llamaba Teófilo Ferré, é inauguraba con aquel reto solemne una carrera política que habia de acabar en el cadalso con el valor estóico de los Danton y Robespierre.

Era, como Delescluze, fanático de la gran revolucion del siglo XVIII, pero con menos pensamiento que aquel y mas energía: su carácter y temperamento lo hacian un verdadero hombre de accion. Sus convicciones tenian la dureza y frialdad del bronce que contrastaban con la vivacidad

casi febril de su persona: la independencia de su ánimo era á veces salvaje y terrible. Trazábase un objetivo y á él marchaba atropellando por todo; el que no era amigo era un enemigo para él: lo que no ayudaba era obstáculo que ocasionaba perjuicio, y los obstáculos los destruía á todo trance y á toda costa. Los medios no le detenían á reflexionar: el triunfo era su pensamiento fijo é inmutable; poco le importaban las injusticias de la lucha, porque confiaba repararlo todo con la bondad de los principios, cuando estos reinaran en la esfera del poder. En las reuniones públicas se hacia notar por la violencia y acritud de sus discursos. Era agente de negocios, y su honradez era notoria. Estuvo complicado en el proceso de Blois; al comparecer ante el tribunal sus contestaciones fueron tan amargas y valientes, que los gendarmes tuvieron que sacarlo de la sala. Faltaron pruebas y fué absuelto. Trabajó con incansable ardor por la causa revolucionaria, y al caer vencido no regateó su cabeza: entregó su cuerpo á los verdugos, diciendo tranquilamente: «Es preciso reformar la conciencia humana; nos ha faltado tiempo.»

Interminable sería la tarea y para un extenso volúmen daría materia, si hubiera de dar de cada uno de los miembros de la Commune un detallado y minucioso retrato, lo cual sobre embarazar el curso de esta historia, distraería á los lectores del objeto principal del presente libro. Trazados ya los caracteres de los hombres más influyentes de la re-

volucion, paso á hacer breves apuntes biográficos de los demás comuneros por el orden de su importancia, dedicando muy reducidas palabras á los que intervinieron poco en los sucesos, y haciendo resaltar las ideas de los que tomaron gran parte en los actos de la Commune.

\* \* \*

MILLIERE.—Juan Bautista Millière, nació en Lamarche (Cote-d'Or) el 13 de Diciembre de 1817; recibió la instrucción primaria en la escuela de su pueblo. A los trece años era aprendiz en el taller de toneles donde trabajaba su padre.

Una particularidad de la juventud de Millière explica el resto de su vida. Profundamente afectado por las iniquidades sociales que sobre el proletariado pesan, tomó la determinación, en un principio tímida y vaga, pero andando el tiempo varonil y firmísima de hacerse el campeón de la clase que siempre consideró como suya. Para esto era preciso adquirir la instrucción que tanto explotan en daño del pueblo los enemigos de la igualdad, y á los veinte años emprendió por sí solo, y sin más recursos que su trabajo, los estudios académicos, y antes de terminar aquel año, y en virtud de esfuerzos que pusieron su vida en peligro, recibió el grado de Bachiller en letras, y cuatro años después recibía la investidura de Doctor en derecho en la Universidad de Dijon.

El éxito extraordinario que encontró su bufete, le abría el camino de una inmensa fortuna, pero nunca vió en su profesión otro fin que el de procurarse un pedazo de pan.

Sus intereses particulares desaparecian siempre cuando se trataba de defender la causa general.

Desde la revolucion del 48 se dedicó casi exclusivamente al noble fin que habia estimulado sus estudios, escribiendo en el *Correo francés*, colaborando con el célebre Lamennais en el *Pueblo constituyente*, y fundando más tarde el *Proletario*. Acababa de dar á la estampa una notable obra, titulada *Estudios revolucionarios*, cuando estalló el golpe de Estado del 2 de Diciembre.

Un tribunal de mercenarios de Napoleon lo condenó á la deportacion á Argel, y jamás quiso el leal defensor de los derechos del cuarto estado publicar el triste relato de las torturas que le hizo sufrir el Gobierno imperial en este duro cautiverio, porque decia que nadie habría de creer que fuera posible tanta barbarie en los presentes tiempos.

Despues de su vuelta á París entró Milliére, como jefe de lo contencioso en una compañía de Seguros contra incendios. En las elecciones del 69, quiso ejercer influencia sobre su voto independiente el Director de aquella sociedad, y vióse obligado Milliére á sacrificar á su idea una brillante posicion. Poco despues se asoció con Rochefort para la fundacion de la *Marsellesa*, donde escribió profundos artículos sobre la cuestion social. Despues de la caida del imperio fué elegido comandante de un batallon de la guardia nacional. Complicado en los sucesos del 31 de Abril, fué destituido de aquel mando y perseguido con un rigor extremado por los hombres del 4 de Setiembre. Una gran mayoría le otorgó la representacion de París en la Asamblea, de la que se separó para adherirse á la causa de los Comune-

ros. A pesar de no ser nombrado concejal en las elecciones del 26 de Marzo, fué uno de los más leales defensores de la revolucion, y sufrió por ella el martirio. En las sangrientas jornadas en que la soldadesca de Mac-Mahon se entregó á todo linaje de horrores, un peloton de versalleses se apoderó de él, y delante del Panteon lo hicieron violentamente arrodillarse para fusilarlo. Millière descubrió el pecho y levantando sus brazos al cielo gritó: ¡Viva la República! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la humanidad! ¡Viva.....

Una descarga de los chassepots dejó su frase sin acabar, haciéndole caer sobre el lado izquierdo. Su camisa estaba agujereada hácia el sitio del corazon, donde se veía una extensa mancha de sangre.

La democracia de Europa lo llora hoy por muerto, pero yo sé que por fortuna fué más tarde recogido por un transeunte que descubrió en aquel cadáver alguna señal de vida, y respondo de que hoy vive y se halla al abrigo de las homicidas balas de los verdugos del pueblo.

COURBET. —Mas que en política ha sido revolucionario en el arte Gustavo Courbet. Amigo y compañero del gran Proudhon, tenia la idea de una federacion de artes y oficios: el federalismo era para él la gran solucion del problema político, en el cual entraba la Commune como el Consejo federal de todas las asociaciones. Poco le importaban las críticas y las censuras de los demás, lo mismo que las condecoraciones y los honores. Su nombre ha llegado á ser

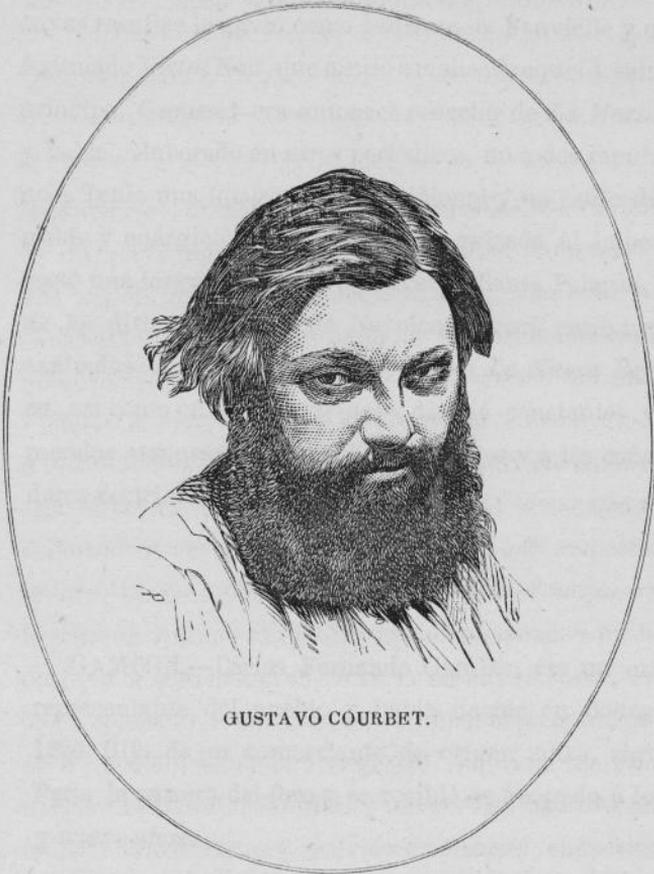
ilustre en la pintura, por haber enarbolado la bandera del realismo en este difícil arte, y haber producido obras de justa y extraordinaria nombradía. Había nacido en Ornaus en 1819.

\* \* \*

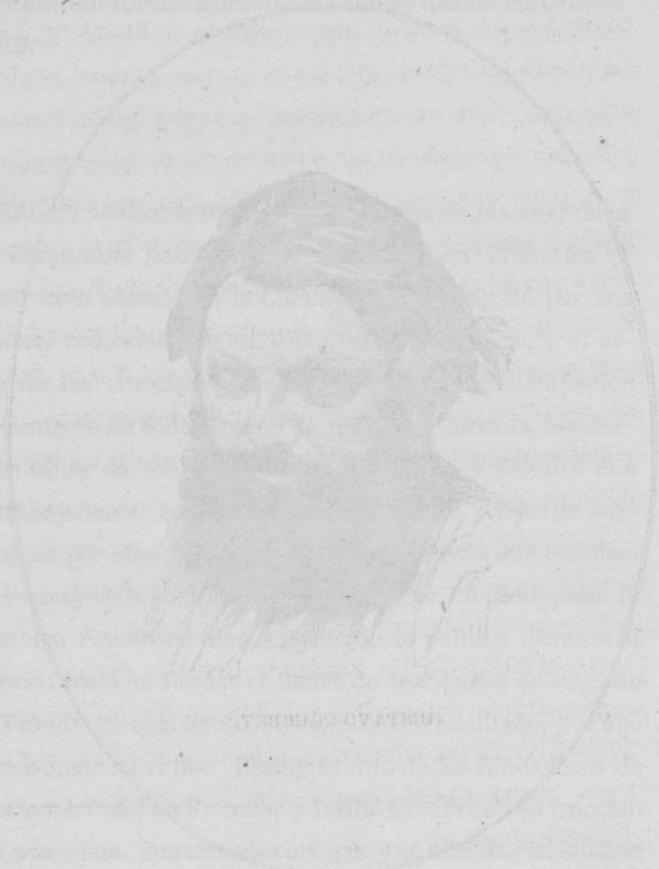
BESLAY.—Cárols Beslay fué el decano de los miembros de la Commune: había nacido en Bretaña en 1795. En el año 30 tuvo asiento en la Cámara y se distinguió por sus opiniones radicales. Era un distinguido ingeniero, y el estudio de las cuestiones sociales fué siempre la ocupacion preferente de su vida. Dueño de una gran fortuna, estableció un taller de construccion de máquinas y asoció á él á sus trabajadores. La fortuna no le favoreció, y lejos de desanimarse por ello, continuó con perseverancia sus estudios y sus ensayos de socialismo. En 1848 fué elegido para la Asamblea constituyente. Alejado de la política durante el imperio, trató de fundar el Banco de descuentos aconsejado por Proudhon: esta tentativa tampoco dió resultado, y acabó de consumir su ruina. Beslay es uno de los fundadores de la *Internacional* en Francia, y militó siempre en su fraccion mas avanzada. Sus virtudes cívicas y su alta moralidad han hecho respetar su nombre hasta de los mas enconados adversarios del Gobierno del Hotel de Ville.

\* \* \*

GROUSSET.—Veintiseis años tenia Pascual Grousset



GUSTAVO COURBET.



cuando fué elegido para la Commune por el 18.º distrito: habia nacido en Córcega. Esta circunstancia influyó en la cuestión que tuvo con Pedro Bonaparte, corso tambien, de cuyas resultas le envió como padrinos á Fonvielle y al infortunado Víctor Noir, que murió á manos de aquel desalmado príncipe. Grousset era entonces redactor de *La Marsellesa* y habia colaborado en otros periódicos, no todos republicanos. Tenia una imaginacion meridional y un estilo distinguido y enérgico: su oposicion encarnizada al imperio le costó una larga prision en la cárcel de Santa Pelagia. Desde los últimos tiempos de Napoleon figuró entre los mas exaltados del partido democrático, y en *La Nueva Republica*, así como en *El Emancipado*, dirigió constantes y tremendos ataques á los republicanos tibios y á los conservadores doctrinarios.

GAMBON.—Carlos Fernando Gambon era un antiguo representante del pueblo y habia nacido en Bourges en 1820. Hijo de un comerciante, de origen suizo, siguió en París la carrera del foro y se recibió de abogado á los diez y nueve años.

Siendo estudiante todavía, se asoció al movimiento democrático y fundó en el barrio latino *El Diario de las Escuelas*, órgano de la juventud republicana. En 1846 fué nombrado Gambon juez en Cosne, pero habiendo rehusado en un banquete democrático hacer un brindis por el rey Luis Felipe fué suspendido en sus funciones por cinco años.

En aquel mismo banquete proclamó Gambon la soberanía del pueblo é ingresó aquel día oficialmente en el partido republicano, reclamando el sufragio universal que no tardó el país en establecer sobre las ruinas de la monarquía.

Diputado en la constituyente del 48, y reelegido en la Asamblea legislativa, votó siempre con la Montaña y firmó el acta de acusacion contra el Presidente y sus ministros con motivo de la expedicion á Roma.

En las jornadas de Junio estuvo al lado de Ledru Rollin y de parte de los socialistas. El Alto Tribunal de Versalles lo condenó á la deportacion, que sufrió en Belle-Isle.

Proscrito desde el 2 de Diciembre aprovechó la amnistía para establecerse en su departamento donde se dedicó á trabajos agrícolas. En las meditaciones de los tiempos de desgracia, se habia apoderado de su mente una idea que ha sido para él su gran medio de accion en la lucha contra la tiranía. La resistencia pasiva fué desde entonces todo su programa revolucionario. Y para dar ejemplo de lo que puede la entereza de carácter, se negó á pagar la contribucion al imperio por considerarlo como un poder ilegal y usurpador, y dejó que le embargaran sus bienes y le sacaran á pública subasta una vaca, adquiriendo gran celebridad este proceso entre amigos y adversarios. En las elecciones de Febrero, París eligió á Gambon para la Asamblea nacional, y despues del 18 de Marzo el décimo distrito le señaló un puesto en la Commune.

## CAPITULO XI.

Termina la materia del capítulo anterior.—Vermorel.—Arnaud.—Brunel.—Eudes.—Vallés.—Pindy.—Vesinier.—Breves apuntes biográficos de otros comuneros.

Augusto Vermorel era una de las celebridades de la prensa democrática. Por la independencia de su pluma y por su ferviente amor á la verdad, habia perdido una posición mas que mediana y sufrido numerosos procesos é interminables prisiones. Nació en Denicé cerca de Lyon en 1841, é hizo precoces estudios en el colegio de jesuitas de Mongré, recibiendo el grado de bachiller á los quince años con dispensa de edad. En 1860 se estableció en París para seguir la carrera de leyes, y fundó en el barrio latino varios periódicos, algunos de los cuales, á pesar de ocuparse solamente de asuntos literarios, le valieron su primer encarcelamiento en Santa Pelagia. Vermorel ha escrito dos novelas, *Desperanza* y los *Amores vulgares*, que merecieron grandes elogios de los críticos mas reputados. Pero su principal campaña en favor de la causa de la revolución, la hizo en el *Correo francés*, periódico que él mismo

fundó, no aviniéndose su carácter á sufrir imposiciones de un director que templara la ardiente oposicion que él se propuso hacer al cesarismo. Ningun escritor se habia atrevido antes que él á las sangrientas diatribas que su periódico lanzó contra el imperio y contra los hombres que habia éste llamado al poder. Vermorel fué tambien el que inauguró una viva campaña contra los diputados de la izquierda, acusándolos de tibieza y de doctrinarios, y achacando á su política de paliativos y aplazamientos, la duracion del régimen bonapartista.

Fuertes multas y numerosas condenaciones fueron la consecuencia de aquel duelo á muerte contra el imperio. El infortunado Vermorel estuvo largos meses en Santa Pelagia, y mientras tanto, para pagar las multas, se vió precisado á vender su fortuna personal y los bienes de su madre. Al recobrar la libertad publicó dos volúmenes de una obra titulada *Los hombres de 1848* y *Los hombres de 1851*. Mas tarde se encargó de la direccion de la *Reforma*, y á causa de su campaña contra los jefes del partido republicano, se le acusó de sembrar cizaña en las filas de la revolucion, y el mismo Rochefort, con la lijereza de carácter que le distinguía, lo acusó en pleno parlamento de *espía de Mr. Rouher*. El injuriado reclamó la reunion de un jurado de honor ante el cual intimó á Rochefort á presentar las pruebas de su aserto, pero el director de *La Linterna* buscó evasivas para eludir la cuestion, hasta que despues de la caida del imperio, y cuando pudo revisar los papeles de la prefectura y de los ministerios, consintió en retractarse y retirar sus palabras en una carta que adquirió la publicidad

del ataque, y que lavó á Vermorel de las calumnias propaladas contra él por sus muchos enemigos.

En el 4 de Setiembre Vermorel se encontraba en Santa Pelagia donde cumplía dos condenas por sus artículos en *La Reforma*, y donde acababa de escribir una excelente obra con el título de el *Partido socialista*. Salió de la cárcel al mismo tiempo que Rochefort, como él puesto en libertad por el pueblo, y se apresuró á hacer aparecer nuevamente *El Correo francés*, que abandonó luego para alistarse en la artillería de la guardia nacional.

Sus discursos contra el Gobierno en las reuniones públicas de Montmartre le dieron grande popularidad y le costaron otra nueva prision. de cuatro meses á raíz de los acontecimientos del 31 de Octubre. Detenido preventivamente hasta que se le juzgara, pidió repetidas veces que lo dejaran salir para tomar parte en la defensa de París. A pesar de todas sus protestas no fué juzgado hasta después de la capitulacion y declarado inocente por el consejo de guerra.

Un escritor que ha tratado de poner en caricatura á casi todos los hombres de la Commune, no ha podido menos de dedicar á Vermorel las siguientes líneas al trazar su retrato:

«En su moral está Vermorel lleno de afabilidad y de dulzura, pero en cuanto toma la pluma, se trasforma y se convierte en duro, arrebatado, y á veces cruel en sus polémicas. Su desinterés es conocido así como la sencillez de su vida.»

\*  
\* \*

ARNAUD.—Antonio Arnaud, era hombre de cuarenta y cinco años cuando ascendió á la Commune: y pertenecía á la Internacional, que lo consideraba como uno de sus más estimados individuos por la energía de su carácter.

Habia estado empleado en las oficinas de los ferro-carri-les; y en la *Marsellesa* hizo más tarde una terrible campaña contra aquellas empresas cuyos misterios de corrupcion y de agio puso de relieve. Despues del 4 de Setiembre fué alma de la Internacional; y luego del Comité central, en cuyo puesto lo encontró el levantamiento del 18 de Marzo.

Era hombre de una grande inteligencia y de un carácter sostenido y enérgico, que encubria su aparente frialdad y su silencio sistemático. Bajo un exterior impasible se ocultaba el espíritu más revolucionario y ardiente de la Commune. Votaba silenciosamente, sin frases ni comentarios las medidas más extremas, y ejercía sobre sus amigos una influencia decisiva, al par que imponía á sus contrarios con su aire sombrío y de eterna gravedad.

BRUNEL.—Antonio-Magloire Brunel no tenia antecedentes políticos; las desgracias de su patria lo lanzaron en el campo revolucionario.

Era propietario y habia sido subteniente de caballería; durante el sitio ejerció el cargo de comandante de un batallón de marcha, y cuando llegó la capitulacion, indignado contra el Gobierno, se asoció al teniente coronel Piazza para oponerse á la entrega de los fuertes y de la ciudad.

En otro lugar han visto los lectores este incidente que terminó con la prision de los dos esforzados jefes del movimiento de resistencia.

Libertado en su día por los guardias nacionales que rompieron las puertas de la cárcel, Brunel logró burlar las persecuciones del Gobierno, convirtiéndose en uno de los más activos conspiradores.

El Comité central lo nombró general en jefe, y el séptimo distrito honró con sus votos el valor y el patriotismo del bravo militar.

\*  
\*  
\*

EUDES.—Emilio Francisco Eudes, es una de las figuras más simpáticas de la revolucion del 18 de Marzo. Cuando fué nombrado general no tenía más que veintiseis años: habia sido farmacéutico y luego corrector de pruebas y editor responsable del *Pensamiento libre*. En el movimiento que fracasó en la Villette contra el imperio, pocos dias antes del horrible drama de Sedan, fué Eudes el principal jefe de la conspiracion. Atribuyó la opinion aquella intentona á los prusianos, y Eudes fué encarcelado y sometido á un proceso. Al llegar su interrogatorio, miró frente á frente al tribunal y se defendió en estos términos:

«Protesto contra el pensamiento de haber querido favorecer la Prusia: he creido por el contrario que el mejor medio para rechazar la invasion, era derrocar el imperio: pero en cuanto á cometer un homicidio y un asesinato, ¡ja-

más! Los traidores á la pátria no están entre los republicanos.....

»Debo protestar contra la infame calumnia que me atribuye connivencia con los prusianos. Desafío á todo el mundo á que lo pruebe. Si lo que se quiere es mi cabeza, ¡tomadla! pero no me deshonreis.»

Eudes fué condenado á muerte por el Consejo de Guerra, pero el pueblo insurreccionado el día en que se hundió el imperio le abrió las puertas de su prision. Durante el sitio fué nombrado jefe de batallon en el arrabal de San Antonio, y colaboró en el periódico de Blanqui, *La Pátria en peligro*. Complicado en los sucesos de Octubre fué exhonrado de su mando y tuvo que ocultarse para evitar las persecuciones del Gobierno, y más tarde huir á Bélgica. El 19 de Marzo estaba ya otra vez en París, y ponía su espada y su actividad revolucionaria á las órdenes del Comité central.



VALLES (Julio).—Terminó en el *Liceo Bonaparte* los estudios que comenzó en Saint-Etienne y Nantes, y tuvo el proyecto de quitar de presidente á Luis Bonaparte.

Secretario de Gustavo Planche, y luego profesor, publicó el folleto anónimo *La Bolsa*, colaboró en *La Prensa*, *El Figaro*, *La Epoca* y *El Acontecimiento*, fundando varios pequeños diarios, entre otros *La Calle*, que vivió ocho meses, y más tarde en 1869, *El Pueblo*. Sus nobles y justas aspiraciones en favor de los desheredados le valieron el sobrenombre, que él aceptó con orgullo, de *Abogado de la miseria*, llegando á ser uno de los miembros más populares de

la Commune. Fué comandante de un batallon durante el sitio y fundó el periódico el *Grito del Pueblo*.

PINDY (Luis Juan).—Nació en Brest en 1840 y ejercia el oficio de ebanista. Afiliado primero en la *Marianne* (sociedad secreta de obreros fundada por el diputado Mr. Mary en 1852 y 53, y cuyos estatutos estaban calcados sobre el carbonarismo reformado, planteado en Italia por Mazzini), y luego en la *Internacional*, fué elegido delegado en los Congresos de Bruselas y de Basilea.

Condenado por el tribunal de Blois, fué libertado el 4 de Setiembre y enviado á los diputados de la izquierda para ofrecerles el apoyo de la *Internacional*. Individuo del Comité central, dirigió en un momento solemne los asuntos militares. Elevado á la Commune, formó parte de la comision militar, y fué gobernador del Hotel de Ville. Con frecuencia solia decir, pensando en la derrota, esta frase que llegó á hacerse célebre: *Si somos vencidos, yo haré volar el edificio*.

\*  
\* \*

PEDRO VÉSINIER.—Tenia cuarenta y cinco años, y habia publicado en Bélgica y Suiza varios y notables folletos contra el imperio. Secretario del célebre Eugenio Sué, colaboró en *Los misterios del pueblo*, teniendo que abandonar á Ginebra, y despues á Bruselas, á causa de la huelga

de los obreros de las minas de Charleroy. A su vuelta á Francia escribió en *La Reforma* y *La Llamada*, fundando despues el *Paris-libre*. Alcalde de Belleville en 31 de Octubre, entró á formar parte de la Commune el 26 de Marzo, encargándose de la redaccion de *El Diario oficial*.

\* \* \*

ARTURO ARNOULD.—Cuarenta y cinco años; era hijo de un escritor distinguido que desempeñó una cátedra de literatura en el colegio de Francia; fué sucesivamente redactor de la *Revue nationale*, *L'Opinion national*, *L'Epoque*, *La Presse libre*, *Le Rappel*, *La Marseillaise* y *L'Avant-Garde*.

LEFRANCAIS.—Cuarenta y cinco años; ex-preceptor de primera enseñanza; empleado en la Casa Richer; hombre de accion y furioso reformista.

CLEMENCE.—Cuarenta años; encuadernador; internacionalista; autor de un libro notable sobre la historia de la encuadernacion.

EUGENIO GERARDIN.—Cincuenta años; honradísimo obrero y de ideas templadas.

AMOUROUX.—Veintiocho años; sombrerero, orador apasionado é internacionalista.

OUDET.—Cincuenta años; pintor en porcelana; desterado en Bruselas despues de 1851; vivió siempre de su trabajo y miserablemente, y era en su físico muy parecido a Proudhon.

COURNET.—Treinta y seis años; periodista: comisario de la Sociedad trasatlántica, y como tal, navegante en el golfo de Méjico; redactor de *Le Reveil*; complicado en el proceso de Blois; comandante de batallon; ardiente jacobino, y amigo de Delescluze.

MIOT.—Sesenta y un años, farmacéutico, antiguo diputado; deportado á Algeria en 1851, ardiente jacobino.

OSTEYM.—Cincuenta años; empleado en casas de comercio, hombre de ideas templadas y republicano sincero.

PROTOT.—Treinta y un años; abogado distinguido y estudiante de medicina; amigo de Tridon con quien colaboró en *Le Candide*; defensor de Megy, y conspirador contra Napoleon.

AVRIAL.—Treinta y un años; obrero mecánico; licenciado del ejército; organizador de asociaciones internacionalistas; comandante de batallon.

VERDURE.—Treinta y tantos años; maestro de escuela; amante del estudio; organizador de sociedades cooperati-

vas; sostenedor de la candidatura Favre contra Rochefort, y poco despues cajero de *La Marseillaise*.

GERESME.—Trabajador, de opiniones exaltadas y del Comité.

THEISZ.—Treinta y dos años, cincelador; propagandista de la Internacional, conocedor de las cuestiones sociales y de carácter dulce y moderado.

LEON MEILLET.—Treinta y cinco años, abogado; ex-adjunto, fogoso en su expresion y extremado en sus opiniones.

DUVAL.—Treinta años, fundidor; internacionalista activo é inteligente y nombrado general por el Comité.

CHARDON.—Cuarenta años, calderero; ayudante de campo de Duval, y de escasos talentos.

FRANKEL.—Veintisiete años, húngaro; bisutero, persona muy instruida, internacionalista, defensor de que todo movimiento político debe subordinarse á un fin social.

BILLIORAY.—Jóven napolitano, aunque de origen francés, pintor mediano y del Comité central.

DECAMPS.—Treinta y tantos años, internacionalista y de ideas templadas.

VICTOR CLEMENT.—Anciano, tintorero; adversario de los procedimientos y resoluciones extremas, y honrado y prudente republicano.

LANGEVIN.—Veintiocho años, tornero en metales, socialista, secretario del Círculo de los estudios sociales.

BERGERET.—Cuarenta años, tipógrafo, ex-sargento de tiradores, del Comité central, que le nombró comandante general de París.

RANVIER.—Cincuenta años, pintor en laca, á quien arruinó un pleito, amigo de Flourens; comandante del batallón 141; del Comité, alcalde y revolucionario fanático.

\*  
\* \*

Tales eran en su gran mayoría los hombres elegidos por el pueblo para cumplir los destinos de la última revolución francesa. Casi todos eran dignos de la confianza que en ellos se ponía, pero en su conjunto pudieron ya notarse un vacío inmenso y una falta irremediable que aseguraba tristes días á la causa de los comuneros. Echábanse de ménos entre ellos algunos de esos hombres extraordinarios que nacen de esas tremendas crisis de las naciones, y que á la idea reúnen el valor, y á la clara penetración de los hechos juntan la entereza de carácter que les hace dominar las circunstancias. Faltaban al propio tiempo entre

los nuevos elegidos algunas de las grandes eminencias que con sus escritos y sacrificios en favor de la revolución habian adquirido tal crédito en el país y aun en la democracia europea, que solo sus nombres habrian arrastrado numerosas masas, y traído á la Commune la adhesion de mucha parte de los republicanos de toda Francia. Está harto justificada la prevencion del pueblo contra lo que se llama santonismo, pero la exageracion de este recelo produce á veces males de más transcendencia y de peor remedio. Quiso en esta ocasion huirse de una ciega confianza y se cayó en un vacío deplorable y funesto, que llevó á su vez la indiferencia y la desconfianza á la mayor parte de las provincias.

## CAPITULO XII.

Instalacion de los comuneros en el Hotel de Ville.—Notable discurso de Beslay.—Primera organizacion de la Commune.—Su manifiesto-programa.

Acúsase generalmente á los partidos políticos de no servir más que para perturbar y dividir las naciones, y sin embargo, ellos son los únicos que pueden salvar las circunstancias críticas de los pueblos, cuando los desaciertos de los gobiernos ó los desastres de la fortuna ocasionan cambios radicales en la manera de ser de las cosas. Esas grandes agrupaciones de ciudadanos, que animados por un solo ideal aspiran á la realizacion de un solo fin, meditan en la época de la propaganda, y preparan en los tiempos de la persecucion toda una série de soluciones para los difíciles problemas que las necesidades públicas presentan. ¿Qué seria de los Estados, sin ellos, en las mudanzas que la fuerza misma de los acontecimientos y los adelantos de los siglos traen á las naciones? En ensayos frustrados y en experiencias estériles se malgastarian elementos vitales y

fuerzas de gran valor, cuando no en disputas nocivas y en divisiones contrarias al desenvolvimiento y realizacion de los mas excelentes principios. Algo de esto sucedió á los ciudadanos que los parisienses elevaron al gobierno de su Ayuntamiento revolucionario. Animados en su mayor parte de los mejores sentimientos, é inspirándose en las doctrinas mas rectas y salvadoras, se hallaron todos al tomar posesion de sus nuevos cargos, separados por diversidad de planes y de propósitos cuando el ideal que á todos inspiraba era uno mismo.

Igualmente querian todos el afianzamiento de la republica, las franquicias del municipio, la libertad y la igualdad de los ciudadanos y la emancipacion de los obreros; pero cada grupo abrigaba distintos proyectos y cada individuo pensaba en diferentes soluciones.

Los jacobinos de la antigua escuela, los socialistas mas avanzados, los internacionales, los partidarios del federalismo y hasta los republicanos unitarios, se hallaron reunidos, dominando desde el poder, sin tener un programa prefijado que establecer y creyendo cada cual mas justo y oportuno su sistema.

La voz de la razón se hizo oír, sin embargo, dominando al criterio parcial del individuo, y todos reconocieron, como punto capital é idea suprema, los principios que el digno decano de la Commune desarrolló en su discurso al ocupar la presidencia en la sesion inaugural. Documento fué este de

la primera importancia y que, sin la intransigencia de Versalles, habria prevalecido, ahorrando mares de sangre y abismos de vergüenza á la humanidad. La gran idea de la federacion, única esperanza de las generaciones para resolver la eterna antimonía de la libertad y de la autoridad, fué desarrollada con toda precision y exactitud por el profundo Beslay, marcando este paso de la revolucion jacobina al movimiento federal, los inmensos espacios que la opinion y el pensamiento habian recorrido en Francia. Vivo placer me causa reproducir lo mas importante de este notabilísimo discurso, tanto más, cuanto que los historiadores de estos acontecimientos sangrientos, enemigos de los vencidos, han preferido ofender la rectitud de la conciencia antes que dar á conocer una de las mas honrosas páginas del gobierno del Hotel de Ville.

«Ciudadanos, dijo en aquel momento solemne el decano de la Commune:

«Vuestra presencia aquí atestigua á París y á la Francia que la Commune es un hecho, y la emancipacion del Ayuntamiento de París, es, no lo dudemos, la emancipacion de todos los ayuntamientos de la república.

«Hace cincuenta años que los rutinarios de la vieja política nos adulan con las pomposas frases de descentralizacion y de gobierno del país por el país. ¡Grandes lemas que nada nos han producido!

«Más valientes que vuestros antecesores habeis hecho como el sabio que andaba para probar el movimiento; habeis andado y puede decirse que la República seguirá tambien vuestros pasos.

»Este es, con efecto, el resultado de vuestra victoria pacífica.

La República no es hoy como en los grandes días de nuestra revolucion. La República del 93 era un soldado que, para combatir dentro y fuera, tenia necesidad de centralizar en su mano todas las fuerzas de la patria; la República de 1871 es un trabajador que tiene sobre todo necesidad de la libertad para fecundizar la paz.

»*Paz y trabajo!* he ahí nuestro porvenir. He ahí la garantía de nuestra revancha y de nuestra regeneracion social. Si de esta suerte se comprende la República, puede todavía la Francia ser apoyo de los débiles, proteccion de los trabajadores, esperanza de los oprimidos en el mundo y fundamento de la República universal.

»La emancipacion de la Commune es por tanto la emancipacion de la misma República, pues cada uno de sus grupos sociales va á encontrar su plena independenciam y su completa libertad de accion.

»La Commune se ocupará de todo lo que es local.—El departamento se ocupará de lo que á su region concierne.

»El Gobierno solo tratará de lo que á la nacion respecta.

»Y digámoslo muy alto: la Commune que fundamos será la Commune modelo. Quien dice trabajo dice orden, economía, honradez, vigilancia severa, y no será ciertamente en la Commune republicana de Paris donde se encuentren fraudes de 400 millones.

»El Gobierno, por su parte, reducido á la unidad de sus

atribuciones, no podrá ser más que el mandatario docil del sufragio universal y el fiel custodio de la República...»

Este discurso terminado con los gritos de ¡Viva la República! ¡Viva la Commune! era todo un programa, y su publicacion más tarde en *El Diario oficial* pareció mostrar que era aceptado y recibia la sancion de todos los demás miembros del Municipio.

\*  
\*\*

Pero las circunstancias excepcionales en que Paris se hallaba, hicieron desde luego á la Commune faltar á él, arrojándose facultades que no incumben á un Ayuntamiento por ser en aquellos momentos el único poder que dentro de la legalidad revolucionaria habia. En la misma sesión inaugural quedaron las comisiones de la Commune organizadas en esta forma:

*Comision ejecutiva.* Los ciudadanos: Eudes, Tridon, Vaillant, Le Français, Duval, Felix Pyat, Bergeret.

*Comision de Hacienda.* Los ciudadanos: Victor Clement, Varlin, Jourde, Beslay, Règere.

*Comision militar.* Los ciudadanos: Pindy, Eudes, Bergeret, Duval, Chardon, Flourens, Ranvier.

*Comision de justicia.* Los ciudadanos: Ranc, Protot, Leon Meillet, Vermorel, Ledroit, Barbik.

*Comision de seguridad general.* Los ciudadanos: Raul Rigault, Ferré, Assy, Courbet, Oudet, Chalain, Gerardin.

*Comision de subsistencias.* Los ciudadanos: Dereure, Champy, Ostin, Clement, Parizel, Emilio Clement, Henri.

*Comision de trabajo, industria y cambio.* Los ciudadanos: Malon, Frankel, Theisz, Dupont, Avrial, Gerardin, Puget.

*Comision de relaciones extranjeras.* Los ciudadanos: Delescluze, Ranc, Pascua Grousset, Ulises Parent, Arturo, Arnould, Ch. Girardin.

*Comision de servicios públicos.* Los ciudadanos: Ostyn, Billioray, Clemente (J. B.), Martelet, Mortier, Rastoul.

*Comision de Instruccion pública.* Los ciudadanos: Julio Vallés, Dr. Goupil, Lefèvre, Urbain, Leroy, Verdure, Demay, Dr Robinet.

\*  
\*

Al dia siguiente de su instalacion dió el nuevo gobierno un manifiesto acreditando la toma de posesion de los poderes delegados, pero incurriendo en la misma vaguedad, en la misma indecision de que habia pecado el Comité revolucionario. Se consideraba en él como ilegal la Asamblea de Versalles, y nada se decia respecto al gobierno que correspondia á la Francia. Se imputaba justamente á los hombres de Thiers el preparar un ejército para producir la guerra civil, y se limitaba á hacer una vana apelacion de ello ante la Francia y ante el mundo. Por toda reforma se anunciaba una decision respecto á los vencimientos comerciales; se ponía en vigor un acuerdo sobre los alquileres y se pedía un apoyo incondicional para asegurar el triunfo de la República.

Hé aquí este documento, que bien puede calificarse de

desdichado, porque revelaba la falta de iniciativa y de resolución que una situación tan difícil, como la de entonces, reclamaba de unos hombres que jugaban de una vez el todo por el todo, y que tenían en sus manos los destinos del porvenir y la suerte de todos los desheredados y oprimidos.

## COMMUNE DE PARIS.

---

Ciudadanos:

Se ha constituido vuestra Commune.

La revolución victoriosa ha sido sancionada por el voto del 26 de Marzo.

Un poder cobarde y agresor os estaba ahogando: con el derecho de vuestra legítima defensa habeis rechazado de vuestros muros á ese Gobierno que intentaba deshonorarnos con la imposición de un rey.

Hoy, abusando de vuestra magnanimidad, esos criminales que ni aun siquiera os habeis tomado el trabajo de perseguir, organizan en las puertas mismas de la ciudad un foco de conspiración monárquica, excitan á la guerra civil, y ponen en juego toda clase de corrupciones, aceptando todas las complicidades hasta atreverse á mendigar el apoyo extranjero.

Apelamos ante la Francia y el mundo de estos manejos execrables.

Ciudadanos:

Acabais de votar instituciones que desafian todas estas tentativas.

Sois dueños de vuestros destinos. La representacion que acabais de establecer, fuerte con vuestro apoyo, vá á reparar los desastres causados por el poder destituido.

La industria comprometida, el trabajo suspenso, las transacciones comerciales paralizadas van á recibir un vigoroso impulso.

Rige desde hoy la decision esperada sobre los alquileres.

Mañana la de los vencimientos.

Todos los servicios públicos serán restablecidos y simplificados.

En adelante la guardia nacional reorganizada inmediatamente será la única fuerza armada de la ciudad.

Estos serán nuestros primeros actos.

Los elegidos del pueblo para asegurar el triunfo de la República no le piden más que los sostengan con su confianza.

Ellos sabrán cumplir su deber.

Hotel de Ville 29 Marzo 1871.

LA COMMUNE DE PARÍS.

\* \* \*

Mas este programa entra ya en la política de la Commune; y antes de acuparnos de ella, preciso es relatar los ter-

ribles acontecimientos que crearon á la revolucion un estado excepcional, sin cuya consideracion no puede ni explicarse ni apreciarse la conducta de los hombres de Marzo. Porque no hemos de incurrir en la falta de juzgar á los comuneros como si en tiempos normales y pacíficos hubieran vivido, sino que los hemos de considerar cercados por donde quiera de peligros y de amenazas, con un ejército sitiador que los ametralla, un monte Valeriano que los bombardea, un poder enemigo que les fusila los prisioneros, y un partido conspirador y solapado que los vende y traiciona en el interior. Pasemos, pues, si hemos de ser imparciales en el juicio de la Commune á describir las sangrientas jornadas que inauguraron en los primeros días de Abril la mas terrible de las guerras civiles de la Francia.

### CAPÍTULO XIII.

**Rompen los versalleses las hostilidades. — Sorpresa de Conrbevoie. Preparativos de la Commune. — Jornada del 3 de Abril. — Mendon. — Chatillon. — Bárbara ferocidad de los generales de Versalles.**

A los recelos que habian mostrado los revolucionarios hácia las celebridades de su partido, vino á agregarse para el fracaso completo de sus planes, una ciega é inexplicable confianza en la impotencia de sus enemigos. No puede concebirse cómo los hombres del Comité central no hicieron marchar, sobre Versalles, los batallones victoriosos de la milicia ciudadana. Aun creyendo que toda la Francia habia de responder al movimiento comunero era un deber de patriotismo y una necesidad imperiosa de las circunstancias el evitar la formacion de un centro y de un ejército que no podian menos de ocasionar una tremenda guerra fratricida. Una vez que los partidarios de la Commune es-

taban dispuestos á no transigir con el Gobierno de Thiers y la mayoría de Versalles, preciso es hacer pesar sobre ellos la inmensa responsabilidad de haber perdido la revolucion por su inaccion y su ceguedad, al creer que el triunfo se les iba á venir á las manos sin ningun género de esfuerzos.

Quando la Commune á su advenimiento se apresuró á organizar la defensa de París, era ya tarde. Cierto es que mostró gran presteza entonces en levantar barricadas en algunos puntos extratégicos de las cercanías, y que ya el dia 31 pudo poner en movimiento unos 70.000 guardias nacionales que se detuvieron en los barrios del Sudoeste, como esperando órdenes para una evolucion sobre la capital de los rurales, pero se habia perdido un tiempo de un valor inapreciable.

Aquella inactividad de los parisienses, habia sabido aprovecharla Thiers, que en pocos dias con una diligencia y un trabajo continuó que no podian esperarse de un viejo de setenta y cinco años, habia organizado un verdadero y formidable ejército con los soldados que volvian de Alemania y los mejores batallones que Faidherbe le envió del norte.

El hombre, que á la faz del mundo habia dicho que su retirada de París reconocia por causa el haber querido evitar una accion sangrienta, y que preferia haber sido vencido á intentar combatir á los parisienses, dió la señal de la lucha, y por sus órdenes se dirigió un cuerpo de ejército expedicionario contra el noroeste de París que rompió la fratricida campaña de aquella terrible guerra. El dia 2

de Abril, domingo de Ramos, salieron de Versalles dos columnas que por distintos caminos vinieron á juntarse sin obstáculos en la explanada de Bergeres, cayendo luego sobre las barricadas de Courbevoie, donde estaban las avanzadas de los guardias nacionales. Estos al ver la tropa de línea se adelantaron á pecho descubierto, levantando al aire las culatas de los fusiles y saludando á los que venian á ser sus verdugos con los gritos de ¡viva la república! ¡viva la Commune! Un momento de perplejidad detuvo á la tropa de línea: el General en jefe mandó hacer fuego y los gendarmes obedecieron inmediatamente con una descarga que puso en dispersion á los torpemente confiados, que expusieron sus leales pechos al ataque de los soldados de la reaccion. Las tropas de Versalles pusieron en batería algunos cañones y seis ametralladoras que llevaban contra la explanada Courbevoie, é hicieron caer una lluvia de bombas y de granadas sobre Neuilly, barriendo el principio de la avenida de la Grande-Armée. La lucha no fué larga. El batallon de la guardia nacional que ocupaba las avanzadas no tenia municiones, y se desbandó: otros dos batallones que se encontraban detrás, perseguidos y destrozados por las ametralladoras, tuvieron que abandonar precipitadamente las aldeas de la orilla izquierda, volver á pasar el puente y replegarse los unos sobre Neuilly y los otros sobre la puerta de Versalles. Las pérdidas del ejército fueron casi nulas, mientras que los nacionales dejaron sobre el terreno 60 heridos, unos 20 cadáveres y algunos pocos prisioneros que fueron fusilados en el acto.

Al saberse en París tan inesperado ataque, se hicieron

avanzar formidables fuerzas sobre las posiciones atacadas, pero al llegar á Courbevoie, ya los destacamentos enemigos se habian retirado á sus cantones, y el daño estaba causado. Funestísimas consecuencias tuvo aquel primer encuentro. El efecto moral del que ataca y vence, con ser de tanto bulto, no era nada comparado con el haber conseguido la reaccion que el ejército se batiera contra el pueblo. Hasta que el primer tiro no se dispara, hay siempre esperanzas de que fraternicen con sus hermanos los infelices esclavos de la ordenanza militar, pero en cuanto la sangre llega á derramarse en impía y criminal contienda, las pasiones mas bárbaras y los instintos mas feroces se apoderan de los corazones, convirtiéndose los soldados que antes eran hombres en máquinas de matar ó en fieras que solo viven de la carnicería y de la matanza. El crimen engendra crímenes, como el abismo llama al abismo: aquellas primeras descargas de la gendarmería contra los nacionales que se adelantaban en son de amigos, cerraron el camino á toda esperanza y desencadenaron los torrentes de lágrimas y de sangre en que habian de ahogarse la libertad y la justicia.



Terrible fué el despertar de París. Acostumbrado á que el ejército no se batiera, se burlaba tranquilamente de los preparativos del gobierno de Thiers, cuando la mano de hierro del militarismo cayó de sorpresa, y con todo su peso sobre sus defensores. La indignacion y la ira fueron

los únicos sentimientos que dejaron oír su voz en aquellos instantes. El ataque de los versalleses, reunía circunstancias de un carácter odioso é irritante. Si es en la guerra sagrado todo parlamentario, ¿cómo debe considerarse á quién hace fuego contra el que se niega á combatir y abandonando la barricada que le dá abrigo, sale á ofrecer con el pecho descubierto, su amistad y su alianza? Pero el ejército no solo había contestado á tanta lealtad con una descarga mortífera, sino que por medio de una artillería de gran alcance, había bombardeado á Neuilly, causando espantosas desgracias en la población pacífica é inofensiva.—Algunos prisioneros, además, habían sido fusilados en el acto, sin información ni juicio de ningún género.

La comisión ejecutiva de la Commune se apresuró, para hacer constar que la guerra ya empezada habían de seguirla los parisienses en legítima defensa, á dar un manifiesto, el cual estaba concebido en estos términos:

«Los conspiradores realistas han atacado. A pesar de la moderación de nuestra actitud han atacado.

»No pudiendo ya contar con el ejército francés, han atacado con los zuavos pontificios y la policía imperial. No contentos con interrumpir nuestra correspondencia con las provincias, y con hacer vanos esfuerzos para reducirnos por hambre, esos furiosos han querido imitar hasta lo último á los prusianos y bombardear la capital.

»Esta mañana los *chuanes* de Charette, los vendeanos de Cathelineau, los bretones de Trochu, apoyados por los gendarmes de Valentin han cubierto de metralla y de

bombas la aldea inofensiva de Neuilly, y emprendido la guerra civil con nuestros guardias nacionales.

»Ha habido heridos y muertos.

»Elegidos por la poblacion de París, nuestro deber es defender la gran ciudad contra esos culpables agresores. Con vuestra ayuda la defenderemos.

»París 2 de Abril de 1871.

*La comision ejecutiva.»*

Al mismo tiempo que publicaba esta alocucion, tomaba la Commune el acuerdo de adoptar las familias de todos los ciudadanos que habian sucumbido ó que sucumbieran rechazando la agresion del enemigo.

\*  
\*\*

Aprovechando los primeros momentos de indignacion que el pueblo sentia, se resolvió al fin hacer una salida contra los versalleses, acordándose un plan que por unos se atribuye á Flourens y por otros á Cluseret, y que habria obtenido grandes resultados si la traicion no hubiera vendido al ejército de la Asamblea el secreto de las evoluciones. No se explican de otra suerte el gran éxito de los primeros movimientos y la espantosa derrota que siguió luego. Los generales que tantas muestras de impericia y nulidad habian dado en la guerra contra los prusianos tuvieron aquel dia sus divisiones tan bien dispuestas y las pusieron en accion con una exactitud matemática, de tal suerte, que pareció obedecer el desastre á una combinacion con anterioridad premeditada. Es indudable que Vinoy co-

nocia el plan de los parisienses, y que con tales condiciones los defensores de la Commune no podían menos de sucumbir en una lucha que tan desigual hacia la traición.

Contaban además los parisienses con que la fortaleza del Monte Valeriano, si ya no les abría las puertas, se mantendría neutral en los momentos decisivos, y así desde las primeras horas de la mañana, bajo el mando de Flourens y Duval, dos columnas que se unieron en la explanada de Courbevoie, avanzaron resueltamente siguiendo la orilla izquierda del Sena, desde Bezon hasta Chatou, Croissi y Bougival. Pero bien fuera porque en la noche anterior cambiaron el comandante del Monte Valeriano, ó bien porque fracasara algún movimiento dispuesto para apoderarse del fuerte, el caso fué que sus terribles baterías no bien quedaron á espaldas de los batallones expedicionarios, empezaron á enviar sobre ellos una lluvia de metralla y de bombas que sembró la confusión y la muerte en el ejército de la Commune. En vano trató este de guarecerse en las barricadas y en las casas de Rueil, Nanterre y Bougival: dos nuevas baterías de á doce descubrieron los versalleses, y casi al mismo tiempo un movimiento combinado de tres brigadas se lanzó sobre los comuneros, cuando era mayor el desconcierto, y acabó de destrozar sus filas que al ver cortada su retirada por la caballería de Preuil se pronunciaron en una desastrosa huida, que dejó cubierta de cadáveres aquella inmensa llanura.

Combinado con el movimiento de Courbevoie, y simultáneo á él, avanzaron en el Sur de París otros veinte mil hombres contra las posiciones de los versalleses en el ba-

jo Meudon y en Plesis-Picquet. El ímpetu del primer ataque fué irresistible, y los soldados de Vinoy fueron rechazados hasta las alturas de Meudon. Pero en aquella línea, que era precisamente donde se daba la batalla principal, se habian reunido las mejores tropas de Versalles y el choque fué terrible, cuando apoyados por la artillería se lanzaron los gendarmes y los guardianes de la paz á reconquistar las posiciones perdidas, y dueños del castillo de Meudon, donde situaron una formidable batería lograron desalojar á los parisienses de Meudon y del Petit-Bicetre. Faltos de artillería los guardias nacionales, mal dirigidos y flanqueados por los hábiles movimientos del enemigo, no pudieron sostenerse ni supieron hacer una retirada en buen orden. El vigor que dá un triunfo á las grandes masas se convierte en pánico indescriptible cuando la derrota empieza: necesitase una gran organizacion militar y la experiencia y costumbre de los veteranos para que las retiradas no se conviertan en desbandada y fuga tumultuosas. Esto pasó á los parisienses, cuyo valor individual podia llevarlos á pelear hasta morir detrás de una barricada donde vieran caer al adversario, pero que no les hacia permanecer á pié firme contra un enemigo que los envolvía y mataba impunemente. La derrota fué tambien tremenda en aquel otro campo de batalla y el movimiento sobre Versalles, que doce dias antes habria sido de seguro éxito, abortó por completo á pesar del heroismo de muchos ciudadanos que perdieron su vida en aquella sangrienta jornada.



La noche del 3 de Abril sorprendió á los versalleses al pié del reducto de Chatillon, y para no perder el fruto de su victoria hicieron nuevos trabajos hasta el amanecer, á cuya hora descubrieron dos baterías de á doce que hacia insostenible la posicion de los comuneros. Un movimiento hábilmente dirigido cercó por completo el reducto que despues de una carga á la bayoneta, llevada á cabo por la brigada de Roja, hubo de rendirse, entregándose como prisioneros de guerra unos mil hombres que lo defendian.

París quedó desde aquel dia sujeto á hacer una guerra puramente defensiva, y los hombres de la Asamblea pudieron convencerse en vista de la tenacidad de la resistencia que hallaron y de las víctimas que costó su triste victoria, de que no entrarian en la capital sin una lucha obstinada á sangre y fuego, más terrible mil veces que la continuacion de la guerra que se habia logrado terminar por medio de una paz ignominiosa.

Pero como si fueran pocos los horrores y desgracias que ya de suyo ofrecian las circunstancias, los principales jefes de Versalles añadieron fuego al incendio y avivaron con furor insensato la escitacion de los malos instintos y de las feroces pasiones que despiertan en los corazones las contiendas civiles. La conducta de los versalleses para con los vencidos fué de una crueldad tan inaudita, que no podia ménos de engendrar el funesto rencor de los derrotados y la sed devoradora de venganzas y de represalias.

Donde quiera que se hacia un prisionero, que hubiera antes pertenecido al ejército, era fusilado en el acto sin más informacion ni proceso por las tropas de Thiers. El

furor de la soldadesca pudo aquel día cebarse á su antojo en los que se rendían. Muchos fueron los voluntarios que también sucumbieron después de terminada la batalla. Pero si los hechos aislados ponen espanto en el ánimo, la conciencia se subleva ante el espectáculo que han dado aquellos jefes de hacer alarde y ostentación de su bárbara ferocidad. La proclama del general Gallifet en este sentido es un borron eterno para el Gobierno que la aprobó y la Asamblea que la llegó á celebrar y á aplaudir.

En las primeras horas de la mañana del día 3 una columna de 1.500 guardias nacionales, que ocupaban la estación de Rueil, se adelantaron hácia Chatou, pero tuvieron que detenerse porque el puente estaba cortado. Algunos hombres solamente pasaron el Sena en unas barcas y entraron en Chatou anunciando que el resto de la columna les seguía.

Poco después el general Gallifet á la cabeza de dos escuadrones de cazadores y de una batería bajaba de San German, y sorprendía á varios de estos nacionales, á un capitán y algunos soldados de línea, que fueron en el acto pasados por las armas.

El general se dirigió en seguida á la Alcaldía, y allí redactó este bando draconiano, que recordaba los tiempos de la más repugnante barbarie.

»La guerra ha sido declarada por las banderías de París.

»Ayer, antes de ayer y hoy me han asesinado estas mis soldados.

»Declaro, pues, una guerra sin tregua ni misericordia

á esos asesinos. He debido dar ejemplo esta mañana: que este sea saludable, pues deseo no verme reducido otra vez á semejante extremidad.

«No olvidéis que el país, la ley, y la razón por consiguiente, están de parte de Versalles y de la Asamblea nacional, y no con la grotesca asamblea de París que se intitula la Commune.—El general jefe de la brigada, Gallifet. 3 Abril 1871.»

Después de la lectura pública de este espantoso bando, el pregonero añadía á redoble de tambor:

«El presidente de la comisión municipal de Chatou previene á los habitantes, en interés de su seguridad, que los que den asilo á los enemigos de la Asamblea sufrirán el peso de las leyes de la guerra.—El presidente de la comisión, Laubeuf.»

Tal era la guerra que los pretendidos salvadores de la sociedad hacían para pacificar el país: tal era el proceder salvaje de los supuestos representantes de la Francia con sus hermanos de París. Cuando estos contaban con cerca de 200.000 hombres, con grandes y casi inexpugnables fortificaciones, de esta suerte se les acosaba como á fieras y se los reducía á la desesperada situación de responder con una guerra feroz y sanguinaria.

Pero no es este más que un solo episodio de las crueldades de aquellos tristes días que es preciso poner de relieve para que el juicio sobre ambos bandos sea conforme á razón y á justicia.

## CAPÍTULO XIV.

**Asesinato de Flourens.—Infame fusilamiento de Duval.—Entrada de los prisioneros en Versalles.—Insultos y horribles tratamientos que se les inferen.—La Asamblea da un voto de gracias al ejército.**

No hemos de apelar al testimonio de los adeptos y partidarios de la causa parisiense para referir los sangrientos excesos á que se entregaron los soldados de Versalles; en aras de la imparcialidad y de la verdad histórica atenderemos mas principalmente á los datos y noticias de los amigos de la Asamblea en cuanto respecta á su conducta. Y tan notoria y escandalosa ha sido por cierto la inhumanidad y el salvaje furor de las huestes mandadas por Vinoy, que han creído inútil disfrazarla y no han dudado en perpetuar ellos mismos su funesta memoria.

De un periódico conservador y partidario ferviente de Versalles, tomamos el triste relato de la muerte de Flourens, que fué uno de los mayores desastres que en aquella batalla pudieron sufrir los comuneros.

«Hacia las cuatro de la tarde del dia 3, decia el *Gaulois*, los gendarmes del 2.º regimiento empezaban sus registros

en la aldea de Chatou, cuando partió un disparo de arma de fuego de una ventana de la casa de un fondista, llamado Ducoq, situada á unos ciento cincuenta metros del puente de Chatou. Los gendarmes invadieron la casa, y uno de ellos que subió primero recibió una bala que le hirió en un hombro en el instante en que entraba en una de las habitaciones. Era Flourens que le descargaba á boca de jarro su revolver.

Entonces, el capitán Desmarest se lanzó sobre Flourens y le abrió la cabeza de un sablazo.

Un joven garibaldino, Pisani, ayudante de órdenes de Flourens, recibió al mismo tiempo una estocada en una pierna, y pudieron hacerle prisionero.

Este italiano que no hablaba una palabra de francés, había tenido tiempo de cambiarse de traje: estaba de paisano y solo llevaba un kepi de jefe de batallón. En cuanto á Flourens había conservado su uniforme.

«El cuerpo de Flourens ha sido transportado al Hospital.»

El *Gaulois* desfiguró los hechos y procuró presentar de la manera más favorable á los gendarmes aquella escena de muerte; pero fácil es, al examinar el relato del diario de Versalles, descubrir en el acto que cuenta la presencia de un crimen. Flourens, el noble y pundonoroso Flourens, fué víctima de un asesinato, porque asesinato es toda muerte hecha á mansalva, á sangre fría, en la persona de un hombre desarmado é indefenso, que los azares de la guerra ponen en manos del vencedor.

Los hechos pasaron de esta otra manera, que fétigos y fidedignos acreditaron y á que toda la prensa de Europa

prestó crédito. Las siguientes líneas de una correspondencia de Versalles, lo detallan:

«Después del combate del 3, y al anochecer, Flourens llegó á Chatou estenuado de fatiga y acompañado por su edecan, un italiano llamado Pisani. Se afeitó la barba, y buscó con mil dificultades un traje de paisano para disfrazarse. Aun no había tenido tiempo de vestirlo cuando la casa donde estaba refugiado fué cercada por los gendarmes.

Estos hicieron bajar á los presos é interrogaron á Flourens. Los gendarmes ignoraban quién era el prisionero. El capitán que los mandaba, exasperado por la jornada, le insultó. El preso se irguió ante las injurias, y en su indignación exclamó:

—Yo soy Flourens.

—¡Ah! ¿Con que sois Flourens? replicó ardiendo en ira el capitán: pues ahí va mi saludo: y le descargó sobre la cabeza tal cuchillada, que el cerebro saltó al aire cual vaciado por un cucharón. El sable hendió todo el cráneo, dividió un ojo y salió por la mandíbula.

«El edecan recibió una estocada, dirigida al vientre que le atravesó un muslo.

«Cadáver y herido fueron trasportados á Versalles.»

Así concluyó tanto patriotismo y tanta abnegacion como se encerraban en el corazón de aquel héroe. El bárbaro matador, llamado Desmarest, obtuvo los aplausos de la gente de su partido y fué recompensado por el Gobierno como si hubiera dado cima á una proeza heroica.

Los círculos indicados salieron de las filas.

—Soy unos horribles canchales, dijo Vincy, vosotros ha-  
\* \* \*

Caractéres mas horribles aun reviste el fusilamiento del infortunado Duval, uno de los generales que mas denodadamente combatieron en aquellas infaustas jornadas. He aquí la historia que un testigo presencial ha hecho de este nuevo acto de vandalismo de Vinoy, y de los últimos momentos del bravo jefe de las masas populares.

«Los generales Duval, Henri y cerca de mil guardias nacionales, habian sido copados en el reducto de Chatillon y obligados á rendir las armas. Hasta que un tribunal cualquiera hubiera decidido sobre su suerte eran prisioneros de guerra, es decir, sagrados.

Los federales han sido conducidos entre dos filas de soldados hasta el Petit-Bicêtre, pequeño grupo de casas situadas en el camino de Choisy á Versailles; un combate muy rudo habia tenido allí lugar el 17 de Setiembre y una gran fosa coronada con una cruz negra, indicaba el sitio donde las víctimas de aquel dia habian sido enterradas. Precisamente en aquel lugar el general Vinoy, que llegaba de Versailles con su estado mayor, encontró la columna de los prisioneros; dió la voz de alto, y bajándose del caballo, preguntó:

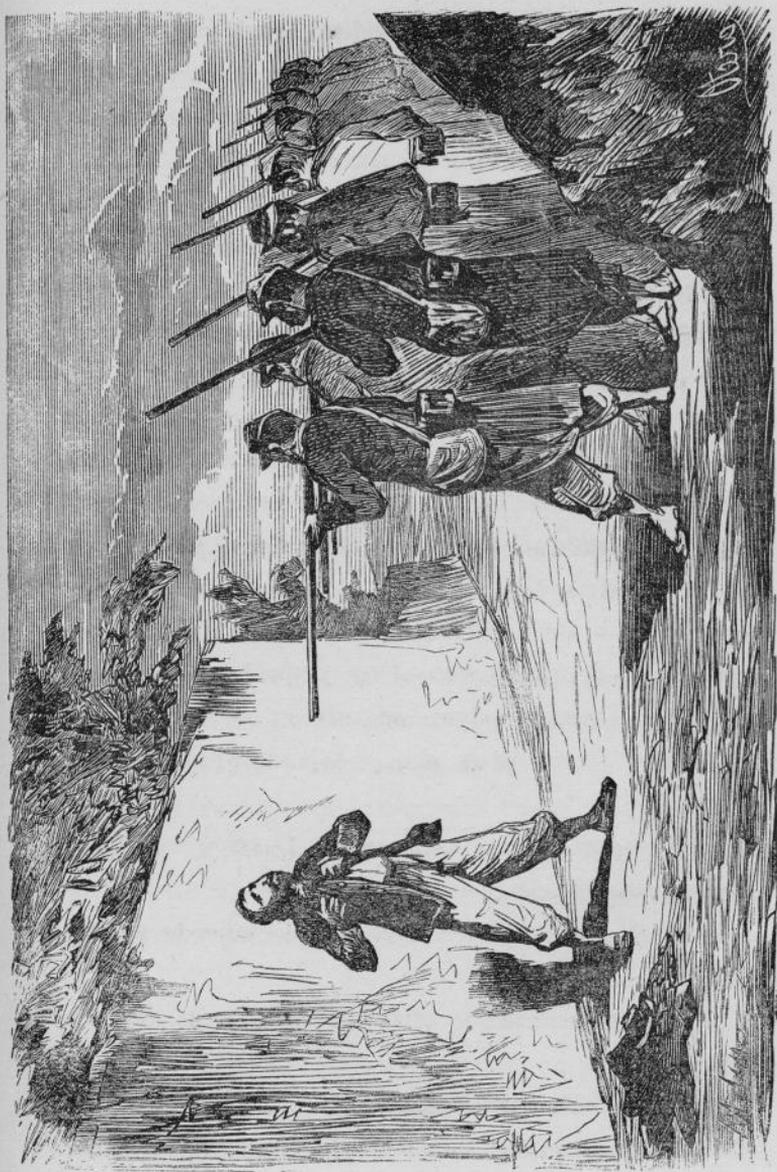
—¿Hay entre vosotros un *caballero* Duval que se hace llamar general? Celebraria verlo.

—Yo soy, contestó con altivez Duval, saliendo de las filas.

—Tambien parece que están con vosotros dos jefes de batallon.

Los oficiales indicados salieron de las filas.

—Sois unos horribles canallas, dijo Vinoy, vosotros ha-



Fusilamiento de Duval.



beis fusilado al general Clemente Thomas y al general Le-comte: ya sabéis lo que os espera.

—Capitan, añadió dirigiéndose al jefe del destacamento de la escolta, mandad formar un peloton de diez cazadores, y vosotros, señores, pasad á este otro lado del camino.

Los tres oficiales de la Commune obedecieron sencillamente y saltaron un pequeño foso seguidos del peloton fúnebre. El general y los dos comandantes fueron arrinconados contra una pequeña casucha que por una ironía de la suerte tenia en la fachada la inscripcion siguiente:

DUVAL, HORTICULTOR.

El general Duval dos minutos despues caia, al par que sus compañeros, acribillado á balazos al grito de ¡Viva la Commune!

Vinoy y su estado mayor asistian impasibles á esta triste ejecucion. Los oficiales estaban impresionados y conmovidos de tanto valor y sangre fria.

Duval era un jóven de facciones simpáticas y enérgicas á la vez. Víctima de la defensa de los derechos municipales de París, descansa hoy al lado de los defensores de la capital contra el extranjero.»

\* \* \*

La constancia de los versalleses en fusilar á los soldados que cogian prisioneros llegó á excitar censuras hasta

de los partidos más retrógrados en toda Europa; pero casi preferible era la suerte de los que sucumbían en el campo que la de los cautivos que eran llevados á sufrir un verdadero calvario entre las cobardes turbas de los cortesanos de Thiers. Palabras faltan para execrar la conducta de los miserables que sin valor para combatir cara á cara á sus adversarios, esperaban á verlos desarmados y prisioneros para injuriarlos y maltratarlos con fiera saña. Ponen espanto y sublevan todos los corazones generosos las correspondencias de Versalles que han hecho públicas tamañas alevosías: los testimonios sobran en este asunto, y solo en presencia de ellos, solo en vista de los terribles cuadros que nos trazan, puede apreciarse el criterio de los que fulminaron maldiciones contra el desdichado que en el furor de la desesperacion se entregó á represalias sangrientas, y no tuvieron una palabra de protesta para condenar el execrable martirio de tantos infelices ciudadanos.

«Ayer he asistido á un espectáculo desgarrador, escribía el corresponsal de la *Suiza radical*, el de la entrada en Versalles de los guardias nacionales prisioneros en los diferentes combates que se han dado estos dias desde Bougival á Chatillon, entre las tropas regulares y los federados de París. La multitud era numerosísima y elegante, dominando la parte femenina, que lucia sus extravagantes atavíos en medio de una nube de militares desocupados. Al pasar los prisioneros se apretaban estas masas gritando, ahullando, gesticulando, escupiéndoles á la cara, animando con la voz y con el ademan á los soldados, que les administraban culatazos en las piernas, y por encima de este

«Indescriptible tumulto resonaban estas amenazas de muerte: «¡matadlos!» «¡fusiladlos!» «¡mueran los asesinos!» «¿por qué no los matais?»

Con mis propios ojos he visto á un caballero condecorado herir con su baston la cabeza de un prisionero en medio de los aplausos de aquella turba exasperada.

«Un poco antes de llegar á la calle que conduce de la avenida de París á la estacion de la orilla izquierda, vimos un grupo al rededor de un furgon de las ambulancias, que marchaba con grande lentitud.

«Escuchamos muchos gritos y mueras: algunos pilluelos subian por los lados del furgon á pique de ser aplastados bajo las ruedas. ¿Qué pasaba? Nos aproximamos y hé aquí lo que he visto: un capitan de la guardia nacional de París estaba allí dentro tendido, y su cabeza aplastada ofrecia el aspecto de una masa de carne y sangre coagulada; podria tener como unos cincuenta años, porque su largo bigote estaba ya cano.

«No! Jamás en mi vida olvidaré aquel espectáculo. Los muchachos escupian sobre aquel cadáver, y el público lo contemplaba tranquilamente.»

En otra correspondencia del cuartel general de Vinoy, que publicó un periódico como *La Epoca*, que tan cruda guerra ha hecho contra los hombres de la Commune, se daban estos otros detalles:

«La poblacion flotante de Versalles, compuesta de los refugiados de París y de la gente oficial, se sentia más envalentonada que la víspera. Inspirándose en su cobardía

trajo su confianza en la victoria, insultando y maltratando á los presos.

»Hubo á su paso por las calles de Versalles escenas repugnantes. Oficiales y hombres de aspecto decente escupieron al rostro de los prisioneros, otros les arrojaron piedras, algunos se deslizaban entre las filas de soldados que los custodiaban, y los herian con palos ó estoques.

»Un anciano se precipitó sobre un preso y le mordió; otro fué herido con una llave por un transeunte, que del golpe le saltó el ojo.»

Serian interminables las citas si hubiera de trascibir nuevos datos sobre la entrada de los prisioneros en Versalles, pero bastará para concluir esta otra correspondencia de Versalles, dirigida por un testigo digno de entera fé á un periódico suizo:

«He visto, decia con fecha 8, traer aquí una banda de varios prisioneros, y la conducta de los versalleses no es sin duda para evitar represalias por parte de los parisienses.

»Un transeunte se ha acercado á uno de los prisioneros, le ha injuriado y le ha asestado un palo tan fuerte en la cara, que le ha saltado la sangre. Como yo me indigné he sido censurado y me veo obligado á encerrarme en un silencio profundo... No podré olvidar con esta ocasion lo que me contaba ayer un soldado de línea que ha tomado parte en el asalto de la barricada de Courbevoie.

»He tirado, me ha dicho, casi encima de un insurrecto de barba blanca que ha caido cerca de mí gritando: ¡Viva la Commune! ¡Muero contento!

»Y el pobre soldado al referirme esta muerte, añadía «¡Qué guerra tan horrible! Toda la vida tendré ante mis ojos la imagen de aquel viejo.»

Pocos dias despues de estos sucesos pasaron por Redon dos trenes procedentes de Versalles, los cuales iban llenos de unos dos mil hombres. Estos infelices eran conducidos, amontonados unos sobre otros en wagoes de mercancías, perfectamente custodiados. Solamente algunos pudieron ser vistos por las personas que se hallaron á su paso por la estacion. Sus vestidos estaban hechos girones. Aquella nueva trasplatacion se dirigia á Belle-Isle, esa casa-mata aislada en medio del Océano á donde cada tirano de la Francia envia nuevas generaciones de patriotas, que la costumbre de los reaccionarios de todos los paises siempre apellida rebeldes.

\*  
\*

Ni una palabra de templanza en medio de tantos desastres por parte del Gobierno: ni una voz de clemencia surgió del seno de la Asamblea. La dureza de los versalleses no tenia ejemplo ni en la lucha de dos razas enemigas de muerte. Thiers hacia constar en sus partes á los prefectos las pérdidas horribles de los parisienses dejando entrever cierta feroz satisfaccion por un triunfo á costa del mártirio de la pátria. Y la Asamblea funesta que habia incubado y provocado aquella criminal guerra, declaraba en una sesion solemne sancionar con un voto de gracias todos los actos así de valor como de vandalismo que habian ejecutado sus tropas de mar y tierra.

## CAPITULO XV.

Cluseret en la delegacion de la guerra.—Su carácter y antecedentes.—Medidas que decreta.—Encuentros del día 6.—Toman los versalleses el puente de Neuilly.—Dombrowski.

Al fin comprendieron los parisienses que en los asuntos de guerra debe presidir la unidad mas absoluta, si la dirección de los movimientos no ha de perder los esfuerzos de las masas y los sacrificios del valor individual.—Debido á esto, al par que en Versalles se jactaban de tener completamente reducidos al último extremo á los insurrectos, la Commune colocaba en el Ministerio de la guerra á un hombre cuyos raros talentos militares y cuya energía de carácter habian de organizar una resistencia heroica y terrible. El nombramiento de Cluseret para la delegacion de la guerra, aunque tardío, contribuyó grandemente á la defensa de París. Pocos hombres de los identificados á la revolucion reunian las condiciones de valor, carácter, experiencia y conocimientos militares que distinguian á Cluseret. Soldado de la democracia universal, habia puesto su espada al servicio de la causa de los pueblos, y así en

el antiguo como en el nuevo continente, donde quiera que se alzaba la bandera de la emancipacion de los oprimidos corria á ocupar el puesto del peligro. En América peleó al lado del ejército del Norte por la emancipacion de los negros; en París adhirióse fervientemente á la revolucion del 18 de Marzo para combatir por la emancipacion de los proletarios. Su vida es una verdadera odisea de guerras y batallas, las más importantes y trascendentales que ha habido en este segundo tercio de siglo.

Habia nacido en París el año 23 y fué educado como hijo del regimiento de que era coronel su padre. En 1841 entró en el colegio de Saint-Cyr, y fué sucesivamente nombrado alférez y luego teniente en 1848.

Las célebres jornadas de Junio le sorprendieron cuando sus ideas no se habian definido aun en política, y sujeto entonces á la ley de la ordenanza peleó al frente de un batallon de la guardia móvil que mandaba contra los socialistas, que despues habian de ser sus hermanos y compañeros. El grado de jefe de batallon no le fué reconocido despues en el ejército regular, y estuvo retirado poco más de tres años del servicio militar. Al llegar la guerra de Crimea ingresó de nuevo en el ejército, y con el grado de capitán marchó á combatir el poder invasor del autócrata ruso y al pié de las banderas de su patria se batió como un héroe, recibiendo dos heridas.

A su vuelta de Crimea estuvo en la Argelia, pero el horizonte de Africa era estrecho para su actividad y su génio, y bien pronto despues de obtener su licencia absoluta se dirigió á la América del Norte á estudiar de cerca las

ventajas de la federacion y á respirar el aire libre y puro de la República. Al poco tiempo de estar en Nueva-York, reclutó y organizó una legion, y al frente de ella corrió á ponerse á las órdenes de Garibaldi á cuyo lado peleó nuevamente ganando el grado de coronel. Terminada aquella campaña volvió á los Estados-Unidos, y ofreció su espada al gran Lincoln en aquella épica contienda que el Norte hizo para redimir la suerte del esclavo. Cuando el triunfo de la razon llevó la paz á los norte-americanos, Cluseret, que no olvidaba su antigua patria y estaba en correspondencia con algunos de sus jefes revolucionarios, volvió á Francia y entró resueltamente en el partido socialista, siendo desde aquel dia uno de sus más activos defensores. Un periódico creado por él, *El Arte*, en el cual publicó un notable artículo sobre el ejército, le costó una condena que sufrió en Santa Pelagia, donde contrajo relaciones con los miembros de la Internacional. De esta época data su afiliacion y sus relaciones con los jefes de esta asociacion cosmopolita.

Mas tarde á consecuencia de unos artículos violentos contra la organizacion del ejército, se dió una orden de prision contra él, pero cuando el comisario de la policia imperial se presentó en su casa á detenerlo, Cluseret lo recibió con el revolver en una mano y con el acta de ciudadano de los Estados-Unidos en la otra. No se negó sin embargo á que lo acompañaran á la delegacion norte-americana, la cual lo reclamó, y respondió de su persona, aunque influyendo de un modo decisivo en que abandonara la Francia.

Llegado á Nueva-York Cluseret, fué allí uno de los agentes más activos de la Internacional, y trabajó mucho

en extender por América las relaciones ya tan numerosas de esta sociedad, y en conquistarle nuevos afiliados.

Desde que supo la caída del imperio volvió aceleradamente á París, y sus trabajos en esta época prueban que tanteó el terreno que creía en sazón para el cumplimiento de la revolución social. Hasta los republicanos más avanzados lo dejaron solo, y mal quisto de todos tuvo que abandonar la capital. Dirigióse á Lyon, y después á otras ciudades del mediodía, tomando parte muy activa en la liga republicana que en Marsella tuvo tantos adeptos, y que en una lucha de Gambetta con el Gobierno de París hubiese inclinado la balanza del lado de la revolución. Los parisienses contaron con Cluseret desde el día del alzamiento, y al fin la Commune tuvo el acierto de poner en sus manos la dirección de la defensa que en tan desastroso estado se encontraba.

Tenia Cluseret un carácter frío, altivo y algo autoritario: sus cualidades y defectos eran los de un americano: como estos tenía maneras bruscas, pero al mismo tiempo contaba también con la actividad, la precisión, la rectitud de juicio que se encuentran generalmente entre los hombres del Norte.

En estas cortas líneas lo retrata un autor sumamente hostil á los comuneros parisienses, y que se ocupaba en hacer su biografía en los mismos días de la dominación de la Commune: «Cluseret no es de aspecto agradable ni atractivo. Es alto, lleva ahora toda la barba ya un poco entre cana, y recibe con esa política glacial que es uno de los rasgos del carácter americano. Cluseret entabla raras

veces conversaciones largas y no entra jamás en detalles inútiles; se va derecho al objeto, presenta las cuestiones en términos breves y precisos á los cuales responde del mismo modo, y deja á su interlocutor para recibir á otras personas. Su sencillez es extrema, nunca ó casi nunca lleva uniforme militar porque tiene horror á los galones y entorchados. Es un hombre práctico y resuelto, y tiene grande aversion á los *charlatanes* y á los *discutidores* que no saben tomar ninguna decision.»

En una situación harto desastrosa se hizo cargo Cluseret de la delegacion de guerra: las espantosas derrotas del 3 y del 4 de Abril si produjeron nueva indignacion y mayor estímulo en los pechos varoniles, aterrorizaron á los tímidos, y separaron de la causa de la Commune á los tibios y á los vacilantes. La desorganizacion era grande en las filas de la guardia nacional, y se necesitaban hacer esfuerzos supremos para impedir que los versalleses no aprovecharan su victoria hasta el punto de llegar á las murallas de París. Júzguese del desconcierto que reinaria entre los guardias nacionales, cuando la primera medida de Cluseret tuvo que ser el prescribir que toda orden relativa á movimiento de tropas debia ser firmada por Bergeret y partir de la delegacion de la guerra, considerándose nulo todo mandato militar que no reuniera tales requisitos. Fácilmente se deduce de esto que ántes eran muchos los que mandaban, y que estas diferencias y contradicciones influyeron

no poco en las derrotas de Courbevoie y Chatillon. Cluseret comprendió la situación y resolvió procurar todos los remedios que estuvieran en su poder para salvarla, y antes de todo empezó por asegurar su autoridad y trató de evitar las competencias numerosas más funestas á un ejército en campaña que una gran derrota. Bajo sus auspicios se reorganizaron las compañías de marcha, y se suprimieron los subcomités de distrito; lo primero tenía por objeto formar un ejército de lo más escogido y fuerte de la guardia nacional y lo segundo obedecía al plan de quitar divisiones y obstáculos á la marcha de la revolucion. Decretóse asimismo por el influjo de Cluseret una prohibicion para el nombramiento de nuevos generales, y para tocar á llamada sin especial mandato: en una orden del dia se censuró tambien el abuso de los galones y de los entorchados como cosa vana é indigna de los defensores del pueblo. El decreto sobre pensiones concedidas á las viudas y á los huérfanos de los nacionales que murieran peleando, fué obra de Cluseret. Segun esta disposicion la mujer recibiria una pension de 600 francos y los hijos una de 375 francos hasta los diez y ocho años. Los ascendientes que el difunto sostuviera tenían derecho segun las circunstancias á una pension de 100 á 800 francos. En cuanto á los huérfanos, ya fuesen legítimos ó naturales, la Commune los adoptaba y se encargaba de su educacion.

Tales medidas al par que la gravedad de las circunstancias establecieron firmemente la autoridad de Cluseret; de modo que en un breve período todo se borró ante él: la Commune, la Comision ejecutiva y el Comité central de la

guardia nacional, llegando el bravo caudillo popular casi á obtener la dictadura.

\* \*

Pero era inmenso el trabajo que habia por hacer y no pudo evitar las consecuencias naturales de las batallas del dia 3. Nombrado Mac-Mahon general en jefe del ejército de la Asamblea, las operaciones militares adquirieron más vigor y consistencia. Los versalleses tomaron de nuevo la ofensiva, y protegidos por la irresistible artillería del monte Valeriano atacaron el dia 6 otra vez á Courbevoie. Tenian por objetivo apoderarse de Neuilly y hacer en aquel punto extratéxico una plaza de armas que les asegurara el paso del Sena y encerrara á los Comuneros entre el rio y las murallas.

Los guardias nacionales en número de unos 2.000 próximamente se hallaban estacionados aquel dia en la explanada de Courbevoie, y tenian los fusiles en pabellones cuando de repente, hacia las diez de la mañana, un destacamento de tropas de Versalles que venia de Nanterre, apareció en el camino donde tres dias antes habia sido cañoneada la columna de los federados.

Inmediatamente el monte Valeriano empezó á llover bombas sobre el campo que los guardias tuvieron que evacuar precipitadamente. Ni un cañon habia en Courbevoie, ni obra alguna de importancia protegía á los parisienses, y como suele suceder en las sorpresas, en el momento del combate se encontraron sin jefe y sin órdenes. Los peloto-

nes diseminados en el pueblo se unieron sobre la avenida de Neuilly y retrocedieron en buen orden y paso á paso, cubriéndose como podian y haciendo un fuégo muy nutrido contra las tropas de Versalles que aparecieron muy pronto en la explanada y llegaron hasta una barricada construida delante del puente de Neuilly.

Desde el momento en que las tropas de Versalles ocuparon Courbevoie, el monte Valeriano cesó sus disparos, pero cañones y ametralladoras puestas en batería por encima de la avenida, continuaron el fuego de un modo formidable. Fué en vano que los guardias nacionales trataran de guarecerse tras la barricada del puente: mal construida esta de pedazos de madera y de adoquines, poco sólida para resistir el cañon, al poco tiempo fué destruida por las bombas. Los comuneros sufrieron entonces pérdidas horribles. Una descarga de ametralladoras barrió casi por completo una gran parte del puente, produciendo momentos de un tumulto indescriptible. Algunas piezas de artillería se hallaban desde hacia tiempo colocadas detrás del puente, pero no habian podido servir porque el camino habia estado hasta entonces obstruido: algunos artilleros llegaron para llevárselas. Estalló una bomba y mató cuatro caballos. Pudiéronse, sin embargo, salvar los cañones por las calles transversales.

Los guardias nacionales abandonaron entonces el puente y se refugiaron en las casas vecinas desde donde continuaron haciendo fuego contra los versalleses que por su parte ocuparon las casas del otro lado del puente y disparaban por las ventanas.

En aquel instante ocho piezas colocadas en las fortificaciones de la puerta Maillot rompieron un fuego terrible contra la artillería de Versalles, limpiaron el puente de soldados, y cubriendo toda la avenida de bombas, impidieron durante mucho tiempo levantar la barricada del puente que querían los enemigos utilizar contra los de la Commune.

Pero poco á poco los guardias nacionales abandonaron el sitio del combate y algunas compañías volvieron á París. A las cinco de la tarde volvió de nuevo á tronar el monte Valeriano dirigiendo sus disparos hácia la puerta Maillot, y protegidos por este fuego intentaron los soldados un nuevo ataque contra Neuilly, lograron levantar la barricada y establecerse en ella. Pero la artillería de los parisienses y el temor de ser flanqueados les hicieron abandonar la posición al empezar la noche.

El mismo día dirigió el general Eudes un movimiento contra la meseta de Chatillon. Favorecidos por la oscuridad ocho batallones formando una columna de 2.500 hombres se habían colocado en batalla. A las cuatro de la mañana la columna se dispersó y subió hácia la meseta, pero las ametralladoras colocadas dominando el camino de Clamart á Chatillon desordenaron sus filas y les obligaron á emprender la retirada.

Cuando al día siguiente los versalleses volvieron á la carga en el Noroeste, la barricada del puente de Neuilly es-

taba rehecha y las casas de al rededor ocupadas por la guardia nacional. La jornada del 7 fué aun más sangrienta que las anteriores porque la resistencia fué más tenáz y estuvo mejor organizada. Comenzó la accion por un combate de artillería contra la nueva barricada que cerraba el puente, batiéndola en escarpa las fuerzas del general Montaudon, mientras algunas piezas de á doce la cañoneaban de frente. Los nacionales sostuvieron el fuego mientras la barricada pudo cubrirlos de los disparos de la artillería, más cuando aquella estuvo desmantelada las tropas de línea y los ingenieros marcharon al asalto, y enmedio de terribles pérdidas entre las que se contaron ocho oficiales se apoderaron de la barricada. Al dirigirse contra otra que se levantaba en segunda línea, fueron completamente rechazados y los soldados se negaban á atacar. El general Beson que estaba á la cabeza de las tropas las dirige breves y enérgicas palabras para animarlas, y marcha contra la segunda barricada, sus huestes le siguen, pero una bala le hiere enmedio del pecho y queda muerto en el acto. Casi al mismo tiempo el general Perchand caía mortalmente herido y el general Montaudon recibia tambien una lijera herida. El combate sobre el puente fué terrible. A los primeros disparos voló uno de los cajones de la artillería de la guardia nacional, haciendo muchas víctimas. El monte Valeriano que habia recibido piezas de á 24 empezó luego un horrible fuego que ayudó á cuatro piezas de á 12 que desde la cabeza del puente, orilla derecha, enfilaba la gran avenida y la barría por completo.

Las tropas de Versalles quedaron dueñas al fin del ca-

mino de París pero pagándolo con enormes y dolorosas pérdidas. Sin embargo, no lograron su objeto de encerrar á los parisienses entre el rio y las fortificaciones, porque quedaba á estos la cabeza del puente de Asnieres con el cual tenían aun asegurado el paso del Sena.

\* \*

La separacion de Bergeret siguió á estos sucesos porque se atribuía á su celo torpe y pretencioso el haber comprometido aquellas importantes posiciones. Cluseret tuvo una excelente idea al nombrar en su lugar al bravo Dombrowski, que reunía genio militar y corazon de héroe. Gracias á su constancia y ánimo, los versalleses tuvieron luego que abandonar á Neuilly y prolongar sus ataques mas de cuarenta dias. Dombrowski es una de las mas brillantes figuras de aquel período: su valor, su abnegacion y su muerte, le hacen héroe de un canto guerrero de los antiguos normandos, mas bien que un capitán de nuestros dias. Su vida hasta la revolucion de París, tiene un carácter novelesco y heróico, que su fin trágico hizo resaltar rodeándolo con la aureola del martirio.

Dombrowski era de origen polaco y tenia en aquel entonces treinta y tres años. Antiguo oficial de estado mayor de Rusia, no olvidó, en el momento de la insurreccion polaca de 1863, las desgracias de su patria, y abandonando en la corte de San Petersburgo una posicion que le prometia un brillante porvenir, marchó á Polonia y fué uno de los jefes de la insurreccion. Largo tiempo luchó obteniendo

casi siempre buenos resultados, é hizo experimentar al ejército ruso pérdidas considerables. En un combate fué hecho prisionero, y condenado á muerte por una comision militar. Habia obtenido el favor de casarse en la prision; pero el gobierno ruso, *lleno de bondad*, como todos los gobiernos despóticos, hácia los condenados políticos, se apresuró á deportar á la esposa de Dombrowski á la Siberia.

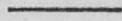
La víspera de su ejecucion, Dombrowski se evadió de la cárcel. Supo la residencia de su compañera, atravesó con una audacia increíble toda la Rusia, á pesar de ser perseguido por los agentes de policía mas astutos, se reunió con su esposa y logró ganar con ella, en medio de los mayores peligros, la Suecia y en seguida la Francia. En París vivió modestamente, favorecido por todos sus compatriotas, que le confiaron el cargo de secretario del comité de la emigracion. Pero no mucho despues, á instancias quizás del gobierno del Czar, digno por cierto de aliarse al de Bonaparte, Dombrowski fué perseguido bajo la acusacion de fabricacion de falsos billetes de banco rusos; acusacion falsa, que solo era un pretexto para inutilizar al patriota. Despues de una detencion preventiva de catorce meses, compareció delante de los *Assises* del Sena. Logró confundir á sus acusadores, personificados en Mr. Bernier, el ya célebre juez del complot de Blois.

Dombrowski era un hombre de inteligencia y de una capacidad militar á toda prueba, habia escrito en lengua polaca una obra notable sobre la guerra de Prusia en 1866, y en la cual preveia las desgracias que mas tarde sobrevinieron á la Francia. Era un verdadero general que la

Commune supo atraerse. De una gran tenacidad y de un gran valor, Dombrowski era un hombre capáz, como luego demostró, de hacerse matar antes que capitular con sus convicciones.

En cuanto al físico, Dombrowski era hombre de baja estatura, frio como el mármol. No hablaba nunca sino con seguridad, escuchando religiosamente á su interlocutor y sondeando su fisonomía para saber si decia lo que pensaba. Sus facciones eran enérgicas, su mirada imponente, su palabra breve y seca.

Vástago de una raza esclavizada por una bárbara autocracia, la causa de los oprimidos en todo el mundo fué para él único ideal, y viendo en el triunfo de la Commune de París la hora de la emancipacion de todos los esclavos y el hundimiento de todas las tiranías, púsose bajo sus banderas é hizo retroceder muchas veces á la victoria que se habia aliado á las armas fratricidas de los versalleses.



## CAPÍTULO XVI.

Los versalleses bombardean los alrededores y algunos barrios de París.—Extension y horrores del bombardeo.—Ruina de Neuilly.—Protesta de los francmasones.

Cuando los prusianos en el primer sitio de París descubrieron sus terribles baterías y empezaron el bombardeo contra la capital de Francia, un grito de indignacion exhaló todo el pais, y los hombres que ocupaban el Gobierno protestaron enérgicamente en nombre del derecho de gentes y apelaron ante la Europa y el mundo entero de semejante vandalismo. Ahora, sin embargo, estos mismos hombres que con sus torpezas é insensatez han provocado una revolucion en París y con su cobardía han abandonado el campo á sus enemigos, rompen un fuego destructor contra los alrededores de la gran ciudad, y lanzan bombas y mortíferos proyectiles contra los barrios más cercanos que están al alcance de sus baterías. Y tales horrores, tanto vandalismo se lleva á cabo sin una intervencion prévia, sin un plazo para que las familias puedan ponerse en lugar de refugio.

Poco se ha insistido sobre estos hechos, porque parece que hay tramada una conjuración entre los publicistas conservadores para cohonestar la barbarie de los partidos medios y de los gobiernos de la mesocracia; pero por lo mismo hay que protestar más alto y enseñar con más obstinación las profundas heridas de las víctimas y la soberbia crueldad de los tiranos. Se ha negado por los hombres de Versalles estos hechos, y con datos de los mismos enemigos de la Commune vamos á trazar el cuadro de aquellas escenas de horror, haciendo un breve diario del bombardeo.

DIA 9 DE ABRIL.

Una de las primeras bombas, dice un cronista de tan tristes sucesos, lanzadas esta mañana ha estallado sobre las mismas fortificaciones, matando cinco guardias nacionales, uno de ellos capitán. La guerra civil es la más horrible de todas las guerras; pero lo que sobre todo exaspera á la población es la cantidad de proyectiles que caen en la ciudad, mucho más allá de las murallas.

Dos bombas han caído sobre el Arco de Triunfo, otras varias han estallado en la avenida del Gran Ejército; otra en la avenida de Jena en donde se vé un mar de sangre como testimonio de los destrozos causados. Muchas han caído en el espacio que se comprende entre la avenida de Eylau y los Ternes; otra ha llegado al patio de la embajada otomana donde se rompieron todos los cristales, y mientras escribimos estas líneas se han oído cuatro formidables detonaciones en cortos intervalos como para recordarnos que no estamos resguardados.

En resumen, el cuartel de la Estrella particularmente está acribillado.

Un panadero fué muerto esta mañana en su tienda: multitud de chimeneas ruedan con estruendo en pedazos; en los ángulos de varias casas se divisan largas grietas y en la avenida del Gran Ejército, el asfalto aparece quebrado en mil pedazos, por la lluvia de hierro que cae incesantemente; por todas partes se oye el grito de ¡Plaza á la bomba!

Al atravesar el paseo Ulrich por el barrio Beanjou, se oía tras de nosotros un ruido formidable como el del rayo, y al mismo tiempo oímos silbar los proyectiles que caían algunos metros más allá.

Cinco minutos después otro proyectil decapita un candelero del gas, cae cerca del Arco de Triunfo, y uno de sus fragmentos atraviesa el pecho de un transeunte que cae pulverizado.

Entre los habitantes de Neuilly que han sufrido el bombardeo, hay también muchas víctimas; mujeres y niños han sido alcanzados por las bombas en diferentes barrios, habiendo perecido algunos instantáneamente.

Las cajas de metralla continúan estallando por el aire. La proyección de las balas se extiende en un radio considerable.

Es mediodía. Una bomba disparada del Monte Valeriano pasa atravesando una lampistería, y al describir su curva, alcanza la puerta de un pastelero cuya casa forma el ángulo de la calle de las Acacias, y de la avenida del Gran

Ejército, y penetra en la trastienda donde el panadero Champion almuerza con su familia.

Inmediatamente despues de la explosion los vecinos se precipitan hácia la casa parándose en el dintel cegados por el polvo y el humo.

Adelantan por medio de los escombros hasta la trastienda en donde se presenta ante sus ojos un espantoso espectáculo. M. Champion se agitaba en las convulsiones de la agonía; su mujer tenia la pierna derecha deshecha y además habia otras personas gravemente heridas.

Una mujer de pueblo llevaba la comida para su marido que estaba de servicio. Se situaron ámbos en un extremo de la avenida Josefina. En el instante en que comian la sopa una bomba mató al marido, se llevó parte de la cara á su mujer é hirió á cuatro espectadores.

A las cuatro y media dos ametralladoras blindadas volvan por la avenida del Gran Ejército, pero habiéndolas apercebido desde el puente de Courbevoie, desde donde por medio de anteojos de larga vista se alcanza á ver esta parte de París, rasgaron los aires dos proyectiles que vinieron al pié del Arco de Triunfo.

Las ametralladoras habian pasado, pero un curioso que se encontraba en el mismo camino fué alcanzado por un proyectil que le atravesó de parte á parte. Se le condujo á su domicilio, calle de Nuestra Señora de Nazaret.

La zona comprendida entre la avenida de los Ternes, la de Eylau y la seccion alta del barrio de los Campos Eliseos continúan siendo el blanco de los artilleros versalleses; así, pues, en todo este espacio no se encuentran más que casas amontonadas, escombros en las calles y aceras donde se marcan las señales de la explosion.

En el número 5 de la calle Rude, una bomba atraviesa la pared maestra, penetra en la casa atravesando los tabiques y estalla en una habitacion, cuyo propietario está afortunadamente fuera; sería imposible calcular los destrozos.

En la avenida Ulrich, y en el hotel que habitaba la princesa Bauffremont, entra un proyectil por los techos, atraviesa las plataformas, y produce enormes ruinas.

En un hotel vecino una bomba taladra un costado lateral, recorre una parte de las habitaciones, y estalla cerca de la cuadra en que habia tres caballos, enloquecidos de terror pero que no fueron alcanzados. Se estiman en 30.000 francos los destrozos ocasionados allí en algunos segundos.

La mayor parte de los palacios de la derecha del paseo de la Estrella han sido igualmente destrozados; el que habita el primer secretario de la legion americana tiene la verja y balaustrada rota por varias partes. El hotel próximo habitado por un príncipe, cuya nacionalidad ignoramos, lleva tambien señales profundas, y la embajada otomana ha recibido nuevos disparos.

El agregado militar de Turquía que reside en él, por

ausencia de su jefe, ha ido á Versalles á protestar contra este bombardeo.....

DIA 11.

Neuilly, dice *Le Temps*, aparece en este momento bajo un aspecto muy lúgubre. Se ven allí casas taladradas de parte á parte, carruajes de ambulancias, cadáveres entre los cuales se ven mas mujeres y niños que guardias nacionales, á causa sin duda de haber hecho disparos lo mismo sobre las casas que contra los grupos.

Segun habíamos dicho, se podia llegar hasta la explanada de la Estrella, y á eso de las cinco, una multitud bastante numerosa, se paraba delante del Arco de Triunfo.

Dos bombas vinieron á caer á la vez enmedio de los curiosos. La multitud huyó espantada, dejando cuatro cadáveres que permanecieron por mucho tiempo sobre la plaza sin que nadie se atreviese á retirarlos.

DIA 12.

En la avenida de Eylan una mujer recibió en las piernas un casco de metralla que al propio tiempo le arrebató la nariz. Aquella pobre mujer fué llevada inmediatamente á la ambulancia, donde no la quisieron admitir porque no recibian mujeres; al cabo fué trasladada á Beanjou.

En la zona bombardeada, iguales peripecias que en los días anteriores. Llegan las bombas, taladran las casas ó estallan en las calles. «Si esto continúa algunos días mas, exclaman los desgraciados habitantes, nuestro barrio ofrecería el mismo aspecto que Saint Cloud.»

Hemos recorrido el barrio bombardeado (Pasoy). Los proyectiles del Monte Valeriano no han pasado del cementerio detrás del cual se hallan colocadas en batería cuatro piezas.

La calle Scheffer ha recibido cuatro bombas. También han caído algunas en la calle Petrarca, sobre las casas números 14, 17 y 19, y en la calle Vineuse á las nueve cayeron dos en la calle David, una ha causado gran destrozo en las casas que llevan el núm. 12, otra entró por la puerta de un jardín en el 15.

Varios otros proyectiles han caído en la calle Decamps en la avenida de Eylan y en el barrio Montespau.

#### DIA 13.

La calle Rude está materialmente llena de escombros y los techos de las casas se ven hundidos con las chimeneas por tierra. Esta calle es la que mas ha sufrido hasta hoy del bombardeo.

En la avenida de Ternes alcanzó una bala á un vendedor ambulante.

Encontramos al doctor David el que nos dijo que en solo

dos días había recibido en su ambulancia, avenida de la Roule núm. 32; setenta y cinco heridos y diez y siete muertos.

Un vendedor de diarios, que vende su mercancía de Versalles á St. Cloud, se dirigia ayer por la tarde hácia el puente de Sevres, cuando una granada dirigida desde uno de los fuertes de París estalló á algunos pasos de él hiriendo á tres mujeres, una de las cuales llevaba un niño de la mano. Dos de ellas han muerto. Algunos cascos de metralha hirieron á un jóven y otra persona que se hallaba á cuarenta pasos del puente.

No se encuentra una persona de las que habitan las cercanías que no cuente hechos idénticos.

#### DIA 14.

Una espantosa escena se ha presenciado en los Ternes durante la terrible noche de antes de ayer.

En una calleja próxima al castillo se encontraba en el sexto piso de una casa, una madre de familia con tres hijos pequeños. La madre y los niños velaban á un enfermo; era este el padre que hacia algunas semanas sufría el peso de una grave enfermedad.

En aquellos momentos los cañonazos estallaban con todo su furor. Los terribles disparos que retumbaban á cada minuto producian entre aquella desgraciada familia el mayor espanto.

Los niños helados de terror se habian refugiado entre los brazos de su madre. Repentinamente se oye un siniestro ruido: una granada taladra el techo de la casa, destroza

el cielo raso y viene á reventar en medio de la habitación. *La madre cae como herida de un rayo, y dos de los niños quedan materialmente hecho trizas*, el tercero recibió una herida leve, y en cuanto al enfermo tuvo la suerte de no ser alcanzado.

DIA 15.

Hoy han caído proyectiles y granadas procedentes del Monte Valeriano en la embajada sueca, calle Chaillot, en la calle Pergolese, boulevard del Rey de Roma, avenida del Gran ejército donde no ha quedado una casa intacta, y en el cuartel Carré.

El Arco de Triunfo ha sufrido hoy tanto como los días anteriores; varias bombas le han alcanzado, y el grupo de la Resistencia lleva á esta hora trece heridas mas ó menos profundas.

DIA 18.

Al volver de los Ternes hemos sabido que cayeron en la avenida varias granadas. Ha sido muerto Mr. Loudet, pastelero, de un casco de metralla que le desgarró el pecho. Un ebanista y otra persona han sido igualmente muertos.

DIA 19.

El monte Valeriano ha disparado todo el día bastante debilmente sobre las fortificaciones de la puerta Maillot y de los Ternes. Se divisaban estallar bombas sobre las casas de Neuilly, y estos proyectiles eran lanzados por las baterías del puente de Courbevoie y tal vez tambien del Cemi-circulo.

Una delegacion de los francmasones encargada de llevar al jefe del Poder Ejecutivo de la República francesa palabras de paz y de conciliacion, ha vuelto de Versalles dando cuenta de su comision en estos términos:

—Hemos dicho á Mr. Thiers: existen en las cuevas de Neuilly y de los Ternes una poblacion entera de mujeres, niños y ancianos que se encuentran hace ya tres semanas en la mas angustiosa situacion. Han sido cogidos entre dos fuegos y se hallan expuestos á las balas y granadas del ejército de Versalles, *sin que el bombardeo haya sido anunciado segun es costumbre* por las leyes de la guerra. Obligados á buscar un refugio precipitadamente en cuevas mal sanas, se ven en esta alternativa, *ó perecer de hambre permaneciendo en ellas ó ser destruidos por la metralla si las abandonan*. Con las mayores dificultades pueden acaso llevarles algun alimento.

La muerte ha hecho ya entre ellos numerosas víctimas. ¡Esto es horrible! No puede haber un corazon francés que no se sienta desgarrado ante este siniestro estado de cosas. *Venimos, pues, á pedirlos en nombre de las mas sagradas leyes de la humanidad, que consintais en un armisticio de veinticuatro horas á lo menos*, tiempo que consideramos indispensable para que tantas familias y tantos seres inocentes reducidos á semejante extremidad, puedan ponerse al abrigo del peligro retirándose al interior de la ciudad.

El jefe del Poder Ejecutivo tuvo á bien convenir con nosotros en que la situacion desesperada de aquellos desgra-

ciados merecia su conmiseracion tanto como la nuestra, pero que no considerando á los combatientes de París como beligerantes ni podia ni queria admitir el armisticio en principio: que no obstante para responder á los sentimientos humanitarios de que nos habíamos hecho eco, daria órden al general Ladmirault, comandante del primer cuerpo del ejército de Versalles, para que cesase el fuego durante dos horas, con el simple envío de un parlamentario, á fin de que los habitantes del país bombardeado pudiesen sustraerse á los horrores del hambre y á los proyectiles de ambos campos.

*Mucho hemos insistido, hermanos, para que el jefe del Poder Ejecutivo diese, si no á este armisticio á esta tregua ó suspension de armas una duracion de veinticuatro y aun de cuarenta y ocho horas.*

Tal vez, le añadimos, durante esta suspension de las hostilidades se encuentre el medio de poner fin á la fratricida lucha tan fatalmente empeñada bajo los muros de París.

*Mr. Thiers ha permanecido inflexible.* Era imposible segun él suspender por mas tiempo las operaciones del ejército de ataque.»

A tanto extremo llegó la barbarie y crueldad de los que despues han escandalizado á Europa con la ponderación de los escesos perpetrados por los revolucionarios de París. Pero tiempo es de que pasemos á juzgar de la política de la Commune, y estudiar las afirmaciones que á pesar de tantas maldades y peligros, estableció la revolucion del 18 de Marzo.



## CAPITULO XVII.

La idea socialista á través de las revoluciones.—La cuestion social.—

La lucha entre el capital y el trabajo.

Si de algo sirve la historia es para conocer el punto que fijó un acontecimiento en la série infinita del progreso humano.

La enseñanza consiste en determinar claramente las evoluciones, distinguiendo las naturales armónicas y progresivas de las que son resultado de un mero accidente ó efecto de una fuerza desordenada. Con el auxilio de un criterio escrupuloso se consigue determinar el alcance de las oscilaciones de las ideas, y se evitan las falsas apreciaciones.

De gran conveniencia es que el historiador cuando va á referir los sucesos manifieste la impresion que le han causado en la inteligencia, y enumere los agentes que ha encontrado al hacer sus observaciones, á fin de que el lector con el leal aviso de este criterio particular, pueda corregir las equivocaciones y formar opinion bien entendida.

Relatados, pues, en este momento de nuestra historia acontecimientos importantes que bastan para formar juicio

sobre la revolucion del 18 de Marzo, ocasion es de condensar en breves observaciones su carácter distintivo, á fin de que, el siguiente relato de los sucesos vaya auxiliado por la luz de una opinion determinada.

¿Cómo se preparó este gran cataclismo en que la razon humana apareció como perdida entre el humo de los incendios, y en que los sentimientos todos se tornaron en ira y los hechos en locura de destruccion?

El pueblo francés habia sentido á fines del siglo pasado la inspiracion del progreso y abarcado ideas tantas, que escedian á las que puede soportar una sola generacion. Tuvo, pues, para sostenerla y difundirlas que exaltar hasta el vértigo todas sus fuerzas sociales, y en aquella revolucion los resortes tomaron proporciones de colosal grandeza y los vicios fueron terribles y excelsas las virtudes; la generosidad fué grande, pero cruel la venganza; allí la fortuna parecia loca al derramar sus favores, y el infortunio inexorable en mover hasta los mas escondidos resortes del dolor.

Como coronamiento de este colosal edificio revolucionario, vino la victoria sobre todos los pueblos reunidos á dar solidez á los procedimientos que entonces se practicaron; que nada hay que afirme mas que la gloria.

Pero como las ideas habian sido en la revolucion llamadas deslumbradoras, fascinaron mas bien que convencieron, y dieron lugar á un fanatismo deplorable que impidió ver claro en los nuevos caminos del progreso.

Aquella generacion no pudo soportar la carga y quedó abrumada por el peso de las innovaciones y de la gloria,

sin tener fuerzas despues para ir corrigiendo lentamente las imperfecciones de la inspiracion primera.

Las ideas democráticas de la primera república fueron deformes y desordenadas. El poder nunca fué en ella el resorte del derecho sino el instrumento de la resistencia y el agente de las venganzas. Combatido por la reaccion que se valia de las armas y de las traiciones, tuvo que ser inquieto, receloso y vengativo, y buscar fuerzas en la unidad y en el terror, sin regla alguna de justicia mas que la natural defensa; y como la fortuna vino á favorecer sus esfuerzos, quedó consignado que para conseguir la libertad era preciso ser implacable con los enemigos y unificar y centralizar los poderes.

He aquí cómo la libertad vino á servirse del mismo procedimiento de la tiranía.

Hubo un momento en que los girondinos sostuvieron otro sistema diferente con apariencias de federacion; pero los girondinos eran poetas, soñadores generosos que se impresionaron con las crueldades de los parisienses y creyeron que era un simple accidente de localidad lo que constituia todo un sistema de gobierno.

Los girondinos aborrecian á la capital y procuraron levantar contra ella los departamentos, solo para reprimir los desmanes; pero sin tener una idea clara del principio federativo. Para ellos el desórden y la tiranía eran resultados de las malas pasiones del pueblo de París, y no de la centralizacion de los poderes, y quisieron buscar la fuerza de las provincias en vez de levantar la bandera de los principios.

En la contienda sucumbieron los girondinos, y el pensamiento confuso de la federacion quedó considerado como un crimen por el ciego tribunal de la fortuna.

Pero el pueblo sentia que á pesar de ser omnipotente por sus victorias, sin embargo de haber destruido todos los privilegios y de haber arrasado todas las eminencias de la sociedad, continuaba siendo desgraciado y pequeño: veía, sí, que existia cierto género de igualdad, pero que esta resultaba por haber descendido el nivel de las clases y no por haberse levantado su personalidad.

Entonces, en las mismas horas de la anarquía tuvieron algunos hombres del pueblo una inspiracion indecisa que les revelaba que era inútil la libertad conquistada, en tanto que no se resolviese el problema de la miseria, porque ellos los señores, los déspotas con toda su ciudadanía, estaban desnudos y hambrientos, y amenazados de sucumbir ante la riqueza cuando se apagasen los bríos que les daba el vértigo revolucionario.

Babœuf discurrió reformar la sociedad en sus fundamentos, pero como no tuviera mas que el instinto de la reforma y no su inteligencia sucumbió como los girondinos en la contienda, y el unitarismo dictatorial y la libertad meramente política que representaba el partido jacobino, quedaron predominantes por la fortuna.

El jacobinismo además habia herido desgraciadamente á la monarquía, y por esto y por el prestigio de sus victorias contra los extranjeros, se convirtió en una especie de religion republicana para la generacion venidera.

Despues del paréntesis del imperio del primer Bonaparte

y la restauracion, que fué como un letargo, vino la monarquía de Julio á despertar la revolucion dormida; y la revolucion se presentó como soñolienta en 1848 y casi sin el recuerdo de sus tradiciones. A pesar del prestigio que tenia la memoria del jacobinismo, apareció este apagado y sin fuerzas para dominar; la idea federativa se habia extinguido y la segunda república fué el gobierno de la clase media, que se habia hecho omnipotente con las conquistas de la primera revolucion. Pero la idea social se habia abierto algun camino en el reposo de los tiempos pasados, y saliendo de las tinieblas, no conspiró ya calladamente como en los dias de Babœuf, sino que se presentó en los clubs á discutir soluciones y á incendiar las inteligencias. Considerándose formada, cuando estaba verdaderamente en embrión, se presentó en las calles á disputar el poder con las armas en la mano y fué vencida.

El segundo imperio reconstruyó la dictadura y aplicó al Gobierno el sistema de halagar los instintos de la multitud para someterla á su despotismo desnaturalizándola.

Por una parte centralizó completamente el poder en sus manos y por otra procuraba repartir al pueblo mercedes, inventando un socialismo empírico que si bien apaciguaba las exigencias, fomentaba las necesidades y deseos.

De esta manera los excesos de la centralizacion despertaron las aspiraciones federativas, y los excesos de la necesidad estipularon las fuerzas del socialismo.

Pero (circunstancia que debe tenerse muy presente) el imperio habia ahuyentado de Francia por las persecuciones todas las eminencias del republicanismo, que lejos del

calor de las masas populares quedaron entumecidas, y con las ideas y las soluciones que sustentaban en el momento de emigrar sin dar un paso adelante; mientras el pueblo, en el abismo de su postracion, seguia lenta y calladamente progresando sin que apenas se dejara sentir su movimiento.

Esta falta de relacion entre los emigrados y las masas populares; el quietismo de los primeros y el progreso de las segundas, fueron buena parte para complicar el movimiento de Setiembre primero y despues principalmente la revolucion de 18 de Marzo.

Antes de sobrevenir los inesperados acontecimientos del 4 de Setiembre, el movimiento revolucionario presentaba en Francia tres corrientes distintas: una en sentido de la tradicion jacobina del 93 por el recuerdo de la gloria; otra hácia la república de 1848, proclamada en provecho de la clase media, y la tercera en camino de establecer la igualdad de derechos y recursos, emancipando el cuarto estado y confiando á los trabajadores el poder de la sociedad.

Conocido era el jacobinismo por sus hechos y tambien el sistema político y social de la clase media, pero no así las aspiraciones y doctrinas de los trabajadores. Fomentadas y desenvueltas en el misterio de su vida oscura, elaboradas por la miseria y los dolores, agentes terribles, sin el auxilio de la ciencia, las aspiraciones de los proletarios, justas en su concepcion, tenian que ser necesariamente inquietas y trastornadoras.

Se les habia dicho que la democracia era la libertad absoluta y que la libertad realizaba su emancipacion; se les habia predicado que todos los hombres eran iguales y que

los privilegios y distinciones de toda procedencia iban contra el derecho universal, y al mismo tiempo se les abandonaba en el fondo de una miseria horrible que anulaba todos sus derechos y los retenía en una relación desigual é injusta en casi todas las manifestaciones de su existencia.

La revolución del 89 con el aparente radicalismo de sus concepciones, no había conseguido más que destruir la aristocracia y debilitar las fuerzas y el prestigio de la monarquía. El concepto de libertad, limitado á establecer en principio algunas relaciones vagas del derecho, no descendió á constituir condiciones prácticas, á crear medios y aptitudes universales. Levantóse la libertad en el espacio como un símbolo, pero no descendió á la vida como un hecho. La revolución quiso hacer que fueran libres todos los hombres con la solemne declaración de los derechos, mejor ó peor concebidos; pero las injusticias sociales eran tan profundas que los trabajadores carecían por completo de los recursos que habían menester para ser libres verdaderamente.

De esto dimanó un falseamiento irritante de la política y el predominio de una nueva aristocracia, más insoportable porque era más numerosa y más cruel, porque era más egoísta.

La clase media se apoderó de todos los elementos que había esparcido la revolución; quitó á los nobles las gabelas y el territorio, los diezmos á la iglesia y á la monarquía una parte de su autoridad, no dejando al pueblo más que una esperanza y el consuelo de un principio que de ninguna manera podía alcanzarle.

Así que la clase media se encontró omnipotente, mistificó la libertad con el elemento del orden á fin de poner dificultades á las nuevas reformas que el pueblo demandaba. Ella, que no habia tenido reparo en causar los mayores trastornos para emanciparse, declaró, así que se apoderó del Gobierno, que la libertad con agitaciones se convertia en licencia y desenfreno; y como era imposible seguir adelante en el camino de las reformas sin trastornar turbulently los elementos de la sociedad, se propuso por sistema defender el quietismo á fin de que las esperanzas de los proletarios quedáran en ilusion y en manos de la mesocracia todos los elementos de la vida.

De vez en cuando, y en el curso de las complicaciones del presente siglo fraguadas por los partidos en que está dividida la clase media, ha sido el pueblo llamado á las armas mas de una vez; pero así que ha vertido su sangre por la causa agena y ha demandado en la siguiente hora del triunfo el cumplimiento de las promesas engañosas con que lo han ilusionado, le han respondido sus seductores desde el Gobierno, que le basta la aparente libertad del disfrute, y han refrenado con el hierro y con el plomo sus manifestaciones.—Estos desengaños, por desgracia muy repetidos, han hecho que las clases trabajadoras hayan tomado aversion á la política, ó cuando menos indiferencia, poco ó nada esperando de sus soluciones. Por otra parte, extremados cada dia los excesos del capital y redoblada la miseria, se ha encendido naturalmente el deseo de los infelices proletarios, su actividad política se ha convertido en turbulencia social, y los campos de la guerra presente se

han dividido entre los capitalistas y los trabajadores.

Entretanto, algunos filósofos, horrorizados de la miseria que devora á los proletarios, han pedido á la ciencia remedio para los males, y movidos de su deseo generoso, han creado sistemas y procedimientos socialistas para aumentar la produccion de la riqueza y distribuirla equitativamente. Pero aparte de que el problema social presenta muchos inconvenientes, y de que por lo tanto son inseguras las soluciones imaginadas cuando no erróneas en su mayor número, aparte de esto, el desdichado trabajador no las comprende, y de ellas desconfía con razon, y mucho mas si representan aplazamientos y mejoras graduales que no mitigan de presente la agudeza extremada de sus dolores.

En esta virtud el pueblo, burlado en todas sus esperanzas mas legítimas, siempre que se ha unido á la clase media, ha tomado mala voluntad á los capitalistas y ha desconfiado de los reformadores filósofos, y concentrando su confianza y actividad en sus propias fuerzas, espera de sí mismo la redencion y no de la generosidad de las otras clases ni de su justicia.

Se ha realizado por consiguiente en los últimos tiempos una fermentacion dentro de las clases trabajadoras, en sentido de agruparse y librar al capital la batalla decisiva, fermentacion oculta hace poco tiempo, pero manifiesta y terrible en la actualidad.

El capital y el trabajo se encuentran enfrente apercebidos para la lucha; los trabajadores se apartan de la mesocracia, pidiendo su parte en los dones de la Providencia y esperando á revindicar el derecho á la vida; la clase

media retiene sus privilegios con la tenacidad que ha mostrado siempre las clases amenazadas, y la sociedad estremecida padece las agitaciones y congojas que preceden á los grandes cataclismos.

Pero en este movimiento del proletariado que tanto influyó en la índole de la revolucion del 18 de Marzo y en sus consecuencias, ha desempeñado una parte principal la asociación Internacional de trabajadores, de la que brevemente trataremos á continuacion.

## CAPITULO XVIII.

**La Asociacion Internacional de trabajadores.—Falsas teorías que se le atribuyen.—Dios, la familia y la propiedad ante la Internacional.**

No es mi propósito hacer un relato extenso de la historia, índole y tendencias de la asociacion Internacional de trabajadores, porque no corresponde al pensamiento de referir la historia del último movimiento comunal de Francia. Mucho me apartaria si lo intentara del fin que me he propuesto, y con mas razon cuando tendria que hacer investigaciones escrupulosas para explicar el origen de la asociacion y su desenvolvimiento; así como para distinguir severamente sus principios y aspiraciones, de cierta manera confundidas con acuerdos parciales y transitorios, tomados por algunas secciones regionales.

Pero como la asociacion Internacional representa en estos momentos el resorte mas poderoso del progreso socialista, y tuvo además cierta intervencion relativa en la Comune de Paris, es del caso hacer sobre ella algunas breves consideraciones, fijándose en los puntos mas luminosos de su existencia y en los principios mas fundamentales de sus teorías.

Triste suerte han tenido en todos los tiempos las primeras tentativas de emancipacion de las clases desheredadas, mas triste por las injusticias con que se han juzgado sus aspiraciones y procedimientos que por el mal resultado de sus empresas. El encono de las clases enemigas las ha perseguido implacable con la calumnia y la difamacion para levantar en su daño la conciencia universal indignada y oponer este dique sagrado á la irrupcion de las nuevas ideas. La asociacion Internacional ha sido calumniada, y la clase entera de los trabajadores sometidas indirectamente á una acusacion tremenda.

Se ha dicho que la Internacional niega á Dios, destruye la familia y desconoce el derecho de propiedad, para reunir en contra suya los afectos más entrañables de la naturaleza. Pero estas imputaciones absolutas hijas son del encono de las clases conservadoras y completamente infundadas: ni la Internacional niega á Dios, ni disuelve la familia, ni destruye la propiedad. Imagina sí una reforma completa de las condiciones sociales, reformas que en un concepto es defectuosa y más que todo insuficiente, reforma que era además indecisa, pero que de ninguna manera es más atrevida y trascendental que las que ha realizado y realiza aun la clase media.

No soy internacionalista, ni estoy de acuerdo con las reformas de la asociacion, como brevisamente habré de decir más adelante, pero reconozco la honradez de sus aspiraciones y me causan pena las imposturas con que se las contradice.

Por de pronto, he de decir, que la existencia de la In-

ternacional no es una aberracion de estos tiempos, sino la lógica consecuencia, el resultado natural de la participacion del cuarto estado en los derechos políticos.

Imposible sería que el nuevo elemento social fuera llamado á la existencia sin que buscara medios de realizarla; como la disgregacion en que se hallan sus fuerzas y sus intereses, inutiliza su actividad y hace ilusorio su derecho, de aquí que procure aumentar su fuerza y reunir sus intereses en los de la clase por medio de la asociacion.

Pero el derecho humano se extiende ya en nuestros dias por horizontes infinitos y todos los progresos tienden á universalizarse desde la hora primera; así es que la razon no admite diferencias respecto á los derechos naturales entre el hombre tostado en el ecuador y el que vegeta tristemente junto á los polos helados de nuestro planeta, antes bien á todos los junta con el lazo de la fraternidad humana y los quiere unir eternamente por los vínculos inquebrantables del derecho.

Pero además la suerte de las clases trabajadoras es la misma en todas las naciones é igual su deseo de emancipacion, y no es extraño sino natural y justo que procuren asociarse para la defensa, así como están asociadas por la ley brutal del infortunio.

Y tan decisiva considero la influencia de la Internacional, sin embargo de sus errores, que en mi juicio la verdadera democracia no llegaria á realizarse nunca desapareciendo esta asociacion, por lo que el partido republicano debe consagrarse á mejorarla más que á combatirla.

La monarquía ha podido vivir con el despotismo, la

aristocracia con los privilegios, la iglesia con los anatemas y con el fanatismo, la clase media con los monopolios; pero el proletariado no puede vivir sin la existencia del derecho en su manifestacion universal formada con el enlace de todos los intereses humanos.

La democracia, por consecuencia, será una mentira mientras los trabajadores no se apoderen del Gobierno, y esto no lo podrán conseguir en tanto que sus fuerzas estén deseminadas y destruidas por el aparente antagonismo de los intereses nacionales.

Pero volvamos á las teorías que se atribuyen á la Internacional.

Se dice que niega á Dios, que disuelve la familia y que destruye la propiedad.

En cuanto á Dios, la Internacional no tiene ideas determinadas, ni las puede tener como asociacion, y esto no es alarmante ni extraordinario. Las naciones mas civilizadas del mundo están conformes en que la idea de Dios pertenece al individuo y no á la colectividad, y que el Estado no tiene capacidad para las creencias. El Estado es ateo en los pueblos cultos, porque no es una personalidad sino un mecanismo; tiene resortes de poder, pero no tiene conciencia.

¿Pero desde cuando ha sido disolvente y horrible el ateísmo? Falta hace al corazon humano el rocío de un sentimiento religioso; pero muchos pueblos han existido y funcionado ordenadamente, conteniendo, no ya individualidades, sino escuelas que negaban la realidad de Dios.

¡Qué la Internacional disuelve la familia! Aseveracion es esta que no se apoya en ninguno de los principios que la

sociedad de trabajadores establece. Pero no hay dificultad en ser largo en las concesiones, siquiera en el campo de las hipótesis, y admitir que fuera cierto el propósito de los internacionalistas de formar el matrimonio únicamente con el vínculo del amor. ¿De qué manera el amor puede destruir la familia, cuando en realidad es el lazo único que la mantiene?

Menester es que haya valor para arrojar siquiera un instante la máscara de la hipocresía. En esta sociedad ruborosa ha tenido el matrimonio las mayores garantías, la intervención de la ley civil y la autoridad del sacramento; para afirmar el lazo primero de la familia y hacerlo inquebrantable é indisoluble, se han juntado la fuerza de Dios y la fuerza de los poderes de este mundo; y sin embargo, cuando el vínculo del amor se ha relajado y el esposo ha aborrecido á la esposa, y el padre ha sentido indiferencia por sus hijos, la familia se ha disuelto fatalmente, disgregado por la repulsion del ódio y con frecuencia sus miembros se han dispersado. Cierto es que algunas veces subsiste en la apariencia la relacion de la familia con todo de encontrarse por dentro gangrenada; pero esta union engañadora no puede satisfacer á la conciencia, que sabe que es aparente, y causa perturbaciones terribles por el rozamiento de los ódios é inmoralidades.

Bueno es que se procure salvar hipócritamente las apariencias; pero tenga á lo menos la sinceridad de no fingir alarmas por accidentes que pasan sin escándalo en esta sociedad civilizada.

¡La familia! ¿por ventura es una creacion de la ley? Su

existencia viene de mas alto y sus ligamentos indisolubles son ciertamente esos lazos que la naturaleza forma por medio de la atraccion pasional de los amores.

Pero ¿á qué cansarse examinando las hipótesis de un principio que no es aspiracion de la Internacional?

Esa teoría del amor que produce tanto escándalo, representa no mas que la protesta contra los móviles de los actuales matrimonios civilizados. No es menester demostrar que las relaciones sagradas del familismo se establecen hoy con frecuencia por la intervencion de diversos resortes extraños, y que unas veces el interés, la necesidad otras veces, y por lo comun mil causas distintas, determinan el matrimonio y la formacion de la familia, con las tristes consecuencias que se deploran mas adelante. Pues bien, si trasformándose la sociedad cada individuo tiene asegurada la subsistencia y aun la abundancia solo con su laboriosidad, dejarán de existir esos móviles inmorales que hoy gangrenan las familias, y estas se formarán con los lazos inocentes del amor y la recíproca conviccion de afectos.

Que la Internacional destruye la propiedad.—Idea equivocada es lo de la destruccion del derecho, porque la asociacion de trabajadores aspira solo á modificarlo por medio de la neutralidad ó del colectivismo.

Dejo aparte por ahora la conveniencia de la transformacion, para decir que la teoría del colectivismo es una teoría honrada y que no hay razon para espantarse de ella. El colectivismo existe en la actualidad y hasta el comunismo ha existido sin escándalo en tiempos de mayor severidad en costumbres públicas.—El sistema del colectivismo es

acaso defectuoso, pero no es inmoral, como no lo es tampoco el comunismo, sin embargo de que mata la actividad del hombre.—Las primeras sociedades cristianas reunidas por los Apóstoles, establecieron la rigurosa comunidad de todas las riquezas, y á nadie se le ha ocurrido por ello declarar inmoral y disolvente al cristiano. ¿Acaso el derecho de propiedad es inviolable? ¿No está subordinado á las mutaciones de los tiempos y de las costumbres, y á las relaciones nuevas que va progresivamente desarrollando el derecho? Puede declararse inconveniente, suspicáz el colectivismo, pero no atentatorio á los derechos inviolables de la humanidad.

¡Qué más decir! las clases conservadoras que han simulado una indignacion egoista por las tendencias que atribuyen sin razon á la Internacional han venido cambiando á su placer esos mismos principios que hoy declaran inviolables. ¿Qué ha hecho la clase media con la propiedad? La encontró sometida á la mano muerta: las cuatro quintas partes del territorio de España, por ejemplo, estaba separado del movimiento individual, en poder de los nobles con los mayorazgos de las colectividades, con los bienes comunes de Propios y de beneficencia, de la iglesia con las propiedades del clero secular y regular, memorias piadosas, capellanías, patronatos y otra diversidad de fundaciones para pagar estipendio generoso á los curas por la salvacion de las almas, y la clase media ha destruido este temperamento resistente de la propiedad hasta valiéndose del despojo y ha acaparado toda la riqueza. Por ventura ¿es más trascendental y profundo el tránsito del hecho de la pro-

propiedad presente á la posesion colectiva de los instrumentos del trabajo, que lo ha sido la trasformacion de la propiedad muerta y la propiedad comun en la individual de la clase media?

¿Creen las clases conservadoras que se ha llegado al término de las innovaciones? ¿Encuentran absolutamente perfeccionado y armónico el movimiento de la propiedad? No cabe que puedan tener opinion semejante. Contra ella claman los horrores de la miseria y la irritante injusticia de que no es más rico el más trabajador y el más honrado, sino las más veces el más suspicáz y el más perverso.

¿No protesta el buen sentido de las clases conservadoras contra la extension del derecho de propiedad hasta el abuso de la cosa? ¿No conocen que contraría no solo al entendimiento sino al instinto de justicia que un hombre se declare dueño de un pedazo del planeta y pueda por su capricho esterilizarlo completamente?

Del mismo modo la clase media ha cambiado el hecho de la propiedad, ha trasformado tambien profundamente las relaciones de la familia.

No hay que retirarse para demostrarlo á tiempos remotos, sino considerar las innovaciones que ha hecho nuestra misma revolucion de Setiembre.

Los dos únicos resortes de la familia son el matrimonio y la potestad paterna. Sabido es que antes de la revolucion el matrimonio era un sacramento y la potestad paterna duraba toda la vida del hijo mientras no se convirtiese por el matrimonio en cabeza de una nueva familia. Pues bien, esta revolucion postrera de las clases conservadoras ha re-

formado completamente el derecho sin que nadie se escandalice, y ha reducido el matrimonio á un simple contrato civil, y limitado la patria potestad al período de los primeros años.

Y lo repito ¿dista más por ventura la relacion de amores del contrato civil que está del sacramento cristiano?

Pero no más respetuosa ha estado con Dios la clase media, y pruébalo la libertad de cultos que admite, la incredulidad que la pervierte y la repugnante hipocresía que la degrada.

Que inclinen pues la cerviz las clases conservadoras ante los errores de la Internacional, que no tienen prestigio ni derecho para hablar del orden y la justicia, ni para pedir templanza en los procedimientos.

## CAPITULO XIX.

Aspiraciones de la Internacional.—Sus estatutos.—Federaciones regionales.—Programa de Basilea.

Se ha dicho que las acusaciones que se hacen á la Internacional son infundadas por adulteracion de sus fundamentos y solo para demostrar el extravío de las clases conservadoras las he examinado. Pero la asociacion de trabajadores ha adoptado ya algunos principios, verdad que confusos, y no estará demás indicarlos para hacer completa justicia á sus aspiraciones.

En un manifiesto dado á luz en los primeros años de su aparicion vino á indicarse en breves palabras el objeto que se proponia y los medios como pensaba realizarlo.

»La conquista del poder político, dice el manifiesto, es el principal deber de la clase obrera.»

»Parece que esta lo ha comprendido así. Por lo tanto en Inglaterra, Alemania, Italia y Francia se ha visto que estas aspiraciones comunes renacen á un mismo tiempo, y

al mismo tiempo tambien se hacen espacios para organizar políticamente el partido de los trabajadores. Este partido tiene el principal elemento del número, pero el número no pesa en la balanza sino cuando está unido para la emancipacion y guiado por el saber.»

»La experiencia del pasado nos ha hecho ver que el olvido de los paternales lazos que deben mover á los trabajadores de todos los paises para ayudarse unos á otros, en su lucha por la libertad, es siempre castigado por la derrota en sus separadas empresas.»

»La experiencia ha enseñado á los trabajadores que necesitan estar al corriente de los misterios de la política internacional, vigilar la conducta diplomática de su gobierno respectivo y combatirlo por todos los medios que estén en su mano, y por último cuando no sea posible contrariar sus intentos entenderse para una protesta comun que reivindique las leyes de la moral y de la justicia que deben regir las relaciones entre los individuos por ser la regla suprema de relacion entre las naciones.»

En resúmen los principios proclamados por los congresos internacionales se pueden reducir á los que siguen:

Abolicion de los ejércitos permanentes.

Abolicion de las contribuciones indirectas.

Destruccion de la empleomanía.

Abolicion de la policia investigadora.

Aparte de estos principios que más se refieren á la forma política, la Internacional ha venido debatiendo diversas reformas económicas en los mismos congresos, mas sin que haya adoptado todavía soluciones determinadas. Cono-

ce que el problema social es muy complicado, y que reclama larga controversia y meditacion detenida y no se impacienta por hacer declaraciones de principios. Pero sus adversarios fingen como ideas adoptadas las que exponen los oradores en estos debates y como acuerdos de la sociedad entera los que tomando á veces algunas asambleas regionales.

El vínculo internacional de los estados se forma de la manera que se explica en uno de sus programas.

»Por cima de todos los pueblos un Tribunal internacional elegido libremente por ellos decidirá todas las cuestiones que puedan suscitarse entre las diversas naciones del continente en sus relaciones recíprocas.»

. . . . .

»Este gobierno único que puede establecer una paz durable deberá ser republicano federal; es decir fundado en el principio de soberanía de los pueblos, y en el respeto de la independencia á cada uno correspondiente.»

«Debe garantizar á todas las naciones que lo formen.»

«La soberanía y autonomía.»

«La libertad individual.»

«La libertad de sufragio.»

«La de la prensa.»

«La de reunion y asociacion.»

«La de mercancía.»

«Y la de trabajo sin explotacion.»

La Internacional tiene estatutos generales que conocen todos sus asociados y que insertaremos de seguida:

## ESTATUTOS GENERALES.

Artículo 1.º Se constituye una Asociación entre obreros de diferentes países que aspiran á un mismo fin: es, á saber, el mútuo concurso, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera.

Art. 2.º Su nombre es: «Asociación internacional de los trabajadores.»

Art. 3.º Queda establecido un Consejo general de trabajadores en representación de las diversas naciones. Este toma de su seno los miembros que designe para el despacho, tales como presidente, secretarios, etc., según las necesidades de la Asociación.

Todos los años, el congreso reunido, indicará el lugar donde deba establecerse el Consejo general, nombrará sus miembros y el punto de la próxima reunión.

Art. 4.º En cada congreso anual el Consejo general hará una relación pública de los trabajos del año, y en caso urgente podrá convocar el congreso antes del término fijado.

Art. 5.º El Consejo general establecerá relaciones con las diferentes asociaciones, de modo que los obreros de cada país estén al corriente del movimiento en los demás países; que se verifique simultáneamente y dentro de un mismo espíritu una información sobre el estado social; que las cuestiones de interés general sean examinadas por to-

dos y que cuando una dificultad práctica ó internacional reclame la intervencion de la Asociacion, pueda ésta obrar de una manera uniforme. El Consejo general tomará á su cargo la iniciativa de las proposiciones que tenga que someter á las sociedades locales ó nacionales, cuando esto sea necesario.

Publicará un boletin para facilitar sus comunicaciones con los centros corresponsales.

Art. 6.º Como el éxito del movimiento obrero no puede asegurarse en cada pais, sino por la fuerza que resulta de la union y de la asociacion, y que por otra parte la unidad del Consejo general depende de sus relaciones con las sociedades obreras, ya sean nacionales ó locales, los miembros de la Asociacion internacional deberán dirigir todos sus esfuerzos en sus respectivos países para reunir en una asociacion nacional las diferentes sociedades obreras existentes. Entiéndase bien que la apreciacion de este artículo, está subordinada á las leyes particulares que rigen en cada nacion. Pero salvo los obstáculos legales, ninguna sociedad local está dispensada de tener relacion directa con el Consejo general de Londres.

Art. 7.º Cada miembro de la Asociacion internacional, al cambiar de pais, recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociacion. Con este apoyo tiene derecho á todos los informes relativos á su profesion en la localidad en que piense establecerse; al crédito en las condiciones determinadas por el reglamento del centro de que forma parte y bajo la garantía del mismo centro.

Art. 8.º Cualquiera que adopte y dependa de los prin-

cipios de la Asociación internacional, puede ser recibido en ella, pero esto será siempre bajo la responsabilidad del centro que lo reciba.

Art. 9.º Cada centro es soberano para nombrar sus responsables en el Consejo general.

Art. 10. Las sociedades obreras, aunque unidas por un lazo fraternal de solidaridad y de cooperación, no dejarán por esto de existir bajo las bases que les son peculiares.

—Odger, presidente.—Eucarius, secretario.—Cowell-Stepney, tesorero.

Como cada una de las federaciones que constituyen la federación internacional conserva su autonomía y lo mismo las secciones regionales y los grupos, cada colectividad ha formado sus estatutos particulares y celebrado conferencias en que se han debatido cuestiones de importancia, dando ocasión á que se hayan tomado los razonamientos como determinaciones y las determinaciones parciales como acuerdos de la asociación entera.

Insertaremos como demostración de este autónomo movimiento regional los estatutos de las secciones de París y el programa de la Alianza de la democracia socialista de Ginebra:

Art. 7.º Cada miembro de la Asociación internacional de obreros de París recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación. Con este apoyo tiene derecho á todos los informes relativos á su profesión en la localidad en que reside.

Art. 8.º Cada miembro de la Asociación de obreros de Ginebra recibirá el apoyo fraternal de los miembros de la Asociación.

## ESTATUTOS DE LA FEDERACION

entre las secciones parisienses de la Internacional.

---

### ARTÍCULO PRIMERO.

Queda establecida entre las secciones parisienses de la Internacional, una Federacion que tiene por objeto facilitar toda clase de relaciones entre los diversos grupos de trabajadores.

Esta Federacion estará administrada y representada por un consejo federal.

### CONSTITUCION DEL CONSEJO FEDERAL.

---

#### ARTÍCULO 2.º

El consejo federal se compondrá de delegados de las diferentes secciones federadas.

El número de estos delegados será como sigue:

Cada seccion que se componga próximamente de cincuenta individuos á lo mas, será representada por un delegado; de cincuenta y uno á ciento por dos; de ciento uno á quinientos por tres; de quinientos uno á mil por cuatro; y en pasando de mil por cinco.

Cada seccion elige un número igual de delegados suplentes, pudiendo nombrar y cambiar sus delegados como le convenga.

Cada uno de estos debe al principio de la sesión hacer constar por medio del secretario interior, que verifica su mandato con apelación de la asamblea, si el secretario ó cualquiera otro individuo de la misma reclamase.

#### ARTÍCULO 3.º

En las primeras sesiones de Abril y de Octubre, el consejo federal nombrará su Junta compuesta en la forma siguiente: Un tesorero, un secretario de sesiones, dos corresponsales para el exterior y tres para la Francia. Este número podrá aumentarse si se cree necesario. Los cargos son siempre revocables por el consejo, que debe llenar inmediatamente las vacantes que se originen.

### RELACIONES DEL CONSEJO FEDERAL CON EL CONSEJO CENTRAL.

---

#### ARTÍCULO 4.º

Con arreglo al artículo 6.º de los Estatutos generales y el artículo 5.º del reglamento á él anejo, el consejo federal se pondrá en comunicacion con el central, enviándole todos los meses una exposicion del estado de la Internacional en París.

Recíprocamente, y conforme á los artículos 5.º de los Estatutos, segundo, tercero y octavo del reglamento, modificado estos últimos con el artículo 3.º de las resoluciones administrativas votadas en Basilea, el consejo central está

obligado á enviar cada tres meses al consejo federal parisiense, un estado de la situacion de la asociacion internacional en todos los paises.

## RELACIONES DEL CONSEJO FEDERAL CON LAS SECCIONES FEDERADAS.

---

### ARTÍCULO 5.º

Cada seccion que quiera formar parte de la federacion parisiense, deba depositar dos ejemplares de sus estatutos y reglamento particular, uno de los cuales será destinado al consejo central.

### ARTÍCULO 6.º

Con arreglo á la resolucion 5.ª de Basilea, antes de admitir ó rehusar la afiliacion de una seccion nueva ó sociedad formada en París, deberá consultarse á la federacion parisiense.

### ARTÍCULO 7.º

Conforme á la 6.ª resolucion de Basilea, la federacion de Paris puede rehusar la admision de una seccion ó sociedad y expulsarla de su seno, pero sin poderla quitar su carácter de internacionalidad; solo el consejo central puede pronunciar la suspension y el Congreso suprimirla.

### ARTICULO 8.º

El Consejo federal dispone para sus diferentes gastos de correspondencia, de propaganda, de despacho, etc., de los siguientes medios.

Cada una de las secciones que pertenezcan á la federacion paga á esta 10 céntimos por individuo al mes. (Puede haber transaccion sobre esta cifra con las sociedades obreras que hayan contribuido ya á los gastos de la federacion.

Uno de los delegados de la seccion debe depositar en la primera asamblea del mes, y en manos del tesorero, la suma calculada. Este dará á conocer en la tercera reunion mensual, por medio de un cartel que se fije en el local, las secciones que no estén en regla.

Despues de un mes de atraso es de derecho el suspender la seccion y sus delegados no tienen voto en el Congreso; despues de tres meses se pronuncia la separacion.

#### ARTÍCULO 9.º

Puede el Congreso con motivos que le abonen votar gastos superiores á su presupuesto y fijar proporcionalmente la contribucion suplementaria de cada seccion, pero en este caso queda la contribucion puramente facultativa.

### RELACIONES DEL CONSEJO FEDERAL CON SUS MIEMBROS.

#### ARTÍCULO 10.

Pueden asistir como espectadores á las sesiones del Congreso los miembros de las secciones parisienses federadas y los de las secciones extranjeras que se hallen de paso en París.

Los miembros de la Internacional que no pertenezcan de una manera regular á ninguna seccion no tienen derecho para ser admitidos en las sesiones.

ARTÍCULO 11.

Los actos del Consejo federal están sometidos á la aprobacion de las asambleas generales de las secciones parisienses que tendrán lugar á lo menos cada tres meses.

Si esta base tuviese en la práctica algunas dificultades la asamblea general podrá ser reemplazada por una reunion de delegados especiales en número triple de los delegados del Consejo federal.

**REVISION DE LOS ESTATUTOS.**

ARTÍCULO 12.

Los estatutos podrán ser revisados por la asamblea general á peticion de uno ó varios grupos, comunicada al menos con un mes de anticipacion á las secciones federadas.

Mangold (seccion de Belleville); Foncault (Clichy); Malon (Puteaux); Combault, Chalain (Vaugirard); Berden (Meudon); Robin, Avrial, Langevin (delegados del Círculo de los estudios sociales); Feron (delegado de los zapateros); Guiot (pintores); Chanteau, Delbincourt, Fraduin Mezière, Reinard, Riviere (litógrafos); Delacour (encuadernadores).

## PROGRAMA

**de la seccion internacional de la Alianza de la  
democracia socialista en Ginebra.**

---

La alianza se declara atea: quiere la abolicion de los cultos, la sustitucion de la ciencia sobre la fé, de la justicia humana sobre la divina, *abolicion del matrimonio como institucion politica, religiosa, juridica y civil.*

Quiere antes de todo, la abolicion completa y definitiva y la nivelacion política, económica y social de los individuos de ambos sexos, y para llegar á este objeto pide con preferencia á todo la *abolicion de la herencia*, para que de este modo el bienestar sea igual en el porvenir á la produccion de cada uno, y para que conforme á la decision tomada por el último congreso de obreros de Bruselas, la tierra, los instrumentos de trabajo, así como cualquiera otro capital llegue á ser la propiedad colectiva de toda la sociedad, y con el objeto de que no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, esto es por las asociaciones agrícolas é industriales.

Quiere para los hijos de ambos sexos la igualdad de medios para su desarrollo desde su nacimiento, es decir, la misma alimentacion, educacion é instruccion en todos los grados de la ciencia, la industria y las artes, porque tiene

el convencimiento que esta igualdad, que al principio será solo económica y social, dará por resultado traer á la larga mayor igualdad natural en los individuos, haciendo desaparecer todas aquellas desigualdades ficticias que son mas bien productos históricos de una organizacion social tan falsa como inícuu.

Al declararse enemiga de toda clase de despotismo no reconoce otra forma política *que la republicana, desechando en absoluto toda alianza reaccionaria*; tambien condena toda accion política que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital.

Reconoce que todos los Estados políticos y autoridades que actualmente existen, reduciéndose cada vez mas á las simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus respectivos paises, deben desaparecer en la union universal de las asociaciones libres, tanto agrícolas como industriales.

La cuestion social no puede encontrar una real y definitiva solucion mas que sobre la base de la solidaridad universal entre los trabajadores de todos los paises; la alianza rechaza por consiguiente toda política que se funde sobre lo que se llama patriotismo y sobre las rivalidades de las naciones.

Quiere, por último, la asociacion universal de todas las asociaciones locales por medio de la libertad.



Aunque los acuerdos generales de la asociación internacional de trabajadores no contienen un cuerpo de doctrinas admitido por la universalidad ni un procedimiento económico acabado, estamos convencidos de que hay ya principios y soluciones que acepta la generalidad y que constituyen si no un dogma, una aspiración persistente.

De estas soluciones y doctrinas trataré en los capítulos que siguen, con la economía de conceptos que corresponde a la índole particular de esta obra.

## CAPITULO XX.

**Principios y sistema de la Internacional.—Imparcialidad en la crítica.—Importancia del exámen de las ideas de los internacionalistas.—Abolicion del salario; su justicia.—Iniquidad que el salario envuelve.—El salario es la servidumbre.**

Ha llegado el momento de debatir los principios y la organizacion de la Internacional en estas páginas desautorizadas; con imparcialidad completa y criterio libre de enojos y apasionamientos.

Aseguro á los adversarios de la Asociacion de trabajadores que no me levanto en son de guerra contra las instituciones vigentes, esgrimiendo las armas de ciegos rencores, sino las limpias cortesés, y razonadas de la imparcialidad: afirmo por otra parte á los internacionalistas que respeto sus opiniones y admiro sus propósitos y sacrificios, y que si por acaso necesitara ejecutoria que abonase mis rectas intenciones, presentar podria, no como mérito, sino como demostracion, los años primeros de mi vida consagrados á trabajos duros, y los mejores de mi juventud consumidos en meditar sobre las espantosas deformidades que presenta esta sociedad orgullosa de su rectitud y de su civilizacion.

Primero que republicano he sido socialista. Las relaciones de mi infancia pusieron delante de mi entendimiento el espectáculo horrible de la miseria mas pronto que las injusticias del régimen político.

Vivia entre los trabajadores; y aun recuerdo, como si las estuviera escuchando, las tristes conversaciones con que desahogaban sus penas en los momentos breves del reposo. Aquellos profundos dolores me impresionaban hasta lo más íntimo de mi corazón, sin embargo, de que aunque participaba de sus fatigas, no sufría las necesidades y privaciones de su situación mísera y atribulada.

Mas tarde, cuando mi entendimiento perdió la limpieza del candor y pudo comprender los resortes de la inmoralidad, descubrí que eran tantos y tan poderosos los que agitaban á la pobreza que debían causar admiracion las virtudes que los pobres conservaban, mas bien que los vicios que les corrompieran.

Y desde entonces sentí esta especie de preocupación que llena mi vida y que hace que sobre todo, antes que todas las cosas, considere preciso modificar las relaciones entre el capital y el trabajo, de modo que los bienes de la naturaleza vayan á parar á las manos que los han producido ó transformado, y de manera tambien que concluya la miseria espantosa que diezma y degrada á la humanidad.

Dolíame cuando estudiaba los pasados tiempos, ver que los desheredados mismos, las víctimas de la sociedad per-

manecian quietos como si insensibles fueran á sus dolores; y agoviados por el peso de su degradacion estaban inertes en el fondo de la sociedad que les oprimia, resignados si no contentos, y aun con frecuencia dóciles al yugo y serviles con sus opresores.

Doliame tanta postracion, y aun á veces desconfiaba de las reformas, solo porque echaba de menos las fuerzas que las tenian que ejecutar, las fuerzas de los oprimidos.

Esto explica, que la aparicion de la Internacional en estos últimos años dando testimonio de que la actividad de los trabajadores no se habia consumido, ni agotado sus fuerzas, ni perdido sus esperanzas; la aparicion de la Internacional significando que los productores quieren ser los propietarios verdaderos de la riqueza, hace que mayor y mas firme sea mi confianza en la inmediata y definitiva reforma de la sociedad.

\*  
\*\*

Pero aunque asi sea, y por lo mismo que doy tanto valor á las reformas sociales, me importa mucho examinar las doctrinas, estudiar los procedimientos que se adoptan, no sea que por error se tomen caminos extraviados y por rodeos insensibles vuelva la humanidad sobre sus pasos al mismo punto de partida ó quizás á otros tiempos mas tristes aun y calamitosos.

¿Cuáles son las aspiraciones más autorizadas de la Internacional?

Como esencia

La participacion sustituyendo al salario.

La propiedad colectiva en vez de la individual.

Como forma

La agremiacion de los obreros por profesiones, componiendo grupos corporativos.

La asociacion de los grupos locales formando secciones.

Las secciones reunidas por paises componiendo una federacion; y todas las federaciones relacionadas formando la unidad internacional.

Examinaré brevemente este mecanismo.

\* \*

La participacion sustituyendo al salario.

¿Qué representa el salario?

Partiendo de que á la produccion concurren varios elementos, capital, trabajo de pensamiento y trabajo corporal, elementos que funcionan por los resortes del propietario, empresario y trabajador, se ha establecido que el último perciba una cantidad alzada por la parte que pone en la obra y esta parte se denomina salario.

No me detendré á analizar ámpliamente los errores é injusticias á que el salario dá lugar; basta solo llamar la atencion sobre que representa una distribucion arbitraria del producto, con la que se perjudica enormemente al trabajador, y se le sujeta á una opresion degradante.

¿Percibe en salario el obrero la parte justamente que le corresponde por la obra que ejecuta?

De ninguna manera. Los otros partícipes, propietario

y empresario, se adjudican como fuertes todas las ventajas; el negocio es suyo, enteramente suyo, y el jornalero interviene como un resorte servil sometido á la voluntad de aquellos, por la sencilla razon de que le pagan.

\* \* \*

Pero el salario además de la distribucion desigual, representa un estado de servidumbre, en cierto modo más triste, si no más absoluto, que el de las servidumbres abolidas, porque el salario como recompensa envuelve la jornada en las funciones y el obrero tiene que someterse contra su voluntad cada dia á una servidumbre de tantas horas determinadas, para ejecutar lo que tenga á bien mandarle el señor que le ocupa.

Como el salario no guarda relacion con la obra, es evidente que representa cierta clase de pecho personal, que difiere en la apariencia, pero no en el fondo de las denigrantes cargas de la antigua servidumbre.

\* \* \*

Hay que reconocer que el asalariado se puede emancipar del yugo solo con negarse á vender sus servicios; pero ¡á qué precio! á precio de la miseria mas irresistible y á precio por último de la vida. Pero con sacrificio tamaño la misma libertad tenia el antiguo siervo; que no ha sido ni

es posible obligar al trabajo, cuando el que lo ha de hacer está dispuesto á todo para resistirlo.

Debe asimismo reconocerse que el trabajador queda libre las horas consagradas al reposo; pero esta libertad raquífica más sirve para sumergirlo en las tristes meditaciones de las necesidades que le rodean, que para hacerle saborear alegrías, y con frecuencia lo arrebatá á viciosas inclinaciones, que si degradan y mortifican, tienen siquiera la virtud horrible de embotar los sufrimientos.

En una palabra: cierto es que el salario y la jornada representan un progreso sobre la servidumbre; pero en pormenores determinados es el jornalero de nuestros dias más pobre y más infeliz que el siervo de los pasados siglos.

\*  
\*  
\*

Una simple observacion expresa vivamente el carácter de servidumbre que tiene el salario.

No se mide de ninguna manera, ni se estima con relacion al producto, sino á la ocupacion del tiempo. El trabajador no vende una obra, sino los instantes de su vida, y no se le pregunta al fin de la jornada lo que ha hecho, toda vez que haya estado en el taller las horas de costumbre.

Hé aquí como el carácter personalismo del salario demuestra la realidad de una servidumbre intermitente, triste, opresora y miserable.

Razon tienen, pues, los internacionalistas para abominar el salario y querer que se convierta en participacion.

Todos los hombres deben tener un lugar en este taller inmenso de la naturaleza y recibir un beneficio proporcionado á sus funciones. El que no trabaja es un rebelde que no tiene derecho á recoger los frutos del trabajo social; y si á consecuencia de un mecanismo defectuoso, consigue sin producir apropiarse el producto ageno, además de rebelde es un inícuo detentador.

## CAPITULO XXI.

Colectivismo de la Internacional.—Injusticia de la propiedad individual presente.—Inconsecuencia del colectivismo.—No resuelve el problema social.—Ejemplo de lo que sucedería en su aplicacion.—Disculpa de los internacionalistas.—Práctica de la agremiacion.

Los internacionalistas, además de abolir el salario, quieren hacer colectiva la propiedad, es decir, que reunidos los obreros por oficios sean dueños de todos los instrumentos del trabajo á sus oficios correspondientes.

En esto los internacionalistas han percibido solamente una parte de la verdad. Injusto es, sin duda alguna, que los instrumentos del trabajo estén sometidos á la presente propiedad individual, que tiene la extension del abuso: propiedad tan amplia y absoluta que permite al dueño de un campo, por ejemplo, convertirlo en erial un año y otro y eternamente.

\*  
\* \*

¿Se quiere limitar el derecho? Límitese enhorabuena de modo que un hombre no sea propietario de los resortes de la naturaleza, que pertenecen á todo el género humano; pero

sin que el abuso, que es al presente individual, se traslade á las manos de una agrupacion.

El mal es siempre mal, venga de donde venga, y la injusticia no se rebaja, porque sean muchos sus autores, en lugar de uno solo. Oficios hay que tienen importantes instrumentos y otros que los tienen sencillos. ¿Por qué un grupo ha de ser propietario mas en grande, y otro mas en pequeño? El albañil, valiéndose de instrumentos simples, que por acaso le pertenecen en la actualidad, nada habrá ganado con el colectivismo de los internacionalistas ó muy poco; mientras el labrador se encuentra propietario del suelo y se apodera de este laboratorio inmenso de la naturaleza.

Hay que decir que el colectivismo de la Internacional no está arreglado, ó que representa una atroz injusticia. Pero además envuelve multitud de dificultades prácticas.

El mayor número de los instrumentos del trabajo proceden del trabajo mismo. El fabricante necesita máquinas, que tienen que hacer otros obreros: estos necesitan maderas, metales, etc., que otros trabajadores tienen que conducir y otros arrancar de las entrañas de la tierra. ¿A quién pertenece la máquina, al minero, al porteador, al maquinista ó al que en último término ha de emplearla en cierta industria?

Podrá decirse que el dominio irá pasando de uno á otro grupo; pero ¿cómo se traslada? ¿El minero que arranca los

metales pone el precio al maquinista y este al fabricante, ó sucede lo contrario?

De cualquier modo viene á establecerse una relacion semejante á la que hoy existe con la única insignificante diferencia de que el antagonismo pasa de los individuos á las agrupaciones.

\* \* \*

Además, despues que todos los obreros se hubieran asociado por oficios vendrian á quedar poco más ó ménos en la misma triste situacion en que hoy se hallan.

Cierto es que cada oficio podia señalar á sus trabajadores la retribucion que hubieran menester para sus necesidades y aun para sus placeres; pero esto tenia necesariamente que producir la elevacion del precio de todas las cosas y el resultado de quedar todos en una situacion igual relativamente.

Imaginemos que los sastres, por ejemplo, se adjudican una retribucion doble y que por consiguiente la ropa se vende á doble precio. Mientras los trabajadores de los otros oficios no suban su retribucion, no queda duda de que, ganando doble los sastres y pudiendo comprar aquello que necesiten sin alteracion de precio, han conseguido la abundancia; pero esto no sería justo, ni podia suceder: sucedería, sí, que los obreros de todos los demás oficios doblarian tambien su retribucion, y que todos los productos, todos, tendrían doble precio, con el resultado de que nadie variase de suerte; el que gana dos reales y con ellos compra dos libras

de pan, tiene que contentarse con las dos libras, aunque disponga de cuatro reales, si el pan ha doblado también su valor.



Reconozco que la parte de producto que se adjudica el propietario iría á parar á manos de los trabajadores; pero esta parte es pequeña para redimir á tantos, y la situación de la clase no mejoraría sensiblemente. Si todo lo que gana un fabricante se repartiera entre los obreros resultaría que estos aumentarían en poco su fortuna. He aquí por qué no me satisface el colectivismo de la Internacional, injusta é insuficiente: no creo yo que la clase trabajadora deba contentarse con recibir uno ó dos miserables reales más cada día, sino que debe adoptar soluciones que cambien completamente los resortes de la producción, desarrollándola hasta lo infinito.

Bien comprendo que en el día de hoy no distinguen los desgraciados más que los instrumentos de opresión que los tiranizan de cerca, el capitalista y el empresario; bien comprendo que mirando no más que el materialismo del aparato que los atormenta, cifren su emancipación en destruirlo y se contenten con hacerlo pedazos; pero mucho mejor sería que mirasen más á lo lejos, para conocer las fuerzas que mueven la máquina del suplicio á fin de cambiar más profundamente aun las relaciones sociales, como medio único de que no se renueven otra vez las injusticias con otra apariencia diferente.

Desapruebo por lo tanto la idea colectivista de la Internacional por incompleta é injusta; aspiraciones más altas y radicales deben tener los trabajadores para conseguir su emancipacion.

¡El colectivismo! ¡La subsistencia del privilegio, que pasa del individuo á la agrupacion!

¡El colectivismo! Raíz del monopolio.

¡El colectivismo! Generador de una discordia tremenda entre los grupos por la contradiccion de intereses.

El colectivismo envuelve la eterna lucha, el antagonismo eterno, los abusos inacabables.

¿Qué razones hay para defender la propiedad en el gremio, cuando se haya probado que no es legítima en el individuo?

La propiedad presente tiene un carácter inadmisibile, por cuanto se reconoce el derecho de disfrutarla hasta el abuso. Quítesele este carácter pernicioso.

Pero tiene además el inconveniente de que ceñida en la mano del individuo, los que llegan tarde á la vida, la encuentran ocupada y carecen de instrumentos para desarrollar sus facultades y aptitudes. Que la propiedad se universalice.

Hé aquí planteado el problema. No pretendo explanar las soluciones que conceptuo adecuadas y eficaces; pero tengo que decir que en mi opinion no lo resuelve el colectivismo de la Internacional.

\*  
\*  
\*

Pero ¿y la práctica de la agremiación?

¿Tiene todo hombre libertad completa y derecho indiscutible para ingresar en un oficio cualquiera?

Si no lo tiene, ó si está sometido su derecho á extraño juicio. ¡Qué suerte mas infeliz la del obrero!

Si no hay trabas de ninguna clase para inscribirse, entonces viene el caos y se realizan los abusos mayores. Tal oficio da ocupacion para veinte trabajadores, pero se inscriben cuarenta, por lo cual es menester doblar el precio de los productos atentatoriamente, á fin de que sin trabajar vivan todos en la abundancia, ó hay que reducir la recompensa á la mitad de lo necesario. Es decir que subsiste el mismo infuero resorte de la oferta y de la demanda, y el desconcierto y la miseria, con la variacion solamente de que las exigencias, las injusticias, los desórdenes, las luchas, los monopolios activan, en lugar de las fuerzas individuales, las poderosas y terribles máquinas de las agrupaciones.

## CAPITULO XXII.

Procedimientos de la Internacional.—Série de agremiacion.—Centralizacion que de ella resulta.—La sociedad marcha á la anarquía.—Lo que la Internacional representa.—Sus errores.

Donde mas se percibe el error de los internacionalistas es en el procedimiento. Han sentido que la série es el mecanismo natural para construir la armonía de los humanos; pero no han entendido el orden social y han considerado suficiente poner, para establecerlo, grupos disformes con los materiales de los oficios que existen en la actualidad. Y considerando sólida esta base para la sociedad armónica, pretenden construirla sobre ella en todas sus relaciones económicas y políticas, de produccion y gobierno.

Y los gremios eligen sus autoridades propias; y reunidos todos los de un pueblo, forman la Commune, con su comité ejecutivo; y las Communes forman la federacion, con su consejo federal; y las federaciones se relacionan y unifican en el Gran Consejo que representa la solidaridad del género humano.

La composicion es deslumbradora y sobre todo uniforme; pero á poco que se examine este simétrico mecanismo

se encuentra amenazador relativamente á la libertad. Copia retocada de los gremios que pasaron, contiene el peligro de formar en lo porvenir tremendos poderes autoritarios que graviten sobre los individuos con peso irresistible. No camina la idea democrática á condensar los poderes, sino á desvanecerlos: la anarquía es el ideal de las sociedades venideras: las funciones del poder se irán suprimiendo á medida que las sociedades vayan desarrollándose con la fuerza propia de la armonía, y por de pronto se distribuirán, segun la ciencia, fijando las diferentes y múltiples relaciones de la vida.

\*  
\*\*

Para no salirse de la corriente del progreso es menester, hasta cuando se hacen investigaciones en el fondo misterioso de lo desconocido, no perder de vista que se marcha hácia la supresion de los poderes, y que las innovaciones mas adecuadas son las que procuran dividir las funciones del Gobierno, para irlas debilitando.

Pero la Internacional, ilusionada por la engañosa simetría del mecanismo, aspira á una terrible condensacion de los poderes y hasta á crear algunos hoy desconocidos.

No es garantía suficiente el que las autoridades de la sociedad nueva sean meramente ejecutivas, porque es muy fácil la usurpacion, y con ella debe siempre contarse para mitigar sus efectos; y á este fin no existe precaucion mas poderosa que la de diseminar, cuanto posible sea, los poderes y disminuir sus funciones.

\*  
\*\*

En la actualidad, un poder del orden político es insostenible, cuando es injusto, sin embargo, del que su misión se limita a intervenir en muy pocas manifestaciones del desarrollo individual; pero después con el mecanismo nuevo, además de los poderes comunales y federales, además del poder central de las federaciones reunidas, debe existir el poder del gremio, poder terrible que cualquiera que sea su mecanismo, tiene acción e influencia en los cursos más integrantes y puede abalmar la miseria por error ó antipatía sobre algunos agremiados.

Razon hay para abrigar temores cuando se explica bien todos los accidentes del mecanismo se forja el esqueleto de una organización, que en el caso de extravío, fija un retroceso terrible. Si por desventura viniere a probar un ensayo infeliz que habían sido equivocados los conceptos, ¿en qué situación se encontraba la sociedad? Con la estéril mano muerta del colectivismo, con la individualidad prensada en la máquina del gremio y con cierto linaje de nueva servidumbre que hace del trabajador un instrumento sin libertad, un instrumento desdichado.

\* \*

Brevemente he discurrido acerca de las doctrinas y procedimientos que parecen más autorizados en el seno de la asociación Internacional de trabajadores. Bien conozco que los puntos que he tocado merecen detenida consideración en regiones más dilatadas, pero basta a mi propósito apuntar los juicios para cumplir con la obligación de respe-

tuosa cortesía que reclaman los grandes movimientos de la humanidad.

En resumen, la asociación Internacional de trabajadores significa el organismo de la reforma que ha de realizar la emancipación de las clases desheredadas. Consecuencia del movimiento regenerador de la democracia, aparece cuando muchos y tristes desengaños han venido á demostrar que el reconocimiento de los derechos políticos no es suficiente para la emancipación del hombre. Legítima es su existencia y providencial su destino. Los buenos demócratas, los socialistas deben tenderle la mano y caminar con ella á un mismo fin; y si por ventura hallan errores en sus principios ó en sus procedimientos, discutirlos lealmente, que lealtad reclama el alto objeto de las comunes aspiraciones.

Por esta razón he discurrido, aunque brevemente, sobre los principios y procedimientos de la Internacional, procurando distinguir lo justo de lo injusto, lo cierto de lo dudoso.

\*  
\* \*

Segun mi parecer, razón tiene en abominar el salario...

La tiene asimismo en combatir la presente propiedad individual.

Pero se equivoca en la justicia del colectivismo; y se

equivoca también inclinándose sin quererlo á un sistema autoritario que puede ser fundamento de reacciones y tiranías.

¡Ojalá sean infundados mis temores, y ojalá pueda, rectificando mis juicios, pedir un puesto en la asociación de los hijos del trabajo y de la desgracia!

## CAPITULO XXIII.

Federacion internacionalista. —Influencia del sentimiento socialista de la Internacional en la Revolucion de Marzo. —Diferentes elementos que tomaron parte en ella.

El mecanismo de la Internacional merece consideracion al respecto de la revolucion comunista de París, porque determina un sistema social nuevo, aumentado á los sistemas distintos que venia difundiendo la ciencia.

Pero nunca consideracion más grande porque inicia una forma política de gobierno municipal, y el enlace de la federacion.

Debe conocerse sin embargo que esta federacion no se asemejaba á la que habian vislumbrado los girondinos durante la primera revolucion de Francia. Los girondinos aspiraban meramente á resistir la dictadura de la capital con la fuerza de los departamentos, y en la federacion de los internacionalistas se percibe una organizacion completa y permanente basada en la autonomía de los municipios formados con los gremios.

Esta federacion se diferencia tambien de la artificiosa que compone personalidades intermedias entre la Commune y el Estado.

Pero sobre todo esto, y es lo que interesa hacer notar á mi propósito, la federacion de los internacionalistas es vaga é indeterminada. Si las reformas sociales y políticas llegan á punto de ejecucion, menester es que vengan completamente organizadas, porque la sociedad no puede vivir un instante sin un mecanismo cualquiera para destruir lo que existe hace falta haber preparado lo que la ha de sustituir con todos sus pormenores y accidentes.

Ahora bien, el sentimiento socialista de la Internacional influyó de alguna manera en la marcha de la revolucion de Marzo y más directamente sus aspiraciones federales, y como estas aspiraciones y aquel sentimiento estaban en embrion todavia, la revolucion por esta parte recibió una levadura de desorden y un germen de desconcierto.

Con el fin de presentar en un punto las diferentes causas que en mi opinion han influido para desordenar el movimiento de París, aparte del que acabo de mencionar, he de hacer algunas consideraciones.

En otro lugar he dicho que la revolucion tuvo lugar antes de tiempo, y fué ocasionada por fuerzas y circunstancias accidentales.

Imprevista fué la caída del imperio y excepcional la situacion en que se vió la Francia con motivo de la guerra. En París particularmente produjeron una irritacion pro-

funda las tórpezas de Trocín y su odio y su menosprecio hacia la guardia nacional republicana. Desde la primera hora quiso esta salir contra los extranjeros, y nunca consiguió que se la llevara a la pelea más que cuando en las últimas convulsiones se la colocó en Montretout, enfrente de la artillería alemana para que la ametrallase como medio de alargar en sangre su entusiasmo.

Todas las pasiones del pueblo de París sufrieron una condensación funesta durante el largo y penoso sitio de los prusianos; y cuando al finalizar tuvo que sufrir la vergüenza de la humillante visita de los enemigos, y obedeciendo a su inspiración tuvieron que salvar los cañones abandonados, y más adelante los diputados campesinos acordaron no reunirse en París, y por último el Gobierno de Mr. Thiérs decidió desarmar al único pueblo que se había atrevido a resistir la invasión extranjera; cuando sucesivamente fueron realizándose todos estos atentados la indignación de París estalló espontáneamente sin preparación ni concierto, y al acaso más bien que la voluntad de los revolucionarios, organizó el gobierno provisional.

Pero ¿cuáles fueron los elementos que más ó menos directamente tomaron parte en la revolución?

Coincidían en el pensamiento comunal distintas agrupaciones que de ninguna manera podían fusionarse.

Los internacionalistas aceptaban la Commune como un resorte adecuado a su mecanismo.

Los socialistas tradicionales porque representaba un movimiento contrario a las clases conservadoras omnipotentes en la Asamblea de Versalles.

Los jacobinos porque era la resurreccion de la dictadura municipal de 1793.

Y hasta la fraccion moderada de los republicanos de la capital aceptaban el movimiento porque envolvia la realizacion de sus aspiraciones en un período mas ó menos agitado.

Las aspiraciones caminaban sin conocerse, y cada agrupacion iba derecha á su propósito sin el engranage que forma la pública controversia.

\*  
\* \*

Los jacobinos, con la vista atrás en el foco de luz de la revolucion primera, vivian deslumbrados y sin apercibirse de las trasformaciones que la meditacion y la experiencia habian introducido en el derecho político.—Deseaban ciegamente resucitar aquel período sublime con todas sus circunstancias, y si poder se hubieran reconocido para cortar el tiempo y remover los sepulcros, la revolucion del 93 despertaria con sus agitaciones tremendas, con sus terribles castigos é inspirada por la pasion implacable de Marat, el génio tormentoso de Danton y la justicia tenáz, inalterable y reposada de Robespierre.

Los republicanos tibios permanecian inclinados á esa ilusion que podrá ser generosa, pero que es seguramente vana, de que pueden hacerse revoluciones sin trastornos con la virtud corroedora de la propaganda y el convencimiento; como si posible fuera arrancar los vicios y preocupaciones que tienen hondas raíces seculares en la sociedad,

sin producir intensos dolores. Los republicanos tibios continuaban adheridos á la república de la clase media y de las capacidades, por el error permanente de que el derecho se subordina á la aptitud, y querian ir cambiando lentamente la constitucion política y que el pueblo se resignara á lo imposible de ir recibiendo los dones á medida que sus sábios gobernantes lo declararan en disposicion de disfrutarlos, deseo mas irrealizable que todas las utopias y todas las ilusiones que se han soñado.

Esto por lo que toca á la política.

Respecto á la idea social, notábase la misma confusion y dualismo.

Los socialistas autoritarios del 48 persistian en sus soluciones protectoras.—Acertados al hacer la crítica de la sociedad y justicieros en el propósito de corregir sus deformidades, se estraviaban sin embargo al adoptar los procedimientos, porque á consecuencia de una desconfianza extrema sobre la virtud de los resortes individuales, todo lo esperaban del Estado. Asemejábanse de esta manera á los republicanos de orden en lo de creer incapáz al pueblo para cumplir regularmente los fines de la naturaleza, como no se le vaya acomodando con oportunidad y parsimonia. No distinguian las funciones transitorias que ha de tener el poder revolucionario para reparar las injusticias y desperfectos que el poder mismo ha ocasionado, de sus funciones permanentes, luego que el movimiento reparador haya concluido su obra de mera restitution.

Al mismo tiempo, ya lo he dicho, otra aspiracion social indecisa, si bien fundada en las fuerzas robustas del prole-

tariado, se movía misteriosamente en el organismo no estudiado todavía de la Asociación internacional de Trabajadores, caminando en opuesta dirección; es decir, que así como los socialistas autoritarios desprendían del Estado existente que debía ser, aunque otra cosa se pensara, un poder de la clase media, las reformas en el orden social, los internacionalistas principiaban por estas y luego con los resortes y las fuerzas que se creaban, componían el poder político del Estado. Aunque con los errores que he intentado demostrar, los internacionalistas se colocaban en el terreno democrático mas que los socialistas autoritarios, por cuyo motivo, á pesar de ser nuevos y humildes, suplía la razón por el prestigio y en poco tiempo habían reunido muchos prosélitos.

De esta diversidad de tendencias, de esta distinta manera de concebir la trascendencia del movimiento revolucionario, no pudo ménos de resultar la vaguedad en definir los principios, la oposicion y la lucha entre las diferentes fracciones y la contradicción en los actos que por aquellos hombres se ejecutaban. El haberse acelerado la revolución, y las circunstancias excepcionales que la hicieron estallar antes de tiempo, crearon una situación aun más difícil y más sembrada de peligros y de escollos, á los que ya de por sí estaban divididos y tenían que luchar con problemas de ignorada solución, al par que con los intereses ferozmente egoistas de la Europa conservadora.

Prodújose á consecuencia de esto un estado anómalo para todos los hombres y para todos los partidos que no pudieron marchar resueltamente al planteamiento de nin-

guno de sus sistemas. Los jacobinos veíanse obligados á defender la federación tan enemiga de aquella bandera histórica de la república, una é indivisible; los demócratas socialistas eran fatalmente arrastrados á apoyar una especie de dictadura, que ultrajaba los derechos del hombre y del ciudadano; y aquellos internacionalistas que protestaban de no ocuparse de política y que no hacia dos meses habian hecho constar que solo por medio de la propaganda y de la paz llegarían al cumplimiento de su ideal, se lanzaban ahora en cuerpo y alma á lo más agitado y tumultuoso de las contiendas civiles. Y era que la situación estaba muy por encima de hombres y partidos, y que ninguno alcanzaba á comprender en su inmensa grandeza el pensamiento de la revolución.

No otra, si bien se considera, fué la causa fundamental de que aquel gran movimiento se malograra, porque de la división surgieron las vacilaciones y las dudas, de estas la desconfianza de los unos hácia los otros, y de aquí la inacción y el desconcierto que al fin crearon el vacío en torno de la Commune y redujeron al aislamiento á aquella revolución que pudo en los primeros dias extender sus banderas victoriosas por toda la Francia.

## CAPITULO XXIV.

**Entra la Commune en un período de represion.—Medidas contra la prensa.—Decreto de los rehenes.—Prisiones.—Excitacion de los católicos contra la revolucion.—Abandonan los republicanos templados la causa de la Commune.—Las elecciones complementarias.—Ilegalidades.**

Los tristes acontecimientos de los primeros dias de Abril y la sangrienta ferocidad de los soldados de Versalles, despertaron en las filas de la revolucion las funestas pasiones de los rencores y de las venganzas, y dieron el predominio al bando que, entusiasmado con los recuerdos del 93, consideraba la dictadura de un partido como salvacion suprema del pueblo. Sin examinar á fondo la historia de aquel período atribuian al terror, que fué accidente de las circunstancias, la virtud fecunda de un sistema, y no vacilaban en arrastrar la revolucion á excesos y desafueros que el progreso de los tiempos y el perfeccionamiento de la conciencia humana han hecho ya imposibles en nuestro siglo.

Es una creencia absurda y que conviene combatir sin tregua y enérgicamente la de muchos hombres afectos á la causa revolucionaria al pensar que las medidas extremas,

la represion sin límites, y el sangriento rigor del terrorismo, son recurso sagrado á que los pueblos deben apelar para su regeneracion. Triste y pobre pensamiento que arguye, ó poca conviccion en la fuerza de la idea ó una falta de fé absoluta en la alta moralidad de la raza humana, y que al cabo solo conduce á malograr el fruto de una benéfica propaganda, y á entorpecer con la reaccion y la represalia esas evoluciones inmensas y progresivas que llevan á las naciones al ideal de la civilizacion.

De este error participaron algunos de los hombres de la Commune que, excitados por el proceder criminal de los versalleses, inauguraron un período de represion, que si bien contenido por sus colegas y por la misma fuerza de la opinion llevó algun descrédito al Gobierno del Hotel de Ville, dió pábulo á las acusaciones de los conservadores y abrió una senda fatal á las pasiones que habia de terminar en los incendios y en los asesinatos de la última hora. Y, sin embargo, sea dicho en honor de la verdad, así como en nombre de la democracia execramos semejante conducta, no podemos ménos de reconocer que cualquier Gobierno de estos que se llaman de orden y que se apoyan en los partidos medios, habria cometido muchas mayores ilegalidades é injusticias en un período tan excepcional como el que nos ocupa, como las ejecuta á veces en épocas más tranquilas y normales.

\*  
\* \*

A Raul Rigault cupo en suerte el odioso privilegio de empezar las medidas de rigor desde la antigua prefectura

de policía que le fué conferida en delegación contra los afectos á la Asamblea y al Gobierno de Thiers. Y ¡triste coincidencia! La prensa, que es la gran palanca de la democracia y el medio á que muchos comuneros debían su renombre, fué la primera en sufrir los golpes de la represión. ¡Escandaloso espectáculo el que dieron los que proclamando la libertad omnimoda del pensamiento y de la palabra suprimían periódicos y encarcelaban á periodistas! Es cierto que las circunstancias eran extremas, y que la situación estaba preñada de gravísimos peligros; pero, ¿qué ejemplo daban al mundo y qué confianza habían de inspirar á las provincias estos hombres que apenas llegados al poder, tan poco respetaban los principios proclamados? Inútil era por otra parte semejante rigor, porque la experiencia ha demostrado siempre, que las persecuciones contra la prensa son contraproducentes, y que más condena y desacredita á un Gobierno el silencio violento de las oposiciones que los más enconados ataques de los partidos contrarios.

Nada de esto tuvo presente el grupo jacobino que entonces dominaba, y poco despues de hacer constar en una solemne proclama que la Commune queria que todos respetaran la libertad de imprenta, suprimía *ab irato* los diarios de más viva oposición empezando por el *Figaro* y el *Gaulois*. Estos decretos, aunque algunas veces no contenían más que la orden de prohibición, solían ir acompañados de una exposicion de las razones que abonaban tales medidas. Hé aquí una de estas notas que puede dar idea de las otras, y que muestra la pobreza y mezquindad de semejante recurso:

«La Commune, considerando que es imposible tolerar en París sitiado periódicos que predicán abiertamente la guerra civil, dan noticias militares al enemigo y propagan la calumnia contra los defensores de la República, ha decretado la suspension de los periódicos siguientes: (siguen los nombres de los diarios suprimidos.)

A la vista salta lo especioso de estas razones.—Cuando París entero se hallaba invadido de espías de Versalles, y cuando los amigos de Thiers podían continuamente desde la capital estar en comunicacion con el ejército de la Asamblea ¿necesitaria éste los informes de la prensa periódica? Que predicaban la guerra civil y atacaban con la calumnia á los amigos del Gobierno, ¡vergonzoso pretexto! ¿no es acaso este el argumento que emplean todos los poderes arbitrarios y tiránicos para cohonestar sus violencias y desafueros?

Grande oposicion halló esta conducta en el mismo seno de la Commune: Assi resistió con energía: Félix Pyat la combatió con alguna tibieza; la política de Rigault prevaleció, sin embargo, y poco á poco fueron desapareciendo por medio de la fuerza todos los periódicos que no eran afectos á la revolucion de Marzo, hasta llegarse al extremo que más adelante veremos, de prohibir todo periódico nuevo y someter la prensa al juicio de los consejos de guerra.

De acuerdo con el mismo sistema de represion, apenas se tuvo noticia de las derrotas de Courbevoie y de Chati-

llon, empezaron los agentes de la Commune á hacer prisiones, que por no partir de tribunal alguno de justicia, y por no reconocer fundamento legítimo llevaron el pánico al seno de las familias, y perturbaron hondamente la poblacion al atacar con tanta injusticia la seguridad individual y la libertad civil, que solemnemente habia proclamado la revolucion. Estas prisiones trataban de reproducir la vieja ley de los sospechosos que tantas víctimas ocasionaron el 93, y como vinieron á recaer ahora sobre personas casi indiferentes y ajenas á la política, solo lograron poner espanto y crear odios en el ánimo de esa numerosa mayoría de ciudadanos, que vacilantes é indecisos aguardan el resultado de los hechos para reconocer entonces la bondad de las ideas.

Preciso es tener presentes todos los horrores perpetrados por los soldados de Vinoy, en los primeros dias de Abril para comprender cómo pudo nacer el bárbaro proyecto de los rehenes. Solo, bajo la influencia del sentimiento de ira y de venganza por los fusilamientos á sangre fria de Duval, de los prisioneros y del asesinato de Flourens, pudo surgir del seno de la Commune la idea de prender á los amigos de Versalles, destinándolos á servir de represalia, solo por su mayor ó menor simpatía con los hombres de la Asamblea. Cuando los prusianos inauguraron ese vandálico sistema, todos los corazones honrados y generosos protestaron contra tan feroz iniquidad. El bando que capitaneaba Rigault y que apoyaban Ferré, Urbain y el elemento jacobino, no temió arrojar sobre la Commune la inmensa odiosidad de una conducta semejante, procediendo al

encarcelamiento de personas, que nada contra la revolución hacian, pero que podian ser respetadas y queridas por el partido de los conservadores.

Es de creer que en un principio solo se intentó con esto amedrentar al enemigo y contener su sangrienta ferocidad; y buena prueba fué de ello, que aun cuando los antiguos imperialistas continuaron entregándose á todo linaje de crueldades, nadie en el Hotel de Ville pensó en mucho tiempo poner por obra el bárbaro atentado de la ejecucion de los rehenes. Pero con todo eso la arbitrariedad en las prisiones fué tal, y estas fueron tantas y tan injustificadas, que parecia á veces ostentacion de una desapoderada dictadura ó estudiado sistema para hacerse temer. Y como siempre que se falta á uno de los grandes principios de la justicia universal viene como expiacion inexorable lo contrario de lo que se pretende, con todo aquel extremo de rigor, logróse no más que retraer á los tibios y dar más poderosas armas al enemigo.

Una circunstancia del momento vino á hacer aquellas prisiones de un efecto más desastroso para la Commune. Habia decretado esta la separacion de la Iglesia y del Estado, y en su consecuencia procedió á tomar posesion de algunos templos y á incautarse de las alhajas y objetos del culto como bienes del comun. El clero protestó y opuso una resistencia más ó ménos acentuada segun el carácter y energía de los ministros católicos, y de aquí resultó que la

mayor parte de los reducidos á prision, eran sacerdotes y dignidades de la Iglesia. Coincidió esta apariencia de persecucion con las fiestas en que se celebra la Semana Santa, en que siempre el sentimiento religioso se halla sobreescitado entre los católicos, y fácilmente se comprenderá el clamor que se levantó en una gran parte de la poblacion contra estos actos que ya nada ménos que á las crueles tiranías de los emperadores romanos se comparaban. Insensata política es recurrir á la violencia y á la fuerza en estos asuntos que con las religiones y con la conciencia se tocan, porque cuanto más se haga, más contribuye á darles vigor y pujanza. Lo que no resiste á la luz de la verdad suele oponerse con ventaja á la imposicion de los hechos, y los que oyen tranquilamente la negacion de todos sus principios y en la discusion llegan á abjurar tranquilamente de ellos, no pueden presenciar sin arder en fanática ira la profanacion de un templo ni ver que una alhaja de la iglesia se aproveche en un uso mundano.

Algun castigo merecian sin duda los agentes del bando clerical y legitimista, que de acuerdo con los rurales de la Asamblea trabajaban por restaurar la monarquía tradicional, pero de esto á prender arbitrariamente al arzobispo de París, al anciano cura de la Magdalena y hasta cerca de quinientos entre curas, vicarios, religiosos y seminaristas, habia una distancia inmensa, y era dar carácter de persecucion á un culto, á lo que debió ser no más que severa justicia.

Males son los del fanatismo y de la teocracia, que solo en su raíz pueden atacarse y que solo con la libertad y con

la razón deben combatirse, á ménos que no presenten batalla en el terreno de la fuerza. Cuando se apela á la violencia y al rigor para exterminarlos, no se consigue más que sublevar las conciencias y darles mayor vida, así como acaece en la poda de los árboles que el cortar las viejas ramas les presta más verdor y lozanía.



Debido á la mala impresion que no podia ménos de producir todos estos actos, se fué verificando gradualmente un movimiento en la opinion de una clase numerosa de París, que cada dia se alejaba más de los hombres de la Commune. Muchos habia, que inconstantes y tornadizos, acatando siempre como á dioses supremos al éxito y á la fortuna, saludaron al principio á la revolucion triunfante en las calles y en las urnas, y apenas vieron sus descabros se apartaron de ella preparándose á celebrar la victoria de Versalles; pero hubo tambien no pocos republicanos de corazon que se adhirieron entusiasmados á la Commune, y al verla en el camino desastroso de las represiones, en vez de acudir á ilustrarla con sus consejos y mejorarla con su acertado concurso se alejaron de ella, sin fuerza para hacer el bien y únicamente con lágrimas para llorar los males, contribuyendo con una pasividad culpable á las tristes catástrofes que su buen sentido les anunciaba. Unos y otros desertaban de las banderas de la revolucion, y contribuian con su abandono á dejar más aislado el Hotel de

Ville y á que quedaran sin contrapesos la influencia de los partidarios de la dictadura.



No pasó mucho tiempo sin que se presentara una ocasion que viniera á poner de relieve esta desconsoladora verdad.

La dimision de algunos concejales y la muerte ó la prision de otros habian dejado unos treinta puestos vacantes que era necesario llenar para dar nueva vida y mayores elementos á la Commune. Decretáronse para ello unas elecciones complementarias que tuvieron lugar el 16 de Abril. El resultado del escrutinio fué espantoso. El sufragio universal proclamaba de un modo solemne un cambio en la opinion de la mayoría de París. ¿Era una censura? ¿Era cansancio? ¿Era un desengaño prematuro, ó tal vez era que el partido de accion veia ya más en el campo de batalla que en las urnas la esperanza de su salvacion?

Sea de ello lo que quiera, imposible es negar que un elemento numeroso se habia apartado de la Commune, y que esta se veia obligada á hacer esfuerzos prodigiosos y desesperados para llevar á puerto de salvacion la nave que se abandonaba á sus manos enmedio de aquella desencadenada tempestad. Porque la diferencia que existia entre la votacion del 26 de Marzo y del 16 de Abril fué tal, que no habia lugar á explicaciones ni á dudas. Una breve estadística publicada en el *Diario oficial*, dará á conocer en toda

su importancia esta tan pronta evolucion de los comicios:

	VOTANTES	VOTANTES
	en 26 de Marzo.	en 16 de Abril.
Primer distrito.....	11.056	3.271
2.º.....	11.143	3.498
3.º.....	9.000	5.017
6.º.....	9.499	3.472
7.º.....	5.075	1.939
8.º.....	4.396	1.130
9.º.....	10.349	3.176
12.....	11.329	2.968
16.....	3.732	1.317
17.....	11.394	3.450
19.....	11.282	7.053
20.....	11.000	9.173

Crítica era la situación para la Commune y dura la alternativa en que este resultado la colocaba. Reconocer la validéz de las elecciones era violar la base establecida de que los candidatos necesitaban cuando menos la octava parte de los votos para ser elegidos; pero en cambio declarar nulo el resultado del escrutinio era confesar públicamente lo mucho que en la opinion habia perdido. Una division surgió con este motivo entre los comuneros, prevaleciendo los que abandonaron el camino de la sinceridad y adoptaron la resolucion que mas prestigio podia traerles. Por muy pocos votos de ventaja acordó la Commune admitir en su seno á los que habian obtenido mayoría absoluta entre los votantes, faltando así á lo acordado y burlando en cierto modo el sufragio universal.

Félix Pyat protestó con energía amenazando con pre-

sentar su dimision. Rogeard declaró que no se someteria á una decision que admitia á los candidatos elegidos con un número inferior de votos á la octava parte de los electores inscritos. Pero Rochefort desde su periódico alentaba á la fraccion opuesta escitándola á prescindir de su misma ley: «Se ha consultado á París, decia, y no se ha dignado responder á la pregunta que se le hizo: por lo tanto autoriza la dictadura.»

Con este motivo una polémica escandalosa se entabló entre el *Mot d'Ordre* y el *Paris-libre* de Vesinier: este acusaba á Rochefort de haber vivido de los fondos secretos y le llamaba seide de Villemessant, mientras que Rochefort apellidaba imbécil y le echaba en cara su colaboracion de otro tiempo en periódicos imperialistas.

La negativa de dos de los candidatos admitidos por la Commune á ocupar un puesto que creian no corresponderles, acabó de empeorar esta cuestion, que si con lealtad y franqueza hubieran resuelto los hombres del Hotel de Ville, talvez habria servido para dar la voz de alerta y avivar el celo de sus partidarios; pero que el tratar de eludirla con expedientes, fué hacer alarde de una fuerza que no habia y aumentar la parte de descrédito con lo vano de una apariencia ilusoria.

\*  
\* \*

Inspirándonos en un alto criterio de imparcialidad debemos condenar, en nombre del derecho y de los sagrados principios de la democracia los escesos que á la sombra de

una noble causa cometieron algunos patriotas por su mismo celo extraviados. De enseñanza servirán á los pueblos las funestas consecuencias de tan tristes actos. Pero al mismo tiempo no podemos menos de protestar contra las hipócritas censuras de los partidos medios, que dieron siempre ejemplo de tal conducta y á ella los lanzaron con excesos mayores y con mucho, á mas grandes iniquidades y violencias. Indignacion solo y desprecio pueden causar los que se escandalizan de las supresiones de periódicos y de las prisiones arbitrarias en París, y aplauden sin descanso ó escusan cuando menos con una complicidad encubierta los horribles asesinatos perpetrados á sangre fria, y tiranía ferroz ejercida por los versalleses.

## CAPÍTULO XXV.

**El manifiesto del 19 de Abril.—Su grandeza é importancia.—Sus errores.—Falso concepto de la federacion.—Vaguedad de las declaraciones socialistas.—Por qué las provincias no respondieron al movimiento de París.**

Hasta despues de las segundas elecciones no pudieron las distintas fracciones de la Commune hallar una fórmula general que encarnara el pensamiento de todos y que sirviera de declaracion de principios á la revolucion. Mucho tiempo habian dejado ya pasar sin exponer su programa de gobierno y las nuevas instituciones que á precio de tanta sangre defendian, y en momentos tan críticos, donde el tiempo corre con vertiginosa rapidez, ya fué una falta gravísima mantener al pais con un silencio tan prolongado, en la incertidumbre y en la ignorancia, dejando solo la palabra á Thiers y á los suyos. Al fin el manifiesto apareció el 19 de Marzo y vino á servir de documento justificativo ante el mundo, y ante la historia de la elevacion de miras, de la grandeza de aspiraciones y de la trascendencia inmensa que tenía el movimiento comunero.

Este documento, el mas importante sin duda de todo aquel periodo, puede decirse que encierra virtualmente así

los méritos como los errores de la revolución de Marzo, y no es difícil descubrir en su fondo las causas que hicieron de la Commune la primera etapa de las revoluciones del porvenir y los motivos que contribuyeron á que fracasara por completo el supremo heroísmo del pueblo parisiense: que los hechos no son nunca más que encarnación de las ideas, y en estas siempre se encuentra la clave de los acontecimientos y el profundo sentido de la historia.

He aquí, pues, el programa político de la Commune que dirigido á todos los franceses, publicó en la fecha referida, el *Diario oficial*:

«En el conflicto doloroso y terrible que impone una vez más á París los horrores del sitio y del bombardeo que hace correr sangre francesa y perecer á nuestros hermanos, á nuestras mujeres y á nuestros hijos, bajo las bombas y la metralla, es necesario que la opinión pública no esté dividida, que la conciencia nacional no sea perturbada.

»Es preciso que París y el país entero sepan cuál es la naturaleza, la razón, el objeto de la revolución que se realiza. Es preciso, por último, que la responsabilidad de los duelos, de los sufrimientos y de las desgracias de que somos víctimas, caiga sobre aquellos que después de haber hecho traición á la Francia y entregado París al extranjero, prosiguen con una ciega y cruel obstinación la ruina de la capital, á fin de enterrar en el desastre de la república y de la libertad el doble testimonio de su traición y de su crimen.

»La Commune tiene el deber de afirmar y de determinar las aspiraciones y los deseos de la población de París; de precisar el carácter del movimiento de 18 de Marzo, no

comprendido, desconocido y calumniado por los hombres políticos que residen en Versalles.

»Esta vez también París trabaja y sufre por la Francia entera, cuya regeneración intelectual, moral, administrativa y económica, y cuya gloria y prosperidad prepara por sus combates y sus sacrificios.

»¿Qué quiere?

»El reconocimiento y la consolidación de la república, única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desarrollo ordenado y libre de la sociedad.

»La autonomía absoluta de la Commune, extensiva á todas las localidades de Francia, que asegure á cada una la integridad de sus derechos, y á todo francés el pleno ejercicio de sus facultades y de sus actitudes, como hombre, como ciudadano y como trabajador.

»La autonomía de la Commune no tendrá mas límites que el derecho de autonomía igual para todas las demás Communes adherentes á la central, cuya asociación debe asegurar la unidad francesa.

»Los derechos inherentes á la Commune son:

»El voto del presupuesto comunal, ingresos y gastos; la fijación y el reparto del impuesto; la dirección de los servicios locales; la organización de su magistratura, de la policía interior y de la enseñanza; la administración de los bienes pertenecientes á la Commune.

»El nombramiento por la elección ó el concurso con la responsabilidad y el derecho permanente de fiscalización y de revocación de los magistrados ó funcionarios comunales de todas órdenes.

»La garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y la libertad del trabajo.

»La intervención permanente de los ciudadanos en los asuntos comunales por la libre manifestacion de sus ideas, la libre defensa de sus intereses; garantías dadas á esas manifestaciones por la Commune, única encargada de vigilar y asegurar el libre y justo ejercicio del derecho de reunion y de publicidad.

»La organizacion de la defensa urbana y de la Guardia nacional que elige sus jefes y vela ella sola por la conservacion del orden en la poblacion.

»París no quiere mas á título de garantías locales, á condicion por supuesto de hallar en la grande administracion central, delegacion de las Communes confederadas, la realizacion y la práctica de los mismos principios.

»Mas París, á favor de su autonomía y aprovechándose de su libertad de accion, se reserva efectuar como lo juzgue oportuno en su interior las reformas administrativas y económicas que reclama su poblacion, crear instituciones propias para desenvolver y propagar la instruccion, la produccion, el cambio y el crédito, para universalizar el poder y la propiedad segun las necesidades del momento, las aspiraciones de los interesados y los datos suministrados por la experiencia.

»Nuestros enemigos se engañan ó engañan al país cuando acusan á París de aspirar á la destruccion de la unidad francesa, constituida por la revolucion entre las aclamaciones de nuestros padres que acudieron á la fiesta de la Federacion de todos los puntos de la antigua Francia.

»La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta el día por el imperio, la monarquía y el parlamentarismo, no es mas que la centralizacion despótica ininteligente, arbitraria ú onerosa.

»La unidad política, tal como la quiere París, es la asociacion voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo y libre de todas las energías individuales en la prevision de un objeto comun, el bienestar, la libertad y la seguridad de todos.

La revolucion comunal, comenzada por la iniciativa popular de 18 de Marzo, inaugura una era nueva de política experimental, positiva, científica.

»Es el fin del viejo mundo gubernamental y clerical, del militarismo, del funcionarismo, de la explotacion, del agiotaje, de los monopolios, de los privilegios, á los que el proletario debe su vasallaje y la patria sus desgracias y sus desastres.

»¡Tranquilícese, pues, esta grande y querida patria engañada por las mentiras y las calumnias!

»La lucha empeñada entre París y Versalles, es de esas que no pueden terminar por compromisos ilusorios. Su éxito no podría ser dudoso: la victoria solicitada con indomable energía por la Guardia nacional quedará á favor de la idea y del derecho.

»¡Apelamos á la Francia!

»Advertida esta de que París armado posee tanta serenidad como valor, sostiene el orden con tanta energia como entusiasmo, se sacrifica con tanta razon como heroismo, y solo está armado por amor á la libertad y á

la gloria de todos, haga cesar este sangriento conflicto.

«A Francia toca desarmar á Versalles por la manifestacion solemne de su irresistible voluntad.

«Llamada á aprovecharse de nuestras conquistas, declárese solidaria de nuestros esfuerzos, sea nuestra aliada en este combate; que sólo puede terminar con el triunfo de la idea comunal ó con la ruina de París.

«En cuanto á vosotros, ciudadanos de París, tenemos la mision de realizar la revolucion moderna mas grande y mas fecunda de todas las que han ilustrado la historia.

«Tenemos el deber de luchar y de vencer!

«París 19 de Abril de 1871. — LA COMMUNE DE PARÍS.

Grandioso y sublime era el espectáculo que daban aquellos hombres condenados á muerte, sitiados y combatidos con una ferocidad salvaje, levantándose ahora sobre las pasiones y los ódios hasta la serena region de las ideas para hacer en medio del fragor de los combates las grandes afirmaciones del derecho moderno. Las turbas de cortesanos que detrás de las bayonetas del ejército no cesaban de llamar bandidos y canallas á los bravos parisienses, quedaron confundidos con aquella exposicion de principios que reparando los errores de las pasadas revoluciones marcaba un nuevo sendero á la marcha de los pueblos en la obra de su emancipacion. Aquel poder central tan absorbente que en todo tiempo fué rémora del progreso en la

nación vecina aparecía proscrito: y el unitarismo exclusivo de las dos repúblicas que las llevó á morir vergonzosamente en manos de la dictadura militar quedaba condenado para siempre, siendo réemplazado por el organismo civilizador del principio federativo, único sistema que puede dar solución racional y salvadora á los grandes problemas que tan hondamente trabajan la actividad de nuestro siglo.

Apartándose con valentía de los antiguos procedimientos, la nueva revolución establece la base sobre que debe reposar la sociedad para realizar la justicia y dar paz y prosperidad á sus individuos, y pone al nivel de la libertad de la conciencia y de la inviolabilidad del hogar, la autonomía del municipio. La afirmación de la Commune es verdaderamente la gran conquista de la revolución de Marzo. Institución grandiosa es del municipio en cuya historia se hallan escritos todos los progresos y todas las desgracias de la humanidad, y en cuyos mas gloriosos anales se registran siempre las grandes reivindicaciones de los débiles y de los oprimidos; esa institución que en medio de la tiranía del mundo romano fué el único refugio de la libertad, que en el caos de las invasiones de los bárbaros salvó la herencia de la civilización antigua; en los tiempos feudales sirvió de antemural, donde se estrellaron los inicuos privilegios de los señores, y en las grandes luchas de los reyes contra las naciones fué un invencible baluarte contra el derecho divino, al contrachocarse ahora los grandes intereses de la mesocracia y del proletariado se presenta con una nueva evolución encerrando en su seno los gérmenes

del mundo del porvenir, que ha de hacer que la igualdad y la justicia sean una verdad entre los hombres.

Por el mismo ódio y la viva protesta, contra los poderes centrales, se adulteró el concepto de federacion en el seno de la Commune, haciendo que fijándose solo en la constitucion de sus grandes elementos desatendieran el todo armónico del sistema. Las abstracciones de Proudon que vinieron á renovar la vieja teoría del pacto social, contribuyeron de un modo capital á un error de tanta trascendencia, que no pudo ménos de apartar del movimiento parisiense grandes simpatías de los republicanos que estaban á la expectativa en el resto de Francia. A poco que se estudie, con efecto, el programa de la Commune es fácil descubrir, que la unidad nacional y la integridad de la patria aparecen más como un deseo y una aspiracion que como principio necesario é inviolable. El pueblo de París logra emanciparse, constituye su ayuntamiento autónomo, no dándole á su revolucion más que un carácter municipal, solicita la alianza de los otros pueblos, á fin de establecer entre todos una *asociacion voluntaria de todas las iniciativas locales*. Más desde el momento en que no reconoce que ciertas ideas, y de derecho, están por encima de toda convencion, y desde que pone como único fundamento del estado la omnímota voluntad de cada municipio, queda rota la unidad de la nacion y tiene que verse obligado por que es transitoriamente indispensable para construir la so-

lidad de todos los pueblos una lógica fatal á declarar legítima la odiosa conducta de los ayuntamientos de algunos pueblecillos de las cercanías de París que se pusieron bajo la bandera prusiana para no comunicar con los revolucionarios de Marzo.

Otro error de bastante importancia y no ménos funesto contenía la teoría federalista de los comuneros, cual era la de no establecer entre el poder nacional y los ayuntamientos locales el centro indispensable de la provincia ó del cantón, á lo ménos para resolver y armonizar algunas relaciones que salen de la esfera del municipio y no llegan á la del Estado. Una asociación inmediata de todas las Communes de la Francia, dado el caso de que llegara á realizarse, no podría constituir una asamblea viable; pues tendría que componerse de más de treinta mil delegados, que representando un cúmulo tan inmenso de intereses y de cuestiones, se agitarían en un caos incapáz de la más pequeña medida bienhechora. Por otra parte una vez suprimidas completamente esas grandes agrupaciones del cantón ó de la provincia que equilibran los intereses y las fuerzas de los municipios ¿qué libertad habría garantida y qué derecho seguro, cuando resultaban Communes pobres y miserables que no contaban con más de un puñado de guardias nacionales y una mezquindad de presupuesto enfrente de Communes como las de Lyon, Burdeos, Marsella y la de París, que puede poner en pié de guerra cuatrocientos mil hombres y cuyo presupuesto anual es de unos mil millones?

Faltó desgraciadamente á los hombres de la revolución un concepto exacto del gran sistema, cuya base echaban.

Reivindicaron la autonomía del municipio, pero creyeron que en la vida pueden darse los hechos como en las abstracciones del filósofo y del pensador, y cayeron en el lastimoso error de obrar como si la realidad no significara nada y pudiera proceder la humanidad cual si renaciera nueva sin haber sentido mi pensamiento.

\* \*

A estos errores vino á juntarse la vaguedad en la declaración de las reformas socialistas. De más importancia que el movimiento político era sin duda la revolución social que agitaba las entrañas de la población obrera, principal agente de la obra de Marzo. Pero á consecuencia de la diversidad de escuelas y de la oposición de tendencias, al redactar la nueva revolución su proclamación de principios, que al igual de la sublime declaración de la Constituyente del 89 debió ser el evangelio del proletariado, nada se dijo en artículos concretos sino que en términos incoloros y generales se manifestaron buenas aspiraciones y lisonjeras esperanzas.

Más aterró esta reserva á las clases conservadoras que una exposición de radicales reformas, porque conocidos los principios de los hombres del Hotel de Ville esperábase enérgicas medidas, cuyo temor aumentaban en grado extremo la incertidumbre y la expectativa. Y mientras tanto el elemento más activo del movimiento mostróse disgustado, y surgieron desconfianzas y dudas respecto de los jefes que tal irresolución ó impopular diplomacia mostraban.

\* \*

Teniendo presentes todas las observaciones hechas sobre la política y acción de la Commune, no es difícil darse razón de la indiferencia ú hostilidad con que recibieron las provincias este llamamiento de los parisienses. Grandes eran los elementos revolucionarios en las más importantes capitales de la Francia, é inmenso el número de republicanos sinceros y de corazón que en todo el país deseaban una completa regeneración social y política. Pero el carácter puramente local con que empezó la insurrección del 18 de Marzo los mantuvo en un principio en calidad de simples espectadores. Más tarde, cuando el movimiento tomó proporciones, los republicanos más avanzados se sublevaron en Marsella, Tolosa, Lyon y algunos otros puntos proclamando inmediatamente la Commune revolucionaria, pero la inacción que en todo su primer período mostraron los parisienses y la ignorancia que en todas partes había acerca de los propósitos del Gobierno del Hotel de Ville, fueron causas poderosísimas que hicieron á los versalleses fácil la represión por medio de la fuerza.

La interrupción de comunicaciones entre París y la Francia, y el torpe silencio de la Commune dejaron á Thiers único árbitro de exponer los hechos á su antojo y de influir decisivamente en la opinión, exagerando los extravíos y errores de sus contrarios y convirtiendo en hazañas y proezas hasta las maldades y fechorías de sus legiones.

Tarde apareció el manifiesto del 19 de Abril: la opinión estaba ya formada en Francia: y no era por cierto una declaración en que salía tan mal parada la unidad de la pa-

tria, el medio más á propósito para atraerse las voluntades de los que vacilaban aun ó estaban á la expectativa.

Al poco tiempo de la publicacion de su programa, bien pudo convencerse la Commune, que solo París era el campeón de su derecho, y que la revolucion no debía esperar más que en su propio arrojo y heroismo. El gran movimiento comunero habia quedado reducido á un solo pueblo, pero este pueblo por su riqueza, por su valor y por sus formidables fortificaciones equivalía aun á una poderosa nacion.

## CAPITULO XXVI.

**El pueblo quema la guillotina.—El sentimiento revolucionario en las masas.—Carácter esencial que toma la guerra.—Las mujeres en la revolucion.**

Cuando la Asamblea de Versalles conspiraba por levantar otra vez el trono tantas veces caido de los antiguos tiranos y de los modernos déspotas, el Gobierno de Thiers como para complementar la idea de restauracion monárquica mandaba construir una nueva guillotina en la capital de Francia. La revolucion llegó á tiempo para impedir el ejercicio de esas dos terribles máquinas de los realistas contra la vida y la libertad de los ciudadanos. El trono no pudo levantarse pero la guillotina estaba hecha. El pueblo tuvo horror al cadalso, y lejos de destinarlo al castigo de los que lo mandaban construir, como había hecho en el 93, se apresuró á destruirlo, para mostrar su respeto á la vida humana y la generosidad magnánima de sus sentimientos. El auto de fé ejecutado con el patíbulo, esa columna fatal de las tiranías, fué una verdadera solemnidad que marcó el progreso que las ideas habian realizado en el espíritu público. En este lacónico bando que se anunció á París iba á tener lugar tan fausto acontecimiento:

«Ciudadanos: Informado de que se hacía en estos momentos una nueva guillotina, pagada por el odioso Gobierno caído, el subcomité del undécimo distrito se ha apoderado de estos instrumentos serviles de la dominación monárquica y ha votado su destrucción para siempre.

En su efecto, la combustión tendrá lugar en la plaza de la Mairie, para la purificación del distrito y la consagración de la nueva libertad el día 6 de Abril á las diez de la mañana. (*Siguen las firmas.*)

En medio de las aclamaciones de júbilo de la multitud y de los vítores más entusiastas á la Commune y á la República se quemaron las guillotinas, mostrando así las masas con el maravilloso instinto que las guía que á nuevas revoluciones corresponden procedimientos nuevos, y que está muy alto el fin de las aspiraciones de nuestro tiempo para recurrir á los inútiles y reprobados extremos de un terrorismo sistemático y contrahecho.

♦  
♦♦

Este acto llevado á cabo espontáneamente por el pueblo, es al mismo tiempo que un indicio, un símbolo, de que el sentimiento revolucionario había verificado una grande evolución progresiva en el seno de las masas. A poco que se estudie este periodo salta, en efecto, á la vista que, aparte de las tendencias de las fracciones que ocupaban el poder, vivía con un vigor hasta entonces desconocido el instinto de la revolución entre las filas de la oscura muchedumbre. Una fuerza secreta, indefinida y que nadie

alcanzó entonces á traducir ni en hechos ni en palabras, agitaba violentamente toda la sociedad y llevaba hasta el extremo del mas prodigioso heroismo á millares de hijos del pueblo que derramaban su sangre por el triunfo de una idea que, si no acertaban á explicar, la sentian grabada con caracteres de fuego en lo mas hondo de sus corazones. Diríase que la revolucion estaba en una dolorosa gestación y que trabajaba por vencer los obstáculos amontonados por tantos siglos para poder darse á luz.

Nadie pudo determinar el fondo de aquella gran conmocion, ningun partido logró darle la forma que reclamaba, y sin embargo, la revolucion estaba en todas las almas, y sin alcanzar á definir las todas hacian esfuerzos supremos por realizarla. Ni en el Comité central ni en la Commune, ni en ninguno de los jefes de la insurreccion se encontraba el pensamiento entero del movimiento: solo en las masas, en aquellas muchedumbres que corrian casi desarmadas á combatir la formidable artillería de Versalles, es donde hay que buscar el fanatismo sublime, el arranque sagrado que solo el sentimiento de las grandes revoluciones puede inspirar. La revolucion era el pueblo mismo.

\*\*\*

Cuando se fija la atencion en el movimiento de Marzo se siente en él ese algo terrible, misterioso y anónimo que agita las entrañas de la sociedad siempre que una idea bulle en el instinto sin haberse trasladado todavía con claridad al entendimiento.

Todas las grandes convulsiones de la humanidad han sido anónimas y sobre todo terribles: el ser que busca la vida carece de nombre, y de seguro desgarrá dolorosamente el organismo cuando se mueve para realizar su existencia.

Aquellos momentos en que se inicia la redención de una clase han sido siempre desastrosos, y las fuerzas que les han empujado han aparecido como irritadas y dirigidas por una misteriosa fatalidad.

Los esclavos en tiempos de la activa Roma aparecieron irritados y terribles como si pelearan por la venganza y no por la victoria. No Espataco, sino el destino, capitaneaba aquellas huestes desesperadas é implacables, y los estragos de la lucha parece que no tenían mas objeto que escribir en el corazón de aquella sociedad menguada, una protesta cruel de los oprimidos contra los opresores, y el anuncio de que mas tarde ó mas temprano había de llegar el momento de la justicia.

Igual carácter de desesperación anónima presentó el movimiento de los siervos ó paisanos al fin de la Edad Media. — Aquellas muchedumbres casi desarmadas hervían por todas partes frenéticas, con la actividad del vértigo y la fuerza del delirio. En su manera de pelear y de morir se distinguía algo de lo que hace el destino. Las clases amenazadas se defendían como si fieras y no hombres los atacaran, y fueron terribles y vengativos, crueles después en la victoria.

Puntos de semejanza aparecen en la revolución de los Comuneros de París. ¿De dónde salieron aquellos hombres desconocidos? ¿Qué misterioso poder les empujaba? Casi

todos humildes descubrieron, sin embargo, cierta grandeza: el genio de algunos despidió llamaradas de vivísima luz: los mismos que eran de espíritu apocado ó entendimiento torpe se distinguían por su candidez casi virtuosa; hasta los excesos de algunos pocos presentan un carácter de locura que raya en repugnante magestad. Sobre todo, se amalgama con esta combinacion de caracteres notables y tormentosos hechos, la calculada ferocidad de los versalleses, sus intrigas miserables, sus castigos horrendos, mas terribles que todos los que relata la historia en su catálogo infinito de hechos y de venganzas.

Así los del uno como los del otro bando, lo comprendieron desde un principio, á pesar del carácter puramente local y político que revistió el alzamiento de Marzo. La cuestión que en definitiva se dirimía en aquella terrible contienda, era nada menos que la contraposicion entre los intereses egoistas de la clase media y los derechos desconocidos de los proletarios. Despues de largos años de un predominio absoluto y de una explotacion sin límites hecha en su beneficio, las clases medias habian arrastrado al país á la miseria, á la ruina y á una vergonzosa invasion de los enemigos seculares de la Francia; en el trance del peligro se habian visto obligados á llamar en su socorro al cuarto estado, victima de sus privilegios y monopolios, le habian dado armas y conducido á los campos de batalla, donde sacrificara las vidas de millares de sus mas valientes

ciudadanos, y ahora terminada la guerra de un modo humillante para la patria, querian arrebatár al pueblo las armas para lanzar de nuevo á los hijos del trabajo á su vida infeliz de martirios y sufrimientos. El proletariado herido en lo mas vivo de sus sentimientos y bajo la amenaza de nuevas represiones y tiranías, se negó á entregarse atado de piés y manos á un gobierno y á una Asamblea, que solo ofrecia renovar los mas tristes tiempos del imperio de la mesocracia. Los conservadores tuvieron aun la audacia de intentar un golpe de mano para arrancar al pueblo los cañones á su costa fabricados y á precio de tanta sangre defendidos. La fuerza se estrelló aquella vez en el derecho, y por primera vez despues de mucho tiempo, se vieron los obreros y los desheredados de la fortuna, dueños por completo de sus destinos y vencedores de sus verdugos de siempre. Desde el primer momento un carácter eminentemente social distinguió esta guerra. Pero justo es hacer constar que al reivindicar el cuarto estado sus derechos políticos, al colocarse en aptitud de poder resolver por sí mismo de su propia suerte, presentóse con ánimo conciliador y generoso tendiendo sus brazos á las clases medias, cuya alianza en nombre de la fraternidad reclamaba.

En un notable artículo del *Journal officiel*, inspirado y escrito en los primeros dias del triunfo, márcase claramente esta noble y levantada tendencia, reveiando su sentido los males que pudieron evitarse con una sabia y humana conciliacion llevada á cabo por todos los hombres de buena voluntad, amantes de la justicia y de la causa del pueblo. He aquí algunas de las consideraciones de aquel escrito

que pone de relieve muchos de los sentimientos que formaban en aquellas horas de suprema crisis la conciencia de los revolucionarios parisienses.

«Los proletarios de la capital, en medio de los descabros y traiciones de las clases gubernamentales, decía el órgano oficial del Hotel de Ville, han comprendido que ha llegado para ellos la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los negocios públicos. . . .

»Los amigos de la humanidad, los defensores del derecho ¿serán siempre vencidos ó vencedores, víctimas de la mentira y de la calumnia?

»Los trabajadores, los que todo lo producen y nada disfrutan, los que sufren la miseria en medio de los productos acumulados, fruto de su trabajo y de sus sudores ¿deberán ser siempre blanco del ultraje?

»¿No les será permitido nunca trabajar por su emancipación sin sublevar contra ellos un concierto de maldiciones?

»La clase media que ha conseguido su emancipación hace ya más de tres cuartos de siglo que le ha precedido en la vía de la revolución ¿no comprende hoy que ha llegado la hora de que el proletario se emancipe?

»Los desastres y las calamidades públicas en que su incapacidad política y su decrepitud moral é intelectual han sumergido á la Francia, debían probarle que ha terminado la misión que le fué confiada en 89 y que debe, si no ceder el puesto á los trabajadores, dejar á lo menos que consigan á su vez la emancipación social.

»En presencia de las catástrofes actuales se necesita el

concurso de todos para salvarnos. — En esta virtud ¿por qué persiste con una ceguedad fatal y una persistencia insensata en rehusar al proletariado su parte legítima de emancipación?

»¿Por qué se niega constantemente el derecho comun? ¿Por qué se opone con todas sus fuerzas y con todos los medios al libre desenvolvimiento de los trabajadores?

»¿Por qué pone en peligro sin cesar todas las conquistas del espíritu humano hechas por la gran revolucion francesa?

»Si despues del 4 de Setiembre último la clase gubernamental hubiera dejado libre concurso á las aspiraciones y necesidades del pueblo y concedido francamente á los trabajadores el derecho comun y el ejercicio de todas las libertades, si les hubiera permitido desarrollar sus facultades todas, ejercer todos sus derechos y satisfacer todas sus necesidades, si no hubiera preferido la ruina de la patria al triunfo cierto de la república en Europa no habriamos llegado al punto que nos hallamos y nuestros desastres se habrian evitado.

»El proletariado á la vista de la amenaza permanente de sus derechos, de la negacion absoluta de todas sus legítimas aspiraciones, de la ruina de la patria y de sus esperanzas todas, ha comprendido que tenia el deber imperioso y el absoluto derecho de encargarse de sus destinos y de asegurar el triunfo apoderándose del poder.

«He aquí por qué ha respondido con la revolucion á las provocaciones insensatas y culpables de un Gobierno ciego y criminal que no ha temido desencadenar la guerra civil en presencia de la invasion y ocupacion extranjeras....

«La marcha del progreso, un instante interrumpida, seguirá su camino y el proletariado conseguirá á pesar de todo su emancipacion.»

La tendencia legítima del pueblo de Paris á obtener una trasformacion social reivindicando por modo pacífico y fraternal derechos desconocidos y conculcados se refleja con profunda verdad en este documento, pero huyendo de inspirarse en un exclusivismo de clase ó en un ódio rencoroso por antiguas violencias. Los gritos de dolor de las clases desheredadas no fueron entonces ruidos de ira sino sentidas quejas del infortunio. En lugar de prorumpir en ayes vengadores apela el pueblo á la conciencia y á la razon de los que él ayudó á emancipar, y reclama que no se opongan á su obra, aconsejando sin amenaza y pidiendo justicia sin encono.

La conducta de implacable intransigencia de los hombres de la Asamblea y la inaudita ferocidad de sus genizaros envenenó las pasiones y convirtió en guerra de exterminio aquella lucha que hizo renovar los recuerdos de una série infinita de humillaciones, de lágrimas y de horrores á las pobres víctimas de la desigualdad social. Solo así se explican las proporciones aterradoras de aquella batalla prolongada que sin un momento de reposo empezó en Courbevoie el 2 de Abril y no terminó sino con los incendios de Paris y con la hecatombe de millares y millares de comuneros.

\*  
\* \*

El carácter social que aquella guerra tomó se tradujo bien pronto en hechos présagos de terribles conmociones para el porvenir si las clases conservadoras se obstinan en su conducta de fiera represion y egoista exclusivismo. No nos fijaremos en el heroismo y en el valor incomparable que son condicion aneja á estas luchas en que los ciudadanos combaten por su idea, por su derecho y por sus intereses, mientras que las clases acomodadas emplean en la represion mercenarios ó gente forzada por sus tiránicas leyes. Punto muy capital de estudio es este, pero por ser general á todas las guerras sociales, pasaremos por alto para atender solo á dos circunstancias de gran trascendencia que se dieron especialmente en la última revolucion de Paris. Es la primera la solidaridad de los revolucionarios de todos los paises. En pocas ocasiones se ha dado tanta unanimidad de sentimientos entre los elementos verdaderamente populares de toda Europa: de todos los pueblos partieron protestas de adhesion que surgian del seno de los centros obreros, y á algunos miles de hombres subió la cifra de los extranjeros que ayudaron activamente á la Commune combatiendo leal y desinteresadamente en sus filas. El movimiento internacional fué tan espontáneo en Paris mismo que los hombres del Hotel de Ville no dudaron en admitir en su gobierno al aleman Frankel, elegido por sufragio universal, y en confiar cargos de la mayor importancia á extranjeros como Dombrowski, Wroblewski y la Cecilia. Alguna vez el espíritu estrecho de un patriotismo falso despertó celos y rivalidades en determinados grupos contra los extranjeros, pero á esto contestó categóricamente la Commune diciendo que lo

hacia «considerando que la bandera de la Commune es la de la República universal, y que toda ciudad tiene el derecho de dar el título de ciudadano á los extranjeros que la sirven.»

El segundo incidente singularísimo que á este movimiento distingue es ciertamente la participacion que en él tuvieron muchas mujeres del pueblo. No fué un hecho general pero sí lo bastante para atraer la atencion y revelar que la revolucion surgia de las entrañas de la sociedad y llegaba hasta lo mas sagrado de los hogares. Temibles son las guerras cuando en ella toman parte las compañeras del hombre: la influencia de las mujeres sabe arrastrar á los combatientes hasta el último prodigio del valor y hacer inextinguibles las contiendas al formar la madre el corazón de sus hijos. Por eso es de gran entidad la consideracion de esta circunstancia en la guerra de los comuneros, no solo como explicacion de lo general y espontáneo de la defensa de los parisienses sino como anuncio seguro de una nueva generacion de obreros y desheredados que han de formar sus almas y sus ideas con la vista fija en las terribles mantanzas en que sus padres sucumbieron.

Muchos casos se han dado en otras revoluciones en que algunas mujeres guiadas por el fanatismo ó llevadas por un carácter varonil hayan combatido al lado de sus esposos ó hijos. Célebre es en la historia del 89 aquella *Reina Andu*, que al frente de un grupo de mujeres fué á Versalles é hizo

prestar juramento á los dragones y al regimiento de Flandes volviendo á entrar triunfalmente en Paris, y algunos que otros nombres conserva la historia de heroínas populares que se distinguieron en las barricadas. Pero en ningun tiempo se repitieron de tal suerte estos ejemplos ni presentaron el carácter de organizacion que llegaron á tomar las ciudadanas defensoras de la Commune.

Con fecha 9 de Abril ya hacia constar el *Diario oficial* numerosos actos de heroismo femenino llevados á cabo en favor de la revolucion. Segun su testimonio un gran número de mujeres combatian ya entonces en las filas de la Guardia nacional, siendo muchas las que sucumbieron en los ataques de Neuilly.

«Se ha visto á una cantinera, añadia, que herida en la cabeza se hizo curar y volvió á ocupar su puesto en el combate.—En las filas de 61.º batallon una mujer enérgica combatia y mató á muchos gendarmes y guardianes de la paz.—En la meseta de Chatillon una cantinera se quedó hasta última hora con un grupo de guardias nacionales combatiendo siempre contra el enemigo.—Entre las mas intrépidas de estas heroínas se encontraba la mujer de uno de los generales de la Commune, la ciudadana Eudes. En la noche del 3 llevaron á la plaza de la alcaldía de Vaugirard ocho cadáveres de guardias nacionales. Muchas mujeres del pueblo se apretaban en aquel punto, y al turbio resplandor de una linterna que unas á otras se arrancaban de las manos iban á reconocer á un padre, á un hermano ó un marido. El noveno cadáver que trajeron era el de una jóven cantinera acribillada á balazos.»

Pocos días despues tuvo lugar una reunion de ciudadanas patriotas en la calle del Templo, en el gran café de la *Nation*, á fin de organizar en todos los distritos los trabajos que habrian de hacer las mujeres con relacion á la defensa de Paris. La convocatoria firmada por un grupo de ciudadanas era una proclama revolucionaria y ardiente que escitaba mas que al concurso natural en las mujeres á una lucha material y desesperada.

«Ciudadanas, decia uno de sus párrafos, todas unidas, todas resueltas, velemos por la seguridad de nuestra causa. ¡Preparémonos á defender y á vengar á nuestros hermanos! En las puertas de Paris, en las barricadas, en los arrabales ¡no importa! estemos dispuestas, cuando llegue el momento á unir nuestros esfuerzos á los suyos; si los infames fusilan á los prisioneros y asesinan á nuestros jefes, ametrallan una multitud de mujeres desarmadas, tanto mejor, ¡el grito de horror y de indignacion de la Francia y del mundo acabará lo que nosotras hemos intentado!... Y si las armas y las bayonetas son utilizadas todas por nuestros hermanos, siempre nos quedarán todavía adoquines para aplastar á los traidores.»

Acordóse en aquella reunion el organizar algunos batallones de mujeres que fueron armadas mas adelante por la Commune, que combatieron con encarnizamiento, y que en la defensa de Paris, cuando las tropas de Versalles tomaron la capital, causaron, como veremos, general espanto con su indomable valor y su obstinada resistencia.

## CAPITULO XXVII.

**Reprobados medios á que apelan los versalleses. — Su espionaje. — Resultados que en París produce. — Raúl Rigault. — El fanatismo de la libertad. — Los jacobinos parodian el 93.**

Imparcialmente hemos examinado las buenas y malas cualidades de la política de la Commune, y hemos juzgado de sus primeros actos con toda la severidad de los más sanos principios; preciso es para ser justos dirigir una ligera ojeada á la conducta de los de Versalles para con los parisienses y observar cómo de su inicuo proceder partieron la mayor parte de los excesos que se hacen pesar sobre la revolucion de Marzo. Porque no se limitó la Asamblea de los rurales á hacer una guerra de exterminio, sino que apeló á traiciones solapadas y á miserables intrigas que no podian menos de originar las más tristes y dolorosas consecuencias.

Débil el Gobierno reaccionario de Mr. Thiers para dominar la revolucion de París, se propuso arrastrarla á todo linaje de excesos. Sin reparar en los grandes intereses que perjudicaba, desorganizó los servicios públicos, llamando á Versalles los empleados de todas las dependencias; sem-

bró la desconfianza entre los mismos revolucionarios, fomentando traiciones; introdujo en sus filas los polizontes del imperio, duchos en ardidés y maldades, y hasta arrojó sobre París una nube de criminales para que con sus excesos envilecieran la revolucion. Esto mismo se denuncia en una órden del Comité central, fecha 20 de Marzo, que dice así: «Un gran número de penados han invadido á París, enviados para cometer excesos contra la propiedad, á fin de que nuestros enemigos puedan acusarnos.»

«Encargamos á la guardia nacional una vigilancia escrupulosa en sus patrullas.»

«Cada cabo debe cuidar de que ningun extraño se deslice en su escuadra con el disfráz del uniforme.»

«Se trata del honor del pueblo y al pueblo le toca guardarlo.»

¿Qué puede significar el sistema de los versalleses de circular en sus telégramas y manifiestos que la anarquía reinaba en París desde el primer instante, cuando era manifiestamente falso, y á la vez sugerir en la capital el desconcierto y la traicion? ¿Qué puede significar, repito, esta conducta sino el plan insidioso y pérfido de extraviar la revolucion de Marzo, precipitándola á cometer desmanes?

¡En qué tiempo ni en qué país se ha visto conducta semejante!

Tal fué el respeto á la moralidad de los partidarios del órden.

Aun á medios más reprobados y odiosos recurrieron los

hombres de Versalles para lograr á todo trance la entrada en la capital.

Tenian en París periódicos asalariados para difundir la alarma y sembrar la calumnia: los polizontes de Bonaparte vivian diseminados entre los comuneros á sueldo de Mr. Thiers, fomentando discordias y dando noticia de todo lo que imaginaban. Yo he leído estando en París, despues de los sucesos en los periódicos del orden, que algunos de estos agentes de policia fueron presos más tarde durante los dias del terror blanco, equivocadamente por su intervencion en distintos lances revolucionarios, y fueron puestos de seguida en libertad, porque daban explicaciones de buena conducta, demostrando su honroso encargo de espías.

Pero estas miserables intrigas de los versalleses han aparecido con toda su horrorosa desnudez en los procesos mismos redactados por la cínica pasion de los secuaces de Mr. Thiers. En ellas resulta, que uno llamado Montaut, espía pagado por el jefe del Poder ejecutivo, se grangeó las simpatías de Urbain, miembro de la Commune, patriota de entendimiento escaso y mucho corazon, y viviendo en su intimidad sorprendia todos sus secretos y los revelaba confidencialmente. Pero hacia Montaut una iniquidad más repugnante: sirviéndose de la influencia que le daba la superioridad de su entendimiento y las simpatías que habia despertado en el inocente Urbain, le sugeria los planes más perversos, y una vez le inducia á que reclamase la ejecucion de los rehenes, otra le explicaba un sistema infernal para hacer volar á París por medio de la explosion de sustancias combustibles colocadas en los albañales como ex-

tremo recurso de defensa, y cada día lo inclinaba á algun atentado terrible con arreglo á las instrucciones que recibía del gobierno de Versalles. Y cuando despues, al ser invadida la capital por los soldados de Mr. Thiers, el imbécil Urbain vino á pedir amparo á su desleal amigo, Mr. Montaut le proporcionó un refugio y de seguida lo entregó á sus adversarios. ¡Digna conclusion de una intriga miserable y traidora como ninguna!

\*

\*\*

El efecto de una política tan menguada y traicionera tenía por fuerza que ser desmoralizador en alto grado: ¡triste compensacion de la maldad! Los fusilamientos y asesinatos llevados á cabo por el ejército, en vez de terror, suscitaban rencores y justificaban las represalias, y el espionaje y el artero maquiavelismo de Thiers, solo consiguieron perturbar más el seno de su patria y hacer más horrorosa la guerra inclinando la balanza en París de parte de la fracción más turbulenta, que menos habia comprendido la revolucion y que á mayores excesos se habia de entregar. Sin la conducta vandálica y tenebrosa de Versalles no habrían los jacobinos logrado imponerse ni la célebre exprefectura de policía habria manchado á los hombres de la revolucion. Pero en vista de los actos del gobierno de Thiers creyóse que solo un exceso de energía y de audacia podria combatir á este con ventaja, y fuese á parar á la especie de dictadura civil que durante algun tiempo ejerció Rigault, delegado en la susodicha prefectura.

\*\*

Raul Rigault, como en otro lugar queda apuntado, había tomado como modelos á los terroristas del 93, y era uno de esos republicanos que consideran la democracia como la simple dominación del pueblo sin otra regla de justicia que la del exterminio de los contrarios. El fanatismo de la libertad es como todos los fanatismos ciego, injusto y cruel: establece una especie de culto á las formas y todo le rebaja delante del símbolo material de un espíritu que no existe en el pensamiento. El fanatismo de la libertad se arrodilla delante de un gorro frigio y atenta á un derecho humano. Percibe una representación de la justicia y la quiere imponer por la fuerza sin reparar en los medios. El fanatismo se irrita con la oposición y la ahoga violentamente como si la oposición fuera un atentado.

Raul Rigault era un jacobino fanático y se consideraba en lo que se llamó ex-prefectura de policía, no como una parte del Gobierno que se tenía que arreglar á las prescripciones de una legalidad determinada, sino como un centinela colocado allí por un poder misterioso, superior al de la Commune para vigilar á los enemigos de la buena causa y contrariar sus propósitos por todos los medios sin sujeción á leyes ni principios, pues ningun principio ni ley tenían en su juicio fuerza cuando la libertad, segun él la distinguía, estaba en peligro.

Sobre todo, creía natural valerse para la lucha de los medios más fáciles juzgándolos de mayor eficacia. Así es que cuando la prensa de la reacción le molestaba con sus censuras en lugar de combatirla con las ideas de libertad ó con un buen comportamiento, se indignaba de la injusti-



cia y creia lícito y más conveniente hacer callar á los enemigos que convencerlos. Si estos enemigos conspiraban, al asomo de la más leve sospecha invadía sus hogares y les reducía á prision sin cuidarse luego de entregarlos á un tribunal que los juzgara. Y como los contrarios se ponian, en su concepto, fuera de toda ley, no tenia dificultad en apoderarse de sus bienes á fin de quitarles los recursos de que valerse podian contra la libertad.

Despues de observar la política de Thiers, aun estos mismos atentados, sin embargo, tenian motivos que servir pudieran de justificacion si se disculparan de alguna manera los atentados contra el derecho. Los versalleses llevaban su crueldad hasta un punto inexplicable y trataban á los parisienses como si fuesen fieras. ¡Qué extraño es que como fieras se portaran! Las injusticias engendran otras injusticias, como si roto el equilibrio del derecho y de la razon tuviera por necesidad que establecerse con el contrapeso de daños iguales.

\* \*

A despecho, pues, de las fracciones socialista é internacionalista, é impulsada casi exclusivamente por la reaccion de Versalles, fué caminando rápidamente la Commune á la dictadura; pero para desgracia de la causa revolucionaria, se obstinó en parodiar cada dia más el 93, haciendo un remedo caricaturesco de su dictadura hasta en los más pequeños detalles.

Un dia algunas mujeres quieren repetir la renombrada

Expedicion de Versailles hecha en la primera gran revolucion, y se reunen poco más de doscientas en la plaza de la Concordia. Sin embargo, emprenden el camino llevando al frente una bandera roja y gritando: «¡A Versailles! ¡A Versailles! ¡Viva la República! ¡Viva la Commune! Pero esta ridícula mascarada quedó disuelta al llegar á las fortificaciones.

Otro dia se recuerdan los decretos terribles contra los sospechosos, y se encargan las delaciones á los buenos ciudadanos, y se registran las casas y se viola la correspondencia.

Mas como esta farsa de terror no daba buenos resultados, se recurrió por último á la imitacion suprema del comité de salud pública que con admiracion y respeto recordaban los jacobinos.

¡Desesperados recursos de la impotencia! No las denominaciones del 93, sino los hechos de aquella época memorable eran los que necesitaba la revolucion. ¡Dónde estaban Danton, Marat y Robespierre! Entre los hombres antes desconocidos que dió á luz el movimiento de Marzo, hay algunos de grandes virtudes y elevadas aspiraciones; pero se agitaban en el caos de una sociedad corrompida, sin la brújula de un pensamiento claro y preciso.

\* \*

La fraccion socialista estuvo siempre en minoria, y aunque protestaba contra los desmanes y se oponia á las ridículas é impotentes exageraciones de los jacobinos, nada podia hacer para evitarlas. Clamaba contra la dictadura y

contra la farsa del terror, fundándose en que la situación reclamaba determinaciones radicales en el orden social, y no el aparato pueril de una fuerza que no existía; pero sus reclamaciones se perdían en el bullicio y desconcierto de tantas complicaciones.

Los jacobinos achacaban todos los desastres á la falta de energía que al principio habia manifestado la revolución y querían remedarla de todas maneras atropellando todos los derechos.

¡Qué idea tan extraña de la libertad!

Violaban el domicilio buscando sospechosos: prohibían las reuniones públicas convocadas con el propósito de contrariar las determinaciones del Gobierno; suprimían los periódicos de oposición para no tener que defenderse de sus censuras, y por último impedían que los habitantes de París abandonaran la población sin permiso de la ex-prefectura.

Hay que decir que estas violaciones del derecho eran obra por lo general del delirio de algunos pocos revolucionarios, y se realizaban á favor del natural desorden que producían todas las circunstancias que hemos mencionado. El Gobierno municipal quiso muchas veces regularizar la administración, y muchos fueron los acuerdos que tomó la Commune para inferir las tropelías y ordenar todos los servicios.

Pero como hemos visto, los excesos se fueron desarrollando á medida que los versalleses los iban cometiendo, y se extremaron en la semana infernal cuando llegó á su colmo el delirio feroz de los conservadores.

## CAPITULO XXVIII.

Operaciones militares.—Dilaciones del ejército de Versalles en el ataque.—Los parisienses reducidos á la defensiva.—Neuilly, Asnieres y Chatillon.—Toma de Bezon, de Colombes y de Asnieres. Combates de la artillería.—Tregua de Neuilly.—Resultados de la lucha.

Los hechos militares que decidieron al fin aquella ruda contienda entre el mundo decrepito y el mundo del porvenir, no eran entretanto mas que reflejo de las ideas y sentimientos que á cada uno de los beligerantes animaban. La astucia más artera, las precauciones más exageradas y un cálculo que á veces rayaba en cobardía, distinguian al ejército de Versalles.

No habia arte reprobado ni recurso vil y bastardo, que no creyera legítimos para combatir á los hijos de su misma patria. No otra es la explicacion de su tardanza y sus dilaciones de la primera quincena de Abril en emprender un ataque decisivo á que lo impulsaban sus recientes victorias.

Cerca de ciento veinte mil hombres contaba el ejército de la Asamblea cuando Mac-Mahon fué nombrado general en jefe, y cada dia recibia nuevos refuerzos y aumentaba

su formidable armamento con los cañones que no cesaban de llegar de los arsenales de Douai, de Lyon, de Tolon y de Cherburgo. Sin embargo, ningun ataque sério se emprendia, aun conociendo que todo el tiempo que trascurriera era aprovechado por Cluseret en la construccion de nuevas fortificaciones. Nadie podia explicarse aquel aplazamiento, ni acertaba á comprender despues de las seguridades dadas por Thiers de que la insurreccion estaba vencida, cómo un ejército de tanta fuerza dejaba á los comuneros de París tomar incremento y vigorizar su defensa, sin darles desde luego la batalla.

La clave del enigma es bastante triste para el gobierno de la Asamblea. Se trataba de rescatar por medio del dinero los fuertes del Norte de París ocupados por los prusianos para atacar desde ellos la capital; se esperaba mucho de la traicion que tenia millares de agentes introducidos entre los nobles hijos del pueblo para vender su sangre y su libertad, y se preferia por último, ocupar poco á poco posiciones que permitieran hacer á París una guerra terrible de artillería, en que las bombas y los incendios consternaran á toda la poblacion, mejor que decidir en noble y abierta lid la suerte de los combatientes. Por esto, en todo aquel primer período se redujeron los soldados de MacMahon á entablar pequeños combates para ir lentamente ocupando puntos extratégicos para el juego de su artillería. Solo cuando perdieron la esperanza de un trato con los prusianos, y vieron dilatarse cada dia más los resultados que sus espías y agentes les preparaban, fué cuando decididamente atacaron en toda la línea sin respetar ni las le-

yes de la guerra, ni los más primitivos fueros del derecho de gentes.

\*  
\* \*

Los parisienses, por su parte, llevaban á su manera de hacer la guerra, las mismas dudas y contradicciones que en su política hemos observado. Así como su espíritu revolucionario era la negacion de la vieja sociedad, sin llegar á levantar el nuevo edificio, eran terribles en la defensa; pero incapaces y desgraciados en todas sus expediciones y ataques. Sirven las coaliciones para las grandes resistencias, pero se necesita el vigor de todo un pueblo que marcha como un solo hombre á un mismo ideal para que sea incontrastable la accion contra sus enemigos. París lo tuvo en 18 de Marzo, cuando todos reclamaban la autonomía del municipio, pero faltóle, cuando las fracciones se disputaban en el seno del Hotel de Ville, imprimir su direccion al movimiento.

\*  
\* \*

No es mi ánimo, ni corresponde al plan de esta obra juzgar de las operaciones militares, segun los principios de ese arte preeminente y tan altamente distinguido en nuestros dias, que enseña la manera más propia y conveniente para matar hombres y hacer mayores estragos en las filas de otra reunion de seres que son hermanos nuestros. Pero preciso es abordar la triste tarea de reseñar los

combates y jornadas de la fratricida lucha á fin de poner de relieve los obstáculos que aun han de hallar las generaciones en su marcha progresiva hácia la emancipacion de los pueblos, y los sacrificios y martirios hechos por nuestro siglo, que deben hacer más querida la idea salvadora que á costa de tanta sangre ha de venir á resolver la tremenda cuestion, causa de tal cúmulo de horrores.

Mas aun cuando se quisiera con la exactitud matemática de un perito en extratégia, narrar y apreciar los combates que siguieron inmediatamente á la toma del puente de Neuilly por los versalleses, seria de todo punto imposible, porque son los detalles completamente contradictorios, y fueron los accidentes de la lucha de tal suerte varios, que á cada momento, durante muchos dias, parecia mudarse la fortuna de los versalleses á los de París, y de estos á aquellos.

Puede decirse que en toda la parte Noroeste de la capital, se sostuvo con igual suerte una sola lucha en muchos combates parciales, dando apenas la noche tregua al encono y saña de los beligerantes. El Monte Valeriano no cesaba sus disparos contra la puerta Maillot, y las baterías de esta combatian sin descanso las posiciones del puente de Neuilly. Dombrowski habia logrado apoderarse nuevamente de este pueblo y lo habia fortificado con fuertes barricadas, convirtiéndolo en teatro de una lucha que solo tiene ejemplo en las guerras civiles. La guerra tomó allí un carácter singular: se batian, sin que ni un soldado del uno ó del otro bando apareciera en la gran avenida que la artillería de la esplanada de Courbevoie por un lado, y la

de la puerta Maillot por otro, barrián por completo: pero cada casa era una fortaleza de la que era preciso apoderarse pasando por los jardines y agujereando las paredes. Las casas eran muchas veces tomadas, perdidas y vueltas á tomar por unos y otros combatientes, y unas veces eran los versalleses dueños de una parte de la población y otras estaba Dombrowski á punto de recuperar el perdido puente. Sucedia un dia, que un hábil movimiento de los parisienses apoyados en Asnières, envolvía y derrotaba á un destacamento versallés; casi al mismo tiempo el general Wolf, para librarse del fuego mortífero que le hacían desde algunas casas de Neuilly que dominaban el puente, se lanzó contra ellas, las derribó, y (son palabras de un general de Versalles) *pasó por las armas á todos los comuneros que encontró*, y se estableció sólidamente en ellas; y poco despues los nacionales que defendían el castillo de Beçon, hacían una salida que hacia huir derrotados á los de la Asamblea con un coronel fuera de combate.

Aunque no con tanto encarnizamiento, por hallarse más protegidos los parisienses por Issy, Vanves y Montrouge en toda la parte Sudoeste, se reproducían estos acontecimientos: no pasaba dia sin que hubiera un encuentro entre las avanzadas que tomaba mayores proporciones, pero sin resultados de importancia para ninguno de los dos bandos. La artillería de los fuertes jugaba allí mejor, y los comuneros solían tomar la ofensiva para evitar la construcción de trincheras y baterías contra sus posiciones.

\* \* \*

Hasta el día 18 de Abril no pudieron los versalleses apoderarse del castillo de Beçon que por dominar el camino de Neuilly á Asnieres era de gran importancia para su plan de encerrar á los parisienses entre el rio y las murallas. Despues de intentar una sorpresa nocturna que fracasó, recurrieron á su última razon y universal remedio. La artillería hizo insostenible la posicion, que apenas fué desalojada por los comuneros, sirvió de base á una nueva batería para batir en escarpa el puente de Asnieres. Un regimiento de gendarmes tomó al dia siguiente, despues de una empeñada lucha, el pueblecito de Bois-Colombes, y flanqueado Asnieres de esta suerte por ambos lados, quedó á merced de los versalleses. El ataque del dia siguiente en que algunos guardias nacionales se hicieron matar defendiendo las casas, fué de un éxito previsto y fatal para los parisienses: pues amenazado el puente, único punto de retirada, abandonaron bien pronto las posiciones, quedándoles solo en aquella zona la pequeña aldea de Levallois que se defendia heróicamente rechazando cuantos asaltos se intentaban contra sus barricadas.

\*  
\* \*

Mientras con suerte más ó ménos favorable tenian lugar contínuos combates en los alrededores de París, Cluseret acreditaba su pericia militar organizando poderosamente la defensa por medio de fortificaciones y baterías de primer órden. Así fué, que al descubrir los versalleses la multitud de baterías que aprovechando los trabajos hechos

por los prusianos para el bombardeo, habian levantado en el Sur, hallaron contestacion sus fuegos en toda la línea. Terrible fué entonces el carácter de aquella lucha de gigantes en que centenares de bocas de fuego ensordecian el espacio y sembraban la desolacion y la muerte en torno suyo. No se puede representar tan pavoroso cuadro.

Desde Meudon, desde Chatillon, desde Bellevue, el Parc-crenelé, Brimborion, el pabellon Bretenill, desde la linterna de Demóstenes y el puente de Sevres, numerosas y terribles baterías rompieron el fuego contra los fuertes y las fortificaciones que cercaban á París. El fuerte de Issy, blanco predilecto de los tiros y más especialmente atacado, contestó con vigor causando grandes estragos en Chatillon. Montrouge y Vanves lo sostuvieron enérgicamente. La batería du Point du Jour, hacia prodigios contra los de Versailles. Cuatro locomotoras blindadas se adelantaron y redujeron al silencio á la batería de Bretenil. Cinco cañoneras de la Commune contestaban alternativamente á Sevres y á Brimborion. Una batería flotante, bajando hasta Billancourt, tuvo bastante arrojio para fijarse allí y bombardear á Meudon. Los bastiones del recinto se disputaban al mismo tiempo la gloria de defender la ciudad.

Al Noroeste de París no era ménos violento el choque. Asnieres se hallaba bajo los fuegos cruzados de una locomotora blindada que no cesaba de moverse en la vía, y una batería fijada en la imprenta de Paul Dupont. El castilló de Beçon se veia cañoneado por los valientes de Levallois y la estacion de Saint-Quen y Courbevoie era combatido por las piezas de la muralla del recinto. Hasta el Mon-

te Valeriano se vió amenazado por una enorme batería de seis piezas de á 24 colocada en la cima del Trocadero.

Bajo el aterrador estruendo de este titánico combate, vivió París un mes; y con las diversas alternativas de los ataques parciales, continuó la guerra hasta que la traicion vino á dar cima á la obra ya preparada por las divisiones, las dudas y las rivalidades.

\*  
\* \*

Hasta la pequeña tregua de Neuilly no pudieron apreciarse en su magnitud los estragos de semejante guerra, ni señalarse hasta qué extremo llegarían los horrores de tal modo de combatir, si unos y otros en vez de retroceder ante tantas víctimas y tan desastrosas consecuencias se inspiraban solo en la pasion y en la venganza. La ruda intransigencia de Versalles fué tal, que solo despues de diez y ocho horas de bombardeo convino en un armisticio de doce horas, que permitiera enterrar los muertos y escapar á los restos de la poblacion pacífica de Neuilly, que las bombas no habian sacrificado. El estado de este pueblo, antes tan hermoso, no era para descrito: las casas que no fueron arrasadas habian sido devoradas por los incendios que producian á cada momento las bombas de los versalleses. Los infelices habitantes que no pudieron huir, se habian visto obligados á refugiarse en los sótanos, pero como el cañoneo y el fuego de fusilería habian sido contínuos durante dos semanas, muchos de ellos ó morian hechos pedazos al salir de su refugio, ó fallecian extenuados en las

cuevas, donde se encontraron muchos cadáveres en las posiciones más terribles producidas por el hambre y la agonía.

Aun para lograr una tregua de doce horas para que se salvaran las mujeres, los niños y los ancianos que sobrevivieron á aquel horrible período tuvo la Commune que ceder, siendo la primera en cesar el fuego, porque Thiers se obstinaba en sacrificar los intereses de la patria y las más altas consideraciones de humanidad á vanas formalidades. El breve armisticio se acordó al fin, pero cerrando los versalleses todo acceso á los habitantes de Neuilly, obligándolos á refugiarse en París, donde no estaban muy sobrados de víveres. Una línea de soldados impedían el paso en direccion al puente, y permanecieron impassibles ante las escenas conmovedoras á que daba lugar esta determinacion. Multitud de hombres, de mujeres y de muchachos, pedían y suplicaban que se les permitiera juntarse con sus padres y sus familias que estaban al otro lado de aquella línea militar: pero la consigna era formal y nadie consiguió el paso.

Los estragos causados en los anteriores dias ponían espanto en todos los ánimos: merced al armisticio se hicieron constar y apareció en toda su verdad el vandalismo de los que llamándose soldados del orden, destruían cuanto á su alcance estaba en aquella gran ciudad, centro y hogar comun de la nacion francesa. De testigos presenciales reproducimos algunas líneas que ponen de relieve el estado de los lugares más próximos al combate en los dos primeros tercios del mes de Abril.

«Volvemos en este instante de Neuilly, dice la redacción del *Siecle*, periódico enemigo de la Commune, volvemos de Neuilly, con el corazón traspasado y el alma angustiada bajo el peso de un dolor inexplicable. Jamás esa horrible imagen de ruitas acumuladas por la guerra civil, se borrará de nuestra memoria. Nosotros veremos siempre esas casas agujereadas por las balas, esos jardines destruidos por la metralla, esas familias infortunadas abandonando sus hogares medio destruidos en el transcurso de horas demasiado cortas de una tregua arrancada á duras penas al furor de los combatientes. Y estos combatientes son franceses, hijos de la misma madre, hijos de la Francia.

«Se ha dejado á las estatuas de nuestras grandes ciudades el crespon negro que las ha librado del odioso espectáculo de ver al extranjero acampar en una de nuestras plazas públicas y se ha hecho bien. Pero ¿qué velo de luto habrá bastante tupido para librar á París, á Francia, al mundo entero del siniestro cuadro de Neuilly horriblemente bombardeado por los soldados de la Asamblea nacional? ¿Y qué pincel podrá trazar este desastre de la patria, herida por la mano de sus propios hijos, esas casas derruidas, esas paredes humeantes, esa población fugitiva, enloquecida de espanto, y, como una amarga ironía, en medio de estas ruinas y estas desesperaciones, una primavera floreciente y un sol radiante? . . . . .

En la explanada del Arco de Triunfo de la Estrella, empiezan verdaderamente los destrozos. A partir desde aquí

todo lo largo de la avenida de Neuilly y más principalmente las cercanías de la puerta Maillot, desafían toda descripción... Desde que se entra en la avenida de la Grande Armée no se camina sino en medio de escombros: ni una sola casa ha sido perdonada... En la *chaussée* los árboles están despedazados, los candelabros rotos por las bombas. Todas las fachadas destrozadas; muchas paredes están agujereadas como una criba. El semicírculo donde desembocan las calles Lameur y Duret, no es más que un montón de ruinas... Hacia las diez, en el momento en que llegamos á la puerta Maillot, acaba de declararse un incendio en el castillo de la Estrella. Una de las últimas bombas lanzada esta mañana antes de la suspensión de hostilidades ha causado este incendio... Cerca de la puerta Maillot solo se ven escombros y paredes que se vienen abajo; la misma estación está reducida á un montón de paredes rotas y calcinadas.

«Seguimos por la avenida Pereire, cuando los desgraciados habitantes de esta calle, que han vivido durante veinte días bajo el rayo, salen de sus cuevas. Sus mejillas pálidas, sus ojos dilatados por tan prolijo espanto hacen daño á la vista. Muchos hacen tristemente sus preparativos de partida; pero algunos silenciosos y resignados parecen decididos á permanecer en sus casas hasta el fin de la tormenta.»

Parecía que en presencia de tal espectáculo debían caer las armas de las manos de los combatientes: parecía que la razón y la justicia debían sobreponer su voz á la de las ciegas pasiones después de aquella tregua para poner término

á una lucha infame, pero tantos horrores no sirvieron más que para aumentar el furor del combate y hacer crecer en proporcion gigantesca la destruccion y el voráz incendio que con tanta insensatez habian hecho estallar los realistas y conservadores de la Asamblea.

## CAPITULO XXIX.

Modo que tenían los versalleses de hacer la guerra.—Conspiraciones traicioneras.—Toma de la estación de Clamart.—Crueldades.—Ataque de Issy.—Abandono del fuerte.—Rossel lo sostiene.—Contestaciones entre sitiadores y sitiados.—Caída y prision de Cluseret.

Todos los que de estos acontecimientos se han ocupado, están contestes en que el Gobierno de la Asamblea, coincidiendo con su guerra de salvajes, hacian esfuerzos supremos para apoderarse de París por medio de la traicion. Tan bastardo proceder, lejos de tenerlo á deshonra los amigos de Thiers, lo consideran como de buena ley, y lo hacen constar jactándose de su infame maquiavelismo. En el interior de París se logró formar una vasta asociacion que, sembrando la desanimacion entre los federados y delatando los planes de sus ataques, y los cuadros de sus fortificaciones y barricadas, estaba á sueldo de Versalles y servia constantemente sus intereses.

A fines de Abril el corresponsal de *La Epoca*, garantizaba la verdad del siguiente relato que más tarde se vió confirmado por los hechos:

«A consecuencia, decia, de ciertos tratos autorizados

por Thiers con los jefes insurrectos, se creyó anteanoche poder entrar en París por la puerta Dauphine, que estaba comprada. Un cohete debía ser la señal para que los versalleses avanzasen, y estos, esperándola, habían atravesado el Sena representados por tres divisiones. Los estados mayores pasaron la noche á caballo y la tropa sobre las armas, preparados á correr en apoyo de las tres divisiones citadas. Pero la noche trascurrió sin que la señal se diese, y antes del alba regresó la tropa á sus cantones, pasando el Sena al abrigo de las sombras de la noche.

»Dícese, sin embargo, que el proyecto no está sino diferido, y que Mr. Thiers, que pasó también la noche en un carruaje, vecino al sitio en que debía verificarse la sorpresa, acompañado por Mac-Mahon, está persuadido de que por este medio subrepticio se apoderará de París.»

Estas mismas tramas de Thiers no vacila en declarar un jefe de Versalles, autor de la historia de la guerra de los comuneros cuando dice que la Commune dió pruebas de cierto poder de intuición en determinados momentos. Según su testimonio se había urdido un complot entre el internacionalista Bourget, Billioray, miembro de la Commune y Cerisier, capitán de un batallón de la guardia nacional, los cuales, mediante cierta cantidad, se comprometieron á entregar el fuerte de Issy al general Valentin, prefecto de policía; pero el advenimiento de Rossel al ministerio de la Guerra, añade el escritor versallés, burló todos estos proyectos.

Jorge Marin, por último, en su Historia crítica de la Commune, contra la que demuestra una parcialidad apa-

sionada, dá noticias de muchas conspiraciones tenebrosas de los conservadores, algunas de las cuales tuvieron un completo éxito. «Nos guardaremos de citar un nombre, dice, pero entre los miembros de la Commune hubo uno al menos, que vendido ya él, se encargó de corromper á todos aquellos á quienes se confiaba la direccion de los asuntos militares. La Commune comprendió pero no conoció la traicion.» Despues de atribuir á esta causa el abandono del fuerte de Issy, añade: «Una segunda vez la traicion intentó entregar una de las principales defensas de París á las tropas de Versalles; una tarde, tres batallones que ocupaban el fuerte de Vanves lo abandonaron y se extendieron por la ciudad haciendo correr el rumor de que los tiradores marinos acababan de tomar por asalto el fuerte; nada sucedió, sin embargo, y el delegado de la guerra pudo enviar refuerzos que impidieran la pérdida de aquella importante posicion.»

No se necesita reproducir más citas para demostrar un hecho que la misma narracion de los acontecimientos ha de probar. La Commune no daba un paso sin que el espionaje no la siguiera, ni acometía empresa alguna sin que los traidores no vendieran á Versalles sus secretos, sus planes y sus medios. El ataque de Moulin Saquet y de la estacion de Clamart, revelaron de una manera terrible la manera inaudita que tenian de hacer la guerra los soldados del orden.

La toma de esta última posición revistió caracteres tan sombríos y criminales, que hasta en las clases más conservadoras y enemigas del pueblo, halló eco el grito de reprobación y de censura que surgió de la conciencia humana. Creeríase exagerada nuestra narración, y dejamos á los más parciales reaccionarios el relato de este atentado.

Aprovechando las sombras de la noche el batallón de cazadores núm. 22 emboscado desde las ocho, dice el precitado jefe del ejército de Versalles, se aproximó á la estación en silencio.—«¿Quién vive?» dijo el centinela enemigo:—«¡22 de la guardia nacional!» respondió un sargento. El centinela fué entonces *suprimido por un procedimiento sin réplica*, y el batallón 22 de cazadores se apoderó muy luego de la estación, al arma blanca, sin disparar un solo tiro, pero *sembrando sin ruido el terror y la muerte* en dos batallones de guardias nacionales y una compañía de franco-tiradores de la Commune.»

Ocupándose del mismo hecho decía el corresponsal de uno de los periódicos más acreditados entre las clases medias:

«Imparcial, como es mi deber, cumple diga en las columnas de este diario conservador, que hasta ahora la hidalguía militar brilla más en las filas de los insurgentes que en las de la tropa. Esta en Clamart pasó á cuchillo 300 insurrectos, sobre 700 copados en la estación, y entre ellos se cuentan no pocos muchachos de quince años.»

Hasta el mismo *Times*, órgano por excelencia de la más egoísta mesocracia, y cuyas entrañas conservadoras parecen blindadas por sus metálicos intereses, no pudo ménos

de espantarse de la ferocidad del ejército del orden, diciendo á principios de Mayo: «No se pueden leer las cartas de Versalles describiendo las carnicerías ejecutadas á sangre fría en Clamart y en Moulin Saquet sin estremecerse de horror. ¡Tal es la guerra civil en Francia en el siglo XIX, y los ministros que relatan tales proezas á la Asamblea de Versalles, ponen especial cuidado en que resalten los hechos de ferocidad por los cuales se distinguen!»



Estos rasgos de cruel vandalismo habian llegado á constituir un sistema, y pasando de los jefes superiores á los de menor categoría la saña y el furor homicida, se acababa á los defensores de París como á fieras sanguinarias, y los asesinatos se reproducian con el cinismo de quien á más de la impunidad cuenta con un galardón.

En una correspondencia de París publicada en *les Droits de l'Homme*, se nos refiere la siguiente escena que viene á completar el cuadro del proceder humanitario y glorioso de los que se llamaban representantes de la civilizacion y del derecho: «Algunos guardias nacionales han sido hechos prisioneros.»—Que se les fusile, grita el comandante. Los soldados permanecen apoyados en sus fusiles. Entonces el comandante toma su revolver, y á boca-jarro lo descarga sobre los prisioneros. Tres quedaron muertos en el acto. El cuarto ha muerto esta mañana. El fué quien antes de morir hizo esta relacion.»

En una de las sesiones de la Asamblea de Versalles, un

diputado de la izquierda, Mr. Tolain, se levantó á hacer una interpelacion al ministro sobre estos vergonzosos excesos, y la mayoría de los rurales que no solo encubria, sino que escitaba todos los atentados de la barbarie de sus tropas, ahogó llena de furia la voz humilde y templada del representante. Solo pudo pronunciar estas palabras:

«Tengo que dirigir una pregunta al ministro de la Guerra. Un cartel blanco fijado en las esquinas de Paris, y que na causado allí alguna emocion contiene en sustancia lo que sigue: *El 25 de Abril último, cerca de Villejuif, cuatro guardias nacionales rodeados por cuatrocientos cazadores rindieron las armas. En este momento un capitán se adelanta hácia ellos revolver en mano....*»

Los gritos y los rumores tumultuosos de la Asamblea no dejan acabar al orador. En aquel tumulto se queria ahogar el grito de la conciencia, pero se ponía de relieve la existencia del crimen y la complicidad de los que se llamaban representantes de la Francia.

A este sistema de combatir á los parisienses, sin retroceder ante ningun medio, vino á juntarse para el éxito de los soldados de Mac-Mahon su poderosa y terrible artillería. Desde el momento en que Paris se encontró aislado y reducido á la defensiva, pudo muy bien asegurarse que con las máquinas de guerra de los versalleses, la toma de la capital era solo cuestion de más ó ménos tiempo y de mayor número de desgracias. Los estragos producidos por

el cañon y el obus eran cada vez más espantosos, y el Gobierno civilizador de Thiers estaba decidido á pacificar su patria al modo de los antiguos romanos cuyo sistema sintetizó Tácito cuando dijo: *ubi solitudinem faciunt, tum pacem apellant.*

Las fortificaciones de los comuneros sufrían mucho con los disparos de las baterías enemigas y algunas de ellas empezaron á flaquear á últimos de Abril. El fuerte de Issy fué el que más padeció y el primero que estuvo algun tiempo reducido al silencio. Repúsose luego, pero cuando habían tenido tiempo los contrarios para adelantar sus baterías, impidiendo una ofensiva enérgica de parte de los del fuerte. El pueblecillo de Molineaux era entonces llave de la posición, pues dominaba el parque y parte del pueblo de Issy. ¿Cómo Cluseret no atendió á la defensa de aquel punto? ¿Cómo no se enviaron refuerzos y se abandonó la posición al valor de un puñado de valientes que sucumbieron bien pronto defendiendo las barricadas? Difícil es encontrar una explicación que satisfaga.

Escritores hay que creen descubrir en esto una traición del delegado de la guerra: otros, con la Commune, lo achacan á incuria é impericia. Ninguna de estas versiones parece digna de tomarse en consideración en vista de los antecedentes y de la conducta posterior de Cluseret; más bien puede creerse que las discusiones entre este, la comisión ejecutiva y el comité central, y las desconfianzas de que el general norte-americano se alzara con la dictadura, desorganizaron en el momento del peligro la dirección de las operaciones y dejaron tomar el pueblo de Molineaux.

Terribles fueron las consecuencias. Las baterías vomitaron metralla y bombas sobre el parque y el cementerio de Issy; el fuerte mismo apenas podia contestar. En la noche del 29 los cañones de Meudon, de Chatillon y de Moulineaux cesaron de repente el fuego y las columnas versallesas cayeron de improviso sobre los comuneros que apenas pudieron resistir. El pánico fué indescriptible: el parque, las trincheras y la posicion del cementerio fueron abandonados: hasta la guarnicion del fuerte se retiró precipitadamente: solo un grupo de heróicos patriotas se mantuvo firme en él resuelto á morir antes que ceder. Si los versalleses hubieran tenido más decision, el fuerte habria caido entonces en sus manos, pero aquellos muros agujereados, desmantelados y casi derruidos les imponian aun y detuvieron su carrera triunfante.

A las cinco de la tarde del dia siguiente, el fuerte habia apagado por completo sus fuegos y enarboló la bandera parlamentaria. En tratos y negociaciones sobrevino la noche que supieron aprovechar los parisienses: se cambió parte del material, se llevaron refuerzos, y el mismo Rossel, nuevo delegado de la guerra, vino hasta el fuerte para organizar una nueva defensa é impedir todo intento de capitulacion. Al otro dia se cruzaron entre sitiadores y sitiados las siguientes comunicaciones.

#### INTIMACION.

«En nombre y de órden del mariscal general en jefe, nos, mayor de trinchera, intimamos al comandante de los

insurrectos de Issy se rindan él y el personal encerrado en dicho fuerte.

»Un plazo de un cuarto de hora se concede para responder á la presente intimacion.

»Si el comandante de los insurrectos declara por escrito en su nombre y en el de la guarnicion entera del fuerte de Issy que se someten, él y los suyos, á la presente intimacion, sin más condicion que la de quedar en libertad, salvo la autorizacion de residir en París, se les concederá este favor.

»En el caso en que no conteste en el plazo arriba indicado, toda la guarnicion será pasada por las armas.»

Trinchera delante del fuerte de Issy, 30 de Abril de 1871.

El coronel de Estado Mayor, jefe de la trinchera,

E. LEPERCHE.

La respuesta de Rossel se reducía á estas enérgicas y valientes palabras:

«Al ciudadano Leperche, mayor de trinchera, frente al fuerte de Issy.

»Mi caro camarada:

»Si se permite V. otra vez enviarnos otra intimacion tan insolente como la que contiene su autógrafo de ayer, mandaré fusilar á vuestro parlamentario, segun los usos de la guerra.

Vuestro afectísimo camarada,

ROSSEL,

Delegado de la Commune de París.

Merced á esta actitud resuelta y á la desesperada resistencia que siguió, el fuerte de Issy, que era ya solamente casi un monton de ruinas, continuó algun tiempo desafiando

do las gigantescas y desiguales fuerzas de los ejércitos de la Asamblea.

\*  
\*  
\*

Pero el peligro gravísimo en que se le habia dejado y la pérdida de las posiciones de sus contornos, escitó gran indignacion en París, é hizo estallar con un poder irresistible la oposicion latente que minaba á la Commune contra el poder casi dictatorial de Cluseret. El ejemplo de la prision de Bergeret trazó el camino al general internacionalista, y apenas Delescluze propuso la destitucion y arresto del delegado de la guerra, la Commune se apresuró á decretarla, enviándole á las prisiones de Mazas. *El Diario oficial* publicó sencillamente estas sucintas líneas sobre el particular:

«Habiendo estado á punto la incúria y negligencia del delegado de la guerra de comprometer nuestra posesion del fuerte de Issy, la Comision ejecutiva ha creido de su deber proponer el arresto del ciudadano Cluseret á la Commune, la cual lo ha decretado.»

## CAPITULO XXX.

Trabajos de conciliacion.—La Liga de los derechos de París.—Su manifiesto.—Actitud de Thiers.—Los franc-masones.—Sus gestiones cerca de Versalles.—La Alianza republicana.—Hace Thiers fracasar sus trabajos.—Los franc-masones ponen sus banderas en las murallas de París.

Imposible parece cuando detenidamente se estudia la historia de la última revolucion y guerra de París, cómo las provincias y la inmensa mayoría de la Francia que igualmente condenaban los excesos y los extravíos de ambos combatientes, y maldecian en todos tonos aquella lucha fratricida, no interpusieron su veto omnipotente haciendo cesar las hostilidades y llevando á una conciliacion justa y patriótica á versalleses y comuneros. Hemos visto en otro lugar cómo las provincias no contestaron al llamamiento de París, pero conste que no por eso se pusieron de parte de la Asamblea. El espíritu de oposicion á la mayoría retrógrada y monárquica de los rurales lo ha manifestado de un modo evidente la Francia en las repetidas veces que se le ha consultado en los comicios. La apatía funesta que en aquella tremenda crisis probó, el pueblo francés no acierta á explicarse sino como una de las más tristes y des-

consoladoras consecuencias de veinte años de centralización y de imperio. Acostumbrados los franceses á que todo lo hiciera el gobierno y á que todo lo decidiera el ejército, permanecían como espectadores indiferentes de la monstruosa guerra en que se jugaban sus destinos en los alrededores de París. ¡Gran ejemplo es este para los que combaten el federalismo, como elemento disolvente de las nacionalidades! El decantado amor á la unidad tan ridículamente exagerado en Francia, no condujo más que á romper la fraternidad de los pueblos, haciendo que millones de hombres vieran impasibles desgarrar las entrañas de su patria y destrozarse hasta el exterminio millares de sus hermanos.

Para gloria de las ideas de libertad y democracia, solo á los partidos liberales cupo la honra de emprender esforzadas campañas en favor de la conciliación y de la paz. Solo los republicanos sinceros, que por considerar inoportuno el movimiento, ó por creer la revolución adulterada en sus doctrinas ó en su desarrollo, no se adhirieron á ella, trabajaron constantemente desde el principio hasta el fin por evitar el derramamiento de sangre y venir á términos de una paz honrosa que no lastimara los derechos de los unos ni el prestigio de los otros. Y es importantísimo el considerar este aspecto de la revolución, que representa la opinión de una inmensa minoría de la nación francesa que ha llegado á reunir los grandes elementos de la ciencia y del capital, distinguiéndose por su buena fé más que por sus acertadas obras, y más por su espíritu benévolo que por su eficaz cooperación á la causa del pueblo.

La Liga de la Union republicana en pró de los derechos de París fué la primera asociacion política que inauguró los trabajos de conciliacion, y que dió un programa análogo al del alzamiento del 18 de Marzo tratando de reunir en un solo pensamiento á la enorme mayoría de los ciudadanos de París. Componíase de todos los republicanos templados, enemigos de las revoluciones violentas y de los que deseaban una Commune legal, es decir, que querian todas las ventajas y resultados de una laboriosa revolucion sin someterse á sus duros trances ni prestar los terribles sacrificios que siempre exigen esas grandes trasformaciones sociales. Algunos diputados por París estaban al frente de ella, y personas de gran representacion social y política ó figuraban entre sus miembros ó le manifestaban grandes simpatías. En los dias que precedieron al movimiento de Marzo pudieron aquel concurso y aquel programa haber hecho invencibles los principios que proclamaban, dando elementos decisivos á la revolucion é imponiéndose á la tímida y cobarde Asamblea de Burdeos. Pero despues de rotas las hostilidades y en pos de las victorias de los ejércitos de Thiers, si era humanitario y plausible en sí el propósito de los de la Liga, políticamente hablando nó era más que un pretexto para la inaccion de los revolucionarios tibios, y un instrumento para Thiers, que dándoles esperanzas lograba tranquilizar las provincias y ganar tiempo para que los soldados derrotaran mientras á los defensores de París.

Sin embargo, es del primer interés el manifiesto que dirigieron á los departamentos dando cuenta de los sucesos de la capital y de sus propósitos, porque en él se juzgaban con una imparcialidad serena y una sensatez extremada el origen, el programa y los errores de la revolucion presentando lo que de legítimo parecia á todo el partido republicano radical, que capitaneado hoy por Mr. Gambetta influye decisivamente en los asuntos públicos de la Francia, y está llamado en breve plazo á gobernar por sí solo, presentando transacciones entre los intereses de las clases medias y las aspiraciones del cuarto estado. El documento, pues, es digno de la mayor atencion, tanto por el estudio que en él se hace del movimiento comunero, como por el exámen que debe hacerse de las ideas de sus autores y de su actitud respecto de la revolucion parisiense.

Hé aquí sus párrafos más importantes:

*A todos los municipios de Francia.*

Queridos conciudadanos:

El aislamiento en que se encuentra París desde hace un mes ha dado lugar á propalar en Francia las noticias más erróneas sobre las causas, el carácter y la importancia del movimiento republicano y municipal que se ha iniciado el 18 de Marzo de 1871. Aquellos de entre vosotros que han querido juzgar con exactitud é imparcialidad, y por ellos mismos, de la situacion, han llevado sin duda á provincias impresiones que modificaran las desconfianzas acu-

muladas como una barrera entre los departamentos y la capital.

La guardia nacional poseía cañones, producto de suscripciones patrióticas, y que, á este título, no habian sido comprendidos en la capitulacion; la autoridad militar de París las habia, con un cierto número de piezas pertenecientes al Estado, abandonado, sin guardias, sobre la plaza Wagram, á algunos centenares de metros de la ocupacion prusiana. Obedeciendo á un sentimiento patriótico, y temiendo, quizás con razon, esta vecindad peligrosa, la guardia nacional cogió los cañones y los trasportó á Montmartre, fuera del alcance prusiano. Los ciudadanos de los barrios donde estos cañones se habian llevado no pretendian de ningun modo conservarlos; comprendian que debian ser distribuidos en toda la guardia nacional, y ya se apresuraron á entregar á los batallones que le pedian los cañones que habian tomado y que solo á la guardia nacional pertenecian.

Era una cuestion muy sencilla, al parecer, de arreglarse por la mediacion de los alcaldes; pero el ministro del Interior no supo entenderse con ellos; parecia emitir la pretension de quitar á la guardia nacional su propiedad y enriquecer los arsenales del Estado; este preludio de un desarme completo no podia causar otro efecto que irritar la poblacion.

Por lo tanto, los batallones todos de la guardia nacional de París llegaron á un comun acuerdo, y fué estipulado

que el ministro del Interior y la autoridad militar no harían nada sin el asentimiento de los alcaldes.

Por desgracia todos los actos del Gobierno parecen destinados á perpetuar al atentado contra París: el nombramiento del general Aurelles de Paladines para el mando de la guardia nacional, que reclamaba el derecho de elegir su jefe; el del general Vinoy, que se inauguró como gobernador de París suprimiendo seis periódicos bajo pretesto del estado de sitio; las desconfianzas de la Asamblea contra la capital; la ley sobre los vencimientos, que desesperó al comercio y á la industria; el envío de funcionarios reaccionarios á los departamentos; las condenaciones á muerte contra los inculpados del 31 de Octubre y del 22 de Enero; y, por último, el nombramiento para la prefectura de policía del antiguo coronel de los guardias municipales del imperio; todas estas medidas separaban más y más al Gobierno de la población; con razón ó sin ella, París creyó la libertad amenazada; vió en la conservación de sus cañones la garantía de la República, y se decidió á conservarlos para ponerse á salvo de una sorpresa.

En presencia de estas agitaciones y de todas estas causas de descontento, el Gobierno se decidió á un golpe de fuerza, cuya idea misma debía apartarse en presencia de la invasión victoriosa.

Ya sabéis lo que sucedió: el golpe de mano nocturno fracasó; la tropa rehusó el hacer fuego sobre la guardia nacional; á las nueve de la mañana, los cañones, un momento perdidos, fueron reconquistados; á las dos, el Norte y el Este de París se encontraban llenos de barricadas; por la

noche la insurreccion era dueña de la ciudad; en el conflicto dos generales, víctimas de la exasperacion popular, fueron muertos por una banda furiosa.

El Gobierno habia huido.

El comité central, que tenia en su seno elementos hasta entonces comprimidos, voluntades más instintivas que razonadoras, fuerzas revolucionarias que veinte años del imperio y cinco meses de sitio habia preparado la explosion, se posesionó del Hotel de Ville; pero el dia siguiente, 19 de Mayo, se apresuró á dirigir al pueblo una proclama, por la cual le convocaba para proceder á elecciones comunales.

El movimiento del 18 de Marzo fué la solucion que el pueblo de París habia instintivamente reclamado la mañana del 31 de Octubre; la eleccion de un comite comunal, la eleccion de un Ayuntamiento.

Las elecciones, fijadas desde luego para el 22, fueron aplazadas sucesivamente al 23 y al domingo 26: en estos intervalos se iniciaron negociaciones entre el comité central de un lado, y de otro la municipalidad y los diputados por París. Se pidió al comité que alejara el dia de las elecciones, y se discutiesen las condiciones bajo las cuales harian los alcaldes que tuviesen lugar; pero el deseo de aguardar una ley electoral, la inaccion de la Asamblea, desconfianzas y retrasos hicieron abortar las tentativas todas de conciliacion. Solo el dia 25, con una anticipacion únicamente de veinticuatro horas al dia fijado para las elecciones definitivas, pudo lograrse un incompleto acuerdo.

Esta precipitacion, la política de muchos diarios que

aconsejaban la abstension y las vacilaciones de una parte de los ciudadanos, impidieron la formacion y el éxito de una candidatura que hubiese podido, en una proporcion exacta, representar los diversos elementos y tendencias de la opinion.

Los afectos al comité central obtuvieron un triunfo casi completo; 230.000 electores habian tomado parte en la votacion.

Apenas instalado el ayuntamiento debió ocuparse con una actividad febril de reorganizar los servicios públicos, que el gobierno de Versalles habia abandonado; correo, telégrafos, aduanas, contribuciones y demás servicios públicos, funcionaron más ó ménos regularmente, durante un espacio de tiempo relativamente corto.

Desgraciadamente, la municipalidad, arrastrada por el espíritu dictatorial de algunos de sus miembros y por las mismas necesidades de su situacion, no se mantuvo estrictamente en los límites de sus atribuciones municipales; varios actos contra la libertad individual y la libertad de la prensa, contribuyeron tambien á turbar é inquietar los ánimos; el decreto sobre el alistamiento forzoso, que no fué de hecho ejecutado, sino en una proporcion muy limitada, causó la salida de una parte de aquellos que este decreto amenazaba; otros emigrados iban, bajo la impresion de temores exagerados ó imaginarios, propalando en provincias ideas erróneas sobre el estado de París y la verdad de los acuerdos de la Commune.

Todos estos hechos tenian al mismo tiempo por consecuencia desagradable la retirada de muchos miembros de

la Commune, y la abstencion de mayor número de electores á los escrutinios complementarios.

Mientras que estos acontecimientos ocurrían en París, el Gobierno de Versalles habia reunido un ejército; á su alrededor concentraba cuantas tropas le consentía la autoridad militar prusiana. Por su parte la Commune se habia preparado para la resistencia, y la guardia nacional, alistada bajo su bandera, manifestaba vivamente la intencion de defender los derechos que habia conquistado. Entre estos dos ejércitos, de los cuales el uno tenia la vanguardia compuesta de los gendarmes del imperio y el otro contaba con la desconfianza republicana éxaltada por la vista de estos adversarios, la lucha debia fatalmente estallar. El ataque de Courbevoie por los versalleses y la marcha temeraria de los guardias nacionales sobre Versalles, fueron sus primeros episodios; despues esta lucha continúa con diversas alternativas.

Desde un principio tomó un carácter odioso, algunos generales, rehusando á los defensores de la Commune el carácter de beligerantes, cometieron actos condenados por las leyes de la guerra, que produjeron de rechazo en París el arresto lamentable de cierto número de rehenes.

No relataremos los episodios de esta guerra fratricida, que hace doblemente cruel la proximidad de los prusianos. Estos se alegran y se admiran de que no se haya sabido dirigir contra ellos el valor y la pujanza de que tantas pruebas da hoy ante sus ojos la guardia nacional de París.

Pero nosotros nos fijaremos, sobre todo, en hacer comprender las aspiraciones legítimas que se han desarrollado

en la poblacion parisiense y de las que ningun hombre político debe desentenderse.

La opinion de París, que cuenta aún para que conste más de 1.400.000 almas, se ha fijado cada vez más en los tres puntos siguientes:

Reconocimiento definitivo y oficial de la República.

Autonomía municipal.

Exclusion de toda fuerza armada extraña á la poblacion.

Numerosos grupos de ciudadanos que solo ven en la continuacion de la lucha actual la pérdida de la República y de la Francia se han reunido con el fin de llegar á una mediacion.

Tal es el origen de nuestra Liga de union republicana de los derechos de París. La union de las Cámaras sindicales, la franc-masonería, la Liga republicana del sexto distrito, la federacion de las escuelas y federaciones de todos los grupos republicanos han venido sucesivamente á adherirse á las negociaciones que hemos planteado; bien pronto las mismas provincias han venido á prestarnos el concurso preciso de sus simpatías republicanas.

. . . . .

Nosotros, defensores de los derechos de París, que execramos esta guerra infame; nosotros que, sin haber tomado parte en un movimiento inoportuno aunque provocado, reivindicamos enérgicamente el sostenimiento de la República, única base de la estabilidad y de la regeneracion; las franquicias municipales, salvaguardia de la República y

de la vida local; la guarnicion de París, confiada á la guardia nacional, única garantía contra los golpes de Estado.

Conjuramos á la Francia á juzgar de la situacion de París, no según los relatos de los periódicos reaccionarios y de los fugitivos, sino según los testimonios de los delegados de Lyon, Burdeos, Grenoble, Boulogne, Lille, Macon, etc., que en vano han buscado en París esas hordas de bandidos y de rufianes, á cuyo poder hay empeño en suponernos sometidos.

Ahora, pues, ciudadanos y amigos de los consejos municipales de Francia, que habeis fraternalmente respondido al llamamiento de la Liga de union republicana de los derechos de París, estudiemos y formulemos juntos los cuadernos de nuestras libertades comunales, la carta de conciliacion, de paz pública y de libertad.—*(Siguen las firmas.)*»

\*  
\*\*

Apenas constituida esta numerosa y patriótica asociacion reclamó veinte dias de armisticio para sentar las bases de un arreglo salvador. Los diputados más avanzados de la Asamblea apoyaban decididamente este movimiento, y en un manifiesto firmado por algunos representantes de la capital, decia Edgardo Quinet con un gran sentido político.

«Entre las reclamaciones de París existe una que llama desde luego la atencion por su exactitud: la necesidad de que se impida por medio de la ley que la representacion de las ciudades sea ahogada por la de los campos.»

Y obedeciendo á este mismo pensamiento presentaba el

mismo célebre escritor una proposicion en la Asamblea que podía resumirse en estos artículos:

«Artículo 1.º Cada ciudad de 35.000 almas elige un diputado.

Art. 2.º Toda ciudad elegirá tantos diputados como veces cuente 35.000 habitantes.

La Commune, por su parte, que en un principio se habia visto obligada á impedir una reunion de pretendidos conciliadores con un decreto en que se decia, «que conciliacion en aquellas circunstancias era sinónimo de traicion,» se manifestó luego muy benévola hácia la Liga de los derechos de París, inclinándose muy marcadamente hácia un arreglo honroso logrado por tal mediacion. Los que inculpan á la Commune una oposicion sin tregua á toda idea de paz, olvidan que á mediados de Abril publicó con gruesos caractéres el *Diario oficial* un breve artículo, en que se manifestaban claros deseos de una conciliacion, echando sobre los de Versalles toda la responsabilidad de seguir la guerra hasta el último trance.

Decia así:

«Mr. Thiers ha enviado el domingo un delegado cerca de la Liga de la union republicana para la defensa de los derechos de París.

«Ese delegado traia por mision declarar que Mr. Thiers no estaria distante de discutir acerca de la paz tomando por base el manifiesto de la Liga.

»El lunes han salido para Versalles los ciudadanos Bonvalet, Lafont y Desonnaz, los cuales á su llegada serán recibidos inmediatamente por Mr. Thiers.

»Tambien ha marchado á Versalles el ciudadano Schœlcher, llevando el manifiesto de la Liga de la union republicana.

»Pedirá el ciudadano Luis Blanc, ó cualquiera otro diputado de París, que lea ese manifiesto en la tribuna de la Asamblea nacional, á fin de ponerse á la derecha en el caso de adoptar una decision.

»En el caso en que Luis Blanc se negase á leer el manifiesto en la tribuna, lo leeria el ciudadano Schœlcher.

»Las bases de las negociaciones son las siguientes:

»Armisticio entre las dos partes: nombramiento por una y otra de delegados encargados de las negociaciones definitivas.

«Nos parece imposible que se frustren negociaciones entabladas en esos términos. Si la Asamblea las rechazase, seria declarar á París una guerra sin piedad. Y las provincias, informadas de los sucesos, se levantarían como un solo hombre para ahogar en su crimen á los abominables autores de esas salvajes provocaciones.»

\*  
\*\*

Hasta aquí las noticias publicadas por la Commune, pero sus esperanzas carecian de fundamento. Es cierto que á instancias de Thiers partió para Versalles una comision de la Liga de los derechos de París; pero hizolo todo el astuto político con carácter extra-oficial, y para destruir mejor con sus equilibrios y habilidades la obra de los republicanos templados que contaban con una influencia decisiva en las

principales capitales de las provincias. Con sus *distingos* y con sus eternas salvedades, garantizó que conservaría la forma republicana, contestóles que el municipio de París entraría en el *derecho comun* de las grandes ciudades; es decir, que tendría sus alcaldes nombrados por el Poder Ejecutivo, y añadió por último que no reconocía como beligerantes á los comuneros y por lo tanto no podía ni quería pactar un armisticio, pero que respetaría las vidas de los insurrectos, reservándose castigar á los asesinos.

Júzguese de qué parte estaba la intransigencia y la enemiga hácia toda conciliacion. Pero esta rigidez espantosa que al vano aparato de una autoridad desprestigiada y condenada en la opinion pública sacrificaba millares de víctimas, pudo apreciarse en toda su monstruosa crueldad en las gestiones que hizo la franc-masonería para evitar el derramamiento de sangre.

\* \* \*

La Asamblea, al discutir la ley municipal, tuvo una ocasion excelente para haber puesto término á la guerra civil, [votando libertades y franquicias para los Ayuntamientos de las ciudades. Con esta base, la conciliacion habria evitado catástrofes sin cuento. Los franc-masones de París, que en vista de las escenas de desolacion y de crímenes que cada día les ofrecia la guerra, salieron del misterio de sus templos para intervenir públicamente en asuntos públicos en pró de la humanidad, nombraron una delegacion, que dirigiéndose á Versalles dijo á Mr. Thiers:

«Hacednos la concesion de elaborar una ley municipal más conforme con la voluntad de la parte inteligente del país, y podemos aseguraros que los ciento cincuenta mil neutrales que asisten en París al drama, cuyo desenlace por la fuerza, ni para unos ni para otros puede ser bueno, tendrán bastante influencia moral para restablecer la paz en la ciudad.»

Thiers y la Asamblea contestaron haciendo una ley en la que al Ayuntamiento de París se imponía la presencia del prefecto del Sena, y de un prefecto de policía, y en la que se sometía además al Poder Ejecutivo el nombramiento de sus alcaldes y de sus adjuntos de distrito. Los franc-masones insistieron en pedir una ley municipal en sentido más democrático respondiendo de la paz, y el jefe del Poder Ejecutivo reprochó amargamente para contestar á los ciento cincuenta mil neutrales de que le hablaban, el no haber ayudado al Gobierno á reprimir por la fuerza el movimiento de Marzo. «¡Cómo Mr. Thiers, contestaron los masones, hubiérais querido que nosotros, sociedad masónica, cuyo mayor número de hermanos pertenece á los neutrales; nosotros, que no admitimos la pena de muerte bajo cualquier forma que se aplique, sea la guillotina ó el chasapot; nosotros, que no hemos tomado las armas contra vuestros soldados; nosotros, las habíamos de tomar contra ciudadanos! Esto era imposible. Contra el extranjero bien sabe Dios con cuánto valor íbamos, por más que la humanidad gimiera por ello en nuestros pechos. Pero contra franceses, jamás. Solamente dadnos una buena palabra; dejadnos la esperanza de que nos será permitido conciliar-

nos en el terreno de las franquicias municipales y nos esforzaremos por ser los instrumentos de la pacificación.

«Esta palabra (dijo luego la delegación masónica en la relación de sus gestiones en Versalles), esta esperanza tenemos el sentimiento de decirlo, no la hemos podido obtener del jefe del Poder Ejecutivo de la República francesa, hasta el punto de que se nos escapó preguntarle si estaba entonces resuelto á sacrificar á París. Nosotros no os diremos su respuesta »

Voces numerosas exigieron al oír tal reseña cual fué aquella contestación, y la delegación masónica terminó su relato con estas terribles palabras.

«La respuesta es bien corta.

Héla aquí:

*«Habrá algunas casas agujereadas, algunas personas que mueran, pero todo cederá á la ley.»*

¡Hasta ese extremo de implacable rencor llevaban los hombres de Versalles sus sentimientos! ¿Tenían derecho luego para quejarse, cuando al entrar en París encontraron incendios y ruinas?

\*\*\*

Otra asociación análoga á la Liga de los derechos de París se constituyó algún tiempo después en la capital, y alcanzó poderosa influencia estando á punto de levantar á los departamentos como mediadores entre ambos beligerantes. Llamóse la Alianza republicana, y se componía de una multitud de grupos de ciudadanos que pertenecían á diver-

sas provincias. Todas sus tentativas de conciliacion se estrellaron como no podia ménos de suceder contra Versalles, que exigía la rendicion á discrecion y la entrega de las armas como condicion ineludible; pero una circunstancia vino á servir admirablemente á estos representantes de los departamentos y á dar importancia á sus trabajos. En las elecciones que tuvieron lugar en toda Francia hácia fines de Abril, para renovar los concejos municipales, el partido republicano triunfó en casi todas las ciudades de primero y de segundo orden. La Alianza republicana intervino directamente cerca de los elegidos, y les hizo presente que la conciliacion era una verdadera necesidad de la patria y que estaba en su deber el provocarla. Las ciudades más importantes enviaron entonces delegados cerca de Thiers para comprometerlo á hacer interrumpir aquella lucha fratricida y á prestarse á un arreglo.

El jefe del Poder Ejecutivo á todos los halagaba con promesas, y sobre todo con la seguridad de no dejar echar abajo la República mientras él estuviese en el poder.

Las gestiones más importantes de este género fueron debidas á las municipalidades de Lyon, de Burdeos y del Havre, á las que se unieron tantas otras que el movimiento estuvo á punto de generalizarse. La Alianza republicana trató de reunir todos estos elementos, y tomó la iniciativa de un gran congreso departamental en el que los delegados de los municipios de Francia debian tomar parte y reunirse en Burdeos. Grande idea era esta, que habria salvado el conflicto por medio de una representacion legítima y genuina de la opinion general en Francia. Pero el Go-

bierno, temeroso de ver levantarse enfrente de su congreso de rurales una Asamblea rival, que correspondiera á los sentimientos y aspiraciones del país, se opuso á su reunion, y una vez más pudieron convencerse los enemigos de la reaccion que no bastan las ideas ni los buenos deseos para hacer triunfar una causa, sino que se necesitan los medios materiales para vencer los obstáculos que en el camino del progreso levantan los viejos intereses.

A otro recurso extremo apelaron los franc-masones para evitar el derramamiento de sangre y la continuacion de la lucha. El dia 29 de Abril los miembros de todas las logias de París, en número de 10 á 11.000, se dirigieron al Hotel de Ville siguiendo las grandes arterías de la capital en medio de las aclamaciones de toda la poblacion parisiense. Cuando saliendo de allí reunidos llegaron luego á la avenida de la Grande Armée, á pesar de las bombas y la metralla enarbolaron sesenta y dos de sus banderas enfrente de los sitiadores.

Su bandera blanca: «*Amémonos los unos á los otros*» adelantándose sobre las líneas versallesas hizo cesar el fuego desde la puerta Dauphine hasta la puerta Bineau. La cabeza de sus profundas columnas tocaba ya la primera barricada de los sitiadores. Tres masones fueron admitidos como delegados. Todos sus esfuerzos no pudieron conseguir mas que una corta tregua de los generales á quienes se dirigieron en Neuilly, en Courbevoie y en Rueil, cuyas pobla-

ciones los aclamaban con los gritos de ¡viva la masonería! Dos de entre ellos, cediendo á las instancias de los generales, fueron á Versalles sin mandato y en contra de la línea de conducta que se habian trazado, pero para no omitir ni la última tentativa de conciliacion.

No obtuvieron nada, absolutamente nada del jefe del Poder Ejecutivo. El fuego interrumpido el 29 á las cuatro de la mañana, volvió á empezar de nuevo la mañana del 30, acompañado de bombas incendiarias. Una delegacion de los franc-masones colocada en la puerta Maillot hizo constar la profanacion de las banderas.

De los versalleses partieron los primeros tiros, y un franc-mason fué la primera víctima de aquel dia.

ciones, los adelantaba con los fines de servir las necesidades.  
Des de entre ellos, se eligió a las mas sanas de los generos-  
les, dieron a 7 reales sin mandato y en copia de la lista  
de conductas que se habian trazado, pero para no omitir ni  
la ultima tentativa de conciliacion.

No obtuvieron nada, absolutamente nada del jefe del  
Poder ejecutivo. El fisco interesaba el 30 a las cuatro  
de la mañana, volvió a comparecer de nuevo la mañana del  
30, acompañado de botines incógnitas. Una delegacion  
de los franc-masones colocada en la puerta hallólo hizo  
conocer la prohibicion de las banderas.

De los versalles partieron los primeros tiros, y un  
franc-mason fué la primera victima de aquel dia.

### CAPITULO XXXIII.

**El comité de salvacion pública.—Rossel en la delegacion de guerra.—La traicion de Moulin-Saquet.—La batería de Montretout. Se acentúa mas la dictadura.—Divisiones en el seno de la Commune.**

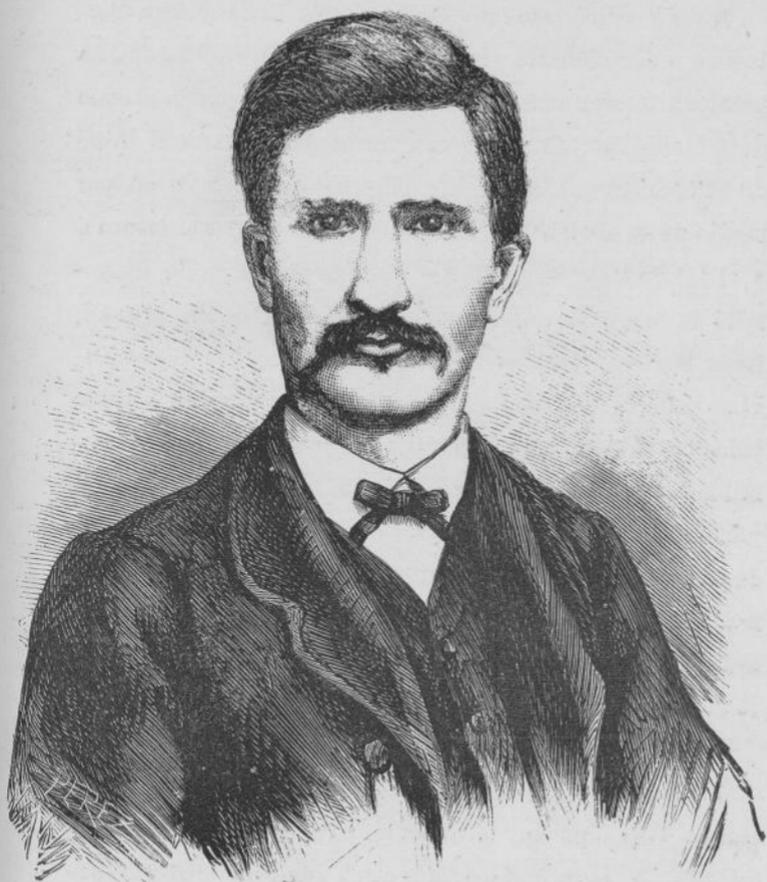
La caída de Cluseret señaló una nueva etapa no tanto en las operaciones militares como en la política de la Commune. Las voluntades y las iniciativas de muchos de sus miembros que se habian plegado á duras penas á la direccion del delegado de guerra, en quien reconocian pericia y valor, se levantaron unánimes contra su poder cuando vieron la situacion comprometida, y parodiando siempre la revolucion del 93, recurrieron para salvar los peligros extremos que anunciaban una ruina inmediata, al nombramiento de un comité de salvacion pública. Esta apelacion al terrible *salus populi*, disfráz eterno de todas las tiranías, era una medida altamente impolítica, adoptada solo por la imposicion de las pasiones en contradiccion evidente con las ideas de la democracia y con los mismos principios de aquella revolucion. Hiriendo los sentimientos de muchos liberales y republicanos de buena fé, esta situacion excepcional que se creaba, los alejaba mas y mas de la Commu-

ne y acusaba falta de fé en los procedimientos democráticos, sin conseguir por ello ni un átomo mas de fuerza en apoyo de la causa que trataban de salvar.

No se verificó este movimiento hacia la verdadera dictadura revolucionaria sin hallar una gran resistencia. La prensa hizo oír numerosas reclamaciones y hasta en el seno de la Commune veinticinco miembros abandonaron el Hotel de Ville antes que la votacion empezara y protestaron por medio de su abstension. Sin embargo, la mayoría triunfó, y el 1.º de Mayo se publicó el decreto organizando un comité de salvacion pública compuesto de Antonio Arnaud, Leon Meillet, Ranvier, Félix Pyat y Antonio Gerardín. «Los poderes mas extensos, añadía el *Diario oficial*, sobre todas las delegaciones y comisiones se conceden á este comité, que solo será responsable ante la Commune.» Y al mismo tiempo, como queriendo indemnizar á la Commune de esta parte de poder de que se desprendia, aumentóse mas el desacierto disponiendo que los miembros de la Commune no pudieran ser sometidos á otra jurisdiccion que á la suya.

\* \*

El nombramiento de Rossel para la delegacion de la guerra, coincidió con la creacion del comité de salvacion pública. En estas dos medidas cifró sus esperanzas la mayoría de la Commune, y si imprudente fué la una, tuvo gran oportunidad la otra, que si posible hubiera sido salvar la situacion en el extremo de descomposicion en que las divisiones tenian sumida, Rossel la habria sacado á seguro puerto con su energía y su entendida direccion. Es Rossel



**LUIS NATHANIEL ROSSEL,**  
fué fusilado en Paris en Noviembre de 1871.



una de las figuras mas brillantes de todo aquel período y una de las glorias militares que Francia debe registrar en los anales de sus héroes. Todo nobleza, todo abnegacion y heroismo, Luis Nathaniel Rossel era la personificacion del verdadero patriota que despues de combatir, tenáz y enérgicamente contra los prusianos, se ponía de parte del pueblo contra los que tan ignominiosamente habian pactado con el extranjero. Tenia solo veintisiete años. Se habia educado en la escuela politécnica donde adquirió grandes conocimientos que, aumentados y corregidos con la experiencia, tuvo lugar de acreditarlos en los cortos días de su mando, y despues en una obra que escribió mientras llegaba la hora de su inhumana ejecucion. Capitan de ingenieros durante la guerra prusiana, probó que tenia condiciones para ser un gran general, al par que eminentes virtudes para ser un gran ciudadano. Gambetta adivinó en él el génio y Delescluze, á pesar de su oposicion al militarismo, supo aprovechar su cooperacion para la defensa de la Commune.

Solo á él puede atribuirse la salvacion del fuerte de Issy, ya abandonado y perdido, y solo á él tambien se debió el que se rehiciera el estado moral por medio de algunos combates parciales victoriosos y el que se restableciera algun tanto la organizacion de la Guardia nacional que cada vez se relajaba y perdía mas. ¡Gran desgracia fué para los comuneros que llegara tan tarde al poder y que las trabas y los obstáculos de su mismo partido anularan su accion, reduciendo á la impotencia sus nobles esfuerzos!

\*  
\*\*

Muy tarde era, con efecto, para vencer contando con tan desunidos elementos y teniendo que combatir á un enemigo tan solapado y traidor como el de Versalles. La toma de la estacion de Clamart por sorpresa y traicion, sucedió al nombramiento de Rossel que, no habiendo podido impedirlo, la recuperó, y no siendo sostenible ya la posicion hizo incendiar cuanto podia servir de apoyo al enemigo y se replegó en órden sobre las fortificaciones. Pero la traicion no tardó nada en vender otra posicion á los de Thiers. El general que mandaba las tropas que rodeaban el Moulin-Saquet compró un dia la consigna, y aprovechando las sombras de una noche oscura, el reducto fué invadido y pasados á cuchillo sus defensores que tranquilamente dormian. Esta nueva matanza perpetrada por los versalleses, consta de sus mismos partes oficiales, y hacen estremecer de horror á todo el que conserve un resto de sentimientos humanos.

«El reducto de Moulin-Saquet, decia el telégrama oficial, ha sido tomado por asalto con mucho empuje por las tropas del general Lacreteille.—Doscientos muertos han quedado sobre el terreno,» cuyo parte comenta el oficial superior del ejército de Versalles, á cuya historia nos hemos referido varias veces, en estos términos: «Los defensores del reducto, que pertenecian á los batallones 55.º y 120.º de los comuneros, fueron sorprendidos en un sueño muy pesado á consecuencia de las bebidas, y ninguno de ellos opuso resistencia.»

Y como si esta simple relacion de trescientos hombres dormidos, asesinados á sangre fria y á traicion no fuera ya bastante horrible, añade tranquilamente aquel singular

historiador con toda la espontaneidad de su alma: «El éxito de este pequeño asunto tenia por qué regocijar los corazones mas sombríos de la Asamblea nacional.»

¡Qué horror! Se necesita volver á las tinieblas de los tiempos mas bárbaros de la Edad Media, para hallar cronicones que sean parecidos, aunque no tan sanguinarios y crueles como la famosa *historia de la guerra de los comuneros por un oficial superior del ejército de Versalles.*



El día siguiente á la sorpresa de Moulin-Saquet, lo atacó nuevamente Rossel é hizo desalojar de él á los versalleses. Pero bien pronto descubrieron estos los terribles trabajos que habian hecho para reducir al silencio los fuertes y baterías de París y abrir brecha en sus murallas, y una mañana despertó atónita la poblacion al ruido inimaginable de las setenta bocas de fuego de la colina de Montretout. Esta monstruosa batería, construida en aquel punto que dominaba los tres pisos panorámicos de la defensa de París, Issy, Vanves y Montrouge, estaba hecha á prueba de bomba; tenia dos pisos y setenta cañones de grueso calibre, de los cuales habia ocho de las llamadas piezas de ochenta; porque en efecto, su carga pesó 80 kilogramos. El espantoso fragor de estas máquinas de guerra y sus aterradores estragos que reducian al silencio á las mas poderosas baterías anunciaron á París, que los versalleses estaban resueltos á reducir la capital á ruinas si era preciso, con tal de que quedara en pié su infalible é inmu-

table autoridad, sin hacer ni una concesion ni admitir la transaccion mas pequeña. Tambien pudo verse despues de descubierta la bateria de Montretout, que mas tarde ó mas temprano se abriria brecha en las murallas del recinto, y que la hora del asalto llegaria al fin necesitándose la union y el esfuerzo de todos para rechazar á los vandálicos sitiadores.

\*  
\* \*

En nada de esto se pensó en París: todos mostraban empeño en ocultarse la verdad de la situacion y la Commune mas especialmente que ninguno. Desde un principio se habian venido dando noticias falsas sobre el estado de las operaciones militares, siguiendo el funesto sistema de los doctrinarios que consiste en ocultar las derrotas y aumentar en proporciones gigantescas las mas pequeñas ventajas. Bergeret como Cluseret y Rossel como estos dos, se veian obligados á firmar partes de todo punto inexactos, porque segun las influencias mas dominantes en la Commune, se debia levantar el espíritu público y la moral de la Guardia nacional por esta clase de medios.

Pero el sentimiento del peligro que mal se podia ahogar cuando por todas partes los acontecimientos lo estimulaban, exaltaba todas las pasiones y hacia que las resoluciones mas extremas prevalecieran, y que los hombres de carácter mas impetuoso fueran árbitros de la situacion. Así fué que, desde el nombramiento del comité de salvacion pública, la dictadura se desarrolló sin mas dique que la oposicion de las fracciones que se agitaban en el Hotel de Ville. Las

prisiones se aumentaron; se pusieron en vigor las visitas domiciliarias en busca de armas y una multitud de periódicos fueron suprimidos. Raul Rigault se habia visto obligado á hacer dimision de su cargo de ex-prefecto de policía, porque no le consentia la Commune el derecho de interrogar por sí y ante sí á los detenidos, y Cournet le reemplazó en aquel puesto, pero siguiendo la tradicion que él dejaba. Rigault fué nombrado entonces merced á Delescluze procurador de la Commune, y ya en el puesto de Chaumette y de Hebert, persistió en su sistema terrorista considerando una gloria el equipararse á estos sus antecesores. Los asesinatos de Moulin-Saquet y de Clamart no hacian sino escitar mas el deseo de represalias y justificar ante las pasiones encendidas todas las medidas de rigor por arbitrarias que fueran, sin pensar que nunca una injusticia es legítima, aunque se haga á consecuencia de otra iniquidad. Causa fué este recrudecimiento de la dictadura de que las mal acalladas divisiones de la Commune estallaran al fin, aumentando el desconcierto y preparando una completa y mortal descomposicion.

\* \* \*

La fraccion mas respetable por sus nombres y su representacion, y en la que se contaban Beslay, Jourde, Bermo-  
rel, Courbet, Julio Vallés, Longuet, Arnould y casi todos los internacionalistas se opuso vivamente á la creacion de este período excepcional y amenazó con retirarse de la Commune si se persistia en el nombramiento del comité

de salvacion pública. Una vez nombrado, dejaron de asistir á las sesiones dedicándose cada uno á los trabajos de sus respectivos distritos. Apenas esta importante minoría se retiró, dos tendencias rivales se señalaron en la Commune haciéndose una cruda guerra que alguna vez estuvo á punto de traducirse en sediciones y tumultos. Félix Pyat y Delescluze eran los dos jefes de estos dos partidos, ambos revolucionarios á la antigua y socialistas autoritarios, parecia mas bien que sus luchas eran personales que de doctrina é idea; sin embargo, Pyat apoyado por el comité central de la Guardia nacional, representaba mas bien el elemento socialista del 48 y Delescluze, sostenido por Raul Rigault, por Ferré y Rochefort, encarnaba mas por completo el elemento jacobino atendiendo en aquellos supremos momentos únicamente á vencer al enemigo, sin perdonar medio de ningun género. Estos últimos dominaban en la Commune porque de su parte se ponian cuantos la inminencia del peligro contemplaban, y la fraccion contraria solo debilmente habria podido hacerle la oposicion, á no ser por un nuevo centro, que parecia haber concluido y que remaneció con nueva fuerza y grandes pretensiones llegando á rivalizar con la misma Commune.

---

## CAPÍTULO XXXIV.

El Comité central. — Desorganización. — Desconfianzas. — Operaciones cerca de Issy. — Abandono definitivo del fuerte. — Indignación de Ressel. — Su carta á la Commune.

Desde el día 28 de Marzo en que la Commune se instaló en el Hotel de Ville, el Comité central de la guardia nacional federada cedió su puesto y desapareció de la escena política, haciendo creer á todos que despues de cumplir su mision se habia disuelto. Habiendo sido nombrados muchos de sus individuos miembros de la Commune, y correspondiendo á esta la direccion de las operaciones militares, era el comité central una rueda inútil cuando no perjudicial para el desenvolvimiento de la obra revolucionaria. Si como cuerpo consultivo podia servir, siempre habia el peligro de que dueño de cumplir su voluntad, dejara aislado al municipio elegido por sufragio universal ó lo sometiera á la ley de su soberanía fundada solo en el poder de la fuerza. Estos temores de que una dictadura militar se levantara sobre la Commune, habian cesado por el silencio del Comité, cuando este, á pesar de sus declaraciones de retirarse, y á pesar de haber repetido que se le calumniaba atribuyéndole la intencion de perpetuarse aun á título de sub-comité especial de la guardia nacional, rea-

pareció de repente y se afirmó en estos términos que revelan su decision y su seguridad:

«Algunos periódicos han publicado que el Comité central, habiendo cumplido su mision, se ha disuelto. Esta noticia es completamente falsa.—El Comité, como la guardia nacional, de la que es una emanacion, no puede desaparecer sino con la libertad.—La residencia del Comité central es calle de l'Entrepot, 2.—Los distritos que no estén representados completamente por tres miembros en el Comité central quedan invitados á enviar en el más breve plazo sus representantes, provistos de las actas de su eleccion.—*Por el Comité central y por delegacion.*—Audynaud, Cumet, Prudhomme.»

Los actos del Comité siguieron bien pronto á sus palabras. Pocos dias despues de esta especie de fé de vida tomaba ya acuerdos de gran importancia como un poder independiente, que solo en aras de la armonía y del buen éxito de las operaciones se ponía de acuerdo con alguna que otra delegacion de la Commune. En 12 de Abril publicó un decreto por cuyo contexto puede inferirse la autoridad y la fuerza que revestía aquel supremo centro de la guardia nacional. «Ciudadanos, decía: Ante el crimen desaparecen las opiniones políticas, y la neutralidad es inadmisibile.

»Siempre es uno responsable del mal que ve nacer cuando nada intenta para impedirlo ó para castigarlo.

»En presencia de la inmunda Asamblea de Versalles y de los miembros que constituyen su gobierno, todo el que se escude con una opinion política, ó se declare neutral, es un cobarde ó un cómplice.

»En su consecuencia, considerando que es deber de todos los ciudadanos impedir que sucumban el derecho y la justicia;

»Considerando que para salvar al mundo social en peligro, importa destruir cuanto antes á los cobardes autores de nuestros males y á sus asesinos asalariados;

*El encargado del poder del Comité central*, con las debidas instrucciones, y de acuerdo con la municipalidad del sexto distrito, ordena:

1.º Todos los batallones del sexto distrito pasarán á la mayor brevedad al Comité central los estados de las compañías.

2.º Todos los ciudadanos llamados por el decreto de 7 de Abril de 1871, y que no estén aun inscritos, deberán hacerse inscribir en los registros abiertos, al efecto por la municipalidad en el término de cuarenta y ocho horas desde la fijacion de este decreto en las esquinas.

3.º Todos los ciudadanos válidos, cuya edad esceda del límite fijado por el citado decreto, formarán parte de la Guardia sedentaria y deberán hacerse inscribir si no lo están ya.

4.º Se nombra una comision encargada de formar por los registros del estado civil, por las listas electorales, por los libros de policía y por el censo de contribuyentes la lista de los ciudadanos comprendidos en las diversas categorías de edad, á fin de someter á un tribunal militar á los desertores y á los refractarios, y de provocar además la supresion de sus derechos civiles, porque es absolutamente preciso que los cobardes arrastren por la ciudad á la vis-

ta y ante el desprecio de sus conciudadanos la marca de su ignominia.

Por el Comité central, *el encargado de sus poderes*,  
LACORD. »

Como se vé por tan singular decreto el Comité central no encontraba límites en su esfera de acción y tomaba disposiciones de tanta trascendencia y de índole tan general, bajo la firma del encargado de su poder.

\*  
\*\*

Pueden imaginarse los conflictos que de esta dualidad entre el delegado de guerra y el Comité de los federados surgirían, agravados cada día más á medida que el peligro avanzaba. Fácil es descubrir la huella de estas divisiones en los decretos de los delegados de guerra, revindicando su derecho de dirigir las operaciones militares y prohibiendo severamente la obediencia á otras órdenes que no fueran las suyas. La indisciplina natural en las masas de voluntarios era la más á propósito para aumentar el desconcierto que de aquí había de originarse. Así como había alcaldes de distrito que solo obedecían á sus inspiraciones y al grupo que los apoyaba, había también jefes militares que obraban en virtud de sus propios planes, y que diariamente promovían obstáculos á la Commune, que sin cesar necesitaban hacer grandes esfuerzos para reducirlo todo á la unidad de acción. Sirva solo ahora de ejemplo Gaillard (padre) jefe de un batallón especial, que levantaba barricadas

donde bien le parecia sin atender á un plan extratégico superior y sin contar con autorizacion de nadie.

La caida de Cluseret avivó más las pretensiones del Comité central, que al ver el mal resultado de la especie de dictadura concedida al general norte-americano, exigia violentamente una intervencion directa en las operaciones militares. En algunos clubs de los más exáltados se pidió la destitucion de la Commune y el restablecimiento del Comité central como único poder, en tanto que la guerra durara, y la misma Commune tuvo que transigir y concederle en absoluto la administracion de guerra, de la que tuvo que despojar á Rosell, con lo cual se estableció un dualismo y una rivalidad que todo lo desconcertaba y lo perdia.

\*  
\* \*

El peligro constante de ser víctimas de una traicion y los descubrimientos diarios de los trabajos de zapa de los versalleses, sembraban la desconfianza entre los comuneros, haciendo que cada uno calificara de venta á los versalleses las opiniones contrarias de su compañero. Las sospechas anulaban toda accion y acaecia generalmente que quien ménos las inspiraba porque tenia más interés en fingir, era precisamente el verdadero traidor. Terrible daño causó esta sospecha constante y general porque toda salida llegó á hacerse imposible. Lamentando esta funesta enfermedad trazó Enrique Rochefort este cuadro de la situacion que debe servir de enseñanza contra una tendencia

que siempre tienden á exagerar las muchedumbres de nuestros tiempos.

«Lo que devora á la Commune, decia en le Mot d'Ordre, lo que perturba el Comité central, enerva la guardia nacional y finalmente disuelve la República, no es ni el prusiano instalado en nuestras puertas, ni las bombas de Mr. Thiers, ni las leyes elaboradas por Mr. Dufaure; lo que nos mata es la desconfianza. El Hotel de Ville desconfia del Ministerio de la Guerra; el Ministerio de la Guerra desconfia de la marina; el fuerte de Vanves, desconfia del fuerte de Montrouge; el cual desconfia del fuerte de Bicetre; Raul Rigault, desconfia del coronel Rossel y Vesinier desconfia de mí. La desconfianza, que ha sido siempre la llaga del partido republicano, ha pasado desde los últimos acontecimientos al estado de azote. Por poco que un hombre haya gozado de autoridad durante cuarenta y ocho horas, quince voces, desconfiando por supuesto las unas de las otras, se reunen para gritar: «Detengámoslo, ese debe estar vendido á los Orleans.»

\*  
\*\*

La influencia que tales circunstancias ejercian en las operaciones militares, no podia ser más fatal. Inútiles eran cuantos esfuerzos hacia el heroismo individual de los ciudadanos; inútiles tambien la energía y la inteligencia del delegado de la guerra. En vano fué que Moulin Saquet y Clamart fueran reconquistados por los comuneros, porque no pudiendo reunirse una division bien organizada para

defender toda aquella zona, los versalleses continuaban siempre avanzando y estrechando cada vez más el fuerte de Issy. Sucesivamente fué apoderándose el ejército sitiador de la población de Issy, de sus comunicaciones con Vanves, y por último de su castillo, cerrándole todo camino para recibir socorros. Después de tres días de sangrientos combates lograron asimismo establecerse en la estación de Clamart. Más de quince mil hombres y un número fabuloso de piezas de artillería estaban combatiendo hacia más de un mes el fuerte de Issy, cuya guarnición no ascendía entonces á quinientos hombres y hubo momentos de estar reducida á la mitad: más de cuatro mil proyectiles habian caído sobre él, y desmantelado, en ruinas y casi sin gente que lo defendiera, todavía en sus últimos disparos pudo desalojar á los versalleses del castillo del pueblo, reduciéndolo á cenizas. El comandante Wetzel fué muerto de un casco de granada: Rossel nombró en su lugar al capitán Dumont, hombre friamente enérgico, según decia el decreto. Dumont fué muerto de un balazo en el trascurso que mediaba de la poterna á las fortificaciones donde se negó á admitirlo la guarnición. Otros dos oficiales enviados más tarde, fueron igualmente fusilados en el trayecto. La pequeña guarnición, temiendo un cerco formal y no esperando recibir socorro, acordó abandonar el fuerte, dejando cinco guardias para hacerlo volar. En diferentes grupos fueron evadiéndose los últimos defensores de Issy, y no tuvieron valor para cumplir su desesperada empresa los que quedaron para incendiar la mina que habria impedido al fuerte caer en poder del enemigo. Los versalleses tardaron

poco en apercibirse del abandono, y tomando grandes precauciones lo ocuparon hallando solo un monton de ruinas y un material de guerra completamente inutilizado.

A las once de la mañana del dia 9, la bandera tricolor reemplazó á la bandera roja, y fué tal la cólera que encendió este hecho en los comuneros que lo contemplaron, que un grupo numeroso se avanzó resuelto contra el fuerte, llegando á pecho descubierto hasta el pié de las fortificaciones.

El 38 de línea los dejó avanzar hasta unos sesenta metros, y los saludó con una primera descarga que dejó á cierto número fuera de combate. Sin embargo, se rehicieron á la voz de su comandante herido y ensangrentado, que, espada en mano, les señalaba todavía el camino y el obstáculo. Una segunda tentativa, acogida por un fuego bastante nutrido, tuvo el mismo resultado que la primera. Los pocos que quedaban de aquel puñado de valientes, se apiñaron una vez más ante las balas, y dieron algunos pasos hácia adelante; pero el jefe cayó muerto y así concluyó aquella tentativa sublime de la desesperacion y del valor.

Cuando la noticia de la pérdida del fuerte llegó hasta el delegado de la Guerra, una inmensa cólera se apoderó de él contra los que habian inutilizado sus esfuerzos. Al ver sus proyectos destruidos, y al ver que todos sus trabajos venian por tierra por la inercia, la desconfianza y la nulidad de algunos jefes, cegó de ira; y sin pensar siquiera en des-

tuir los obstáculos interiores que perdian su accion resolvió abandonar su puesto lanzando sobre los autores del fracaso la responsabilidad de cuanto ocurría y el peso de su indignacion desesperada, sacrificando á este cruel enojo su respeto y sus consideraciones á la causa de la Commune, á la que extendió toda su acusacion. Arrastrado por este sentimiento hizo imprimir sin consultar á nadie unos grandes carteles anunciando la toma del fuerte de Issy, lanzando así en la poblacion el desaliento y el enojo, y de seguida dirigió una carta á la Commune, que publicada en muchos periódicos puso de relieve los males de la situacion cuando era imposible ya remediarlo. Solo en presencia de esta carta en que descubria sus angustias y torturas de los últimos dias, puede apreciarse el estado en que entonces se hallaban las fracciones de la Commune, y disculparse el feróz ataque que envolvía la célebre dimision de Rossel.

Hé aquí este original documento que no sin razon se ha llamado por alguno flecha de Parto.

«Ciudadanos miembros de la Commune:

«Encargado por vosotros con título provisional de la delegacion de la Guerra, me siento incapáz de llevar por más tiempo la responsabilidad de un mando donde todo el mundo delibera y nadie obedece.

«Cuando ha sido preciso organizar la artillería, el Comité central de artillería ha deliberado y nada ha prescrito. Despues de dos meses de revolucion, todo el servicio de vuestros cañones descansa sobre la energia de algunos voluntarios, cuyo número es insuficiente.

«A mi entrada en el Ministerio, cuando he querido favo-

recer la concentracion de armas, la requisita de caballos, la persecucion de los refractarios, he pedido á la Commune el desarrollar las municipalidades de distrito.

»La Commune ha deliberado y nada ha resuelto.

»Más tarde el Comité central de la federacion ha venido á ofrecer casi imperiosamente su concurso en la administracion de la Guerra. Aconsejado por el comité de salvacion pública, he aceptado este concurso de la manera más sencilla, y me he deshecho en favor de los miembros de este comité, de todos los datos que tenia sobre la organizacion. Desde ese tiempo, el comité central delibera y todavía no ha sabido obrar. En este plazo el enemigo envolvía el fuerte de Issy con ataques aventurados é imprudentes, que yo habria castigado si hubiese tenido disponible la más pequeña fuerza militar.

»La guarnicion mal mandada se llenaba de miedo y los oficiales deliberaban, echaban del fuerte al capitán Dumont, hombre enérgico que llegaba para mandarlos, y, siempre deliberando, evacuaban su fuerte, despues de haber hablado neciamente de hacerlo saltar, cosa más imposible para ellos que defenderlo.

»Esto no es bastante. Anteayer, mientras que cada cual debia estar trabajando ó en el fuego, los jefes de legion deliberaban para sustituir con un nuevo sistema de organizacion, el que yo habia adoptado con el objeto de suplir la imprevision de su autoridad siempre móvil y mal obedecida. De su conciliábulo resultó un proyecto cuando se necesitaban hombres, y una declaracion de principios cuando hacian falta hechos.

»Mi indignacion los trajo á otros pensamientos y me prometieron para hoy, como el último término de sus esfuerzos no más que una fuerza organizada de 12.000 hombres con los cuales yo me comprometo á marchar contra el enemigo. Estos hombres debian hallarse reunidos á las once y media: es la una y no están dispuestos: en lugar de 12.000 son unos 7.000 próximamente. Esto no es de ningun modo lo mismo.

»De esta suerte la nulidad del comité de artillería impedia la organizacion de la artillería: las incertidumbres del Comité central de la federacion detienen la administracion; las preocupaciones mezquinas de los jefes de legion, paralizan la movilizacion de las tropas.

»No soy hombre que retrocede delante de la represion, y ayer, mientras que los jefes de legion discutian, el peloton de ejecucion les esperaba en el patio. Pero no quiero tomar solo la iniciativa de una medida enérgica, y cargar solo con la odiosidad de las ejecuciones que seria preciso hacer para sacar de este caos la organizacion, la obediencia y la victoria. Si fuese siquiera protegido por la publicidad de mis actos y de mi impotencia, podria conservar mi mandato. Pero la Commune no ha tenido el valor de afrontar la publicidad. Ya en dos ocasiones os he dado explicaciones necesarias y esas dos veces habeis querido, á pesar mio, tener el comité secreto.

»Mal ha hecho mi predecesor en batirse en medio de esta situacion absurda.

»Ilustrado por su ejemplo, y sabiendo que la fuerza de un revolucionario solo consiste en la claridad de la situa-

cion, tengo dos caminos donde elegir: romper el obstáculo que dificulta mi accion ó retirarme.

»No romperé el obstáculo, porque el obstáculo sois vosotros y vuestra debilidad: yo no quiero atentar á la soberanía pública.

»Me retiro, y tengo el honor de pedir os una habitacion en Mazas.

ROSSEL.»

Toda el alma del antiguo capitán de ingenieros se halla grabada en este documento: sus grandes virtudes, como sus defectos resaltan en él, y al mismo tiempo que se admira su temple de bronce y su carácter de héroe, no puede ménos de censurarse que á la justificacion de su nombre, no vacilará en sacrificar á su partido, haciendo públicos sus desaciertos y escitando con estas declaraciones más aun á la desconfianza y á la desobediencia de que tanto se lamentaba.

## CAPITULO XXXV.

La Asamblea de Versalles y la Commune de París.—Tendencias teocráticas de la mayoría de la Asamblea.—Su oposicion á Thiers. Reformas de la Commune.—Medidas respecto á los trabajadores.—Integridad de los comuneros.—La columna de Vendome. Su demolicion.

Grandes clamores se han levantado de todos los campos contra la Commune de París, ya por las violencias ejercidas por sus miembros, ya por los decretos por ella otorgados. ¿Pero no es una parcialidad injusta apurar los rigores de una severa censura contra los hombres que llegaban por primera vez al poder, y pasar por alto la conducta de los privilegiados de la fortuna y de la ciencia, que teniendo á su favor las ventajas de la experiencia, del saber y de la educacion estaban congregados en Versalles? Mal se puede juzgar de los unos sin apreciar los actos de los otros, y verdaderamente cuando el partido vencedor tanto escarnece al vencido, justo es examinar su conducta.

La Asamblea de los rurales disfrutaba de una libertad de que estaba muy distante la Commune; podia tranquilamente entregarse á sus trabajos legislativos, segura de que sus generales y soldados llevaban á cabo sus operaciones con pericia y arrojo. Las noticias de las victorias eran es-

tímulos diarios para que se dedicara al bien del país. ¿Qué hizo la Asamblea? Aquellos insensatos que habian provocado y hecho estallar la sangrienta guerra que desolaba su patria, lejos de reparar sus faltas, se obstinaron cada dia más en su política de furioso odio y ciega demencia. La ley municipal, tan reaccionaria y restrictiva fué de esto una prueba evidente. El jefe del poder ejecutivo prescindió de la Asamblea en la direccion de los negocios públicos, reduciéndola al oficio de aplaudir sus noticias sobre las operaciones militares. La Asamblea, enloquecida de terror en los primeros dias, dormitaba en un letargo estúpido, y las horas enteras se pasaban los diputados viendo tranquilamente las obras que se hacian en el techo del local de las sesiones para que penetrara la luz del dia. Mientras millares de hombres se mataban en los alrededores de París, un representante apoyó en un extenso discurso una proposicion sobre el tallado del diamante, y porque la Cámara no le oia la apostrofó llamándola ignorante é insulsa.

Pero no bien los triunfos del ejército hicieron perder todo miedo á los trashumantes diputados de Burdeos, aspiraron estos á jugar el principal papel y recoger los frutos de una victoria que no solo no habian alcanzado, sino que más bien habian comprometido. Solo con este objeto, para hacer prevalecer el espíritu teocrático de la mayoría, se votaron unas rogativas públicas en toda Francia, en los distintos cultos con que adoran á Dios los franceses. Esta

vuelta á los días del derecho divino y esta apelacion á Dios, cuando Mac-Mahon estaba ya á las puertas de París, escitó una profunda indignacion en todo el país, porque el verdadero dios á quien aquella votacion se encaminaba era el conde de Chambord, cuya restauracion anunciaban los curas en todos tonos. Esto era dirigir un nuevo reto á la Francia de Voltaire, á la Francia del 89 y del 92.

A esta disposicion más que otra cosa pueril vino á agregarse un peligro mayor. La derecha empezó á prestar todo su apoyo á una exposicion con infinidad de firmas en favor del Papa, cuyo poder acababa de ser derrocado en Italia. Se hacia firmar á las mujeres y á los niños, hasta á los niños de dos años á quienes se necesitaba llevar la mano sobre el papel. Aquellos espectros de la restauracion no habrian temido lanzar á su país á nuevas aventuras y empezar una guerra absurda para restablecer en su carcomido trono á Pio IX, viejo decrépito y para restaurar el pontificado más decrépito todavía.

Estas tendencias llegaron á hacerse patentes en la Asamblea; se quiso derrocar á Thiers y tomar por asalto el Gobierno para ponerlo en manos del rey de derecho divino el aventurero borbónico que se hace llamar Enrique V.

Mr. Mortiner-Ternaux se encargó del ataque, y apoderándose de unas palabras en que el jefe del Poder Ejecutivo prometia conceder la vida y la libertad á los comuneros que se acogieran á indulto, preguntó si así era como se en-

tendia el castigo de los culpables ó si estas palabras habian sido realmente pronunciadas. Hasta para una lucha parlamentaria buscaban los amigos del despotismo un pretexto digno de ellos. A los imbéciles y cobardes de la Asamblea, que llenos de terror habian querido en los primeros dias huir á Tours ó á Poitiers, les parecian ahora poco todos los horrores á que se entregaba el ejército, y su primera censura era contra la clemencia escitando á la crueldad y al exterminio. Nada hay más terrible ni más repugnante que la rabia de un borrego.

El astuto jefe de la República comprendió el ataque y no contestó á él directamente; pero se irguió contra esas mezquinas diatribas, se declaró pronto á dar su dimision y solicitó un voto de confianza.

«Esperad, gritó, esperad aun ocho dias cuando todo esté concluido, y la empresa estará á la altura de vuestro valor y de vuestra inteligencia.»

La derecha se sintió anonadada ante aquel duro apóstrofe, y se retiró vencida y humillada.

¡Triste idea debe tener de la libertad Thiers, cuando ha dicho de esta misma Asamblea que es una de las más liberales que ha habido en Francia!

El paralelo entre esa Asamblea de las clases medias y conservadoras y la Commune de París resultado directo de la soberanía del cuarto estado, hace olvidar ciertamente muchos de los errores y extravíos de esta última. La

Commune se veía combatida por una guerra de exterminio, minada por la traicion, acosada y perseguida como si fuera una horda de criminales, tenia que pelear, que allegar recursos, que salvar conflictos interiores y aun en medio del caos que la envolvía y de los obstáculos que por doquiera hallaba, dió altas pruebas de su rectitud, de su espíritu reformador y reveló que era más digna de dirigir los destinos de la Francia, que los cortesanos y doctrinarios de la Asamblea de Versalles.

Fuera parte de los excesos cometidos en virtud de las circunstancias excepcionales y debidos á los resabios y tristes tradiciones de los partidos doctrinarios, la Commune acometió reformas y dictó decretos que dieron á entender lo que en tiempos más bonancibles habrían hecho sus hombres. Mientras la Asamblea quería resucitar los tiempos de las rogativas y de los ayunos, la Commune decretaba la separacion de la Iglesia y del Estado, secularizaba por completo la enseñanza, abolía el juramento político y el juramento profesional, prescribía la instruccion inmediata en los casos de arresto hecho por cualquier magistrado, oficial de policía ó guardia nacional, y daba un importante decreto sobre la enseñanza profesional en el que se abría una escuela de niños de doce años en adelante para completar su instruccion y enseñarles un oficio segun los deseos de sus padres.

\*  
\*  
\*

Al par de estas disposiciones, atendiendo á los intereses y derechos de las clases obreras, tomó la Commune un

acuerdo muy digno de atención y que iniciaba en algún modo las reformas socialistas que el pueblo de París tenía derecho á esperar. Con motivo del abandono de muchos talleres por sus dueños que habían huido de París, se hallaban interrumpidos algunos trabajos de primera necesidad, y sufrían alguna miseria los obreros que en ellos estaban. El Gobierno del Hotel de Ville, inspirándose solo en su conciencia, y de acuerdo con los principios socialistas de su escuela, convocó á las Cámaras sindicales obreras, para que una comisión de su seno se encargara:

«1.º De levantar una estadística de los talleres abandonados.

»2.º De presentar una relación exponiendo las condiciones prácticas de estos talleres, para ponerlos en seguida en explotación, no por los desertores, decía, que los han abandonado, sino por la asociación cooperativa de los trabajadores que en él estuviesen empleados.

»3.º De elaborar un proyecto de constitución de estas sociedades cooperativas obreras.

»4.º De constituir un jurado arbitral que debería resolver á la vuelta de los referidos patrones, sobre las condiciones de la cesión definitiva de los talleres á las sociedades obreras y sobre la indemnización que hubieran de pagar las sociedades á los patrones.»

\*  
\*\*

Otro decreto hallamos entre los publicados por el *Diario oficial*, en el cual se revela el espíritu de integridad de la

Commune y su severidad en los asuntos que pudieran referirse á la moralidad de los funcionarios del pueblo. Los que conozcan el período de depredaciones y estafas de todo género llevadas á cabo por los gobiernos imperialistas, pueden comparar la moral de los hombres de orden con la severidad republicana y ejemplar que revela la siguiente resolución:

«Artículo 1.º Hasta el fin de la guerra todos los funcionarios ó proveedores acusados de concusion, depredacion ó robo, serán llevados ante el Consejo de Guerra: la única pena que se aplicará á los que sean declarados culpables es la pena de muerte.

»Art. 2.º En cuanto las bandas versallesas hayan sido vencidas, se hará una indagatoria sobre todos aquellos que de cerca ó de lejos hayan tenido manejo de fondos públicos.»

\*  
\*\*

Voy á ocuparme en el último término de esta breve reseña, de una de las disposiciones de la Commune que más diversamente ha sido juzgada y que más escándalo ha producido: me refiero á la demolición de la columna de Vendome.

En 12 de Abril publicaba el órgano oficial del Hotel de Ville este decreto:

«Considerando que la columna imperial de la plaza de Vendome es un monumento de barbarie, un símbolo de la fuerza bruta y de la vanagloria, una afirmación del milita-

rismo, una negacion del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores á los vencidos, un atentado perpétuo á uno de los tres grandes principios de la República francesa; la fraternidad,

»Artículo único. La columna de la plaza de Vendome será demolida.»

El pensamiento del derribo del trofeo imperialista, pertenecía á Pyat, que secundado por Courbet hizo una campaña vigorosa hasta que la demolicion tuvo efecto. Jamás habia mirado la columna, decia Pyat, sin que se le sublevara el corazon de indignacion y de disgusto; así fué que casi con un himno de triunfo celebró su caída cuando el comité de salvacion pública señaló el dia en que habia de verificarse.

«Ya ha fijado el dia, decia *Le Vengeur*, en que el monumento que simboliza el cesarismo, esa columna que es un ultraje á la Europa, desaparezca para siempre del suelo frances.»

El 22-Floreal París derribará los manes del Brumario: ese monumento del orgullo tiránico y de la servidumbre pública, cae víctima de la gran idea de los Estados-Unidos de Europa: á su caída seguirá pronto la de la columna de Trafalgar en Lóndres, y la de Blucher en Berlin. Con ella caerán todos los vestigios del despotismo de los orleanistas, legitimistas y bonapartistas. Caerá en esa plaza que ha de llamarse en adelante la Plaza Internacional.»

Como de los considerandos del decreto y de las exclamaciones de Pyat se infiere, era grande y noble el pensamiento que inspiró la demolicion del monumento napoleó-

nico; pero el hecho en sí era raquítico y pobre é indigno de los tiempos presentes. Destruir un edificio, un obelisco ó un monumento porque la idea que presidió su formación era contraria al progreso de la humanidad, es condenar á muerte tesoros de arte y fuentes inagotables de verdad para el historiador y el filósofo; es aprobar el vandalismo de los primeros cristianos cuando redujeron á ruinas los modelos de arquitectura del mundo antiguo porque habian servido para templos paganos, y reconocer buena y legítima la fanática barbarie de Omar al incendiar la célebre biblioteca de Alejandría.

El buen sentido habria sin duda prevalecido en la Comune, aplazando más cada dia el cumplimiento del decreto, si el comité de salvacion pública no se hubiera impuesto y con él Pyat no hubiese alcanzado una influencia decisiva. Venciendo entonces cuantos obstáculos se presentaban, vino á tierra la columna el 16 de Mayo, celebrándose con este motivo una fiesta popular.

El monumento era de poco valor artístico aunque de grandes recuerdos en la historia de Francia.

Los cimientos eran los mismos que sirvieron para una estatua de Luis XIV que fué demolida en tiempo de la gran revolucion y tenian treinta piés de profundidad. La columna era del órden dórico á imitacion de la columna trajana y era de piedra, rodeada de 425 placas de bronce con bajos relieves que formaban la historia completa de la campaña de 1805. El bronce pesaba 1.800,000 libras y era el metal de 1,200 cañones cogidos en Ulm y Viena. La altura total de la columna era de 132 piés, tres pulgadas,

y se subía al extremo por una escalera espiral de 176 escalones.

El órgano oficial del Hotel de Ville hizo al día siguiente de la demolición constar la idea humana y civilizadora que por una aberración tan singular inspiró un acto propio solo de los tiempos de la más inculta barbarie.—He aquí sus palabras:

«La fecha del 26 de Floreal será gloriosa en la historia, porque consagra nuestro rompimiento con el militarismo, esa sangrienta negación de todos los derechos del hombre.

La Commune de Paris tenía el deber de echar abajo ese símbolo del despotismo y lo ha cumplido. Así demuestra que coloca el derecho por cima de la fuerza y que prefiere la justicia al homicidio, aun cuando este sea triunfante.»

## CAPITULO XXXV.

Renovacion del comité de salvacion pública.—Luchas entre las fracciones de la Commune.—Delescluze en la delegacion de la guerra.—Nuevas crueldades de los versalleses.—El convento de Oiseaux.—La granje-Ory.—Incendios.—Exaltacion de las pasiones en Paris.

La terrible carta de Rossel fué la tea que vino á hacer estallar la ya cargada mina de las divisiones de la Commune. Delescluze y Rochefort apoyaban al defensor de Issy, dábanle la razon y querian que atendiendo á sus quejas se corrigieran los males que aquel habia señalado, mientras que Pyat y el comité de la guardia nacional lo reducian á prision en Mazas y lo acusaban de crimen de alta traicion. La lucha tomó grandes proporciones y ya no temian los dos bandos que se hicieron públicos, su encono y cruda rivalidad. Delescluze supo sobreponerse á la situacion y creyó que la única forma de satisfacer la opinion excitada con motivo de las revelaciones de Rossel, era destituir al comité de salvacion pública y constituir otro que á todos se impusiera y por medio de la dictadura salvara los peligros del estado desastroso de la guerra. Para evitar los riesgos de una dictadura militar que en daño de la revolucion sobreviviera al triunfo, ideó el nombramiento

de un delegado civil en la guerra, y su aceptacion de este cargo en aquellas circunstancias y su manera de cumplirlo lo eximen de la censura de ambicion, pues solo desgracias y peligros podia proporcionarle una delegacion semejante.

Aprovechando los primeros momentos del conflicto, que á la retirada de Rossel siguió, se presentó en el Hotel de Ville, cuando sus compañeros estaban tranquilamente discutiendo sobre las actas: «Vosotros discutis, exclamó lleno de cólera, cuando acaba de publicarse que la bandera tricolor ondea sobre el fuerte de Issy. Ciudadanos, es preciso tomar una resolucion sin tardanza.» La Commune se constituye en sesion secreta, y despues de una discusion muy reñida, se toman los siguientes acuerdos:

1.° Reclamar la dimision de los miembros actuales del comité de salvacion pública y proceder inmediatamente á reemplazarlos.

2.° Nombrar un delegado civil en la guerra que será asistido por la comision militar actual, la cual inmediatamente se constituirá en sesion permanente.

3.° Nombrar una comision de tres miembros que redacten una proclama.

4.° No reunirse más que tres veces á la semana en Asamblea deliberante, excepto las reuniones que se verifiquen en caso de urgencia á propuesta de cinco miembros ó del comité de salvacion pública.

5.° Constituirse en sesion permanente en las alcaldías de sus respectivos distritos, para acudir á las necesidades de la situacion.

6.° Crear un tribunal de guerra cuyos miembros serán ombrados inmediatamente por la comision militar.

7.° Constituirse en sesion permanente el comité de salvacion pública en el Hotel de Ville.

No quedó del todo satisfecho Delescluze de estas disposiciones porque queria la concentracion de todos los poderes en una sola mano bajo la vigilancia del comité de salvacion pública; pero en la votacion de este pudo derrotar á Pyat que quedó excluido, nombrándose á Gambon y Billio-ray reeligiéndose á Ranvier y á Antonio Arnaud. El mismo Delescluze fué elegido miembro del comité y obtuvo en seguida la delegacion de guerra.

\*  
\*\*

Las pasiones se exacerbaron más con esto y los ataques por ambas fracciones fueron más públicos y violentos. *El Reveil*, diario del nuevo delegado de guerra no vacilaba en atacar de frente á Pyat dirigiéndole esta violenta diatriva.

«Los verdaderos temerarios son los que, depositarios del poder soberano, solo han sabido perder el tiempo en bravatas, cuando no se han hecho los abogados de la anarquía y de la desorganizacion militar en la ciudad. Mr. Félix Pyat debe comprendernos; ese miembro del comité de salvacion pública que introducía hace ocho dias en la direccion de la guerra, la accion disolvente del comité, y que se ha permitido en seguida firmar órdenes á un general sin dar cuenta de ello al delegado de la guerra, único responsable.»

Después de esto Delescluze atacaba rudamente y sin ambages al comité central en su periódico con no menos violencia y con tan fundados cargos.

«Razon tiene Paris, decia, en burlarse de Mr. Thiers convertido en general en jefe. Mr. Thiers es solamente ridículo. Al lado de esto tenemos nosotros en los consejos de legion, en el comité central, multitud de hombres que jamás han asistido á una batalla ni sostenido siquiera un fusil y que quieren á toda costa hacer como *in anima vili* la experiencia de su génio militar sobre el cuerpo de nuestra heroica Commune. ¡Ah! vosotros Duval y Flourens, vosotros al ménos, si habeis sido presuntuosos é incapaces, habeis marchado al fuego los primeros, y vuestra sangre, ha pagado vuestra locura. Pero estas gentes no quiere más que entorchados y galones, solo son buenos para deliberar nuestra desorganizacion... Si el único poder elegido, la Commune ó su emanacion directa al comité de salvacion pública no barre enérgicamente ese torbellino de elegidos bastardos y sin mandatos, que usurpan y adulteran el poder, la revolucion se precipita en un abismo...»

Félix Pyat por su parte aceptaba la batalla y tampoco vacilaba en combatir á sus colegas. Atacando desde el *Vengador* la acumulacion de cargos que tenia Delescluze le zaheria en estos punzantes términos: «La Commune será bastante fiel á sus votos, bastante cuidadosa de ese precioso ciudadano, bastante enfermera de una salud que ha vuelto de Cayena, bastante económica de su tesoro para no prodigarlo. No se puede al mismo tiempo repicar y estar en la procesion. No se puede encender una bujía por los

dos cabos. Que él elija, y cualquiera que sea su eleccion, nosotros la aplaudiremos creyéndole apto para cada cosa, sino para ambas cosas á la vez».

La insistencia de Pyat obligó á Delescluze á salir del comité de salvacion pública nombrándose en su lugar á Eudes, y al poco tiempo bien pudo verse que aunque Pyat no formaba tampoco parte del comité, seguia siendo su inspirador, porque mientras el delegado de guerra sostenía una empeñada contienda para rehabilitar á Rossel, el comité de salvacion pública daba un manifiesto en el que se decia: «La traicion se ha deslizado en nuestras filas. Desesperando de vencer á Paris por las armas, la reaccion habia intentado desorganizar sus fuerzas por la corrupcion. Su oro, arrojado á manos llenas habia encontrado hasta entre nosotros conciencias que comprar. El abandono del fuerte de Issy, anunciado en un cartel impío por el miserable que lo ha entregado, no era más que el primer acto del drama...»

Además de estas dos fracciones que con tanta rudeza se combatian, continuaban los comuneros contrarios al comité de salvacion pública retraidos, y cada vez en una oposicion más marcada contra la dictadura que á pasos agigantados iba creciendo en poder y en exclusivismo. Al mismo tiempo habia tambien un grupo más exaltado que recriminaba á los hombres del Hotel de Ville en general por las derrotas sufridas y clamaba por el castigo ejemplar de ellos. Un artículo del diario *La Commune* firmado por Duchene puede dar idea de la violencia y exaltacion de los que tal agrupacion formaban. Se decia en aquel escrito que no

habia más traiciones que la inepticia y la imbecilidad de los tunos y farsantes (textual) que se habian apoderado de los servicios públicos sin entender una palabra de ellos. Añadía luego el articulista que la verdadera tradicion del 93 era la responsabilidad hasta la muerte y firme en esta conviccion concluía con estas frases:

«Pena de muerte contra las nulidades invasoras que para satisfacer sus miras ambiciosas, se abalanzan á los cargos de que nada entienden, que cuentan sus faltas por hecatombes de patriotas; pena de muerte hasta que la ejecucion haya purgado los servicios públicos de todos los ineptos: pena de muerte como sancion suprema de la responsabilidad de los funcionarios. Eso es lo que nos hace querer á 93; esa es la única aplicacion práctica que lega á nuestra generacion de 1871, la heroica pléyade de los grandes dias de la primera república.

No juzgaremos á la revolucion, y por eso es preciso que esta sentencia se ejecute.»

\*  
\* \*

En medio de tan desencadenada tempestad y en una situacion militar sumamente comprometida, se encargó Delescluze de la direccion de los asuntos, y fiel al sistema que una imitacion de los partidos doctrinarios habia hecho prevalecer, continuó ocultando la verdad sobre el estado de las cosas, y dando seguridades que pronto habian de verse desvanecidas.

«Ciudadanos, decia en su primera proclama,—orden del

dia: Desde mi llegada al ministerio me he dado cuenta de las diversas posiciones de ataque y defensa; me he asegurado de que las guardias de las murallas eran suficientes, y de que habia una buena reserva capaz, en caso necesario, de desafiar toda sorpresa.—La posicion de Issy no ha variado. La del fuerte de Vanves ha estado un poco comprometida: durante un momento, hasta fué evacuado.—A las cuatro de la mañana, el general Wrobleski, acompañado del jefe y de algunos oficiales de su estado mayor, se colocó á la cabeza de los batallones 187 y 105, conducidos por el valiente jefe de la undécima legion.—Entraron en el fuerte á la bayoneta, y arrojaron de él á los versalleses, que se creian ya dueños de él. Se han dirigido refuerzos sobre ese punto, y sin duda alguna, podemos responder del éxito.—Del lado de Neuilly no ocurre novedad, y hácia Asnieres, todo está relativamente tranquilo.»

Mal hacia Delescluze en ocultar el peligro y la verdadera situacion, no solo porque debia la verdad á sus conciudadanos, sino porque ni el pánico ni los extremos de la desesperacion habrian sobrevenido luego repentinamente sobre los parisienses si no hubieran estado engañados creyendo que la victoria, si no estaba del todo con ellos, no favorecia tampoco á sus enemigos. Pero no cometia esta falta Delescluze intencionadamente, sino que en gran parte él mismo estaba engañado, porque tan ciega era su confianza en que habia de triunfar, que estando ya los versalleses casi á punto de entrar en París se oponia él á que se hicieran barricadas, diciendo que no habia el peligro de que llegaran á pisar las calles de la capital y fuera preciso

combatirlos dentro de las murallas. Las más pequeñas ventajas le parecían grandes victorias, y cuando la batería de Montretout destruía á Point de Jour y los terribles cañones de Versalles abrian brecha en las murallas de París, creía Delescluzè de buena fé que la situacion del gobierno de Thiers era tan crítica que se habian dado órdenes para la traslacion del material y del personal de los ministerios á Tours.

Pero desgraciadamente la Commune habia entrado en el período de su agonía desde que abdicó en manos del comité de salvacion pública, y cuanta fé se tuviera, cuantos esfuerzos se emplearan, no lograrían más que dilatar la lucha y hacer más larga y sostenida la resistencia. Y como si los acontecimientos hubiesen conspirado á que con un bautismo de sangre y con una grandiosidad épica expiara aquella revolucion sus errores, purificando sus principios y haciéndolos más queridos y admirables para las futuras revoluciones del cuarto estado, todo concurrió á preparar un fin grandioso á aquel prodigioso esfuerzo, que falto de direccion y de camino, perdió el momento supremo de la victoria, y solo supo luego destruirse á sí mismo y resistir con el supremo heroismo de la desesperacion á sus implacables enemigos.

Mientras tanto los soldados de Mac-Mahon al mismo tiempo que avanzaban se entregaban con más furor á los excesos de crueldad y de barbarie, que harán eternamente

execrables ante la historia los nombres de los que capitanearon tal ejército y escitaron y recompensaron tal cúmulo de asesinatos y maldades. Cada paso de los versalleses era señalado por una hecatombe de patriotas.

Los pocos prisioneros que se hicieron en el fuerte de Issy fueron muertos á bayonetazos. A los pocos días un nuevo combate tuvo lugar cerca de Issy, á fin de arrebatár á los comuneros la posición del convento des Oisseaux. Los detalles de esta jornada merecen ser referidos para juzgar una vez más del sistema militar elogiado por los hombres de orden y seguido por los soldados salvadores de la sociedad. Empezó la lucha por un encuentro de las avanzadas de los de Versalles que verificaban un reconocimiento y hallaron resistencia en aquella posición. Los parisienses se hallaban muy sólidamente atrincherados en el convento y en sus dependencias, así como de las últimas casas del pueblo de Issy. Los soldados de línea recibidos por un violento tiroteo retrocedieron, y comprendiendo que así no se podrían apoderar de los federados, trataron de hacer saltar con dinamita las casas ocupadas por sus contrarios.

Algunos zapadores de ingenieros se adelantaron en medio de una granizada de balas para poner fuego á la carga aplicada á una casa, pero no habiendo salido bien la operación, la casa no hizo más que cuartearse. Entonces, sin escuchar á sus oficiales, los soldados se lanzaron á la bayoneta y desalojaron de las casas á los guardias nacionales, que se replegaron hácia el convento des Oisseaux, donde fueron inmediatamente perseguidos. Aquí la defensa fué más larga y obstinada, sufriendo muchas pérdidas los ver-

sallese, hasta que algunos soldados lograron derribar una puerta é introducirse en el convento.

El tiroteo continúa á lo largo de los claústros, pero los soldados empiezan á afluir y los comuneros á desfallecer. Esta fué entonces la señal para los versalleses de dedicarse á cazar parisienses.

Los que se encontraban en los corredores fueron desde luego fusilados, pero los otros se esparcieron bien pronto por todos los sitios del convento hasta refugiarse algunos en las cuevas. Perseguidos de sala en sala, de claústro en claústro, de celda en celda, los guardias nacionales sucumbieron heridos por los sables y las bayonetas ó aplastados por las culatas de los chassepots; algunos que estaban ocultos debajo de las camas fueron atravesados en su mismo escondite, así como los que habian tratado de salvarse en las bodegas. Los que escaparon á la matanza fueron los que lograron saltar las ventanas que daban al jardin del parque. Muchos, sin embargo, fueron copados en el parque por la tropa de línea. Desarmados, arrodillados y agitando pañuelos blancos á guisa de banderas parlamentarias, cuenta el corresponsal de la *Suiza Radical*, fueron todos despiadadamente asesinados como sus compañeros refugiados en el convento. Más de trescientos guardias nacionales fueron así muertos á bayonetazos en menos de un cuarto de hora.

\* \* \*

No muchos dias despues de estos sucesos la corresponsalencia *Havas* anunciaba desde Versalles á toda la prensa

européa, en son de triunfo, esta nueva proeza del ejército del orden:

«En la noche del jueves al viernes nuestras tropas han sorprendido las posiciones de los federados en Arcueil, Cachan y Montrouge. Dos batallones han tomado á la bayoneta la Grange-Ory y la casa Plichon, situada cerca del fuerte de Montrouge.

»Los federados dormidos han sido muertos á bayoneta-zos ó acuchillados por la caballería en su fuga desordenada hácia París. Las pérdidas de los insurrectos se elevan á cuatrocientos ó quinientos hombres entre muertos y heridos.»

\*  
\*\*

Grande era el horror é inmensa la indignación que esta serie sistemática de vandálicos atentados causaba en París, pero aun el rencor profundo y la sed de venganza crecían más cada día con el lento y continuo estrago producido por el bombardeo. Ni con el sitio de los prusianos podía ya compararse el ataque de la artillería versallesa. La destrucción era indescriptible: los incendios unos á otros se sucedían.

Thiers hacia constar en sus proclamas que no bombardearía á París y al mismo tiempo sus soldados enviaban una lluvia interminable de granadas y de metralla que reducían á escombros barrios enteros de la capital. Para comprender los últimos momentos de la revolución de Marzo es preciso trazar el cuadro de lo que sufrió París en el segundo sitio, y para apreciar á los que execran y maldicen

á los comuneros es necesario mostrar las huellas de exterminio y de matanza que ha dejado el ejército del orden.

El incendio es el gran argumento empleado contra los defensores de la Commune: las ruinas de las Tullerías y del Hotel de Ville el gran proceso en que se fundan sus enemigos para negarles toda rehabilitacion. Mientras el juicio de estos atentados llega, un deber de imparcialidad y de justicia obliga á probar que los versalleses inauguraron el criminal sistema de los incendios, y que mayor fué su vandalismo en estos horrores que el de los más furiosos y fanáticos revolucionarios. La prensa de aquel tiempo y no la prensa amiga de la Commune al hacer la crónica diaria de los estragos de la lucha, bastará para acreditar la verdad de este aserto, que por extraño y peregrino que parezca no deja de ser menos exacto.

Hé aquí entresacados de diferentes periódicos de aquel tiempo, de todos matices y opiniones políticas, el relato de tan espantosos desastres:

«Durante toda la tarde y toda la noche de ayer (1.º de Mayo) el bombardeo ha sido de lo más terrible sobre Neuilly, Sablonville y los Campos Elíseos. Hacia las nueve una humareda espesa se eleva de repente en direccion del Arco de la Estrella. Poco á poco el humo se divide y deja ver lenguas de fuego que se levantan y se bajan, brillan y palidecen, luchan contra el humo que las ahoga, y al fin triunfan y toman posesion de todo el cielo. A lo largo de los muelles, sobre los puentes y en toda la extension de la calle de Rívoli la muchedumbre inquieta corre y se precipita hacia los Campos Elíseos. El bombardeo continúa con espan-

tosa intensidad. Despues hemos sabido que el incendio causado por las bombas de Versailles habia devorado un inmenso almacen de maderas de demoliciones.—Se nos asegura que muchas personas han tenido que sufrir sobremañera, ya del incendio mismo, ya de las bombas que caian como granizo en medio de aquella pira incandescente.»

(Del corresponsal del *Progres de Lyon*, 1.º de Mayo.)

«Dos incendios se han declarado hoy, el uno en las *Ternes* y el segundo en la barrera de la Estrella. Este último propagado por el viento ha tomado proporciones formidables.»

(Del *Siecle*, 1.º de Mayo.)

«Un incendio considerable iluminaba vivísimamente el horizonte ayer noche entre ocho y nueve y media. El incendio habia estallado en direccion de las *Ternes* por proyectiles lanzados á la vez del Monte Valeriano y del reducto de Gennevilliers.—Nosotros creemos que estos proyectiles eran cohetes incendiarios, porque colocados cerca del Monte Valeriano no oimos ninguna detonacion.—Llegado al extremo de su curva, antes de tocar las casas, el proyectil estallaba en llamaradas largas y numerosas, y su caida era seguida de la recrudescencia del incendio.»

(*La Liberté*, 3 Mayo.)

«Hay barrios que están cruelmente puestos á prueba. En las *Ternas* las bombas enviadas por los versalleses han producido un incendio que ha quemado treinta casas.—En Neuilly ha habido otro incendio que ha aniquilado unas

diez casas próximamente. Estos dos incendios han estallado en la misma noche. Por lo demás Neuilly no existe hoy más que de nombre, porque las tres cuartas partes de esta encantadora poblacion han desaparecido bajo las bombas ó por el *incendio*. »

(Del corresponsal de les *Droits de l' Homme*, 11 Mayo.)

«Las *Ternes* han sido destruidas en sus tres cuartas partes por un incendio producido por el Monte Valeriano.»

(Corresponsal de Versalles del *Progrés de Lyon*, 4 de Mayo.)

«Durante toda la noche un resplandor rojizo iluminaba el cielo en direccion á Clamart: eran las construcciones del fuerte de Vanves que continuaban ardiendo sin que los fedorados estuviesen en estado de apagar el fuego por que las baterías de Chatillon tiraban precisamente contra el foco del incendio. »

(*Le Siecle*, 11 de Mayo.)

«El bombardeo ha recobrado un nuevo vigor en Auteuil y en Point du Jour. Reina un pánico general: todo el mundo escapa como puede. La puerta de Auteuil ha sido completamente desmantelada por la artillería versallesa. La casa del café que da enfrente del camino se halla ardiendo lo mismo que las oficinas de los ómnibus que están al lado.

En Point du Jour hay tambien muchos incendios.»

(*Le National*.)

«Hemos notado que se ha establecido en Sevres una nueva batería, cuyos tiros se dirigen sobre Passy y Auteuil: En este último punto se ha declarado un incendio prendido por un proyectil, no lejos de Sainte-Perine....»

(*Le Temps*, 12 Mayo.)

«Desde el Monte Valeriano se descubria hoy el resplandor de tres incendios que se han declarado en Auteuil á consecuencia del fuego de Montretout.»

(*Le Gaulois*, 12 de Mayo.)

«La jornada del 13 de Mayo presenci6 uno de los más vigorosos combates sostenidos por la division Susbille. Los proyectiles empleados entre los cuales se hallaban granadas de *picrato de potasa* trasformaron en un verdadero monton de escombros la gran calle de Issy y un gran número de casas de las calles laterales....»

(*Guerra de los Comunerros de París*,  
por un oficial superior del ejército  
de Versalles, cap. VIII.)

«Auteuil, Passy, Vaugirard, Les Ternes, Clichy, Saint-Ouen etc.... están acribillados por bombas de grueso calibre. Bombardeo es este al lado del cual el de los prusianos no era más que fuegos artificiales.»

(*Droits de l' Homme*, 18 Mayo.)

«En la noche última las baterías de Courbevoie, las piezas de Beçon y el reducto de Gennevilliers han disparado á la vez cubriendo con sus fuegos toda la orilla derecha del

Sena. Un inmenso incendio ha estallado en Clichy á alguna distancia de la librería de Paul Dupont. Dos casas han empezado á arder simultáneamente y el incendio no ha tardado en ganar en extension. Hasta media noche el cielo reflejaba una vasta nube rojiza que se extendia por encima de toda la península de Gennevilliers. Al mismo tiempo las murallas de la puerta de Clichy y de Courcelles recibian una granizada de hierro.»

(*La Verité*, 17 Mayo.)

«El 17 de Mayo á las cuatro de la madrugada algunas *balas rojas* lanzadas por los versalleses cayeron sobre Auteuil y Passy.»

(*Le Patriote d' Angers*.)

«Ayer tarde desde el mirador de Saint Germain se veia hácia Point du Jour un incendio considerable.»

(*Le Moniteur Universel*, 18 de Mayo.)

\* \*

Pero los versalleses hicieron algo más que incendiar por medio del bombardeo. La catástrofe de la cartuchería Grenelle es un hecho inaudito en la historia de las contiendas civiles y que aventaja en maldad á cuantos escesos pudo cometer más tarde la desesperacion de los comuneros.

El 16 de Mayo una detonacion formidable que se oyó hasta en los barrios más distantes del Campo de Marte, anunció la horrenda desgracia. En un vasto perímetro las

casas quedaron grietadas como si hubiera habido un temblor de tierra. El polvorin de la fábrica de cartuchos acababa de volar. A la explosion sucedió rápidamente una espesa y deslumbradora nube que se desató en largas columnas de llamas, de las que salió una inmensa cantidad de cartuchos que en un rádio de más de mil doscientos metros hizo caer una copiosa y funesta lluvia de balas. Más de cien personas sucumbieron y otras trescientas resultaron heridas.

En un principio atribuyóse á un caso fortuito, pero en las primeras diligencias practicadas por la Commune fueron detenidos algunos hombres que inspiraban legítima sospecha. El juicio y la ejecucion de cuatro partidarios de la Asamblea, convictos de aquel crimen, hicieron ver hasta qué extremo de increíble maldad eran capaces de ir los enemigos del pueblo con tal de alcanzar el triunfo de sus intereses.



La barbarie de esta manera de hacer la guerra puede darnos la medida de la exaltacion de los ánimos en París. La razon para nada entraba ya en sus consejos. El ódio profundo, el sentimiento de la propia defensa y el ansia veheméntísima de una completa venganza eran entonces únicas pasiones que inspiraban las masas, ahogando todo otro sentimiento. Los proyectos más insensatos hallaban muy luego acogida como fueran radicales y extremos. Las amenazas más aterradoras partian de los jefes del pueblo, y sin pensar aun en su cumplimiento se repetia á cada mo-

mento, que antes perecería Paris bajo sus escombros que soportar la derrota de la Commune.

El abismo de la injusticia estaba abierto por ambos beligerantes, y de crimen en crimen obedeciendo á una competencia monstruosa corrian unos y otros á precipitarse en él.

## CAPITULO XXXVI.

**Medidas extremas.—Demolicion de la casa de Thiers.—La prensa sometida á los consejos de guerra.—Las cédulas de identidad.—Retirada de la minoría.**

Los últimos acontecimientos lanzaron ya de lleno á la fraccion dominante en la Commune al rigor y dureza de la dictadura. Ferré reemplazó á Cournet en la exprefectura de policia y los arrestos y requisas crecieron en número. La revolucion de Marzo no desmintió en su agonía la ley fatal de la historia de que los poderes públicos mientras más cerca están de la muerte y menos fuerzas tienen, se entregan á mayores desafueros y violencias. Cuando llega la hora de las medidas extremas que ponen en peligro la libertad y atacan de frente el derecho, bien puede afirmarse en los tiempos modernos que ó el partido imperante ó el país que le obedece están muy cercanos á una descomposicion completa.

Pocas medidas de este género tomó el comité de salvacion pública que menos explicacion tuviera y peor efecto alcanzara que la demolicion de la casa de Thiers. Era esto

resucitar las viejas costumbres de la teocracia, tratando de probar inconscientemente que todos los fanatismos son iguales. La destruccion de la columna de Vendome se hizo al menos en nombre de una idea de fraternidad universal, pero el arrasar la casa de Thiers, invocando la justicia, solo llevaba á satisfacer una rastrera venganza y cuando más á hacer alarde de un valor jactancioso é impotente.

Un sentimiento general de disgusto siguió al decreto del Comité en que esto se acordaba, y al llevarse á cabo ni una manifestacion de simpatía se produjo entre los más exaltados. Era tan evidente la mala accion que todos tenian vergüenza y trataban en cuanto posible era librarse de ella.

El decano de la Commune, el profundo Beslay, no pudo menos al presentar su dimision de censurar con la dulzura de su carácter aquella medida. «Yo puedo aprobar, decia, la confiscacion *despues de un juicio*, de los bienes de los hombres criminales que nos han arrastrado al fondo de la sima donde estamos... pero entre el secuestro y la expropiacion *despues de un juicio* y la demolicion inmediata de un inmueble hay para mí un abismo. No destruycamos las casas. Constituyen un capital que amortizamos y es mucha la necesidad que de él tenemos para librarnos de las gravosas cargas que sobre nosotros pesan.»

Es digno de notarse, y conviene tener presente para honra del Comité de salvacion pública, que una vez aceptado como castigo legitimo esa restauracion de la penalidad de la Edad Media, no pudo ponerse por obra con más respeto á la moral pública y á la integridad de los que la eje-

cutaron. Hubo error en la manera de apreciar el derecho, hubo tal vez exceso de pasion, pero no existió ni la más lijera tendencia á la depredacion y al saqueo que han supuesto los fogosos enemigos de los parisienses. Véase el decreto siguiente y júzguese por él de los sentimientos que animaban á los hombres de la Commune:

«En respuesta á las lágrimas y á las amenazas de Thiers, el bombardeador, y á las leyes dictadas por la Asamblea rural su cómplice, decretamos:

Artículo 1.º Toda la ropa blanca que exista en la casa de Thiers será puesta á disposicion de los hospitales de sangre.

Art. 2.º Los objetos de arte y libros preciosos se enviarán á las bibliotecas y museos nacionales.

Art. 3.º El mobiliario se venderá á pública subasta despues de exposicion pública en almoneda.

Art. 4.º El producto de esta venta se destinará únicamente á las pensiones ó indemnizaciones que deberán concederse á las viudas y los huérfanos de las víctimas de la guerra infame que nos hace el ex-propietario del palacio Georges.

Art. 5.º El mismo destino se dará al dinero que produzcan los materiales de la demolicion.

Art. 6.º Sobre el solar del palacio del parricida se establecerá una plazuela pública.

*Paris 25, Prairial año 79.*

\*  
\*\*

Obedeciendo á la tendencia pseudo-terrorista de aquellos días la persecucion contra la prensa oposicionista se recrudeció tambien sobremanera. La entrada de Ferré en la exprefectura contribuyó mucho á ello, tanto por el carácter rigorista del comunero, como por los descubrimientos que hizo de la conspiracion que los versalleses mantenian en el interior de Paris. El día 19, el Comité de salvacion pública puso el colmo á sus violencias y arbitrariedades contra la libertad de imprenta, publicando un decreto en el que se suprimian gran número de periódicos, se prohibia hasta el fin de la guerra la publicacion de todo periódico nuevo, y se sometian á los consejos de guerra los escritores ó los impresores de los diarios que atacaran á la Commune.

Hasta algunas publicaciones favorables á la revolucion como la *Commune* de Maroteau y la *Justice* de Floquet quedaron suspensas de resultas de este decreto. Algunos otros periódicos cesaron espontáneamente y en son de protesta su publicacion, y entre otros *le Mot d' Ordre* de Rochefort publicó las siguientes líneas firmadas por su propietario y director:

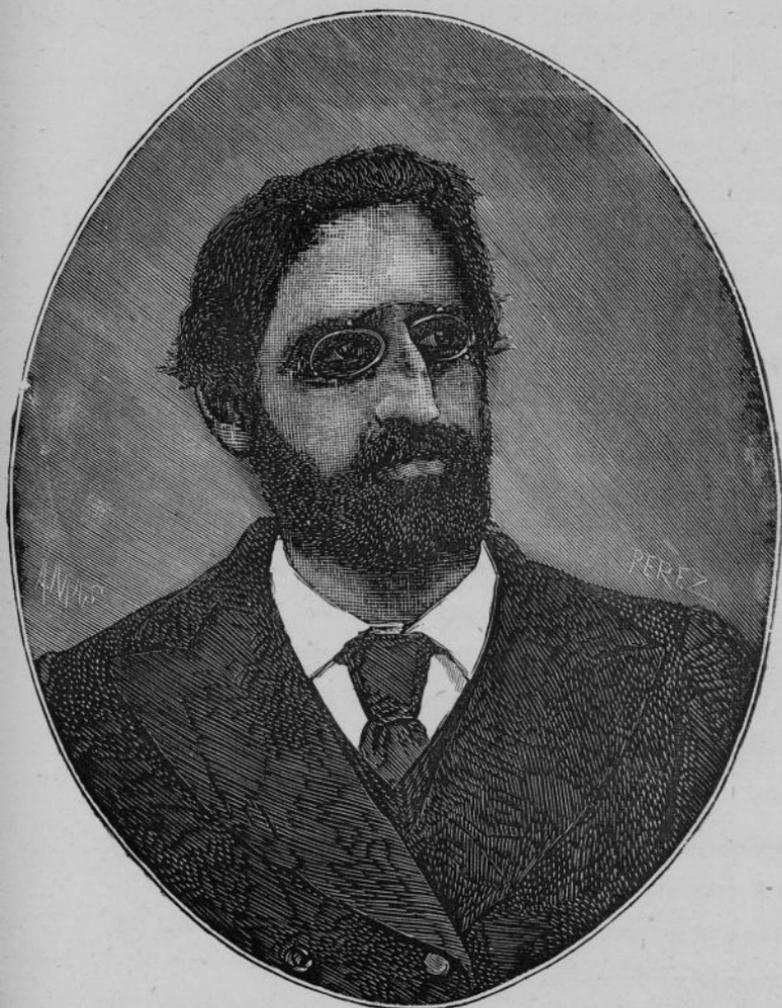
«Sres. Redactores:

Os quedaré vivamente reconocido si teneis á bien anunciar á vuestros lectores que en presencia de la situacion creada á la prensa, *le Mot d' Ordre* cree que su dignidad le obliga á dejar de ver la luz pública.

Salud y fraternidad.

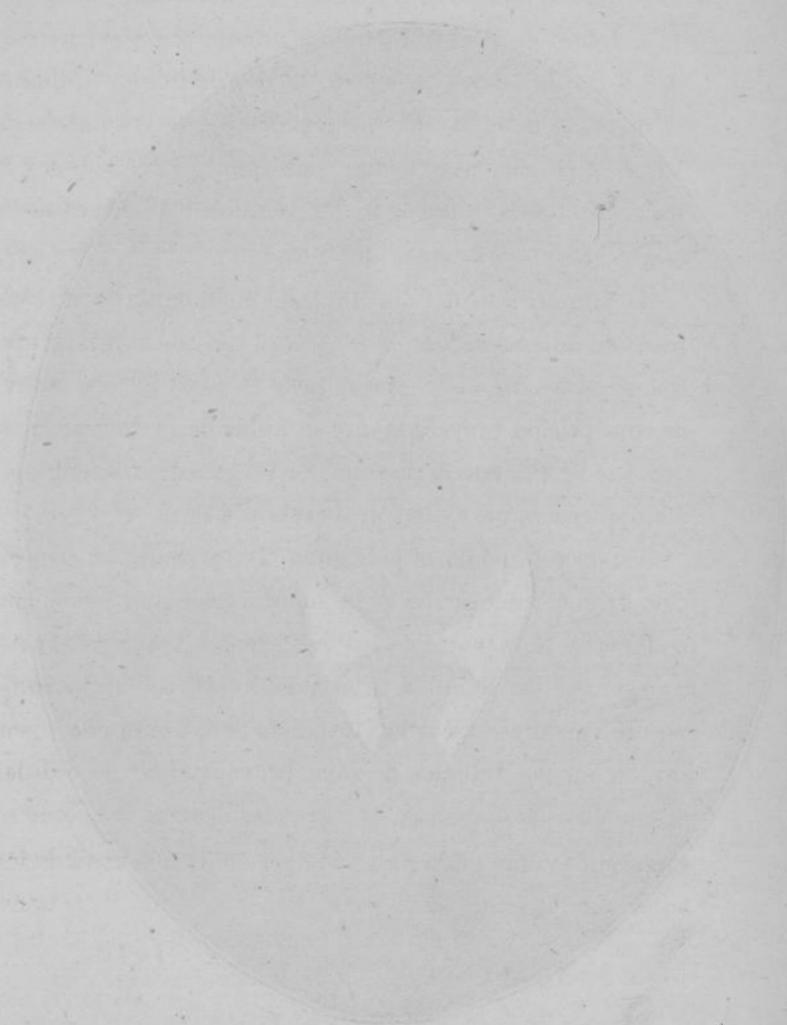
ENRIQUE ROCHEFORT.

\*  
\*\*



J. FERRÉ.  
Fusilado en París el 28 de Noviembre de 1871.





Otra resolución vejatoria á las libertades públicas adoptó el Comité apenas se convenció de que la traicion se agitaba dentro de París tramando tenebroso complot para vender á los sitiadores la suerte de la Commune. Imitando siempre hasta en los más nímios detalles á los hombres del 93, se quiso resucitar hasta cierto punto la célebre ley de los sospechosos, renovando las cédulas de civismo que se establecieron en tiempos del Terror.

Por un decreto del día 15, todo ciudadano debía estar provisto de una *cédula de identidad* con sus nombres, apellidos, profesion, etc... La falta de esta cédula, era motivo de una prision inmediata que se habia de prolongar hasta que se identificara la persona. Todo guardia nacional podia requerir la presentacion de esta cédula.

Tal decreto ponía la poblacion civil y pacífica á disposicion de cualquier grupo de la guardia nacional; y mientras reclamaba la mayoría de los indiferentes y neutrales contra esto que se llamó la tiranía del kepis, podían los amigos de Versalles burlar la vigilancia de la Commune y perseverar en sus trabajos de zapa proveyéndose de cédulas falsas, cosa facilísima en los grandes centros, y que no se comprende cómo pudo pasar desapercibida á la vista de los autores del decreto.

\* \* \*

La oposicion que se habia declarado en el seno de la Commune con motivo del nombramiento del Comité de salvacion pública y se habia recrudecido á la renovacion

de éste, y tomado consistencia definitiva en la discusion de los poderes ilimitados que el Hotel de Ville le confería, estalló ya de un modo público en vista de estas medidas extremas á que la mayoría se entregaba.

Propúsose la minoría hacer una manifestacion solemne señalando los motivos que la hacian retirarse de las sesiones, pero no habiendo podido constituirse la Commune el dia que tenian determinado acudieron á la prensa, y el *Cri du Peuple*, de Julio Vallés, publicó este importante documento, modelo de levantada protesta contra la dictadura y de adhesion completa hácia la noble causa por la que todos combatian.

He aquí esta declaracion que exime á respetables fracciones del partido popular de grandes responsabilidades, y acredita su amor al derecho y su oposicion á lo arbitrario y dictatorial:

Por medio de un voto especial y preciso ha abdicado la Commune de París su poder en manos de una dictadura á la que denomina Comité de salud pública.

La mayoría de la Commune se ha declarado irresponsable por este voto, abandonando al Comité todas las responsabilidades de nuestra situacion.

La minoría á la que pertenecemos, afirma por el contrario la siguiente idea: que la Commune se debe al movimiento revolucionario político y social, debiendo aceptar todas las responsabilidades sin declinar ninguna de ellas, por más dignas que sean las manos en quien se abandonen.

Con respecto á nosotros que vemos como la mayoría, el cumplimiento de la renovacion política y social; pero en

sentido contrario al pensamiento de aquella, reivindicamos en nombre del sufragio cuya representacion se nos ha confiado, el derecho de responder de nuestros actos ante nuestros electores, sin guarecernos detras de una dictadura suprema que nuestro mandato no nos permite reconocer.

No nos volveremos, pues, á presentar en la Asamblea hasta el dia en que esta se constituya en tribunal de justicia para juzgar á uno de sus miembros.

Consagrados á nuestra gran causa comunal, por la que tantos ciudadanos están sacrificando su vida diariamente, nos retiramos á nuestros distritos, tal vez demasiado descuidados hasta hoy.

Convencidos por otra parte de que la cuestion de la guerra sobrepuja en este momento á todas las demás, todo el tiempo que nos dejen libres nuestras funciones municipales, iremos á pasarlo entre nuestros hermanos de la guardia nacional, tomando parte en esta lucha decisiva, que sostenemos en nombre de los derechos del pueblo.

Aun allí mismo serán útiles nuestras convicciones, porque evitaremos el encóno en la Commune, esos fraccionamientos que todos reprobamos, estando persuadidos que mayoría ó minoría, á pesar de nuestras divergencias políticas anhelamos todos el mismo fin,

Libertad política.

Emancipacion de los trabajadores.

¡Viva la república social!

¡Viva la Commune!

Firmado: Ch. Beslay, Jourde, Teisz; Lefrançais, Eugene Gerardin, Vermorel, Clemence, Andrieu, Serroillier,



Ch. Longuet, Arthur, Arnoult, Victor Clement, Avrial, Ostiye, Franckel, Pindy, Arnold, Jules Valles, Tridon, Varlin, Gustave Courbet.

Fatales fueron los resultados de esta retirada. La Comune perdió fuerza y prestigio que en aquellos supremos instantes eran tan necesarios, y el grupo mas exaltado quedó sin contrapeso, y aconsejándose de un apasionado celo y guiándose por la terrible atraccion del peligro, corrió á hundirse en la espantosa sima que se abria á sus piés.

## CAPÍTULO XXXVII.

**Operaciones militares.—La traicion abre las puertas de París.—  
Proclamas del Comité de salvacion pública y del Comité central.  
Combates del dia 22.—Toma de Montmartre.—Valor desespera-  
do de los comuneros.**

Desde los primeros dias de Abril se sostenia enérgicamente Neuilly con toda la parte Noroeste, defendida por Dombrowski que á cada hora se veia obligado á sostener un nuevo combate. Las alturas de Montmartre, el Trocadero y las baterías de la puerta Maillot hacian imposible que los versalleses empezaran sus trabajos de aproche y combatian con un éxito continuado la artillería enemiga establecida en Asnieres, Beçon y Courbevoie. Pero los sitiadores habian roto en el Sur la línea de fortificaciones tomando á Issy y desde este punto pudieron continuar con grandes resultados su parricida empresa.

Perdido Issy poca fué la resistencia que logró hacer el fuerte de Vanves: como aquel fué abandonado primero y vuelto á ocupar por los parisienses, pero bajo la funesta impresion de la toma del fuerte de Issy, la guarnicion desanimada, y viendo que solo ya defendia un monton de ruinas, destruyó todo el material de guerra, clavó los cañones y

desapareció por unos subterráneos cuya salida estaba fuera de la línea de los sitiadores.

La toma de Vanves permitió á los de Versalles abrir una paralela á buena distancia de los muros de París y empezar los trabajos del sitio propiamente dicho. Inútiles fueron algunas salidas hechas entonces por los comuneros: se batieron en ellas con mas valor y decision que en otras ocasiones pero fueron rechazados por la artillería.

El dia 20 estuvieron establecidas y rompieron el fuego las baterías de brecha: el bombardeo redobló en intensidad: las baterías de Beçon y de Gennevilliers, cubrieron de proyectiles las murallas y apagaron los fuegos de algunos bastiones. Las posiciones de los federados en Point du Jour se hicieron insostenibles y la puerta de Saint Cloud fué abandonada. Habia llegado el momento de que los agentes de Versalles entregaran al ejército las posiciones que no habia podido tomar.

\*  
\*\*

Cuando Teófilo Ferré descubrió el complót tramado por los versalleses de Paris para entregar la plaza por medio de un golpe de mano, todos gritaron que eran sueños y visiones del que ocupaba la ex-prefectura. Hasta el signo distintivo de los conspiradores de Thiers, un lazo tricolor, fué objeto de burla y de desconfianza, creyéndose invencion pueril para legitimar rigurosas medidas de represion.

Pero apenas quedó abandonada una posicion tan importante como la puerta de Saint Cloud, los lazos tricolores

aparecieron, y los individuos que los llevaban como señal atados al brazo, mostraron á las tropas que mandaba el general Douay el camino por donde impunemente podían entrar y sirvieron de sabuesos y de lebreles para seguir la pista de los comuneros á aquellos cazadores de hombres. Los trabajos policiacos de los agentes de Thiers habian producido efecto: doscientos artilleros en la puerta de Montrouge se habian negado á prestar servicios pretestando que no se les daba sueldo ni víveres; la puerta de Chatillon habia sido abandonada el dia antes por un batallon que habia entrado en la ciudad gritando traicion: una gran parte del batallon de *vengadores de París* estaba vendida, y en dos ocasiones estuvo á punto de abrir una de las puertas de la plaza. Es por tanto casi seguro que el abandono de la puerta de Saint Cloud fué obra de la traicion, de tal manera preparada que no pudo la delegacion de la guerra enviar como á los otros puntos fuerzas que la defendieran. El hecho es que la sorpresa de los parisienses fué completa y hasta al mismo gobierno de Thiers extrañó la noticia de la entrada de los suyos en la capital.

El dia 21 de Mayo, cuando ni aun podia pensar el ejército en el asalto, los centinelas de la trinchera que mandaba Douay, vieron agitar un pañuelo blanco sobre las ruinas de la puerta de Saint Cloud. Era un partidario de Versalles que llamaba á las tropas descubriéndoles que no hallarían resistencia por aquel punto. Poco despues los soldados entraban uno á uno en la plaza precedidos del voluntario espía. Todas aquellas posiciones estaban con efecto casi abandonadas.

Aunque la puerta de Auteuil estaba derruida, los comuneros habian construido tras de ella una fuerte barricada que cerraba los ojos del puente de hierro que une la estacion con el viaducto.

Apenas las tropas salvaron esta barricada, que se hallaba tambien abandonada, sufrieron algunos disparos de fusil de los parisienses que, en muy corto número, se hallaban parapetados en las casas próximas. Estos tiros causaron á la tropa algunas bajas.

Los soldados volvieron con presteza los cañones de la barricada contra los comuneros, hicieron avanzar á brazo algunas ametralladoras y arzones de municiones, y empujando estas piezas, se lanzaron por la via férrea.

Mientras tanto, el general Douay, que permanecia arma al brazo frente á la puerta de Versailles, dió orden á una brigada de avanzar y dar el asalto por el ángulo saliente del Point-du-Jour. Asalto no es la expresion, pues aquí tampoco hubo resistencia formal. Apenas si se cambiaron algunos tiros: las tropas se apoderaron rápidamente de todo el trapecio que forma el saliente.

El general Cissey se hallaba en aquella misma hora con su division frente á Montrouge. Otro espía con la señal distintiva del lazo tricolor avanzó y dijo que las tropas podian apoderarse del Petit-Montrouge y de la California, puntos vecinos y que dominan la muralla, los cuales estaban abandonados.

Procuró Cissey cerciorarse del hecho, y apenas resultó exacta la noticia, á pesar de tener la puerta á su disposicion, ensanchó la brecha que habia en la muralla é hizo entrar

por ella á su division llevado de una vanidad militar ridícula hasta más no poder.

A las siete de la tarde toda la division Douay entró en París por las puertas de Saint-Cloud y Point du Jour. A esta hora ya las primeras brigadas se habian posesionado de toda la zona mencionada. La division Bruat entró á las ocho.

Las tropas que penetraron por Auteuil, se posesionaron en el curso de la noche de Billancourt y de la orilla del Sena, hasta el puente de Grenelle.

A las cinco de la mañana habia 50.000 hombres en París á las órdenes de Douay y Ladmiraul. Al amanecer el general du Barail ocupó á Choissy.

\*  
\* \*

La sorpresa no habia podido ser mayor para los comuneros. A las ocho de la noche, esto es, tres horas despues de la entrada de los versalleses, daba Delescluze un boletin negando terminantemente cuanto se habia dicho de haber entrado el enemigo en la línea de las murallas. Pero ya á las altas horas de la noche París se despertaba al ruido de los tambores y de las cornetas. Todas las iglesias tocaban á rebato: los batallones armados iban y venian en los boulevares. En las casas todo el mundo se levantaba con precipitacion, las ventanas se abrian y asomaban por ellas cabezas agitadas por la fiebre de la ansiedad.

Reinaba una oscuridad completa: el toque de alarma era repetido por el eco, y un murmullo sordo, desconocido, confuso, indescriptible se elevaba de la ciudad súbitamente turbada en su reposo.

Al amanecer se vieron algunos guardias nacionales que subian por los boulevares en pequeños grupos; estaban estenuados de fatiga y cubiertos de polvo: sus fusiles parecia que sudaban pólvora.

—Los versalleses están en París, decian. Esta fué la primera noticia que la poblacion tuvo de los acontecimientos de la víspera.

El diario oficial guardaba silencio sobre tales hechos y no daba ni una sola noticia militar, pero poco despues de su aparicion todo París se veia cubierto por los siguientes carteles:

### REPÚBLICA FRANCESA.

LIBERTAD.—IGUALDAD.—FRATERNIDAD.

¡Que los buenos ciudadanos se levanten!

¡A las barricadas! el enemigo está dentro de nuestras murallas.

Ni un momento de duda.

¡Adelante por la República, por la Commune y por la libertad!

¡A las armas!

París 22 de Mayo de 1871.

*El Comité de salvacion pública.*

París se erizó materialmente de barricadas. Nuevas proclamas despertaban continuamente el ardor de los comuneros. La mayor parte de los periódicos que aparecieron aquel dia contenian ardientes alocuciones mostrando la

victoria fácil y la resistencia como única salvacion de los sitiados.

Un hecho singular hay que hacer observar en aquellos momentos. Al lado de la Commune que estaba en dispersion y no celebraba sesiones, se levanta un poder nuevo: el del Comité central que desecha ya todo escrúpulo y consideracion hácia el gobierno del Hotel de Ville y obra como si fuera dueño de la situacion y único poder á quien debiera obedecerse. He aquí una de sus proclamas dirigida á los soldados de Versalles y que es una nueva prueba de la funesta é inexplicable confianza que despues de dos meses de lucha tenian aun los parisienses en la desercion de los batallones enemigos.

#### COMMUNE DE PARIS.

##### *Federacion de la Guardia nacional.*

##### COMITÉ CENTRAL.

Soldados del ejército de Versalles:

Somos padres de familia.

Combatiremos para impedir que nuestros hijos estén un dia como vosotros bajo el despotismo militar.

Vosotros sereis un dia padres de familia.

Si tirais hoy contra el pueblo, vuestros hijos os maldecirán, como nosotros maldecimos á los soldados que han desgarrado las entrañas del pueblo en Junio de 1848 y en Diciembre de 1851.

Hace dos meses, el 18 de Marzo, vuestros hermanos del

ejército de París, con el corazón ulcerado, contra los cobardes que han vendido la Francia, fraternizaron con el pueblo: imítadlos.

Soldados, hijos y hermanos nuestros, escuchad bien estas palabras y que vuestra conciencia decida.

Cuando la consigna es infame la desobediencia es un deber.

3 *Prairial*, año 79.

*El Comité central.*

Otra proclama en el mismo sentido apareció en las esquinas con la firma de la Commune de París.

La inutilidad de estos llamamientos se vió patentemente en las operaciones del 22.

\*  
\* \*

Las tropas empezaron su movimiento avanzando hácia los Campos Elíseos, hallando ya una resistencia formidable en la enorme barricada de la avenida del Rannelagh y en el castillo de la Muette donde se hallaba Dombrowski. Oprimia el corazón ver aquel sitio despues de la batalla.

Los árboles estaban hechos astillas por la metralla, las verjas retorcidas, los candelabros encorvados, el suelo levantado por las bombas, las casas acribilladas á balazos, y sobre todo el suelo cubierto de zapatos, kepis, pedazos de uniformes, armas destrozadas, y miembros sangrientos. Un ataque de flanco hizo perder aquella posición.

Otra columna, partida del Point du Jour, se apoderó con muy poca resistencia del Trocadero.

No puede uno explicarse cómo no se hicieron firmes parisienses en aquella fortísima é importante posición.

Una tercera columna se deslizó á la misma hora, las diez de la mañana, á lo largo del Sena y llegó á la reputada casa de locos del doctor Blanche, de la cual se apoderó sin combate.

Una vez aquí las tres columnas ocupaban, comunicándose, todo el espacio comprendido entre la entrada de la Avenida de la Emperatriz y el río, incluso Passy.

La división Bruat pasaba mientras tanto el río, y por el muelle de Grenelle dejaba el Campo de Marte después de desalojar á los comuneros de varios edificios donde apenas hicieron resistencia.

En el Campo de Marte el combate fué ya terrible. Había allí unos 2,000 guardias nacionales acampados en barracones y custodiando una especie de parque de artillería. Después de haberse tiroteado desde las barracas se formaron en cuadro al rededor de las piezas y arcones y abrieron un fuego bastante nutrido. Pero, merced á un movimiento circular, la brigada Langourian los cogió por la retaguardia, mientras que el grueso de la división los atacó por el frente y los federales tuvieron que ceder ante este doble fuego, replegándose algunos y cayendo otros en poder de las tropas.

Posesionada así del Campo de Marte y sus dependencias, la división Bruat trató de correrse hácia la puerta de Vaugirard y Montrouge, con el fin de facilitar la entrada del general Cissey, que se hallaba en el Petit-Montrouge y en la California, y después de más de veinte horas de fue-

go no podía salvar la barricada del boulevard Montrouge, artillada con seis cañones y varias ametralladoras.

Los soldados de Bruat, en su marcha al socorro de Cissy, tuvieron que sostener un combate encarnizado con un grupo de guardias nacionales parapetados tras de las ruinas de la cartuchería Rapp. Sin el cañon, la metralla y los obuses, el combate se habría prolongado algunos dias, pero acudiendo á ellos las tropas se apoderaron del terreno y avanzaron hasta los Inválidos, posesionándose del puente de Jena, pero sin poder ir más adelante en mucho tiempo hasta que la brigada Langourian avanzó y se posesionó sin gran trabajo de todo el muelle hasta la embajada de España, más sin pasar aun el puente de la Concordia.

Mientras se efectuaban estos combates, volaba un polvorin instalado en la calle Grenelle Saint-Germain, en el picadero de la Escuela de estado mayor, y sembraba las ruinas y la muerte en un extenso rádio de este barrio aristocrático. Algunos otros incendios se declaraban tambien debidos al infernal bombardeo de los versalleses.

\*  
\* \*

El hecho más culminante del dia 23 y que puede decirse influyó decisivamente en la derrota de los comuneros, fué la toma de las alturas de Montmartre. Todo el mundo esperaba allí una resistencia tremenda: el terreno se presta á la defensa: su altura domina todas las cercanías y la ciudad entera: calles tortuosas y estrechas conducen

únicamente á la cúspide de esta montaña, que artillaban 200 piezas de marina de gran calibre.

Todo esto fué inútil.

Faltaron hombres para cubrir suficientemente el terreno y servir las baterías; faltó dirección, y faltaron sobre todo la energía y el valor de Dombrowski que cayó mortalmente herido al principio del ataque.

Un periódico de la Commune, el *Tribuno del Pueblo*, dió la voz de alerta contra los proyectos de Mac-Mahon respecto á aquellas posiciones. «El plan de Thiers, dijo, es evidentemente aislar las Batiñolas y Montmartre y ocupar esta altura. Desde allí con las alturas del Trocadero serian dueños de la mayor parte de París. Defender la altura es por tanto elemental.»

Cuando estas importantes observaciones se hacian estaba llevándose á cabo el movimiento denunciado contra el Aventino de la democracia parisiense.

La montaña de Montmartre fué cercada por dos brigadas. La una, mandada por Ladmirault, la circunvaló por la parte exterior de las fortificaciones. La otra, conducida por Clinchant, la atacó por un costado. La artillería era impotente contra estas fuerzas escalonadas y diseminadas en guerrilla. Los grandes cañones, poderosos á distancia contra masas compactas ó edificios, son ineficaces á corto alcance y contra líneas sin profundidad.

El pánico se apoderó de los guardias nacionales. Estos huyeron hácia el centro de la ciudad, y fueron á reforzar los combatientes que defendian la plaza de la Concordia, la de Vendome, las Tullerías y el Hotel de Ville.

Tres mil prisioneros, y el material casi completo cayeron en poder de las tropas.

Sin la muerte de Dombrowski el ataque de los versalleses no habria tenido éxito tan inmediato. Despues de la toma de la Muette, el héroe polaco habia marchado á combatir en Saint-Ouent. Las terribles sospechas que desde un principio habian perturbado las filas de la revolucion tomaron á lo último inmensas proporciones. Se desconfió de Dombrowski como se desconfió de casi todos los jefes: nadie obedecia y preferia la mayor parte de los combatientes hacerse matar en el sitio que ellos estimaban mejor para la defensa, que luchar con ventaja en el puesto que un jefe les señalara. El defensor de Neuilly cayó herido de muerte en la barricada de la calle de Mirrha: tres horas despues sucumbia exclamando, lleno de dolor al saber la pérdida de Montmartre: ¡Y esos hombres me acusaban de venderlos!

\*  
\*\*

Desde el momento en que aquellas posiciones se perdieron puede decirse que se desorganizó por completo la defensa de Paris. Ya no hubo ni disciplina, ni direccion. Solo el valor personal puso desde entonces resistencia á las gigantescas é invencibles fuerzas que desplegó el ejército de Versalles: pero este valor aislado y esta lucha sin ejemplo de cada ciudadano contra legiones y legiones de enemigos disputaron palmo á palmo el terreno é hicieron retardar una semana el completo triunfo de los soldados de Thiers.

Así se hizo evidente que el espíritu revolucionario dominaba en absoluto el corazón de las masas y que la guerra social no terminaría hasta el exterminio de una de las dos clases que se disputaban la victoria.

El heroísmo con que lucharon y sucumbieron millares de ciudadanos tiene pocos ejemplos en la historia. Parecía que la desesperación les imprimía el arrojo fatalista de los antiguos árabes, y que la fe revolucionaria los transformaba al propio tiempo en héroes y en mártires.

Circunstancia es esta que sus más despiadados enemigos no han podido menos de notar y que registran en sus crónicas buscando con espanto la causa de esta entereza é indomable valor que llaman *iluminismo*.

«Hombres de sangre fría y de un juicio severo é imparcial, decía *el Gaulois* algunos días después de la toma de París, nos han hablado con admiración mezclada de espanto de las escenas que habían visto por sus propios ojos y que nos han dado mucho que pensar.

»Mujeres de lindos rostros y vestidas con trajes de seda bajaban á la calle revolver en mano, disparaban sobre el montón y exclamaban después con arrogante apostura, la frente levantada y mirada despreciativa:

¡Fusiladme inmediatamente!

Una de estas que había sido cogida en una casa desde donde se había hecho fuego por las ventanas, iba á ser agarrotada para ser conducida y juzgada en Versalles.

—Vamos—exclamó,—economizadme el fastidio del viaje.

Y colocándose junto á la pared con los brazos levanta-

dos y el pecho descubierto parecía solicitar y provocar la muerte.

Todas las que han sido ejecutadas de esta suerte por soldados furiosos han muerto con la injuria en la boca, con una sonrisa desdeñosa y como mártires que cumplen, sacrificándose, un gran deber.»

Los actos de valor realizados en las barricadas fueron incomparables. Horas enteras veíase á uno ó dos hombres defender una posición acribillados de heridas y teniendo cerrada toda la retirada. Recuerdo entre otras escenas haber oído referir á los vecinos testigos de la ocurrencia que en la Puerta de San Martín un hombre sostenía una bandera roja. Estaba en pié sobre un montón de adoquines desafiando al enemigo que le hacía un terrible fuego graneado. Las balas llovían á su alrededor en tanto que él se apoyaba indolentemente en una barrica que estaba á su espalda.

—¡Perezoso! le gritó uno de sus camaradas.

—¡No! exclamó, me apoyo porque estoy herido y no me puedo tener; no quiero caer tampoco cuando me acaben de matar.

He aquí otro rasgo de tranquilo heroísmo llevado á cabo por un peluquero de Montrouge, y que registra el correspondiente de Les Droits de l' Homme.

No había salido aquel ciudadano á la lucha con los federados; pero cuando vió á los versalleses entrar en París, indignado de su conducta, tomó su fusil que era de piston y se presentó en la calle, ve pasar á un capitán y un sargento, apunta al capitán y mata al sargento. Estando cargando de nuevo su fusil acuden algunos soldados.

—¿Que haceis aqui? le preguntan.

—Se me ha escapado el capitán y volvia á cargar para matarlo.

Arroja su reloj á su mujer, y volviéndose hácia su hijo muchacho de diez años:

¡Jura vengarme! le dice.

—Lo juro, gritó el muchacho á quien los soldados quisieron matar; pero que fué salvado por algunos vecinos.

—Despues el peluquero colocándose junto á la pared de su casa, exclamò:

—¡Estoy dispuesto! y cayó á la primera descarga de los soldados que lo fusilaron.

No menos abnegacion y desprecio á la vida revela el hecho llevado á cabo por Johanart, miembro de la Commune. Habia logrado protegido por un disfraz evadirse y se hallaba en Versalles. Un dia al ver llegar un convoy de prisioneros, cuando los fusilamientos estaban á la orden del dia, se lanza en medio de las tropas, se descubre, exhorta al pueblo á librar á sus compañeros destinados al sacrificio y exclama: ¡viva la Commune! ¡Salvemos á esos valientes!

Interminable sería nuestra tarea si hubiéramos de reseñar cada una de las horribles escenas, que en medio de su monstruosidad revistieron el caracter sublime de un heroismo inaudito. Pero daremos fin á este relato circunstanciado que de hechos aislados venimos haciendo, recordando para concluir la serena actitud y la admirable sangre fria con que uno de los miembros mas importantes de la Commune retaba tranquilamente á los verdugos de

Versalles. Había caído Assí prisionero al día siguiente de la entrada de los versalleses en Paris, y llevado á la corte de los rurales trataban de arrancarle revelaciones sobre los planes de defensa: el bravo y pundonoroso comunero se limitó á contestar:

«Ved en que estado vuestros infames soldados han puesto á Paris!... ¡Paris!... jamás habriais logrado entrar en él si á la Commune no le hubieran faltado recursos!... Pero aun así, cara os ha de costar la victoria.»

Ni las esperanzas ni los halagos pudieron arrancarle una palabra mas.

## CAPITULO XXXVIII.

El plan de las barricadas.—Táctica de Mac-Mahon.—Los primeros incendios.—Proyecto de armisticio.—Carácter de ferocidad que toma la lucha.—Fusilamiento de los rehenes.—Continúan los incendios.—Resistencia desesperada.—El cementerio del padre Lachaise.—La Villette y les buttes Chaumont.

Así tenía razón: la victoria de los versalleses había de costarles cara. Aun tomado Montmartre quedaban dos líneas de defensa donde, si no podían vencer, se batían como leones los que no tenían más salvación que el no esperar nada del enemigo. Es difícil recomponer después del fracaso y de las ruinas que produjeron los incendios el plan que había presidido á la formación de las barricadas debido en parte á los profundos conocimientos de Rossel y á las prudentes observaciones de Cluseret, pero según todas las probabilidades consistía el sistema interior de defensa en tres fuertes líneas concéntricas que á haber habido disciplina y organización habrían sido inexpugnables.

Pasada la línea de las fortificaciones, habíase formado un segundo recinto que pasaba en la orilla derecha por el Trocadero, el Arco de Triunfo, los boulevares de Courcelles, de las Batiñolas y de Rochechouart, y en la orilla izquierda por el puente de Jena, la avenida de Bourdonnaye, la Es-

cuela Militar, los boulevares de los Inválidos y de Montparnaso y la estación del Oeste. En toda la extensión de estas fortificaciones interiores había barricadas en las bocacalles y las plazas formaban reductos. La segunda línea que era la que más esperanzas inspiraba á los comuneros, se apoyaba en los boulevares, la calle Royale, el ministerio de Marina, las Tullerías, el puente de la Concordia, el Cuerpo legislativo, la calle de Bourgogne y la calle de Varenne. Para el caso en que esta línea fuera forzada, se había organizado en la orilla izquierda otras defensas en la calle Grenelle, Saint-Dominique y Lille, cerradas por barricadas en su intersección con las de Bellechasse, del Bac y de Saints Peres, y en la orilla derecha en las calles Neuve-des-Petits Champs, de la Paz y plaza de Vendome.

Desalojados de esta posición podían todavía defender la calle de Saint-Honoré y hacer una retirada por las Tullerías, el Louvre y el Hotel de Ville.

Lo formidable de estas posiciones no solo consistía en el hábil y extratéjico sistema de su organización, sino en lo bien contruidas que las barricadas se hallaban y el excelente armamento con que estaban artilladas.

\*  
\* \*

Pronto comprendió Mac-Mahon que era imposible abordarlas de frente, y adivinando el secreto de la desorganización é indisciplina de los defensores de la Commune, dió orden de atacar siempre de flanco dejando que la artillería combatiera los puntos que consideraba como *llaves de las*

*posiciones*. De esta manera es fácil explicarse cómo avanzaban continuamente los versalleses cortando la retirada á fuerzas considerables de la guardia nacional, dejando casi intactas posiciones formidables y copando gruesas masas á las que cógian siempre primero de flanco y luego de retaguardia. Así se perdió Montmartre, así el Trocadero y así sucesivamente fueron perdiéndose las defensas de las Tullerías, la barricada monstruo de Saint Florentin y hasta el reducto que se apoyaba en el Louvre, cogido de flanco por el boulevard de Sebastopol.

..

Los rápidos progresos que merced á esta táctica hacia el ejército de Versalles, determinaron indudablemente los primeros incendios que intencionadamente causaron los defensores de Paris. Al verse cortados, al ver perdida la segunda línea de defensa y que apenas si les quedaba tiempo para replegarse sobre la tercera y hacerse fuertes en ella, se resolvieron á poner entre las tropas y su retirada un océano de llamas. Es más que posible, es seguro que muchos de los edificios incendiados lo fueron por el horrible bombardeo y por el terrible fuego de cañon de los versalleses, pero seria una falta imperdonable contra la verdad de los hechos el negar que los comuneros acudieron al incendio como un medio de defensa, desde que la pérdida del boulevard de Sebastopol hizo insostenibles las posiciones del Louvre y de las Tullerías.

Achacar por esto á la Commune la idea de hacer volar

á Paris por medio de minas y destruirlo por medio del petróleo, es una especie ridícula cuando no criminal, hija sola de la pasión política para hacer odiosa la causa de los vencidos. Si tal plan hubiera concebido la Commune, nadie habría podido estorbárselo, y el descubrimiento de las minas y la organización de todo un sistema de incendios lo habría revelado. Los estragos habrían sido sin cuento y no se hallarían reducidos precisamente á los puntos en que más comprometidos se hallaron los combatientes. La mayor parte de los documentos que se han presentado después como procedentes de la Commune mandando incendiar barrios enteros son de todo punto falsos, y algunos han sido reconocidos como apócrifos por los mismos Consejos de guerra de Versalles. ¿No revela esta falsificación la falta de datos auténticos y todo un maquiavélico sistema de difamación contra los proscritos y fugitivos comuneros?

En todo caso algún miembro de la Commune pudo decretar por cuenta propia el incendio, pero imposible era que aquella corporación tomara tal acuerdo cuando ya no se reunía, cuando la mayor parte de sus individuos se habían retirado por completo de ella, y cuando no había una autoridad que todo lo dirigiera sino que cada jefe mandaba por sí y ante sí lo que más adecuado creía para la resistencia. En cuanto al hecho concreto de los incendios, los republicanos, los demócratas sinceros no podemos menos de condenarlos como condenamos en nombre de la civilización y de la justicia la guerra, la pena de muerte y todo el inmenso catálogo de crímenes que señala el reinado calamitoso y cruel de la soberbia mesocracia. Pero la conducta de los

comuneros, aun incendiando, no es tan execrable ni digna de reprobacion tan enérgica como la de los versalleses que tuvieron en su mano la paz, y que causaron muchos mayores estragos y aun mayor número de incendios sin verse comprometidos en sus posiciones ni hallarse obligados á usarlos como medios de defensa. Otros incendios en muy corto número hubo luego en que esta circunstancia atenuante fué reemplazada por el furor frenético de la desesperacion y de la venganza. Pero en los primeros que tuvieron lugar, y aun en la mayor parte de ellos, hay menos culpabilidad que en las violencias del ejército de Mac-Mahon, y aun en los incendios que se llevaron á cabo por las legiones sagradas del emperador Guillermo, representante del derecho divino é ídolo de las clases conservadoras de la Europa reaccionaria.



La guerra sin cuartel que el ejército invasor hacia lanzando á los parisienses á la desesperacion no era sino un estímulo vivísimo para la mas obstinada resistencia. Habia dado en un principio Mac-Mahon unas cuantas horas de término para que todos depusieran las armas: como era de esperar aquellos hombres que tales muestras de valor habian dado no se rindieron á discrecion. La crueldad que habia en toda la campaña distinguido á los versalleses tomó entonces proporciones monstruosas. En vano la liga de la Union republicana hizo esfuerzos desesperados por evitar la efusion de sangre. Acudió al Hotel de Ville; la Commu-

ne había dejado de dirigir los destinos de París, la mayor parte de sus miembros habían acudido á las barricadas á luchar entre sus hermanos, algunos otros consideraban ya perdida su causa y aconsejándose de su cobardía buscaban refugio contra las persecuciones del enemigo. El Comité central había reemplazado por unas horas á la Commune. A instancias de la liga de Union republicana redactó aquel un manifiesto proponiendo las bases de un armisticio. Digna fué la entereza de aquellos hombres que preferían hundirse con honra á transigir con la infamia, pero no podía ser más inútil aquel proyecto porque era negarle al vencedor su victoria y reclamar tiempo al vencido para ponerse nuevamente en condiciones de lucha. Sin embargo, por ser el último documento que dió la revolucion y por revelar la actitud que todavía en la última hora conservaba el último centro, representante del movimiento comunero merece ser conocido de los lectores. Hélo aquí:

REPÚBLICA FRANCESA.

LIBERTAD.—IGUALDAD.—FRATERNIDAD.

*Federacion republicana de la Guardia nacional.*

*Comité central.*

En este momento en que los dos campos se preparan, se observan y toman sus posiciones extratéticas.

En este supremo instante, en que una poblacion entera, entregada al parasismo de la exasperacion está decidida á vencer ó á morir por el sostenimiento de sus derechos.

El Comité central quiere hacer oír su voz.

No hemos luchado aun mas que contra un enemigo, *la guerra civil*.

Consecuentes con nosotros mismos, ya sea cuando formábamos una administracion provisional, ya sea desde que nos hemos alejado por completo de los negocios públicos, hemos hablado y obrado en igual sentido.

Hoy, en presencia de las desgracias que podrian caer sobre todos, proponemos al heroico pueblo armado que nos ha nombrado, proponemos á los hombres extraviados que nos atacan la única condicion capaz de contener la efusion de sangre, al propio tiempo que garantice los legítimos derechos que París ha conquistado:

1.° La Asamblea nacional cuya mision ha terminado debe disolverse.

2.° La Commune se disolverá igualmente.

3.° El ejército llamado *regular* abandonará á París debiendo alejarse de él lo menos 25 kilómetros.

4.° Se nombrará un poder intermediario compuesto de delegados de ciudades de 50.000 habitantes.

Este poder elegirá entre sus miembros un gobierno provisional, que tendrá la mision de hacer proceder á las elecciones de una Constituyente y de la Commune de París.

5.° No se ejercerán represalias ni contra los miembros de la Asamblea ni contra los de la Commune en todos los hechos posteriores al 26 de Marzo.

He aquí las únicas condiciones aceptables.

Que toda la sangre derramada en una lucha fratricida caiga sobre la cabeza de los que las rechacen.

En cuanto á nosotros, lo mismo que hasta aquí, cumpliremos nuestro deber hasta el final.

4 *Prairial*, año 79.

Los miembros del Comité central, Moreau, Pyat, B. Lacroix, Geoffroy, Gouhier, Prudhomme, Gaudier, Fabre, Thiersonnier, Bonnefroy, Lacord, Tournois, Baroud, Rousseau, Laroque, Marechal, Bisson, Ouzelot, Brin, Marceau, Lévêque, Chouteau, Avoine hijo, Navarre, Husson, Lagarde, Audouy, Hauser, Soudry, Lavallette, Ghatteau, Valats, Patris, Jougeret, Millet, Boullenger, Bouits-Grelier, Drevet.

La Liga creyó inútil presentar tales bases al ejército que era ya dueño de París, y el manifiesto pasó casi desapercibido porque solo pudo fijarse en los barrios donde todavía imperaba la guardia nacional.

\*  
\*\*

Perdida toda esperanza de arreglo en los unos y animados los otros por las escitaciones de los jefes y el instinto sañguinario de toda soldadesca desenfrenada, la lucha tomó desde luego el carácter de una ferocidad salvaje é inaudita, distinguiéndose sobremanera los de Versalles en su enañamiento y crueldad contra los infelices que caian en sus manos. Ya desde un principio el combate en las murallas habia sido de lo más encarnizado, las calles de Auteuil y de Passy estaban materialmente cubiertas de cadáveres de los federados. El *Moniteur* del 23 referia que detrás del

muro del cementerio de Auteuil había tendidos sesenta muertos unos sobre otros. Pertenecían á una compañía que copada por los soldados rehusó rendirse y fué toda pasada por las armas.

A medida que avanzaban, el furor homicida iba en aumento y los obstáculos y la resistencia no hacían más que avivarlo hasta el delirio. La toma de la Magdalena mostró á los federales lo que podían esperar de sus enemigos. A *le Soir*, diario enemigo acérrimo de la Commune debemos el relato.

«La barricada, dice, que defendía las cercanías de la calle Real, se hallaba fuertemente sostenida por una banda importante de insurrectos. Varios cañones y ametralladoras se habían colocado en las embocaduras y tiraban constantemente sobre la plaza de la Concordia.

Para evitar una inútil efusión de sangre se ejecutó un movimiento envolvente por la calle de Boissy d'Anglãs, los jardines que la rodean, así como los que dependen de los grandes hoteles del faubourg Saint Honoré.

Al propio tiempo un cuerpo de tropa bajaba por el boulevard Haussmann, el de Malesherbes y la calle de Trouchet.

Los insurrectos cogidos por la retaguardia huyeron del lado de la Magdalena y se atrincheraron viendo cortada su retirada, pero los marinós y los soldados se precipitaron en su seguimiento, forzando los puntos donde levantaban barricadas y penetrando de seguida en el edificio. El combate fué entonces feróz; irritados los soldados de los desastres de que eran causa los miserables con quienes luchaban, y de la muerte de cierto número de sus compañeros, *no se*

*detuvieron hasta que todos quedaron muertos, la mayor parte á bayonetazos. Ningun insurrecto salió vivo de la iglesia de la Magdalena. No podemos precisar el número de muertos, pero segun nos aseguran ascendian á muchos centenares.»*

Pero despues de la toma de Montmartre fué cuando empezaron los mas tremendos horrores. Con el pretesto de vengar la muerte de Lecomte y Thomas que se habian ejecutado en aquel distrito, no hubo género de barbarie á que no se entregara la soldadesca ébria de matanza y de sangre. Asesinaban sin piedad cuanto encontraban al paso, la poblacion quedó allí diezmada, y cuesta trabajo creer hasta qué extremo llevaron su barbarie. Despues de la toma de la barricada de la esquina de la calle del boulevard Rochechouart, cerca del café Delta, segun los datos de la agencia telegráfica Reuter, los heridos eran enterrados vivos en una inmensa fosa. Sus quejas y gemidos fueron espantosos durante toda la noche del 25.

El Panteon presenció otras escenas de muerte no menos horribles. El combate, decia el *Gaulois*, habia sido muy sangriento en la estacion de Montparnaso, en la Cruz Roja, en la Barrera de Italia y en el Panteon. Esta última posicion fué atacada á la vez por todos los puntos. Los soldados desembocando á la vez por todas las calles encerraron bien pronto á los comuneros en número de setecientos ú ochocientos entre el Panteon, la Biblioteca de Santa Genoveva y la iglesia de San Estéban del Monte. Ni un solo federal escapó de la matanza.

Tamaños horrores produjeron de parte de los parisienses otro nuevo crimen, una terrible infamia que ni el tiempo ni el castigo bastarán nunca á borrar los nombres del puñado de fanáticos que en el delirio de la venganza mancharon sus conciencias con la sangre del asesinato. El fusilamiento de los llamados rehenes es un hecho que no tiene disculpa ni justificación posible. Horrible es la venganza, pero aun se explica cuando se ejerce contra la persona que nos causó el mal, pero querer saciar el rencor en una tercera persona ajena á nuestros ódios é inocente de cuanto nos sucede, es el colmo de la insensatez mas criminal. Sistema introducido en Francia por los prusianos, aun en una guerra extranjera no parecia tan monstruoso como en aquella guerra civil en que los prisioneros, en concepto de rehenes no formaban una entidad con los que tanto daño causaban á los parisienses.

Mientras mas se estudia ese espantoso acto ejecutado por un pequeño grupo de los comuneros mas absurdo é inexplicable parece. En cerca de dos meses que se habian llenado las prisiones de aquella extraña clase de rehenes, á nadie en la Commune habia ocurrido proceder contra ellos. Es mas, en una de las últimas sesiones de la Commune el imbecil Urbain, despues de denunciar que una enfermera habia sido violada y asesinada por los versalleses, pidió en compensacion que diez de los rehenes del Hotel de Ville fuesen fusilados cada veinticuatro horas. Entonces el mismo Raul Rigault se levantó á protestar, y pidió que á los asesinatos de Versalles solo se respondiera con el castigo de los culpables añadiendo estas notables palabras: «Pre-

fiero mejor dejar escapar á los culpables á herir á un solo inocente.»

¿Como fué que el dia 23 el mismo Raul Rigault mandó el peloton de ejecucion que dió muerte al primero de los rehenes? ¿Como aprobó la ejecucion de los demas?

Asentemos antes de todo que no puede atribuirse á la Commune la responsabilidad de estas ejecuciones: le cabe sin duda parte de culpa por haber procedido á la prision de ciudadanos inocentes en su gran mayoría, pero nombró al cabo un jurado que entendiera en sus causas y las ejecuciones que se llevaron á efecto no lo fueron en virtud de ninguna sentencia sino por determinacion de Rigault unas y de Ferré las otras. A poco que trate de explorarse las causas que influyeron en el ánimo de estos es facil descubrir en el primero el deseo de contener por medio del temor de las represalias las crueldades y asesinatos de los versalleses, y en el segundo decidido á luchar hasta el último trance el empeño de comprometer á los suyos por medio de una tremenda responsabilidad comun para que todos murieran antes que ceder, parodiando siempre al 93 y buscando el efecto que produjeron las matanzas de Setiembre.

De todas maneras el hecho no solo en la moral era un crimen sino que en la política era el colmo de la imbecilidad. Por lo mismo que los rehenes no eran verdaderamente afectos á los de Versalles, poco habia de dolerle á la Asamblea su ejecucion, y ya lo habia probado negándose el Gobierno á rescatar al arzobispo de Paris en cambio de un comunero tan ilustre como Blanqui. De suerte que an-

tes al contrario estos fusilamientos habian de escitar más el furor del ejército que consideraria como criminales comunes á sus autores y habia al propio tiempo de dar armas contra ellos y argumentos para condenar su memoria á todas las clases conservadoras.

Un republicano, el respetable escritor Mr. Chaudey, tuvo la infausta suerte de abrir el triste catálogo de las víctimas. Su ejecucion se verificó el dia 23; se le acusaba de haber mandado hacer fuego contra el pueblo el dia 21 de Enero. Murió como un valiente, reprochó su inícuca accion á Rigault que dirigia á los que le fusilaron y cayó dando un viva á la República. Al dia siguiente tocó el turno al arzobispo de París, al cura de la Magdalena, al presidente del tribunal de casacion Mr. Bonjeau y á tres jesuitas.

El número de las víctimas se elevó hasta sesenta y cuatro cuando una inmensa multitud de comuneros habian sido asesinados, y cuando la revolucion agonizante se defendia en las últimas trincheras.

\*  
\* \*

La toma de Montmartre habia entregado á los versalleses la tercera parte de París, la toma del Panteon puso bajo sus fuegos toda la última línea de defensa. Las baterías de Montmartre destruian la Villette y les buttes Chaumont; las del Panteon cubrian de bombas todos los alrededores de la plaza de la Bastilla.

El dia 24 la lucha tomó proporciones infernales. No se puede representar tan sin igual batalla. No se oia el true-

no del cañon rugiendo en cadencia y cambiando regularmente sus proyectiles sino un redoble continuo de golpes violentos producido por un ejército de baterías insensatas. El mismo rio tomaba parte en la lucha, y las cañoneras emboscadas bajo los puentes rugian como volcanes. El fuego de la fusilería era tan nutrido que el oido solo percibía una especie de silbido ronco y prolongado semejante al del viento cuando combate un edificio ruinoso, y enmedio de este concierto sombrío y espantoso dejábase á veces oír el estrépito de la metralla.

En todas partes se batian unos y otros: en la Villette, en San Vicente de Paul, en los boulevares, en el Hotel de Ville, en el Luxemburgo, en el Puente nuevo; París entero se veía ahogado en una espesa humareda surcada por los relámpagos del cañoneo, y aquí y allí enrojecida por las llamas.

Los incendios habian continuado, y en muchos de ellos la mano incendiaria no habia sido llevada por un plan de defensa. La atmósfera abrasadora de aquella guerra civil habia inflamado el fanatismo de algunos y servia de disfráz á la maldad de muchos de los agentes pagados, ó por el bonapartismo ó el extranjero.

Es indudable que en el momento de abandonar algunas barricadas los combatientes, pusieron fuego con frecuencia á las casas vecinas. Un jóven nacional de veinte años, ébrio aun de la lucha, y que era conducido en una camilla herido de resultas de la defensa del Panteon, gritaba enmedio de los versalleses: «Yo soy quien ha hecho volar el polvorin del Luxemburgo,» y su voz no temblaba y su conciencia parecía tranquila.

Y es que hacia ocho meses que el Gobierno del 4 de Setiembre y los periódicos, todos habían acostumbrado al pueblo á la idea de quemar París: ¿No se había hablado cuando los prusianos, de torpedos, de petróleo y de fuego griego? ¿No había dicho Julio Simon «primero Moscou que Sedan»? ¿No habían contestado todos á tantas excitaciones: «Sí, más vale volar á París que entregarlo?» ¿A quién se debe inculpar principalmente de estos excesos?

Los incendios por otra parte no llegaron al número que se ha exagerado, y muchos de los que se atribuyen á París debieron á la cruda guerra de los versalleses, como en la introduccion de esta obra queda expuesto, al par que el relato de los verdaderos estragos causados por el incendio.

\*  
\* \*

El fuego general de la artillería siguió toda aquella noche; al amanecer del día 25 el combate cesó. Solo se oía en algunos sitios el fuego de la fusilería. Las baterías de los comuneros no podían ya contestar, y se acordó una retirada. La parte central de París fué evacuada; y protegidos por los incendios y algunos batallones que se sacrificaron, se replegaron las principales fuerzas de la revolución sobre la parte Nordeste. Hubo el plan de atacar los antiguos boulevares apoyados por el cañon de las buttes Chaumont y cortar al ejército de Versalles, haciendo una salida. Pero la actitud de los prusianos que impedían el paso hizo fracasar aquel atrevido proyecto.

El ejército, mientras, tomaba sucesivamente con poco trabajo los fuertes de Montrouge, Yvry y Bicêtre, derrui-

dos en su mayor parte y con guarniciones escasas y demoralizadas.

\*  
\*\*

Fatal y desastroso fué para los comuneros el día 25: Raul Rigauld habia sido fusilado el día anterior; viendo en peligro al que lo ocultaba, él mismo se habia entregado. Habia muerto con valor dando un viva á la Commune. Los pocos miembros de aquella corporacion que pudieron reunirse en el cuartel del príncipe Eugenio se dieron el adios de la muerte no teniendo ya ni una esperanza. Delescluze se negó á retirarse; cuando no pudo sostenerse en el Hotel de Ville, presa de las llamas y acometido de cerca por el enemigo marchó á la alcaldía del 11.º distrito donde la resistencia era grande. Durante una hora recibió á oficiales y jefes, que á pedirle órdenes unos y locos de terror otros iban á demandarle socorro ¡Defendeos! ¡defendeos! repetía sin cesar. Esta era ya su única consigna. Cuando el peligro arreció y flaqueaba la defensa de la barricada, bajó á mezclarse con los combatientes; se vió casi solo y abandonado, no quiso huir y cayó al poco tiempo herido de muchas balas.

Los versalleses continuaban avanzando siempre. Su division de reserva enfiló por el Este el puente de Austerlitz que al mismo tiempo atacaban por otros dos sitios otras dos brigadas y combatia desde el rio una flotilla de cañoneras. La resistencia duró aun hasta cerca del oscurecer, pero al fin fué tomada la posicion y los resultados de este triunfo dejaron á los federales reducidos á batirse en las últimas trincheras. La resistencia de la plaza de la Bastilla

fué tambien de las mas enérgicas, pero el dia siguiente fué perdida por sus defensores que se veian envueltos por todas partes.

Otro movimiento envolvente habia hecho replegarse algunos miles de guardias nacionales sobre el cementerio del Padre Lachaise. Mucho se ha exagerado la resistencia hecha en este punto para justificar la horrible matanza que allí se hizo. Los hechos hablan con mas elocuencia que cuanto digan escritores interesados en encubrir la verdad.

De los comuneros en aquel punto refugiados mas de mil recibieron allí mismo sepultura. ¿Cuál sería la resistencia cuando apenas han quedado en aquellos lugares señales de combate?

\*  
\* \*

El dia 21 entraron los versalleses en París: hasta el dia 27 resistieron las últimas barricadas del faubourg Saint Antoine; hasta el dia 28 se defendieron les buttes Chaumont y la Villete.

La defensa de estos dos últimos puntos fué la mas tenáz y desesperada de las que habian hecho los comuneros. MacMahon habia amenazado disparar con bala roja si no se se rendian los heróicos defensores de la Villete y cumplió al fin su palabra. El incendio de los inmensos almacenes generales que habia en aquel barrio y considerable número de casas incendiadas dieron testimonio del nuevo vandalismo de los hombres de orden.

Tres dias y tres noches duró la batalla en la Villete. El bombardeo que le hacian las baterías de Montmartre no

tiene ejemplo: setecientos cañonazos en media hora llegaron á disparar las piezas ocupadas por los de Versalles. Un movimiento giratorio, del general Ladmiraault hizo tambien insostenible aquel último reducto de la revolucion. Viéndose perdidos izaron bandera de parlamento. Se les dió dos horas para rendirse á discrecion: se les negó el derecho de librar la vida que pedian y la lucha volvió á empezar de nuevo hasta que cada vez mas estrechados empezó un combate cuerpo á cuerpo y concluyó á causa de las inmensas masas de soldados con una matanza general de aquellos valientes comuneros.

La poblacion de aquellos barrios republicanos quedó reducida á la mitad. En algunos sitios la sangre corria materialmente por el arroyo. De aquella lucha no resultaron heridos. El mismo corresponsal del *Times*, testigo de aquellas espantosas ocurrencias escribia tranquilamente esta declaracion que consideraba como muy natural.

«El hecho es que todo herido que cae á tierra no puede conservar la vida. La sola circunstancia de estar herido prueba que merece la muerte.»

*El Siecle* por su parte daba cuenta de tales sucesos en estas líneas:

«Las víctimas de la carnicería que ha tenido lugar en Belleville y las buttes Chaumont despues del asalto de estas posiciones, se han depositado provisionalmente en el cementerio de Charenton; nadie se atreve á citar el número de miedo de ser acusado de exageracion. La mayor parte de los cadáveres llevan las señales de horribles heridas, muchos de ellos están mutilados.»

## CAPITULO XXXIX.

Barbárie y sangrienta ferocidad de los vencedores.—Ejecuciones sumarias.—Los consejos de guerra.—Fusilamientos en masa.— Los prisioneros en Satory.

Vencida estaba la revolucion: los hombres del órden, los soldados del Gobierno habian vuelto á París al imperio de la ley. Ni una transaccion se habia hecho con los hombres de la Commune; rios de sangre se habian derramado y ruinas inmensas se habian producido para tal victoria. Habia llegado la hora tan deseada para los hombres que se llaman salvadores de la sociedad, de restaurar el reinado de la justicia, que creian proscrita con la sola sombra de los comuneros. ¿Cuál fué su proceder? ¿De qué manera echaron las bases de la reforma que meditaban y de la regeneracion de la Francia á que se habian comprometido?

Horror causa pensarlo: faltan palabras para describir la horrible hecatombe que en aras del egoismo de la clase media ofendida se sacrificaron. Ninguna venganza hay tan espantosa como la del miedo. La tiranía es cobarde, y nada hay más implacable ni más cruel que la cobardía. La Asamblea se habia visto amenazada, la egoista burguesía habia estado á punto de perder el cetro de su dominacion que tan inmensas riquezas le produce á costa de la sangre

del proletariado, y cegadas por el terror creyeron que solo en el exterminio de una generacion de trabajadores podia hallar la seguridad del porvenir. ¡Insensata y bárbara política! Ignoraban que la sangre derramada iba á purificar la causa vencida y á señalar con el estigma de maldicion de los verdugos la frente de los vencedores. No veian que sus monstruosas y sangrientas violencias habian de justificar á la revolucion, de rehabilitar á los hombres de la Commune, y de dejar una herencia de ódio eterno y de inexorable venganza á todas las generaciones de desheredados de la tierra.

Pero entremos ya á trazar el pavoroso cuadro del terror infame de Versalles, para ver los frutos de una victoria á tanta costa comprada. Y perseverando en nuestro sistema de apoyarnos en pruebas irrecusables, solo apelaremos al testimonio de escritores que no estaban conformes con la revolucion y que eran enemigos acérrimos, muchos de ellos de la Commune, y se encuentran entre los más caracterizados publicistas del bando conservador.

No es ningun republicano, no es siquiera ningun amigo de la democrácia, es el corresponsal del *Times*, que no encontraba palabras para censurar á los federales, el que hace los siguientes cálculos sobre los fusilamientos que siguieron al triunfo:

«Las ejecuciones han sido espantosas; se evalúan en más de dos mil el número de personas que han sido ya fusiladas solamente en la orilla derecha del Sena.

Es evidente que esto no es más que una pequeña parte de la cifra total. En todas partes donde se ve sobre los para-

petos largas colas de mujeres y de muchachos, podemos estar seguros de que aquella curiosidad está motivada por un monton de cadáveres repugnantemente mutilados. Los federados conducidos hasta allí eran fusilados contra los muros. Sobre las pendientes que conducen á los barrios del Sena, pueden señalarse desigualdades en el terreno.....

¡Son tumbas...!!»

\*  
\* \*

«Los juicios y las ejecuciones continúan, decia la *Helvetie*, todavía en 4 de Junio. Los detalles hacen estremecer. Se fusila todo el dia y no se espera siquiera que las víctimas estén muertas para arrojarlas en la fosa comun y cubrirlas de cal viva. Estas ejecuciones tienen lugar principalmente en el jardin del Luxemburgo, en el parque de Monceaux, y cerca de Saint Jacques.»

Por el aspecto que este último sitio presentaba, las víctimas debieron ser innumerables. *Le Temps*, aterrizado, exclamaba el último dia de la defensa de París:

«¡Quién no se acuerda si lo ha visto, siquiera por algunos instantes, de la plaza ó mejor dicho *del matadero* de la torre St. Jacques! Allí se habian enterrado bajo una lijera capa de tierra multitud de cadáveres cogidos al azár, y cuando habia tiempo para ello se volvian á coger estos cadáveres y se apilaban en los furgones. Por aquí y por allí se veian brazos, cabezas y piernas saliendo de la tierra.

»En donde habia tanta vegetacion, tantas flores, ahora no se veian más que muertos. ¡Qué hecatombe!

»Algunos ginetes, pistola en mano, pasaban conduciendo prisioneros de los que se cogian por centenares. Se veian algunas mujeres entre ellos, las cuales han sufrido toda clase de violencias.»

\*  
\*\*

El procedimiento de estas matanzas era no menos horrible. A medida que el ejército iba reconquistando á París, asesinaba á su antojo las víctimas que queria. Grupos enteros de la gente llamada del orden se unia al ejército, denunciaba á los afectos á la Commune, descubria á los que se ocultaban, insultaba á los prisioneros y reclamaba su muerte escitando los instintos más feroces de la soldadesca. Así se presenciaron dramas espantosos. Cada calle tuvo su martirologio y en determinados barrios cada casa tuvo su asesinato.

Hé aquí el relato de algunas de estas escenas debidas á un testigo presencial cuyas ideas contrarias á los parisienses acreditan la imparcialidad.

«El jueves ví, dice, conducir una mujer que iban á fusilar (y cito este ejemplo como podria citar otros muchos). Estaba vestida de guardia nacional, y no tenia más delito que haberse batido contra las tropas en una barricada, donde fué hecha prisionera; no era culpable ni de asesinato ni de incendio: pues bien; á pesar de esto, lejos de manifestar lástima (ya que no admiracion) la insultaban sin piedad, sin que el desprecio y la altivez con que ella recibia tantas injurias sirviese más que para aumentar la ira

de la canalla de levita que la maltrataba. Para mortificarla llevaban delante de ella una bandera tricolor.

En la escuela militar y en otros muchos puntos en que tienen lugar las ejecuciones, se conservan los cadáveres durante dos días para que los que llevan á fusilar los vean antes de morir.

Una mujer sorprendida como incendiaria es fusilada en el acto. Llevaba en los brazos una criatura de pecho: en el momento en que van á tirar sobre ella, alarga los brazos para que alguien recoja la criatura; pero la gente grita: *matadla tambien y habrá un bandido menos con el tiempo*, y ambos caen mortalmente heridos.

El jueves ví otras dos mujeres, tambien con el uniforme de la guardia roja, que atravesaban el boulevard de los Italianos á toda carrera, huyendo de una trailla de hombres y mujeres que las perseguian con el piadoso intento de entregarlas para que las fusilaran.

Confieso que estas escenas me han impresionado más que ver arder las Tullerías, la calle Real, los ministerios y el Hotel de Ville.

. . . . .

Al pasar por delante de la Comedia francesa, ví los veintisiete cadáveres de que he hablado antes, fusilados en el foso de la barricada que habian defendido: entre ellos estaba el de Roger, orador de club, conocido en París y el de su hijo. Atravesé la plaza del Carroussel, encontrando aún varios cadáveres y salí al río.

. . . . .

Al día siguiente, sábado, salí como de costumbre, á recor-

rer París, dirigiéndome á la calle de Rívoli. En el camino encontré un grupo de más de doscientos prisioneros entre dos filas de soldados y seguidos, como siempre, por una turba de gente que los insultaba. Entre dichos prisioneros habria comò unas treinta á cuarenta mujeres. Entonces oí decir que una de éstas, ya de edad algo avanzada, se habia tirado al suelo, negándose á seguir marchando, ya por cansancio ó ya por rebeldía; la gente pidió que la mataran, y un soldado disparó sobre ella, dando gusto á los espectadores.»



En medio de estas ejecuciones, en las que una simple denuncia bastaba para que un ciudadano cualquiera fuera pasado por las armas, se asesinó á multitud de personas creyendo que eran determinados miembros de la Commune. Fusilaron á uno á quien creyeron Delescluze, cuando Delescluze habia sucumbido en las barricadas.

A tres mataron creyendo matar á Julio Valles, el cual habia logrado evadirse, y de esta misma suerte por el parecido ó por falsa denuncia, pasaron por las armas á otros ciudadanos creyendo ejecutar á Gaillard, Amouroux, Billioray, Protot, Dereure, Cluseret, de cuyas muertes dieron parte oficial, habiéndose afortunadamente salvado todos ellos. De los realmente así fusilados más conocidos, fueron Rigault, Dufil, el escritor socialista Tony Moilin, Milliere, Vidal, á quien arrancaron herido de mano de los médicos, Carlos Martin, Okolowitch, el príncipe Bragation, el coronel Delorme, Vierlet, Vaillant, Avoine hijo, Varlin, Bar-

toud, Leveque, Neroc, Lescure, Bisson y algunos otros de ménos renombre.

Todos murieron con igual entereza de ánimo y el mismo valor heroico.

\* \* \*

Los consejos de guerra siguieron á estas ejecuciones sumarias; pero la justicia no ganó con ellos. Antes mataban aisladamente, ahora se procedió á los fusilamientos en masa.

Hé aquí cómo se procedia, segun refiere uno de los más reputados órganos del partido conservador *Le Journal des Debats*:

«Desde la mañana del domingo 28 un cordon espeso se forma delante del teatro del Chatelet. Allí se ha constituido un consejo de guerra. De tiempo en tiempo se vé salir una banda de quince á veinte individuos, compuesta de guardias nacionales, de paisanos, de mujeres y niños de quince á diez y seis años cogidos con las armas en la mano, ó cuya participacion activa en la insurreccion armada, estaba claramente demostrada por señales inequívocas. Estos individuos eran condenados á muerte. Marchaban de dos en dos escoltados por un batallon de cazadores de á pié. Una escuadra de cazadores abria y cerraba la marcha. Este cortejo seguia el cuartel de Gesons y penetraba en el cuartel de la plaza Lobau.

»Un minuto despues se oia retumbar dentro el fuego del peloton y las descargas sucesivas. Era la sentencia del Consejo de guerra que acababa de cumplirse.

»El destacamento de cazadores volvía al Chatelet en busca de otros condenados. La multitud parecía vivamente impresionada al escuchar aquellas descargas.»

»En el teatro de Chatelet, añadía Catulle Mendez en su obra contra la Commune, se ha constituido un consejo de guerra. Se conduce allí á los federados: por veintenas los condenan: los conducen á la plaza con las manos atadas por detrás de las espaldas. Allí les dicen:

«Volveos.»

»A cien pasos del lugar *hay una ametralladora*: caen de veinte en veinte. ¡Método expeditivo! En un patio de la calle de Sant Denis hay una cúadra llenade cadáveres: *he visto esto con mis propios ojos.*»

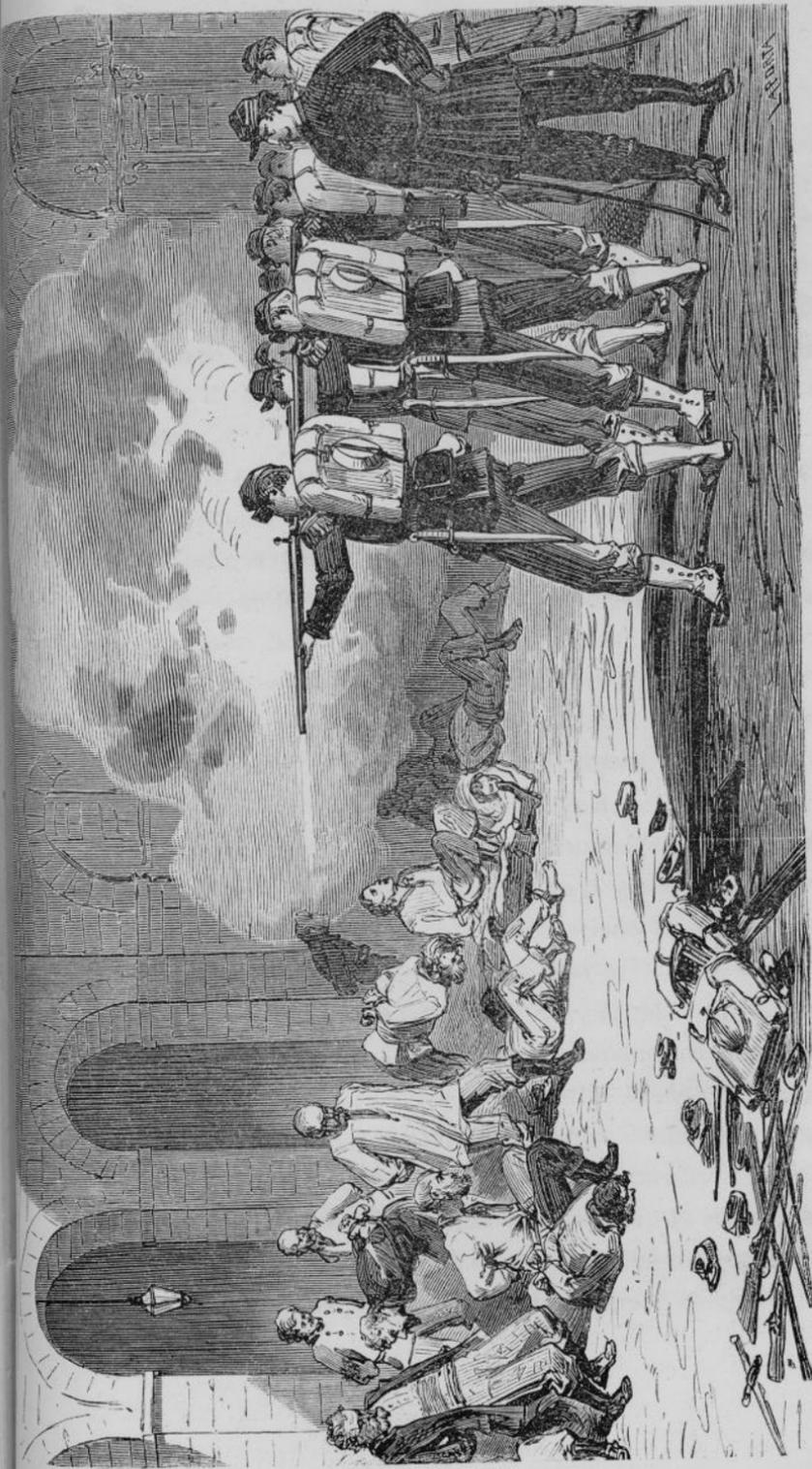
«No me atrevía á creerlo, dice sobre este particular el corresponsal de *Les Doits de l'Homme*; pero un oficial del ejército me lo ha confirmado ayer tarde. Por medio de ametralladoras han hecho las ejecuciones de la Escuela militar.

»Hé aquí el procedimiento:

»Se traían cuarenta prisioneros. Se los ponía en dos filas atados unos á otros, luego se descubrían dos ametralladoras. Despues de las descargas los soldados se aproximaban y los acababan á bayonetazos.

»Un repartidor del *GaULOIS* fué encerrado por equivocacion en el cuartel de Napoleon. Hé aquí lo que vió:

»Se llevaba á los insurrectos por hornadas de cuarenta. En el patio habia veinte cazadores de Vincennes. Se arrojaban al patio los cuarenta insurrectos. Los veinte cazadores de Vincennes estaban encargados de fusilarlos. Si cada tiro



Fusilamiento de prisioneros indefensos en el patio del cuartel Loba.



acertaba á uno, la otra tanda de veinte desdichados tenian que esperar la segunda descarga. ¡Todos los tiros no acertaban; todos los tiros no mataban!

»¡No necesito acabar: ya veis ese patio, esos hombres, esos pelotones á medio matar, esas agonías, esos heridos que se levantan, esos otros que los matan!... Habia á la salida de la alcantarilla un gran surco de sangre roja en el Sena.»

La *Independencia Belga* traza en estas lacónicas frases aquel monstruoso cuadro:

«En el jardín del Luxemburgo, en el parque de Monceaux, en la torre Saint Jacques, se habian abierto inmensas fosas donde se habia puesto cal viva: los insurrectos, hombres y mujeres, eran conducidos allí: hacen fuego los pelotones; una nube de humo se levanta... la fosa y la cal se entreabren, y vuelven á cerrarse bajo su presa.»

Estos otros detalles que acaban de describir los horrores de aquellos insaciables verdugos, son debidos á Lisagaray, nombrado general por Gambetta en la guerra franco-prusiana, y que asegura haber presenciado las escenas que cuenta.

«Cerca de tres mil federales, dice, cogidos en la noche del 27 en el padre Lachaise, fueron conducidos á la prision de la Roquette. *Ninguno salió de allí.* Desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde se oyeron desde fuera continuas explosiones. Durante una hora, mezclado entre la multitud yo escuché delante de la puerta. El ruido que se oia no era siempre de la fusilería: se distinguia muy claramente el estampido de las ametralladoras. Se ejecutaba á

los prisioneros por manadas de cincuenta y de cien hombres. Los pelotones de ejecucion estaban derrengados de fatiga y apuntaban mal, los oficiales, por humanidad, decian, habian hecho avanzar las ametralladoras. El interrogatorio se reducía á un desfile por delante del *Consejo*, porque todos los prisioneros hechos en el cementerio, estaban destinados á la muerte y los habian separado como á carneros. Los artilleros que hablaban delante de nosotros sacudian sobre la acera sus zapatos empapados en sangre: muchas mujeres se desmayaron. La sangre corria á borbotones en los arroyos interiores de la prision.

Un oficial salió con los ojos extraviados y vacilante: aquella matanza le habia producido un vértigo. De enmedio de aquel monton humano salian algunos ronquidos del estertor, porque no todos habian muerto en el acto y no habia tiempo de darles el golpe de gracia. Se dispararon algunos cartuchos sobre aquellos despojos sangrientos; pero á pesar de todo los soldados oyeron durante la noche agonías desesperadas.»

No es posible concebir nada más monstruoso y cruel: los hombres de los pueblos más bárbaros se avergonzarian de que les atribuyeran venganzas y horrores iguales á las que se entregaron los soldados de la civilizacion y del orden, aquel ejército que celebraba Thiers como uno de los mejores del mundo.

Es imposible calcular el número de las víctimas. El único dato que tenemos es que entre muertos, prisioneros y deportados habia cien mil obreros menos en París que al concluir el sitio de los prusianos.

Esta estadística es el proceso más acusador é inapelable contra el desastroso é inicuo imperio de las clases medias, que todo lo sacrifican y lo inmolan á su desapoderada codicia y á su insaciable sed de ganancia y de placeres materiales.

\*  
\*\*

Los fusilamientos de París no agotaron los instintos feroces del bando de la Asamblea. Quizá los que sucumbieron en la lucha fueron más felices que los prisioneros que se guardaron para ser más tarde juzgados. En Versalles tambien hubo lúgubres escenas. Hé aquí el cuadro que presentaba el campo de Satory la noche del 27:

«La lluvia caía á torrentes y un relámpago fosforescente iluminaba cada cinco minutos el espacio. Allí se hallaban apiñados cual carneros, con el lodo al tobillo, doce mil prisioneros de todos sexos revueltos en compacta masa, tan compacta, que apenas podían sentarse sobre el suelo cenagoso. Este rebaño humano no tenía gorras, ni zapatos, ni abrigo que les protegiese. Un círculo de ametralladoras se cerraba á su alrededor, círculo infernal que dos veces, ante otras tantas intentonas de motin hizo fuego sobre los presos, causando múltiples víctimas. Allá en un extremo del campo, funcionaba sin parar un consejo de guerra permanente, y cuyo código no tenía más que una pena: ¡la muerte!

Tan espantosa era la situación de los detenidos que hasta los periódicos más afectos al gobierno de Thiers no pudieron menos de hacer exposiciones en favor de los venci-

dos. Véase lo que decia *Le Soir*, y por sus palabras se juzgará lo que debia ser el campamento de Satory:

«Sabemos que muchos diputados que han visitado el campamento de Satory se han conmovido al ver el lastimoso estado en que se hallan los presos que allí se encuentran. A consecuencia del considerable número de estos desgraciados y del reducido local que tienen á su disposicion, miles de prisioneros viven á la intempérie, expuestos dia y noche al viento, al sol y á la lluvia, sin tener otro lecho donde reposar que la tierra húmeda y fangosa. El alimento que se les distribuye se reduce á una escasa racion de pan, y ni aun se les da la cantidad de agua necesaria para apagar la sed. La mayor parte de ellos, entre los que se cuentan mujeres y niños, están cubiertos de harapos.

»Si todos los prisioneros que se hallan en Satory fueran culpables, no sabemos si tendríamos valor, en presencia de los abominables crímenes cometidos en París, de levantar la voz en su favor. Pero, ya lo hemos dicho, y el hecho ha sido probado; hay entre ellos un gran número de inocentes, presos por equivocacion, en medio del desórden.»

Terminaremos esta horrible reseña con estas otras líneas del *Siecle* en que se ocupa del mismo asunto:

«A eso de las cuatro de la mañana ha ocurrido una nueva sublevacion entre los prisioneros de Satory. La autoridad militar mandó en el acto hacer disparos de ametralladora sobre los insurrectos, y el número de muertos y heridos es numeroso. A pesar de esto, unos sesenta presos lograron evadirse. La gendarmería salió en su persecucion por los bosques de los alrededores. A las doce nuevas escua-

dras de gendarmes á caballo salieron á galope por diferentes caminos.

Se asegura que de los detenidos de Satory mueren gran número cada día de congestiones cerebrales y tambien de frio. Esto se explica, por hallarse *amontonados* en un gran corral, descubierto, sin abrigo y expuestos á todas las molestias de la estacion. Solo las mujeres con los niños están alojadas en barracas. Tambien perecen de sobrescitacion nerviosa y de calenturas acompañadas de delirio.»

---

Seis meses despues, pasado ya el vértigo de la pasion de los primeros dias, se formaba aun el ejército en Satony para fusilar á Ferré, á Rossel y un sargento de línea que tomó parte en la revolucion llamado Bourgeois. Ningun delito comun podia imputárseles. La parte mas ilustrada é inteligente de Francia habia clamado por su indulto, pero Versailles con su reflexiva y sangrienta ferocidad cumplió la obra de su implacable venganza.

La deportacion ó la prision en un recinto fortificado fué la suerte de los comuneros que no pudieron ganar las fronteras de su país.

Así creyeron los autores de tantos desastres haber consolidado para siempre su triunfo, pero su mismo inicuo proceder abría el camino de la futura revancha, y sentaba los precedentes de una próxima y mas encarnizada lucha.

Mientras Mac-Mahon promulgaba bandos sometiendo á

los parisienses á la dura ley del sable, y Thiers enviaba circulares contando su victoria á todas las córtes de Europa; la Internacional, recogiendo la herencia de la revolucion de Marzo y aceptando toda su tremenda responsabilidad, dictaba leyes al proletariado de Europa y escribía ya un mes despues de las horribles jornadas de la semana infernal:

«La vieja sociedad debe perecer. Perecerá.

Un esfuerzo gigantesco la ha quebrantado ya: un último esfuerzo acabará de echarla por tierra.»

FIN.

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

	PÁGINAS.
CAPITULO PRIMERO.—La Asamblea ratifica los preliminares de la paz.—Intransigencia de la mayoría.—Su odio y su miedo á París.—Se acuerda la traslacion á Versalles.—La contra-revolucion es decididamente apoyada por el Gobierno y la mayoría.....	3
CAPITULO II.—Entrada de los prusianos en París.—La cuestion de los cañones.—Intenta Vinoy un golpe de mano contra Montmartre.—Resistencia de la guardia nacional.—La insurreccion triunfa.....	19
CAPITULO III.—La Revolucion en el Hotel de Ville.—Fuga del Gobierno á Versalles.—Los asesinatos de Lecomte y Thomas.—El Comité central.—Se decretan las elecciones de la Commune.....	38
CAPITULO IV.—Tradicion revolucionaria de la Commune de París.—Su historia.—Una página de la revolucion del 92.—La Commune insurreccional del 10 de Agosto por Edgardo Quinet.....	51
CAPITULO V.—El manifiesto del Comité central.—El <i>Journal officiel</i> á los departamentos.—Primeros acuerdos del Hotel de Ville.—Declara el Comité que se hace cargo del Gobierno.....	67
CAPITULO VI.—Thiers en Versalles.—Disposicion de ánimo de los diputados.—Sesiones de la Asamblea.—Declaraciones de Thiers y de Julio Favre.—Una sesion del Comité central.....	79
CAPITULO VII.—Se rehace el partido conservador en París.—La declaracion de los treinta periódicos.—Manifestacion de la plaza Vendome.—Es disuelta á viva fuerza por la guardia nacional.—Proyectos de transaccion.—Trabajos del almirante Saisset.....	88

CAPITULO VIII.—Fundadas desconfianzas del Comité central.—Los alcaldes de París en la Asamblea.—Se ven obligados á ponerse de parte de la revolucion.—Las elecciones.—Cuadro de los candidatos elegidos.—Proclamacion solemne de la Commune.....	96
CAPITULO IX.— Los hombres de la Commune.—Dificultad de juzgarlos.—Su carácter general.—Assi.—Su vida.—Su participacion en el levantamiento.—Delescluze. Félix Pyat.—Flourens.—Su carácter é ideas.....	107
CAPITULO X.—Los hombres de la Commune.—Francisco Jourde.—Raul Rigault.—Ferré.—Reseña biográfica de los demás miembros de la Commune.—Milliere.—Courbet.—Beslay.—Grousset.—Gambon.....	125
CAPITULO XI.—Termina la materia del capitulo anterior. Vermorel.—Arnaud.—Brunel.—Eudes.—Vallés.—Pindy. Vesinier.—Breves apuntes biográficos de otros comuneros.....	137
CAPITULO XII.—Instalacion de los comuneros en el Hotel de Ville.—Notable discurso de Beslay.—Primera organizacion de la Commune.—Su manifesto-programa.	149
CAPITULO XIII.—Rompen los versalleses las hostilidades. Sorpresa de Courbevoie.—Preparativos de la Commune. Jornada del 3 de Abril.—Mewdon.—Chatillon.—Bárbara ferocidad de los generales de Versalles.....	158
CAPITULO XIV.—Asesinato de Flourens.—Infame fusilamiento de Duval.—Entrada de los prisioneros en Versalles.—Insultos y horribles tratamientos que se les infieren.—La Asamblea da un voto de gracias al ejército....	169
CAPITULO XV.—Cluseret en la delegacion de la guerra.—Su carácter y antecedentes.—Medidas que decreta.—Encuentros del dia 6.—Toman los versalleses el puente de Neuilly.—Dombrowski.....	178
CAPITULO XVI.—Los versalleses bombardean los alrededores y algunos barrios de París.—Extension y horrores del bombardeo.—Ruina de Neuilly.—Protesta de los francmasones.....	191
CAPITULO XVII.—La idea socialista á través de las revoluciones.—La cuestion social.—La lucha entre el capital y el trabajo.....	202
CAPITULO XVIII.—La Asociacion internacional de trabajadores.—Falsas teorías que se le atribuyen.—Dios, la familia y la propiedad ante la Internacional.....	212

CAPITULO XIX.—Aspiraciones de la Internacional.—Sus estatutos.—Federaciones regionales.—Programa de Basilea .....	221
CAPITULO XX.—Principios y sistema de la Internacional. Imparcialidad en la crítica.—Importancia del exámen de las ideas de los internacionalistas.—Abolicion del salario; su justicia.—Iniquidad que el salario envuelve.—El salario es la servidumbre.....	235
CAPITULO XXI.—Colectivismo de la Internacional.—Injusticia de la propiedad individual presente.—Inconsecuencia del colectivismo.—No resuelve el problema social.—Ejemplo de lo que sucederá en su aplicacion.—Disculpa de los internacionalistas.—Práctica de la agremiacion .....	242
CAPITULO XXII.—Procedimientos de la Internacional.—Série de agremiacion.—Centralizacion que de ella resulta.—La sociedad marcha á la anarquía.—Lo que la Internacional representa.—Sus errores.....	248
CAPITULO XXIII.—Federacion internacionalista.—Influencia del sentimiento socialista de la Internacional en la Revolucion de Marzo.—Diferentes elementos que tomaron parte en ella.....	253
CAPITULO XXIV.—Entra la Commune en un período de represion.—Medidas contra la prensa.—Decreto de los rehenes.—Prisiones.—Excitacion de los católicos contra la revolucion.—Abandonan los republicanos templados la causa de la Commune.—Las elecciones complementarias.—Ilegalidades.....	260
CAPITULO XXV.—El manifiesto de 19 de Abril.—Su grandeza é importancia.—Sus errores.—Falso concepto de la federacion.—Vaguedad de las declaraciones socialistas.—Por qué las provincias no respondieron al movimiento de París.....	272
CAPITULO XXVI.—El pueblo quema la guillotina.—El sentimiento revolucionario en las masas.—Carácter esencial que toma la guerra.—Las mujeres en la revolucion.	284
CAPITULO XXVII.—Reprobados medios á que apelan los versalleses.—Su espionaje.—Resultados que en París produce.—Raul Rigaul.—El fanatismo de la libertad.—Los jacobinos parodian el 93.....	297
CAPITULO XXVIII.—Operaciones militares.—Dilaciones del ejército de Versailles en el ataque.—Los parisienses	

reducidos á la defensiva.—Neuilly, Asnieres y Chatillon. Toma de Beçon, de Colombes y de Asnieres.—Combates de la artillería.—Tregua de Neuilly.—Resultados de la lucha.....	305
CAPITULO XXIX.—Modo que tenian los versalleses de hacer la guerra.—Conspiraciones traicioneras.—Toma de la estacion de Clamart.—Crueldades.—Ataques de Issy.—Abandono del fuerte.—Rossel lo sostiene.—Contestaciones entre sitiadores y sitiados.—Caida y prision de Cluseret.....	317
CAPITULO XXX.—Trabajos de conciliacion.—La Liga de los derechos de París.—Su manifiesto.—Actitud de Thiers.—Los francmasones.—Sus gestiones cerca de Versalles.—La Alianza republicana.—Hace Thiers fracasar sus trabajos.—Los francmasones ponen sus banderas en las murallas de París.....	327
CAPITULO XXXI.—El Comité de salvacion pública.—Rossel en la delegacion de guerra.—La traicion de Moulin-Saquet.—La batería de Montretout.—Se acentúa más la dictadura.—Divisiones en el seno de la Commune.....	347
CAPITULO XXXII.—El Comité central.—Desorganizacion. Desconfianzas.—Operaciones cerca de Issy.—Abandono definitivo del fuerte.—Indignacion de Rossel.—Su carta á la Commune.....	355
CAPITULO XXXIII.—La Asamblea de Versalles y la Commune de París.—Tendencias teocráticas de la mayoría de la Asamblea.—Su oposicion á Thiers.—Reformas de la Commune.—Medidas respecto á los trabajadores.—Integridad de los comuneros.—La columna de Vendome.—Su demolicion.....	367
CAPITULO XXXIV.—Renovacion del Comité de salvacion pública.—Luchas entre las fracciones de la Commune.—Delescluze en la delegacion de la guerra.—Nuevas crueldades de los versalleses.—El convento des Oiseaux.—La granje-Ory.—Incendios.—Exaltación de las pasiones en París.....	377
CAPITULO XXXV.—Medidas extremas.—Demolicion de la casa de Thiers.—La prensa sometida á los consejos de guerra.—Las cédulas de identidad.—Retirada de la minoría.....	395
CAPITULO XXXVI.—Operaciones militares.—La traicion abre las puertas de París.—Proclamas del Comité de	

salvacion pública y del Comité central.—Combates del día 22.—Toma de Montmartre.—Valor desesperado de los comuneros.....	403
CAPITULO XXXVII.—El plan de las barricadas.—Táctica de Mac-Mahon.—Los primeros incendios.—Proyecto de armisticio.—Carácter de ferocidad que toma la lucha.—Fusilamiento de los rehenes.—Continuan los incendios. Resistencia desesperada.—El cementerio del padre Lachaise.—La Villete y les buttes Chaumont.....	418
CAPITULO XXXVIII.—Barbarie y sangrienta ferocidad de los vencedores.—Ejecuciones sumarias.—Los consejos de guerra.—Fusilamientos en masa.—Los prisioneros en Satory.....	437

# PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

	<u>PÁGINAS.</u>
<b>TOMO I.</b>	
<b>PORTADA.</b>	
Felix Pyat.....	177
Plano de Paris.....	377
Gustavo Flourens.....	473
<b>TOMO II.</b>	
Gustavo Courbet.....	134
Fusilamiento de Duval.....	172
Luis N. Rosell.....	348
Teófilo Ferré.....	398
Fusilamientos de prisioneros indefensos en el cuartel Lobean.....	444

## APÉNDICE

### Á LA HISTORIA DE LOS COMUNEROS DE PARÍS

---

#### DOCUMENTOS INTERESANTES.

---

(1)

#### **Los trabajadores franceses á los trabajadores de todos los países.**

¡Trabajadores! Sopretexto de equilibrio europeo y de honor nacional, amenazan la paz del mundo nuevas ambiciones.

Hoy no hay más base legítima para las sociedades que la producción y la distribución equitativa.

La división del trabajo, al hacer cada día más imprescindibles las necesidades del cambio, ha hecho solidarias á todas las naciones de la tierra.

La guerra, pues, por una cuestión de preponderancia ó

de dinastía, no puede ser ante el trabajo otra cosa que un absurdo criminal.

En respuesta á los gritos de guerra con que ensordecen los aires cuantos encuentran en la sangre humana una fuente de especulaciones y de honor, nos levantamos á protestar.

Y protestamos contra la guerra, nosotros, los que queremos la paz, el trabajo y la libertad.

Protestamos:

Contra la destruccion sistemática del género humano.

Contra que se invierta en metralla el oro del pueblo, destinado á fecundizar la tierra y la industria.

Contra el derramamiento de sangre ordenado por la ambicion monárquica.

¡Si!

Protestamos con toda nuestra energía, protestamos como ciudadanos y como trabajadores.

Protestamos contra la guerra: contra los instintos del salvaje: contra los ódios internacionales.

La guerra es la muerte de las libertades todas.

La guerra es la destruccion de la riqueza, hija de nuestro trabajo.

¡Hermanos de Alemania! En nombre de la paz, no escuchéis los gritos pagados ó serviles de los que os mienten acerca del verdadero espíritu de Francia.

Sed sordos á las provocaciones insensatas; que la guerra entre nosotros es un fratricidio.

Calma, como debe tenerla, sin menoscabo de su dignidad, un pueblo grande, fuerte y animoso.

Nuestras divisiones, en ambas orillas del Rhin, ceñirán de laureles la frente del despotismo.

---

¡Hermanos de España! Nosotros tambien hace veinte años creimos ver la alborada de la libertad.

Sírvaos de ejemplo la historia de nuestras faltas

**DUEÑOS DE VUESTROS DESTINOS ¡OH ESPAÑOLES!  
NO DOBLEIS LA NOBLE CERVÍZ A UN NUEVO YUGO.**

La independendia que os habeis conquistado, derramando vuestra sangre, es el soberano bien. Su pérdida, para los pueblos que han salido de su infancia, es el dolor mayor de los dolores.

---

¡Trabajadores del mundo! Nosotros no reconocemos fronteras; y sea cual fuere la suerte que esté destinada á los esfuerzos de los miembros de la Asociacion internacional de los trabajadores, nosotros os dirigimos, como prenda de solidaridad indisoluble, el saludo de todos los obreros de la Francia.

**Contestacion de los trabajadores alemanes á los obreros franceses.**

*Obreros franceses:* Queremos la paz, el trabajo y la libertad. Por eso nos asociamos de todo corazón á vuestra protesta, respirando un ardiente entusiasmo contra todos los obstáculos puestos á nuestro pacífico desarrollo y principalmente contra el salvajismo de la guerra.

Animados de fraternales sentimientos, unimos á las vuestras nuestra manos, y os afirmamos, como hombres que no sabemos mentir, que no abrigamos en nuestro corazón el menor ódio nacional y que tan sólo por la fuerza entramos á formar parte de las guerreras bandas que van á llevar la ruina y la miseria á los apreciables campos de nuestros países.

¡También nosotros somos hombres de combate! Pero queremos luchar trabajando pacíficamente y con todas nuestras fuerzas, por el bien de todos, por el bien de la humanidad; queremos luchar por la libertad, por la igualdad y por la fraternidad; combatir contra el despotismo de los tiranos que oprimen la santa libertad, contra la perfidia y la mentira, vengan de donde vengan. Os hacemos promesa solemne de que ni el rumor de los tambores, ni el estruendo de los cañones, ni la victoria, ni la derrota, podrán

«distraernos de nuestros trabajos en pro de la union de los proletarios de todos los paises. Tampoco nosotros conocemos las fronteras, pues harto sabemos que á entrambos lados del Rhin, que tanto en la vieja Europa como en la jóven América, viven tan solo hermanos nuestros, con los cuales estamos prontos á unirnos hasta la muerte para el objeto de nuestros esfuerzos, para conseguir la «República social» ¡Viva la paz! ¡Viva el trabajo! ¡Viva la libertad!

*En nombre de los miembros de la Asociacion internacional de obreros de Berlin.*—Gustavo Kwasnienki.

(3)

**Protesta del Consejo general belga, de la Asociacion internacional de trabajadores.**

Á LOS TRABAJADORES FRANCESES, ALEMANES, ESPAÑOLES Y Á  
LOS DE TODO EL MUNDO.

Compañeros:

Desde algunos dias, siniestros rumores de guerra europea circulan por todos lados; las bocas oficiales han hablado, se han cambiado amenazas entre altos personajes, y eso basta, en los torpes tiempos que alcanzamos, para que la Europa sea tratada á sangre y fuego.

¿Quién mejor que nosotros tiene *el derecho*, tiene *el deber de protestar* contra la guerra?

¿Quién sufre mas directamente las consecuencias de este salvajismo que los trabajadores? ¿Quiénes sirven para carne de cañon? Ellos son los que, impulsados por nuestros diplomáticos, cubren con sus cadáveres los campos de batalla, sacrificando su vida por una causa que ni es la suya, ni aún siquiera conocen. Las intrigas se forman sobre sus cabezas y su suerte se decide sin oírlos y sin darles conocimiento de las decisiones hasta que se les lleva á la muerte.

Mientras que los unos se hacen matar, la miseria se apodera de los otros. El industrial capitalista encuentra casi siempre por su fortuna ó por su crédito el recurso de escapar de la miseria durante la crisis; pero el obrero, cuyo jornal apenas alcanza para el pan de cada dia, ¿qué hará cuando una continuada desgracia venga á inutilizar sus brazos, su único capital? ¡Nadie se inquieta por esto! ¡El honor y la gloria son tan seductores que no permiten mirar estas bagatelas! Y á falta aún de este móvil, los intereses dinásticos y el equilibrio europeo no deben, segun dicen, tener en cuenta tan pequeñas consideraciones.

Porque, ¿cuáles son las graves cuestiones que existen para que se juegue la suerte de los pueblos? Tenemos deseo de comprender los trabajadores, qué es eso que se llama equilibrio de Europa. No conocemos mas que de nombre la cuestion de Oriente, la alemana y otras que serán muy importantes, pero que nuestra profunda ignorancia considera inútiles.

Para nosotros hay tan solo una cuestion que está por encima de todas las cuestiones, y esta es la cuestion del tra-

bajo: hé aquí nuestra única cuestión interior; entre los habitantes de una misma comarca no deben existir más relaciones que las del trabajo, producción, consumo, cambio.

Entre los habitantes de distintas comarcas no deben existir otras relaciones que las nacidas del cambio de los productos creados por el trabajo material ó intelectual. Estas relaciones no deben tener otra base que la de los contratos libremente estipulados...

Mas si el porvenir es nuestro ¿nada tenemos que hacer por el presente? ¿Dejaremos pasar todas esas matanzas sin protestar, sin movernos? Nosotros, los partidarios del orden, ¿nada haremos para contener un exceso de desorden; nosotros, los apóstoles de la fraternidad, nos cruzaremos de brazos ante los acontecimientos que se preparan; nosotros, que hemos contribuido á derribar las barreras entre los pueblos, convirtiendo á los obreros de todas las naciones en una gran familia internacional, permitiremos que se precipiten unos pueblos contra otros?

No, no podemos quedar impasibles. Es preciso que de todas las partes se eleve la voz de los obreros conmovida, indignada, aterradora; es preciso que el trabajador obrero lleve la luz al trabajador soldado, mostrándole los horrores que se ocultan tras esa gloria que presentan ante sus ojos. Es preciso que esta voz se eleve tan enérgica y unánime, que haga retroceder á los tiranos.

¡Ah! si nosotros fuéramos de aquellos hombres que no desprecian ningún medio, deberíamos felicitarnos por los resultados de esa lucha fratricida. Pero nosotros creemos que la reforma social, obra de la propaganda y de la justicia,

no exige para su realizacion charcos de sangre ; nosotros creemos que aún pasarán algunos años antes que la veamos nacer, pero que no tiene necesidad, para que nazca robusta, de un bautismo sangriento. Debemos, pues, creer, hermanos y compañeros, que empleareis todos vuestros esfuerzos para neutralizar la ferocidad de los soberanos, teniendo en cuenta que debéis tratarlos como se merecen, y así se hará imposible la repetición de semejantes actos por el establecimiento de la IGUALDAD y de la JUSTICIA.

Salud y fraternidad.

El Consejo general belga de la Asociación internacional de trabajadores: J. A. Allard, G. Brasseur. D. Brismée, Croisier V. Dave, C. Depaepe, Dumer, Herreboudt, E. Hins, Ledou, Mercier, Springlard, C. Standaert, E. Steens, Thuns, L. Verryckeu.

(4)

#### **El Congreso internacional de libres pensadores á la Europa civilizada.**

Cuando trabajábamos cerca de los representantes de las potencias europeas para celebrar, con el concurso de sus gobiernos, un Congreso de la paz, que, por medio de nuevos tratados, prohibiera esas luchas mezquinas que son la afrenta de la humanidad, sometiendo las cuestiones de los pueblos al jurado del honor, institucion necesaria si aspiráramos á nuestra regeneracion, el primer magistrado de

Francia, adelantándose á nuestros trabajos, acaba de declarar la guerra á la Prusia.

Esta determinacion, rechazada por todos los hombres sensatos, ha venido á interrumpir nuestras tareas, obligándonos á suspenderlas; lo que no haremos sin dar antes un consejo á los pueblos que van á ser víctimas de la desmedida ambicion de sus tiranos.

La guerra europea, inevitable ya, si se atiende al deseo que hay en algunas córtés de llevarla á cabo, puede muy bien robustecer el poder que sobre los pueblos vienen ejerciendo las testas coronadas, ó al menos prolongar su dominacion, lo que seria doloroso, despues de la sangre que han vertido y de los mártires que han inmolado.

La lucha debe ser de principios por parte de los pueblos; y mientras los reyes, por mezquinos intereses, turban su reposo, ellos deben enarbolar la bandera de la justicia, proclamando LA REPUBLICA UNIVERSAL.

Este es el único medio de oponerse á los designios de esos poderes tan bastardos como usurpadores, y este es el que aconsejamos á los pueblos ilustrados de Europa.

Paris 16 de julio de 1870.—El presidente honorario, Antonio Fernandez y García.—Luis H. Grriset, presidente efectivo.—Jáime Borchat.—Enrique Beaumont.—Anselmo Saff.—Cárlos Hugo.—J. Hill Coud.—José Sanchez Anguita.—Rodolfo Bernan.—Santiago Acosta.—M. Wilsset.—Paschal Dufour, secretario.

(5)

**Carta de Felix Pyat al director del Rappel.**

Ciudadano: El día 13 de Junio del 49, representante del pueblo, he sacrificado mi título y me he condenado al destierro protestando contra la guerra de Roma votada por la Asamblea legislativa; esta guerra, este crimen contra la voluntad del pueblo romano, fué castigado con la pérdida de la libertad del pueblo francés.

Ahora se declara otra guerra, la de Alemania, cuyo castigo, mucho lo temo, será más grande todavía. Vencidos, seremos invadidos. Protesto, pues, contra esta nueva guerra votada por el Cuerpo legislativo.

Por esto he creído que los diputados de la izquierda tenían el deber de protestar enérgicamente, y pedir que la cuestión de la paz ó de la guerra se resolviera por medio de un plebiscito, á fin de que el pueblo, único juez, resolviera sobre esta cuestión de vida ó muerte para la Francia.

Salud y fraternidad.

FÉLIX PYAT.

(6)

**Manifiesto de Luis Blanc contra la guerra.**

¡La guerra! la guerra, siempre la guerra; este es nuestro destino, esta es la triste suerte de los pueblos europeos.

El oro de la Francia será despilfarrado, los franceses irán á matar y á hacerse matar, la Europa se conmoverá, la industria quedará paralizada, el comercio agonizará, el trabajo desaparecerá, el progreso quedará aplazado, la libertad será hollada, los derechos de la humanidad serán desconocidos para que queden satisfechos el amor propio de los diplomáticos y la loca ambicion de los reyes, y para que una apuesta más sea ganada por el César francés. Porque, digámoslo de una vez, el cesarismo es la guerra, el imperio quiere la guerra, necesita la guerra, no puede vivir sin la guerra.

¿La prueba pedís? ¿Quereis la prueba? Y qué prueba más evidente que la violencia con que se ha tratado la cuestión Hohenzollern, que las amenazas de Mr. Grammont, que la arrogancia de Mr. Emilio Olivier...

El imperio, agonizante, llama en su auxilio la plaga de la guerra; para vivir necesita el derramamiento de sangre; teme que sea de muerte la herida de Sadowa; teme que le ahogue la sangre inútilmente derramada en Méjico, como el ruido del cañon ha de servir para ahogar los gritos de la libertad. Las batallas afianzan el despotismo militar. Piense Francia que su interés no está unido en esta cuestion al interés de la dinastía imperial. Francia libre y próspera, y Napoleon victorioso, son términos antitéticos.

Contrario es al interés de la Francia que un príncipe lacayo de Prusia ocupe el trono de España; pero hacer de esto un *casus belli*, cuando no hace mucho tiempo el gobierno francés ha visto impasible á Prusia conquistar y unificar la Alemania, es el colmo de lo ridículo ó de la impudencia.

Pues qué ¿puede nadie pensar que España sería prusiana porque un coronel prusiano llegara á ocupar breve tiempo el trono español?

Ha habido, pues, por parte del gobierno francés, particular interés en aumentar el peligro y en presentarlo terrible á los ojos de la Francia.....

¿Preguntaremos ahora si esta guerra es necesaria? No; preguntemos primero si es justa. Con relacion á España, no podemos, no debemos intervenir, ni poco ni mucho, en su constitucion.

Con relacion á Prusia, muerta la candidatura Hohenzollern, no puede existir hoy, más que ayer, motivo alguno de resentimiento.

Guerra como la que se va á emprender es contraria al génio y á la mision histórica del pueblo francés.

La Francia está gloriosamente obligada á tener razon para vencer: tomando las armas por una causa justa, es invencible; extraviada por las pasiones personales de sus jefes para el logro de un fin inicuo, está condenada á ser fatalmente vencida.

Hé aquí lo que explica el irresistible poder militar y los triunfos prodigiosos de la República francesa; hé aquí la explicacion de la ruina final del primer imperio. Pero, sin ir tan lejos, en Solferino combatiamos por la justicia, fuimos vencedores; en Méjico combatiamos contra ella. . . .

Franceses, no lo olvideis.

LUIS BLANC.

**Carta de Victor Hugo á las señoras de Guernessey**

Houteville-Housse, 22 de julio de 1870.

Señoras: Algunos hombres han tenido el gusto de condenar á muerte á una parte del género humano, y una guerra terrible se prepara. Esta guerra no es hija de la libertad ni del deber; es una guerra de capricho. Dos pueblos van á matarse para satisfaccion de dos príncipes. Mientras los filósofos perfeccionan la civilizacion, los reyes perfeccionan la guerra. Esta será horrorosa.

Se anuncian obras maestras en el arte de matar. Un fusil destruirá doce hombres; un cañon matará mil. No es el agua pura libre de los grandes Alpes lo que vá á correr en el Rhin; es la sangre de los hombres.

Madres, hermanas, jóvenes, mujeres, van á derramar lágrimas. Todas van á estar de duelo; unas á causa de su propia desgracia, otras por la desgracia de las demás.

¡Qué carnicería! ¡Qué choque el de todos estos infortunados combatientes! Permittedme, señoras, dirigiros una súplica. Puesto que estos insensatos olvidan en su ceguedad que son hermanos, venid en su ayuda, preparad hilas. Todo el viejo lienzo de nuestras casas, que aquí de nada sirve, puede allí salvar la vida de los heridos. Si os dedicais todas las mujeres de ese país á esa obra laudable, dareis un gran ejemplo y hareis un gran beneficio. Los hombres cau-

san el daño; vosotras, las mujeres, haceis el remedio; y puesto que en esta tierra hay ángeles malos, sed vosotras los buenos.

Si quereis, y de seguro querreis, en poco tiempo se puede reunir una cantidad considerable de hilas. Haremos de ellas dos partes iguales y enviaremos una á Francia y otra á Prusia.

Soy vuestro afectísimo y respetuoso,

VICTOR HUGO.

(8)

#### **Proclama del emperador Napoleon.**

Franceses: En la vida de los pueblos hay momentos solemnes: el honor nacional, violentamente excitado, se impone con fuerza irresistible y domina todos los intereses, apoderándose de los destinos de la patria. Una de esas horas decisivas ha llegado para Francia. Prusia, á la que hemos atestiguado antes y despues de la guerra de 1866 las disposiciones mas conciliadoras, no teniendo en cuenta nuestro buen deseo y nuestra generosidad, se lanza á una vía desvanecedora, que despierta todas las desconfianzas, é impone por todas partes armamentos exagerados haciendo de la Europa un campo donde reinan la incertidumbre y el temor para el porvenir.

Un último incidente ha venido á revelar la inestabilidad

de las relaciones internacionales y á mostrar toda la gravedad de la situación.

En presencia de nuevas pretensiones de la Prusia se han hecho oír nuestras reclamaciones. Estas han sido eludidas y despreciadas. El país ha sentido una profunda irritación, y enseguida un grito de guerra ha resonado de una parte á otra de la Francia; no nos queda mas que confiar nuestros destinos á la suerte de las armas.

No hacemos la guerra á la Alemania, pues respetamos su independencia y deseamos verdaderamente que los pueblos que componen esta gran nacionalidad dispongan libremente de sus destinos. En cuanto á nosotros, reclamamos el restablecimiento de un estado de cosas que garantice nuestra seguridad y afirme el porvenir. Queremos conquistar una paz duradera, basada en los verdaderos intereses de los pueblos, y hacer cesar este estado precario, en que todas las naciones emplean sus recursos para armarse las unas contra las otras.

La gloriosa bandera que desplegamos una vez más delante de los que nos provocan, es la misma que ha llevado por todo el mundo las ideas civilizadoras de nuestra gran revolución. Representa los mismos principios, inspira las mismas simpatías.

Franceses: Voy á ponerme á la cabeza de este brillante ejército, á quien anima el amor del deber y el de la patria; él conoce su valor, porque ha visto en las cuatro partes del mundo elevarse á su paso la victoria. Llevo conmigo á mi hijo; á pesar de su corta edad, sabe ya cuáles son los deberes que su nombre le impone y está orgulloso de tomar

una parte en los peligros de los que combaten por la patria.

Dios bendiga nuestros esfuerzos.

Un gran pueblo, que defiende una causa justa, es invencible.—Napoleon.

(9)

### **Proclama del rey Guillermo.**

De todas las razas que habitan el suelo alemán; de todas las clases del pueblo; de este lado como del otro del Océano, por parte de los ayuntamientos y corporaciones, sociedades y particulares, he recibido, con motivo de la lucha que va á entablarse para la defensa del honor é independencia de Alemania, pruebas tan numerosas de simpatías y de abnegacion, que es para mí una necesidad dar público testimonio de este acuerdo de los espíritus alemanes, y unir, á la expresion de mi real agradecimiento, la seguridad de dar al pueblo alemán mi adhesion por su fidelidad, y la confianza de que continuaré constante en mis sentimientos.

El amor por la pátria comun y el levantamiento unánime de las razas alemanas y de sus príncipes han conciliado todas las opiniones y hecho desaparecer todas las disidencias. Unida, como sin duda no lo ha estado nunca, la Alemania debe encontrar en su unanimidad como en su derecho la garantía de que la guerra le procurará una paz

duradera, y de que esta sangrienta semilla dará un fruto bendecido por Dios: la libertad y la unidad de Alemania.

Berlin 25 de julio de 1870.—GUILLERMO.

(10)

### Capitulacion de Sedan.

*Sedan 2 de Setiembre.*—Entre el jefe de S. M. el rey Guillermo, general en jefe de los ejércitos alemanes, y el general tambien en jefe de los ejércitos franceses, autorizados ambos con plenos poderes de SS. MM. el rey de Prusia y el emperador de los franceses, se ha convenido lo que á continuacion se dirá:

Art. 1.º El ejército francés, bajo el mando del general Wimpffen, encerrado actualmente por fuerzas superiores dentro y en las cercanías de Sedan, queda prisionero de guerra.

Art. 2.º Considerando la defensa valerosa que ha hecho este ejército, se determina una excepcion para los generales, oficiales y empleados superiores con la categoría de oficiales en la lista militar, que quieran dar por escrito palabra de honor comprometiéndose á no tomar las armas contra la Alemania, ni practicar acto alguno contra los intereses de esta nacion, hasta que se termine la actual guerra. Los oficiales y empleados que acepten estas condiciones podrán retener sus armas y los efectos que personalmente les correspondan.

Art. 3.º Las demás armas y material del ejército, con-  
Apéndice. 3

sistente en banderas, águilas, cañones, caballos, municiones de guerra, trenes militares etc.; serán entregados inmediatamente á los delegados alemanes por una comision militar nombrada por el general en jefe.

Art. 4.º La ciudad de Sedan, en el estado en que se encuentra, quedará á disposicion del rey de Prusia lo mas tarde en la noche del dia 2 de Setiembre.

Art. 5.º Los oficiales que no tengan por conveniente contraer el compromiso estipulado en el art. 2.º, serán conducidos con sus respectivos regimientos al punto que se designen en la órden del dia.

El movimiento principiara el 2 de Setiembre, y el 3 quedará terminado: los soldados irán á Yzes, por el Mosa, y los oficiales los entregarán al delegado aleman, deponiendo el mando en los sargentos.

Los médicos militares, sin excepcion, irán detrás de los convoyes para cuidar de los heridos.—*Firmado.*—DR WIMPFEN.—VON MOLTKE.

(11)

**Proclama del general Wimpffen despues  
de la capitulacion.**

Soldados:

Ayer habeis combatido contra fuerzas muy superiores.

Desde el amanecer hasta la noche habeis resistido al enemigo con gran valor y quemado hasta el último cartucho. Agotados en esta lucha, no habeis podido responder al lla-

mamiento que se os ha hecho por vuestros generales y oficiales, para ver si era posible ganar el camino de Montmedy y reunirse con el mariscal Bazaine.

Dos mil hombres sólomente han podido unirse para hacer un supremo esfuerzo. Han tenido que detenerse en el pueblo de Balan y volver á Sedan, donde vuestro general ha visto con dolor que no hay ni víveres ni municiones de guerra.

No hay que pensar en defenderse en esta plaza, que, por su situacion y condiciones, no puede resistir á la numerosa y formidable artillería del enemigo.

El ejército, encerrado en los muros de la ciudad, no puede salir ni defenderse; los medios de subsistencia faltan para la poblacion y para la tropa; he tomado la triste determinacion de tratar con el enemigo.

Enviado ayer al cuartel general prusiano con plenos poderes del emperador, no he podido resignarme entonces á aceptar las cláusulas que me habian impuesto.

Esta mañana sólomente, amenazado de un bombardeo, al cual no hubiéramos podido responder, me he decidido á entrar en nuevos tratos, y he obtenido condiciones que os evitan, en cuanto es posible, las formalidades punzantes que los usos de la guerra llevan consigo las más veces en semejantes circunstancias.

Oficiales y soldados: No os queda ya más recurso que aceptar con resignacion las consecuencias de las adversidades que un ejército no puede combatir: la falta de víveres y de municiones para pelear.

Tengo al menos el consuelo de evitar una matanza in-

útil y de conservar á la patria soldados capaces de prestar aún en el porvenir buenos y brillantes servicios.

El general comandante en jefe. —DE WIMPEFFEN.

(12)

**Proclama del gobierno de la defensa nacional  
á la Francia.**

Franceses: el pueblo se ha adelantado á la Cámara vaci-  
lante en salvar á la patria amenazada.

Ha establecido la República, colocando á sus representa-  
tes, no en el poder sino en el peligro.

La República que venció á los invasores en 1792 queda  
proclamada; la revolucion se ha realizado en nombre del  
derecho y de la salud pública.

Ciudadanos: velad hoy por la ciudad que os ha sido con-  
fiada.

Mañana estareis con el ejército para vengar á la patria.

El Gobierno provisional se compone de los diputados que  
París ha elegido: Arago, Cremieux, Favre, Ferry, Gambet-  
ta, Garnier Pagés, Glais-Bizoin, Pelletan, Picard, Roche-  
fort y Simon.

El general Trochú está encargado de plenos poderes mi-  
litares para la defensa nacional y se le ha conferido la pre-  
sidencia del gobierno.

El gobierno encarga á todos la tranquilidad y espera que  
no olvide el pueblo que está enfrente del enemigo.

El gobierno es ante todo un gobierno de defensa nacional. Ha formado un ministerio en esta forma:

Favre, Negocios Extranjeros.—Gambetta, Interior.—Lefló, Guerra.—Dorian, Trabajos públicos.—Maguin, Agricultura.—Fourichon, Marina.—Cremieux, Justicia — Picard, Hacienda.—Simon, Instruccion y Cultos.

(Siguen las firmas de los individuos del gobierno.)

(13)

**Proclama del gobierno de la defensa nacional  
al ejército.**

*República francesa.*—Al ejército.—Cuando un general ha comprometido su mando, se le quita. Cuando un gobierno ha puesto en peligro por sus faltas la salvacion de la patria, se le destituye. Esto es lo que la Francia acaba de hacer.

Aboliendo la dinastía que es responsable de nuestras desgracias, ha realizado ante todo á la faz del mundo un gran acto de justicia. Ha ejecutado la sentencia que todas vuestras conciencias habian pronunciado. Ha realizado al propio tiempo un acto de salvacion. Para salvarse la nacion tenia necesidad de no depender más que de sí propia y no contar en adelante más que con dos cosas: su resolucion, que es invencible; vuestro heroismo, que no tiene igual, y que, en medio de reveses inmerecidos, causa la admiracion del mundo.

Soldados, aceptando el poder en la crisis formidable que

atravesamos, no hemos hecho un acto de partido. No estamos en el poder, sino en la batalla. No somos el gobierno de un partido, somos el gobierno de la defensa nacional.

Sólo tenemos un fin y una voluntad: la salvacion de la pátria por el ejército y la nacion, agrupados en derredor del gobierno. Este símbolo hizo retroceder la Europa hace ochenta años.

Hoy, como entonces, el nombre de República quiere decir union íntima del ejército y del pueblo para la defensa de la pátria. (Siguen las firmas del Gobierno.)

(14)

**Proclama del gobierno de la defensa á la guardia nacional.**

Los que por patriotismo se han impuesto la mision terrible de defender al pais, os damos las gracias desde el fondo del corazon por vuestra valiente conducta.

A vuestra resolucion se debe la victoria cívica, la libertad de la Francia. Gracias á vosotros no se ha derramado ni una gota de sangre.

El poder personal ya no existe.

La nacion entera recobra sus derechos y sus armas y se levanta pronta á morir por la defensa del territorio.

Vosotros la habeis devuelto su alma, que el despotismo le habia arrebatado; vosotros mantendreis con firmeza la ejecucion de las leyes, y rivalizando con nuestro noble ejército, todos nos encontraremos reunidos juntos en el camino de la victoria. (Siguen las firmas.)

**Carta de Rochefort al general Trochu.**

1.º de Setiembre de 1871.—General: Os pido mil perdones por mi carta y por la molestia que tal vez puede causaros. Podeis creer que no os hubiera incomodado si mi pobre honra vilipendiada, y todo mi pasado acriminado, no tuviesen necesidad formal de vuestro honrado testimonio.

Os agradecería en extremo, general, que tuviéseis á bien deponer ante el consejo de guerra, de los hechos siguientes:

El 4 de Setiembre, cuando acababa yo de ser trasportado por la muchedumbre desde Santa Pelagia al Hotel de Ville, y tenia en mi mano toda la fuerza popular de París, fui, no solo quien pidió, sino quien exigió que fuéseis nombrado para la presidencia del gobierno, á fin de que se comprendiera bien por todos que la política debía oscurecerse ante la necesidad de la defensa. Si hubiese tenido la menor idea de ambicion personal, no hubiera sido bastante cándido, ya lo comprendereis, para adjudicar así el primer puesto á un general cuya dictadura no podia hacer sino contrariar mis proyectos.

No podeis haber olvidado que hasta el dia en que fué propuesto el primer armisticio, de resultas del cual dí mi dimision, no he cesado de apoyaros con todas mis fuerzas y de consagrarme de tal modo á la idea de salvar á París, que suprimí por mi propia voluntad *La Marsellesa*, con cuyos productos vivia, para evitar que causara la menor agitacion en los ánimos. El ódio que me ha declarado Er-

nesto Picard procede precisamente de haber le echado en cara que continuase la publicacion de *El Elector Libre*, que llenaba mucha veces de noticias peligrosas.

Salí del gobierno con diez francos en mi bolsillo, hasta el punto que, despues de haber declarado á Estéban Aragon que no queria cobrar mis sueldos de miembro de la defensa nacional, tuve que ir desdichadamente á reclamárselos. Pues bien; en aquel momento mismo un editor de periódicos vino á ofrecerme 50.000 francos de prima si queria hacer con él un periódico hasta el fin del sitio, periódico al que mis dos meses de permanencia en el gobierno hubiera dado grandísimo interés; pero la idea de que pudiera introducir el menor trastorno y adelantar siquiera una hora la capitulacion me dominaba de tal modo, que me negué obstinadamente.

Podéis, querido general, atestiguar resueltamente de mis actos durante la defensa, porque cualesquiera que sean las infamias que se han publicado acerca de mí, os doy mi palabra de honor, y así lo creéis, que no he visto á un solo miembro de la Commune durante mi estancia en París, á donde no llegué sino 15 dias despues del 18 de marzo, llamado por una carta de mi hermana, que me anunciaba el grave estado de salud de mi padre.

Todo mi papel se limitó á protestar contra las prisiones y los proyectos de asesinato. Á un artículo mio debió el comandante Girot, condenado á muerte por un consejo de guerra, que se le conmutara la pena. He hecho todo lo posible por anular el decreto relativo á los rehenes, y conseguir por último, llamar sobre mi cabeza la tempestad que

amenazaba la de otros, porque es un milagro que no haya sido yo preso por la Commune y fusilado como Chaudey.

Me han acusado de haber excitado á la demolicion de la casa de M. Thiers, cuando me opuse á ello con mi consejo. Mi única falta consiste en haber protestado contra el bombardeo de París viendo caer los proyectiles en la puerta de mi casa. Con un poco de buen sentido hubiera sido fácil evitar este desastre, porque despues de haber inflamado M. Julio Favre á la poblacion con promesas que sabia bien que no podia cumplir, era de su parte un acto de locura dejar 300.000 fusiles en manos de un pueblo irritado. El resultado tenia que ser fatal. El ha pedido perdon de sus culpas á Dios y á los hombres. Entretanto, los que, como yo, hemos hecho tanto por repararlas, estamos sufriendo la pena.

No sé, querido general, si consentireis en prestarme vuestro apoyo y atestiguar al menos mi poca ambicion y mi desinterés. Sí, lo que es probable, salgo condenado de esta prueba, querria al menos salir puro, porque lléveme el diablo si tengo la menor cosa que echarme en cara.

No sé cuándo se separará la Cámara. Lo que temo es que no esteis en Versalles cuando se vea mi proceso, dentro de diez ó doce dias.

Recibid, general, la espresion de todos mis buenos recuerdos y de mis mejores sentimientos.—*Enrique Rochefort.*

P. S. Tendria gran placer en recibir una palabra vuestra de contestacion.

**Carta del general Trochú á Rochefort.**

A la anterior carta contestó el general Trochú con la siguiente:

1.º de *Setiembre de 1871*.—Caballero; he recibido en París la carta que me habeis escrito. Si soy llamado ante la justicia, sea por ella, sea por vos, tendré que deponer acerca de los hechos siguientes, que son la expresion de la verdad absoluta.

La diputacion que vino al Louvre el 4 de Setiembre por la tarde para pedirme que fuese al Hotel de Ville, me entregó una lista de los miembros del gobierno provisional, en la que no figuraba vues ro nombre. En el Hotel de Ville fué donde me informaron de vuestra presencia en el gobierno, pidiéndome que entrase como ministro de la Guerra bajo la presidencia de M. Julio Favre.

Acepté bajo la condicion de que el gobierno admitiria ciertos principios que formulé inmediatamente. Despues de haber recibido de él la respuesta mas categóricamente afirmativa, fuí á ver al ministro de la Guerra, general Palikao, para informarle del estado de las cosas. A mi regreso al Hotel de Ville expresé la opinion de que la parte que quedaba del ejército se agruparia en torno mio, si yo era el jefe del gobierno de la defensa, pero no se agruparia probablemente en derredor de M. Julio Favre.

Imediatamente, y sin discusion de ninguna especie,

fui nombrado presidente del gobierno de la defensa en lugar de M. Julio Favre, que quedó de vicepresidente.

No habeis estado, pues, en el caso de insistir como decis que fuese nombrado presidente, porque ese nombramiento fué hecho á mi vista, de improviso y con presencia de observaciones relativas al espíritu del ejército que habia manifestado yo mismo.

Os ví aquel dia por primera vez, y os ví la última la víspera del 31 de Octubre.

En ese intervalo, es decir, durante todo el tiempo que habeis permanecido en el Hotel de Ville, os he hallado ocupado muy activamente en la defensa, sin ambicion personal aparente y mas moderado de lo que vuestros antecedentes me lo hubiera hecho suponer. Algunas de las medidas de carácter conservador que yo proponia fueron apoyadas por vos. Uno de vuestros actos me habia admirado particularmente. A la par que otro miembro del gobierno, cuyo nombre no tengo para qué recordar, rehusasteis todo emolumento por vuestra participacion en la direccion de los negocios. Pero supe más adelante que despues de esa renuncia pública, porque habia sido hecha en Consejo, reclamásteis, á lo que parece secretamente, el sueldo de que se trata; circunstancia que comprometió gravemente, en mi opinion, vuestro carácter.

No recuerdo haberos visto en el Hotel de Ville el 31 de Octubre en medio de los peligros comunes. Al dia siguiente dísteis vuestra dimision; pero me niego á admitir que hubiese tenido por causa, como me decis, la negociacion de armisticio que M. Thiers proseguia en aquel momento en

Versalles. Sabíais, como todos nosotros, que la idea de ese armisticio venia de fuera; que el gobierno, informado de ella, habia deliberado; que hallándoos vos presente, se habia pronunciado unánimemente por un ultimatum que se trataba de «el armisticio con el abastecimiento de París, la eleccion en todos los departamentos y la reunion de una Asamblea nacional.»

Estas deliberaciones anteriores al 31 de Octubre, no os habian inducido á retiraros. Por último, vuestra dimision leida en Consejo el 1.º de Noviembre expresaba pura y simplemente que en presencia de los sucesos ocurridos no podíais seguir al gobierno por la senda en que entraba. Ahora bien, esa senda era la lucha con la demagogia, cuyos jefes acababan de ser mandados prender.

Despues he cambiado con vos una carta acerca de una madre de familia cuyo marido habia muerto ante el enemigo y para la que me pedíais en buenos términos que obtuviese un auxilio del ministerio de la Guerra.

A esto se han limitado mis relaciones con vos.

Por último, me hicieron leer en los periódicos durante el reinado sangriento de la Commune artículos sacados de *Le Mot d'Ordre*, periódico que os pertenecia. Uno de ellos excitaba á la muchedumbre á destruir la casa de M. Thiers. Esto acabó de desconceptuaros en mi opinion.

—GENERAL TROCHÚ.

(17)

**Discurso pronunciado por Victor Hugo en el momento  
de llegar á Paris.**

Ciudadanos: Habia dicho: el dia en que venga la República, vendré yo tambien. Hème aquí. (Aclamaciones.)

Dos grandes motivos me llaman: el primero la República; el segundo el peligro. (Movimiento.)

Vengo aquí á cumplir con mi deber.

¿Cuál es mi deber?

Es el vuestro, es el de todos.

Defender á Paris, guardar á Paris.

Salvar á Paris es más que salvar la Francia, es salvar el mundo.

Paris es el centro mismo de la humanidad.

Paris es la ciudad sagrada.

Quien ataca á Paris ataca en masa á todo el genero humano. (Aclamaciones.)

Paris es la capital de la civilizacion, que no es ni un reino ni un imperio, y que es el género humano todo entero, en su pasado y en su porvenir.

¿Y sabeis por qué Paris es la ciudad de la civilizacion?

Es porque Paris es la ciudad de la revolucion. (Aplausos prolongados.)

Que una ciudad como esta, que una capital, que un foco de luz, que un centro como este de todas las inteligencias, de todos los corazones y de todas las almas, que un cere-

bro como este, del pensamiento universal, pueda ser violado, destrozado, tomado por asalto, ¿por quién? por una invasión sarvaje, esto no puede ser: esto no sucederá. Jamás jamás, jamás, jamás, (Gritos prolongados: ¡No! jamás, jamás, jamás.)

Ciudadanos: París triunfará, porque representa la idea humana y porque representa el instinto popular.

El instinto popular está siempre acorde con el ideal de la civilización.

París triunfará, pero con una condición; con la de que vosotros, yo, nosotros todos los que estamos aquí, no seamos más que una sólo alma; que no seamos más que un sólo soldado y un sólo ciudadano; un sólo ciudadano para amar á París, un sólo soldado para defender á París.

Con esta condición por un lado, y por otro con sostener unánimemente la República, París triunfará.

En cuanto á mí, os agradezco vuestras aclamaciones; pero las traslado todas á esta grande angustia, que remueve todas las entrañas, la pátria en peligro.

No os pido más que una cosa: la union.

Con la union venceréis.

Ahogad todos los ódios; alejad todos los recuerdos; permaneced unidos y sereis invencibles.

Agrupémonos todos en rededor de la República, enfrente de la invasión, y seamos hermanos.

Venceremos.

Por la fraternidad se salva la libertad. (Aclamaciones, inmenso júbilo. ¡Viva Victor Hugo! ¡Viva la República!)

(18)

**Carta de Garibaldi a sus amigos.***Caprera 7 de Setiembre.*

A mis amigos:

Ayer os decía: guerra á Bonaparte, y hoy os digo: es preciso socorrer á la Francia por todos los medios posibles.

Invalído, yo mismo acabo de ponerme á disposicion del Gobierno provisional de París, y espero que no me sea imposible cumplir con mi deber.

Sí, conciudadanos, debemos considerar como un deber sagrado el acudir al socorro de nuestros hermanos de Francia.

Nuestra mision no es por cierto combatir á nuestros hermanos de Alemania, que han servido del instrumento á la Providencia para hundir en el polvo el gérmen de la tiranía que pesaba sobre el mundo; pero iremos á sostener el único sistema que puede asegurar la paz y la prosperidad de las naciones.

Os lo repito, coadyuvemos con todas nuestras fuerzas al mantenimiento de la República francesa, que, aleccionada por los recuerdos del pasado, ha de ser para siempre una de las más fuertes columnas de la regeneración humana.—

**J. GARIBALDI.**

(19)

**Circular de Julio Favre á los agentes diplomáticos de Francia cerca de los gobiernos europeos.**

Los acontecimientos que han tenido lugar en París se explican con tal claridad por la lógica inexorable de los

hechos, que es inútil insistir mas largamente sobre su sentido y resultados.

Dejándose llevar de un empuje irresistible, largo tiempo contenido, el pueblo de París ha obedecido á una necesidad superior, á la de su propia salvacion, no queriendo perecer con el poder criminal que conducia á la Francia á su ruina.

No ha pronunciado la destitucion de Napoleon III y su dinastía; lo que ha hecho ha sido condenarle en nombre del derecho, de la justicia y de la salvacion de la pátria; y esta sentencia estaba tan justificada desde hace largo tiempo en todas las conciencias, que ni uno siquiera de los defensores mas ardientes del poder caído se ha levantado á sostenerle. Se ha hundido él mismo bajo el peso de sus faltas, en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso, en el ejercicio de su libertad; y lo que es desconocido en la historia, los ciudadanos, á quienes el grito del pueblo conferia el peligroso cargo de combatir y de vencer, no piensan ni un instante en los adversarios que la víspera les amenazaban con ejecuciones militares, rehusándoles el honor de una medi la represiva cualquiera, con la cual se haria mas patente su ceguera y su impotencia.

El órden no ha sido turbado ni un solo momento: nuestra confianza en la discrecion y patriotismo de la guardia nacional y del pueblo entero nos permite afirmar que no repetirán la vergüenza y el peligro de un gobierno traidor á todos sus deberes: todos comprenden que el primer acto de la soberanía, al fin reconquistada, es dirigirse por sí mismos y buscar su fuerza en el respeto del derecho. Además, el

tiempo avanza; el enemigo está á nuestras puertas; no debemos tener mas que un solo pensamiento: rechazarle fuera de nuestro territorio; y esta obligacion, que aceptamos resueltamente, no la hemos impuesto nosotros á la Francia, que se veria libre de ella si nuestra voz hubiese sido escuchada.

Nosotros hemos defendido enérgicamente, á riesgo de nuestra misma popularidad, la política de la paz, y perseveramos en ella con una conviccion cada vez mas profunda.

Nuestro corazon se desgarrá ante el espectáculo de esta carnicería, que destroza la vida de dos naciones, cuando con un poco de buen sentido y una amplia libertad se hubieran evitado estas terribles catástrofes. No tenemos palabras que puedan pintar nuestra admiracion hácia nuestro heróico ejército, sacrificado por la incapacidad de sus jefes, y mas grande por sus derrotas que por sus brillantes victorias, pues, á pesar del conocimiento de las faltas que le comprometian, ha corrido valerosamente á una muerte cierta, por revindicar el honor de su pátria, que le abre sus brazos agradecida. El poder imperial nos ha querido dividir; las desdichas y el deber nos confunde en fraternal union, sellada por el patriotismo y la libertad. Esta alianza nos hace invencibles.

Prontos á todo, afrontaremos con calma la situacion por que atravesamos. Esta situacion yo la preciso en pocas palabras, y la someto al juicio de mi país y de la Europa. Nosotros hemos condenado altamente la guerra, y protestando de nuestro respeto á los derechos de los pueblos, he-

mos pedido que se dejase á Alemania dueña de sus destinos; queríamos que la libertad fuese á la vez nuestro derecho comun y nuestro comun bienestar. Estamos convencidos de que nuestras fuerzas morales aseguraban para siempre la paz; pero como sancion, nosotros reclamábamos un arma para cada ciudadano, y la organizacion cívica de sus jefes elegidos. Entonces habríamos sido invencibles en nuestro territorio. El gobierno imperial habia separado sus intereses de los del país, que ha condenado esta política: nosotros reivindicamos las aspiraciones del país, confiando en que, con las lecciones de la experiencia, Francia sabrá realizarlas.

Por su parte el rey de Prusia ha declarado que hacia la guerra, no á la Francia, sino á la dinastía imperial: la dinastía ha caido: la Francia libre se levanta y el rey de Prusia quiere continuar una lucha impía, que le será, por lo menos, tan fatal como á nosotros. Quiere dar al siglo xix el espectáculo de dos naciones que se destrozan mutuamente y que, olvidándose de la humanidad, de la razon y de la ciencia, acumulan ruinas, cadáveres y cenizas: al contraer esta responsabilidad ante el mundo y ante la historia, si es un desafio, nosotros le aceptamos.

Nosotros no cederemos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas. Un precio vergonzoso seria una guerra de exterminio. En todo caso trataremos de una paz duradera, en nuestro interés y en el de Europa, y abrigamos la esperanza de que, despojada de toda preocupacion dinástica, la cuestion se ha de resolver por las vías diplomáticas.

Pero aun cuando estuviéramos solos, no desmayaríamos.

Tenemos un ejército entusiasmado, un recinto bien defendido, y sobre todo, los pechos de 300.000 combatientes resueltos á sostenerse hasta el fin.

Cuando el pueblo deposita coronas al pié de la estatua de Strasburgo, no obedece sólomente á un sentimiento de admiracion y entusiasmo: va á enardecer su patriotismo, á hacerse digno de sus hermanos de Alsacia, y á prometer como ellos morir, defendiendo primero las trincheras, despues las murallas, y por último, las barricadas. París puede sostenerse tres meses y vencerá. Si sucumbiera, la Francia, pronta á su llamamiento, le vengaría, destruyendo al agresor.

Hé aquí, señor ministro, lo que la Europa debe saber. Nosotros no hemos aceptado el poder con otro objeto, ni le conservaríamos un minuto si no encontráramos la poblacion de París y la Francia entera decididas á aceptar nuestras resoluciones. Yo las reasumo en una sola frase: ante Dios, que nos oye, y ante la posteridad que nos juzgará, declaramos que nuestra aspiracion es la paz; pero si se continua una guerra funesta, que hemos condenado, cumpliremos nuestro deber hasta el fin. Y tengo la íntima confianza de que triunfará nuestra causa, que es la del derecho y de la justicia.

En este sentido os invito á que expliqueis la situacion al señor ministro del gobierno cerca del cual os hallais acreditado, y á quien dejareis copia de este documento.

Recibid, etc. París 7 de Setiembre de 1870.—JULIO FAVRE.

**Fragmento del manifiesto de Julio Favre sobre  
las negociaciones de paz.**

Quisiera poder referiros esta conversacion por entero, segun al dia siguiente se la dicté á un secretario, porque cada uno de sus detalles tiene su particular importancia, mas no puedo ahora hacer otra cosa que analizarla.

Empecé por precisar el objeto que motivó mi viaje: habiendo dado á conocer por medio de mi circular las intenciones del gobierno francés, deseaba saber cuáles eran las del primer ministro prusiano. Me parecia inadmisibile continuara, sin explicaciones previas, una guerra terrible que de todas maneras ocasionaba al mismo vencedor grandes sufrimientos. Debida á la voluntad de un solo hombre, esta guerra perdía su razon de ser desde el momento en que la Francia reconquistaba su soberanía; yo garantizaba su amor hácia la paz, mas tambien su resolucion inquebrantable de rechazar toda condicion que hiciera de la paz una corta y amenazadora tregua.

Mr. Bismarck me contestó que si él creyese que fuera posible una paz semejante, se apresuraria á firmarla. El ha reconocido siempre que la oposicion rechazaba la guerra; pero el poder que hoy representa esta misma oposicion es tan precario, que si en el término de algunos dias París no se rinde, ha de verse supeditado y oprimido por el populacho.

Interrumpíle vivamente para decirle que en París no habia populacho, sino una poblacion inteligente y adherida

que conocia nuestros propósitos y que no se haria cómplice del enemigo, entorpeciendo nuestra mision de defensa, y por lo que toca á nuestro poder, nos hallábamos todos prontos á deponerlo en manos de la Asamblea que teniamos ya convocada.

«Esta Asamblea—replicó el conde—tendrá sus designios, que de ninguna manera podemos hoy presentir; pero si obedece al sentimiento francés optará por la guerra. La Francia no podrá olvidar la capitulacion de Sedan, como no se olvidó de Waterlloo, ni tampoco de Sadowa, aunque no le interesaba directamente.»

Despues insistió largamente sobre la voluntad pronunciada de la nacion francesa de atacar á la Alemania y de arrebatarle una parte de su territorio: desde Luis XIV hasta Napoleon III esas tendencias no habian cambiado, pues al anunciar la declaracion de guerra, el Cuerpo legislativo habia ahogado con aclamaciones las palabras del ministro.

Hícele observar que la mayoría del Cuerpo legislativo habia aclamado la paz algunas semanas ántes; que esta mayoría, hechura del emperador, se habia considerado por desgracia obligada á seguirle ciegamente; mas que la nacion, por dos veces consultada, cuando las elecciones de 1869 y cuando el plebiscito, se habia manifestado enérgicamente inclinada á una política de paz y de libertad.

La conversacion se prolongó sobre este punto, sosteniendo el conde su opinion y yo la mia, hasta que instado vivamente por mí, á fin de que manifestara sus condiciones, me contestó sin ambages, que la seguridad de su país le exigia la conservacion del territorio que la garantizase. Repetíome

distintas veces: «Strasburgo es la llave del a casa; debo, por tanto, poseerla.» Invítéle entonces á ser más explícito aún, y me contestó: «Es inútil, porque no podemos entendernos: este es negocio que se debe arreglar más tarde.» Yo le rogué que lo hiciéramos en seguida, y me dijo entonces que los dos departamentos del Bajo y del Alto Rhin, una parte del departamento del Mosela, con Metz, Chateausalins y Soissons le eran indispensables, de tal suerte, que no podía renunciar á ellos.

Objetéle que el asentimiento de los pueblos, de quienes disponia con tal facilidad, era punto muy dudoso, y que el derecho público de Europa no le permitia prescindir de él. «Con efecto—me contestó—me consta que esos pueblos no gustan de nosotros, y pienso que nos darán mucho que hacer; más de todos modos, no podemos desprendernos de ellos. Tengo la seguridad de que dentro de poco tiempo tendremos que sostener una guerra contra vosotros, y queremos hacerla con todas las ventajas.»

Protesté, segun debia, contra tales soluciones, diciendo al propio tiempo que se olvidaban dos importantes elementos de discusion: la Europa, en primer lugar, que podia tener estas pretensiones por exorbitantes y oponerse á ellas; y en segundo lugar el derecho moderno, el progreso de las costumbres, decididamente antipático á tales exigencias. Añadí que, por nuestra parte, jamás las aceptaríamos; que podíamos perecer como nacion, pero nunca deshonorarnos; y que, por otra parte, sólomente el pais era competente para resolver acerca de una cesion de territorio; que aunque seguro de sus sentimientos sobre este punto, el gobier-

no debe consultarle, y que, por lo mismo, con el país es con quien se halla la Prusia frente á frente; y por último, que, diciéndoles de una vez, veía con claridad que, embriagada esta nación con sus victorias, no se propone más que la destrucción de la Francia.

El conde protestó, escudándose siempre con la necesidad absoluta de una garantía nacional. Yo continué: «Si esto no representa de vuestra parte un abuso de la fuerza, detrás del cual se ocultan misteriosos designios, dejadnos reunir la Asamblea; en sus manos depondremos nuestro poder, y ella nombrará un gobierno definitivo, que apreciará vuestras condiciones.»

«Para la ejecución de este plan—me respondió el conde—sería preciso un armisticio, que no quiero yo aceptar á ningún precio.»

La conversación iba haciéndose cada minuto más violenta, y la noche se aproximaba. Pedí á Mr. Bismarck una segunda entrevista en Ferrieres, donde iba á dormir, y salimos cada uno por distinto lado.

Deseando cumplir mi misión hasta el último extremo, debía insistir sobre muchas cuestiones que habíamos tocado, y concluir. Así es que, al reunirme de nuevo con el conde, á las nueve y media de la noche, le hice observar que como las indicaciones que yo había ido á hacerle debían ser comunicadas al Gobierno y al público, resumiría al terminar nuestra conversación, para impedir que nada se publicase que no tuviese el asentimiento de ambos. «No teneis que molestaros—me contestó—os la abandono por entero; no tengo inconveniente alguno en su divulgación.»

Reanudamos entonces nuestra discusion, que se prolongó hasta media noche. Yo insistí particularmente en la necesidad de convocar la Asamblea. El conde pareció dejarse convencer poco á poco, y vino á tratar sobre el armisticio. Pedí quince dias, y pasamos á discutir las condiciones: mas no se explicaba el conde de una manera franca, reservándose siempre consultar con el rey. En consecuencia, me citó para el dia siguiente á las once.

Réstame sólo una palabra que decir, pues, al reproducir este doloroso relato, mi corazon se siente agitado por todas las emociones que le han torturado durante esos tres mortales dias, y siento la necesidad de terminar. A las once me encontraba en el castillo de Ferrieres. El conde salió del aposento del rey á las doce menos cuarto, y de su boca oí las condiciones con que se aceptaria el armisticio: estaban consignadas en un papel escrito en lengua alemana, que me comunicó verbalmente.

Pedia, como garantía para tratar, la ocupacion de Strasburgo, de Toul y de Phalsburgo; y como yo tenia dicho que la Asamblea debia reunirse en París, quiso en este caso tener un fuerte dominando la ciudad, como, por ejemplo, el monte Valeriano.

Pero le interrumpí diciéndole: «Mejor seria que nos pedieses á París. ¿Cómo podeis concebir la idea de que una Asamblea francesa delibere bajo vuestros cañones?..... Tengo el honor de deciros que transmitiré fielmente al Gobierno nuestra entrevista, pero no sé de cierto si osaré decirle que me habeis hecho semejante proposicion.»

«Busquemos alguna otra combinacion», me respondió.

Le hablé de la reunion de la Asamblea en Tours, no dando garantía alguna del lado de París.

El me propuso hablar al rey, é insistiendo en la ocupacion de Strasburgo, añadió: «La plaza va á caer en nuestras manos; esto no es más que un cálculo de ingeniero. Tambien os pido que la guarnicion se rinda prisionera de guerra.»

A estas palabras, henchido de dolor y levantándome, le repliqué: «Os olvidais de que estás hablando con un francés; señor conde: sacrificar una guarnicion heroica, que ha causado nuestra admiracion y la de todo el mundo, seria una indignidad, y yo os prometo no decir que me habeis propuesto tal condicion.»

El conde me contestó que no habia tenido la intencion de herirme; que él se conformaba con las leyes de la guerra, pero que, si el rey consentia, este artículo podia ser modificado.

Volvió al cabo de un cuarto de hora. El rey aceptaba la combinacion de Tours, pero insistia en que la guarnicion de Strasburgo fuese prisionera.

Las fuerzas me faltaron y sentí un instante de desfallecimiento. Me volví para devorar las lágrimas que me abrasaban; me excusé de esta debilidad involuntaria; y dejé al fin escapar las siguientes palabras:

«Me he engañado, señor conde, al venir aquí; no me arrepiento, porque soy bastante fuerte para excusarme á mis propios ojos; desde luego no he cedido sino al sentimiento de mi deber. Contaré á mi gobierno todo lo que habeis dicho, y si él juzga conveniente enviarme cerca de vos

por cruel que me sea, tendré el honor de volveros á ver.

»Os estoy reconocido por el recibimiento que me habeis hecho; pero conozco que no hay más que dejar que los sucesos se cumplan. La poblacion de Paris es valerosa, y está resuelta á los últimos sacrificios; su heroismo puede cambiar el curso de los acontecimientos. Si vos teneis el honor de vencerla, no la someteréis nunca. La nacion entera está animada de los mismos sentimientos, tanto, que encontraremos en ella un elemento de resistencia para combatiros. Esta es una lucha indefinida, entre dos pueblos que debieran tenderse la mano. Yo esperaba otra solucion, y parto muy triste, aunque no menos lleno de esperanza.»

Nada más añadiré á este discurso, demasiado elocuente por sí mismo. Buscaba la paz, y he encontrado una voluntad inflexible de conquista y de guerra. Demandaba la posibilidad de interrogar á la Francia, representada por una Asamblea libremente elegida, y se me ha respondido mostrándome las horcas caudinas bajo las cuales debia indefectiblemente pasar. No hago acusaciones. Me limito á hacer constar los hechos y señalarlos á mi pais y á la Europa. He querido ardientemente la paz, y mucho más al ver durante tres dias las miserias de nuestras infortunadas campañas, hasta el punto de que sentia aumentar en mí el amor á la patria, con tal violencia, que me ví obligado á recurrir á todo mi valor para no dejarme dominar. He deseado de la misma manera un armisticio, lo deseo todavía, para que la nacion pueda ser consultada sobre la terrible cuestion que la fatalidad hace pesar sobre nosotros.

Conoceis completamente las condiciones que han preten-

«dido imponernos. Como yo, y sin discusion, habeis estado unánimemente acordes en que era indispensable rehusar toda humillacion. Tengo la conviccion profunda de que á pesar de los sufrimientos por que atraviesa la Francia aprueba nuestra resolucion, y en sus ideas he creido inspirarme dirigiendo á Mr. Bismarck el siguiente despacho, término de esta negociacion:

«Señor conde: He expuestó fielmente á mis colegas del Gobierno de la defensa nacional la declaracion que V. E. ha tenido la bondad de hacerme.

Tengo el sentimiento de hacer saber á V. E. que el Gobierno no ha podido aceptar vuestras proposiciones, por más que admitiera un armisticio, si este tenia por objeto la elección y la reunion de una Asamblea nacional, pero no puede suscribir á las condiciones que V. E. le ha propuesto.

Por mi parte tengo la conciencia de haber hecho lo posible á fin de que cesara la efusion de sangre y que la paz fuese devuelta á nuestras dos naciones, para quienes seria un gran beneficio.

Me detengo ante el deber imperioso que me manda no sacrificar el honor de mi patria toda vez que esta se halla dispuesta á resistir energicamente, y sin reserva me asocio á esta determinacion, como asimismo á la voluntad de mis colegas.

Dios, que nos juzga, decidirá de nuestros destinos: tengo fé en su justicia.

Queda, señor conde de V. E. respetuoso servidor,—Julio Favre.

21 setiembre 1870.»

Creo mis queridos colegas, y, como yo, creereis que, aun cuando ineficaz, mi comision no ha sido del todo inútil pues ha demostrado que hemos sabido dirigirla por el mejor cáuce. Hoy como al principio de la campaña maldecimos la guerra y la aceptamos tan sólo para no sufrir menoscabo en nuestra honra nacional. Hemos hecho aún más: hemos destruido el sofisma en que Prusia se encerraba, sofisma que la Europa no nos ayudaba á disipar.

Al pisar nuestro suelo, Prusia dió á la faz del mundo su palabra de que atacaba tan sólo á Napoleon y sus soldados, respetando la nacion. Hoy sabemos á qué atenernos. Prusia exige tres de nuestras plazas fuertes, una de 100 y otra de 75.000 almas, y ocho ó diez ciudades, igualmente fortificadas; conoce que esos pueblos que se quiere anexionar la rechazan; pero, sin preocuparse por ello, opone el filo del sable á sus protestas de libertad cívica y de dignidad moral!

A la nacion que pide obtener la facultad de de consultar en sus propios asuntos, Prusia propone la garantía de los cañones que, establecidos en el Monte Valeriano, protegen el recinto donde deben legislar nuestros diputados. Hé aquí lo que sabemos, y lo que estoy autorizado á deciros.

Escuchemos el país: hable, bien para rechazarnos cuando le aconsejamos resistir á todo trance, ó bien para arrostrar con nosotros esta prueba decisiva. París está dispuesto á arrostrarla.

Los departamentos se organizan y van á venir á su socorro. Aún no se ha pronunciado la última palabra en este

duelo, en que la fuerza se pone frente á frente del derecho. A nuestra constancia toca ahora hacer que se pronuncie por la justicia y la libertad.

El vicepresidente del gobierno de la defensa nacional, ministro de Negocios extranjeros, —Julio Fayre.  
—París 21 de setiembre de 1870.

(21)

**Acta de la sesion celebrada por los alcaldes el dia 26 de Setiembre de 1870.**

TOMADA DEL «BOLETIN MUNICIPAL»

Se abrió la sesion á las nueve y media, bajo la presidencia del ciudadano Floquet, adjunto del alcalde de París.

El ciudadano Clamageran leyó una nota circunstanciada del estado de las provisiones y subsistencias.

El alcalde del distrito 18 pidió que antes de principiar la discusion se invitara al gobierno á venir á dar ciertas explicaciones acerca de las medidas que hubiese tomado en los departamentos para levantarlos, y que acudieran al socorro de la capital.

Los ciudadanos Clemenceau, Carnot y H. Martin son elegidos comisionados para hacer la invitacion al gobierno.

Empieza á discutirse el informe del ciudadano Clamageran sobre la alimentacion, y cada uno de los alcaldes manifiesta las medidas que ha creido conveniente tomar para satisfacer las necesidades.

El ciudadano Julio Ferry comparece y participa á la reunion que hay buenas noticias de los departamentos, y hue los prusianos van á sentir en breve la accion de las

provincias, pues que se están formando seis ejércitos para la defensa del país.

El alcalde del 9.º distrito insiste en la conveniencia de enviar á los departamentos comisarios extraordinarios, y á esta peticion se adhiere gran número de sus colegas.

El ciudadano J. Ferry declara que el gobierno está pronto á enviar como comisionados los ciudadanos de mas probada energía, que los alcaldes tengan á bien designar.

Suscítase como cuestion incidental la de la separacion de la Iglesia del Estado, respecto á la cual el ciudadano Ferry dijo, que aunque en principio la aceptaba, creia que era mejor reservar su aplicacion á la iniciativa de la Asamblea Constituyente. La reunion acordó que se aplazara hasta la terminacion de la guerra.

Se entró en la órden del dia y en el particular de; subsistencias.--El ciudadano Clamageran explicó las medidas referentes á las carnicerías y panaderías y sobre ellas hubo diversidad de pareceres, unos en sentido de la tasa, otros del máximun, y otros, en fin, pidiendo la libertad absoluta.

Se trató en seguida la cuestion de las ambulancias y el ciudadano Brissviam-Pumbres dió cuenta de lo que se habia hecho respecto á las de las fortificaciones y de las medidas proyectadas para proveerse de los útiles necesarios á las municipales.

Se dieron explicaciones sobre la sociedad establecida en los Campos Elíseos para socorrer á los heridos.

Se levanta la seccion á las doce y treinta y cinco minutos de la noche.

**Relacion de los sucesos del 8 de Octubre, inserta en el  
«Diario oficial.»**

Un anuncio puesto en varios puntos de la capital y reproducido por varios periódicos, invitaba á los guardias nacionales y á los ciudadanos á reunirse el sábado 8 de Octubre en la plaza del Hotel de Ville, á fin de reclamar la inmediata eleccion de la Commune de París.

Confiado el gobierno en el buen sentido y patriotismo de la poblacion de París, no habia considerado oportuno desplegar aparato de fuerza extraordinario.

A eso de la una y media se formó en la plaza un grupo de trescientas ó cuatrocientas personas gritando ¡viva le Commune! A las dos el batallon núm. 84 de la guardia nacional, mandado por el comandante Bixio, se formaba en dos filas á todo lo largo de la fachada del Hotel de Ville, y este movimiento produjo una gran aglomeracion de curiosos, tomando la gritería cierta intensidad, aunque la mayoría de los asistentes permanecia extraña á las provocaciones, y aun protestaba con viva energia en los contornos de la plaza y calles adyacentes contra los perturbadores que comprometian el éxito de la defensa nacional con excitaciones facciosas.

Entretanto el general Trochú llegó á caballo y solo, teniendo á larga distancia su escolta, y recorrió los grupos que le recibieron con muestras de simpatías. Poco despues

el general Tamisier era objeto de las mismas demostraciones.

Sin embargo, habiéndose extendido por París el rumor de que se intentaba ejercer presión sobre el gobierno de la defensa, se fueron presentando batallones y batallones. Los grupos hostiles comprendieron su impotencia y se retiraron, y habiendo ocupado la guardia nacional toda la plaza, los individuos del gobierno que estaban en el Hotel de Ville bajaron para pasar revista á los batallones.

No es posible describir el entusiasmo de los guardias nacionales y de la población. Los gritos de ¡viva la República! ¡viva el gobierno! ¡la Commune nó! salían de cincuenta mil bocas.

Después de la revista los oficiales se agruparon, los arregló Julio Favre. (El *Diario oficial* inserta el discurso, y continúa.)

Durante este discurso las aclamaciones de la guardia nacional se confundían con el lejano ruido de los cañones.

Una hora después nuevos batallones llenaban la plaza del Hotel de Ville, á pesar de que la lluvia caía á torrentes y de que se acercaba la noche, y los individuos del gobierno tuvieron que pasar segunda revista en medio de las mismas demostraciones de simpatía y de entusiasmo.

Así ha concluido esta gran jornada, que ha llenado de confusión á los agitadores y demostrado que el pueblo de París está decidido á condenar toda tentativa de sedición.

**Extracto de la Asamblea habida el 9 de Octubre de varios comités de armamento en la alcaldía del Louvre.**

La Asamblea general, convencida de la gravedad de las circunstancias, y cierta de interpretar la opinion pública, declara: que es de toda urgencia proceder antes del 10 de Octubre á las elecciones municipales de la ciudad de París, nombrando un miembro por cada 10.000 habitantes.

Piensa con razon que una Commune regularmente establecida por sufragio universal, puede tener únicamente la fuerza moral necesaria para decretar y sancionar las medidas de utilidad general que son indispensables en el estado actual de París.

Decide, en consecuencia, que una diputacion de su seno vaya á presentar al gobierno de la defensa nacional el resultado de sus acuerdos, y que la deliberacion presente se inserte en los diarios y se publique en París por medio de anuncios.

**Republicanos Federales, ayudemos á Francia**

En cuanto el partido republicano federal español supo que la República se habia proclamado en Francia, por las manifestaciones, por las felicitaciones, y de mil maneras, hizo

ver su inmensa alegría al contemplar hundido para siempre en el polvo de la ignominia al funesto imperio de los Napoleones.

Nuestro Gobierno sigue su conducta misteriosa. Quiere tener dos puertas abiertas. Si vence Prusia, se prepara sin duda á regalarnos un monarca prusiano, ó lo que es lo mismo, á sumirnos en un mar de sangre; porque todos los partidos, menos uno, y ya impopular, se han de resistir á tener un monarca alemán; es decir, á volver á una cosa semejante á la funesta dominacion de la casa de Austria.

Pero cuando lo que es patriótico y natural no lo hacen los gobiernos, lo deben hacer los pueblos, si son ó quieren ser libres.

Se debe, por tanto, en mi opinion, ir á lidiar á una con los franceses, contra el cesarismo prusiano.

Hace un año, á las provocaciones de un ministro, cuarenta mil federades tomaron las armas, y en Valencia, La Bisbal y otros puntos, sellaron con su sangre su amor á la República federal. Claro es, que no puede ir tan gran número lejos de sus familias, siendo artesanos la mayoría; pero puede ir una legion española á compartir la gloria y los peligros de los franceses.

Nuestro Gobierno no permitirá que aquí nos organicemos; pero sin violar la Constitucion no puede estorbarnos ir á Eranzia individualmente, no parándonos en la frontera, para evitar dudas y pretextos, sino continuando al interior. Los italianos irán con Garibaldi, y portugueses, belgas y otros de la raza latina, fomarán un núcleo de defensores de los Estados-Unidos de Europa, de esta gran idea que

hace 20 años proclamaron mis migos Bedru-Rollin, Mazzini y Kossouth, desde Lóndres.

En 1848, despues de las tentativas desgraciadas para secundar en Madrid, Sevilla, Cataluña y Aragon la Revolucion del 24 de Febrero en París, gran número de españoles nos refugiamos en Francia. Ahora podrán ir mayor número; y á los que carezcan de medios de viajar, los comités y los patriotas podrán ayudarlos. Una vez en Francia, la suerte de los franceses será la nuestra; así probaremos que España une sus destinos á la gloriosa República, por tercera vez aclamada en Francia.

No podré hacer lo que en 1823 y 48; pero iré á procurar que los legionarios sean fraternalmente recibidos por los patriotas franceses.—Madrid 20 de Setiembre de 1871.—José MARÍA DE ORENSE.

(25)

**Particular de la órden del dia dada por el principe Federico Carlos, concerniente á la capitulacion de Mezt.**

«Con este baluarte han caido en nuestras manos inmensas provisiones. Reconozco, soldados, vuestro valor, calma, obediencia, energía y abnegacion para arrostrar los peligros y vencer las dificultades.

La importancia de este acontecimiento es incalculable.

Soldados reunidos en torno de Mezt, teneis que marchar deseguida á distintos lugares. Recibid mi despedida y disponeos á llevar á cabo nuevas empresas.»

**Texto de la capitulacion de Mezt.**

1.º El ejército francés al mando del mariscal Bazaine se constituye prisionero de guerra.

2.º La plaza y ciudad de Mezt con todos sus fuertes, municiones de guerra, provisiones de todas clases y cuanto sea propiedad del Estado, se entregará al ejército alemán en la situación misma en que se encontraba al principio de las negociaciones de capitulación.

El sábado 29 de Octubre al medio día tomará posesión el ejército alemán de los fuertes de San Quintín, Plappeville y los demás así como de la puerta Mazelles. A las 10 de la mañana del mismo día se permitirá la entrada de los oficiales de artillería é ingenieros en los fuertes para tomar posesión de los almacenes y destruir los trabajos de mina.

3.º Las armas, así como todo el material del ejército consistente en banderas, águilas, cañones, ametralladoras, caballos, furgones, bagajes, municiones etc., quedarán en Mezt y en los fuertes en manos de la comisión militar nombrada por el mariscal Bazaine para que los entregue inmediatamente á los comisarios alemanes.

Las tropas sin armas serán conducidas por regimientos ó por cuerpos y en orden militar á los puntos que se señalen, volviendo deseguida los oficiales en libertad á sus campamentos atrincherados ó á Mezt, toda vez que empeñan su palabra de honor de no abandonar la plaza sin orden del

gobernador alemán. Las tropas serán conducidas por los sargentos á sus tiendas, conservando los soldados sus efectos utensilios de cocina, etc.

4.º Todos los generales y oficiales, así como los demás funcionarios militares que tengan el grado de oficiales, que se obliguen por escrito á no combatir contra la Alemania contra sus intereses durante la presente guerra, no serán considerados prisioneros.

Los oficiales y empleados que acepten esta condición conservarán sus armas y todo lo que personalmente les pertenezca en premio del valor que han manifestado en la presente campaña.

5.º Los médicos militares, sin escepcion, quedarán al cuidado de los heridos y se considerarán como agregados á los hospitales según la convención de Ginebra.

6.º Los pormenores que conciernan á los intereses de la ciudad, serán objeto de un tratado adicional que tendrá la misma fuerza que este protocolo.

7.º Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia de los artículos precedentes se interpretarán á favor de los franceses.

(27)

**Orden del día del mariscal Bazaine á su ejército anunciándole la capitulación.**

Al ejército del Rin.

Conquistados por el hambre, nos vemos en la necesidad

de someternos á las leyes de la guerra y á constituírnos prisioneros.

En épocas distintas de nuestra historia militar, soldados valientes mandados por Massena, Kleber, Gouvion y S. Cyr han sufrido la misma suerte sin mengua del honor militar; cuando, como vosotros habeis hecho, se ha cumplido gloriosamente el deber hasta donde es humanamente posible.

Todo cuanto ha sido posible hacer lealmente para evitar este desenlace se ha intentado sin éxito.

En cuanto á reiterar una tentativa suprema para abrirse paso al través de las líneas fortificadas del enemigo, á pesar de vuestro valor y del sacrificio de millares de vidas que aun puedan ser útiles á la patria, seria enteramente inútil. Teniendo en cuenta el armamento y las numerosas fuerzas que mandan y sostienen las líneas, un desastre habria sido la consecuencia de la tentativa.

*Seamos dignos de la adversidad. Respetemos las condiciones honrosas que se han estipulado, si queremos que se nos guarde el debido respeto.*

*Sobre todo, menospreciemos los actos de indisciplina por el buen nombre de nuestro ejército, así como la destruccion de las armas y del material, porque segun los usos de la guerra todo será restituido á Francia cuando se firme la paz.*

Al dejar el mando, tengo el deber de manifestar á los generales, oficiales y soldados, todo mi agradecimiento por su leal cooperacion, su intrepidez en el campo de batalla y su resignacion en las necesidades.

Me separo de vosotros con el corazón despedazado.—El mariscal general en jefe.—Bazaine.

(28)

**Manifiesto de la delegación de Tours.**

Tours 30 de Octubre.

Franceses: elevad vuestras almas y vuestra resolución á la altura de las desgracias terribles que han caído sobre nosotros.

El país confía en nosotros para vencer á la fortuna adversa y demostrar al mundo lo que vale un gran pueblo que no quiere sucumbir y cuyo valor se aumenta á medida de las catástrofes.

*Mexi ha capitulado.*

Un general en quien confiaba la patria, sin embargo de ser el general de Méjico, viene á privar á su país en el momento del peligro de más de 100.000 defensores. El Mariscal Bazaine ha cometido una traición. Se ha hecho el agente del hombre de Sedán, el cómplice de los invasores y menospreciando el honor del ejército que estaba á sus órdenes, ha entregado sin intentar un postrer esfuerzo, 125.000 combatientes, 20.000 heridos, cañones, fusiles, banderas y á Metz, la ciudad más fuerte de la Francia

Semejante crimen escede al castigo de la justicia.

Franceses: medid ahora la profundidad del abismo donde os ha precipitado el Imperio. Durante 20 años ha estado sometida la Francia al corruptor poder que ha secado los manantiales de su grandeza y de su vida.

El ejército francés despojado de su carácter nacional y convertido en instrumento ciego de la tiranía, ha sido sumergido, por la traicion de sus jefes, en los desastres de la pátria.

En menos de dos meses han sido entregados 225.000 hombres á los enemigos. Epílogo siniestro del golpe de Estado militar de Diciembre.

Ha llegado el momento, ciudadanos, de cubrirnos con la égida de la república, que estamos resueltos á que no abata ni entre nosotros, ni por los extranjeros: antes bien de la extremidad de nuestras desgracias haremos que renazcan nuestra moralidad y nuestra regeneracion social y política.

¡Oh! cualquiera que sea la estension de nuestros desastres jamás nos encontrarán heridos por el terror. Dispuestos estamos á hacer los últimos sacrificios. Delante de nuestros enemigos afortunados juremos no rendirnos jamás, mientras tengamos una pulgada de nuestro sagrado suelo donde colocar el pié. Sostengamos con firmeza el estandarte de la revolucion.

Franceses: nuestra causa es la causa de la justicia y del derecho. Así lo vé y lo siente la Europa. Presenciando tantas desgracias inmerecidas, aun sin que por nuestra parte la hayamos escitado, se ha conmovido espontáneamente.

¡No hay que hacerse ilusiones! Probemos que tenemos voluntad y recursos propios para mantener nuestro honor, integridad é independencía y todo lo que puede llevar á cavo un país libre y fiero.

¡Viva la Francia y la República una é indivisible!

Cremienx.—Gambetta.—Glais Bizoin.

**Proclama de Gambetta sobre el mismo asunto.**

Soldados: habeis sido vendidos pero no deshonrados. Durante tres meses se ha burlado la fortuna de vuestro heroismo por la demencia y la traicion. Ahora que quedais libres de jefes indignos, ¿estais dispuestos á lavar el ultrage á las órdenes de jefes que sean dignos de vuestra confianza?

¡Adelante! No peleéis más por el despotismo, sino por salvar vuestro país, por vuestras casas incendiadas y por vuestras ultrajadas familias. Vuestra madre la Francia es presa del implacable furor del enemigo. Teneis que cumplir una mision sublime que impone un completo sacrificio.

¡Caiga la vergüenza sobre los calumniadores que se atreven á considerar al ejército cómplice de los gefes y separado del pueblo!

¡No! Despues de haber abominado las traiciones de Sedán y Metz os conjuro que vengueis vuestro honor, que es el de la Francia. Vuestros hermanos del ejército del Rin han protestado ya contra una tentativa cobarde y se han lavado las manos de la capitulacion maldita.

Vosotros debeis levantar una vez más la bandera de la Francia, abatida por el último Bonaparte y sus cómplices asesinos.

Devolvednos la victoria, pero practicando las virtudes republicanas, el respeto á la disciplina, la actividad en la vida y el desprecio de la muerte.

Que la imágen de la pátria en peligro esté constante-

mente delante de vuestros ojos. Teneis en vuestras manos los destinos de vuestro país, porque sois la juventud y la esperanza del ejército.

Sabed triunfar, y cuando hayan devuelto á la Francia el rango que debe tener entre las naciones, os convertireis en ciudadanos de una República pacífica, libre y respetada.

¡Viva la Francia! ¡Viva la República!—L. Gambetta.

(29)

### **Proclama del general Ducrot.**

«Soldados del 2.º ejército de París:

»¡Ha llegado el momento de romper el círculo de hierro que nos tiene encerrados desde hace tanto tiempo, y que amenaza ahogarnos por una lenta y dolorosa agonía! A vosotros os toca el honor de emprender esta grande obra; vosotros os mostrareis dignos, tengo la seguridad.

»Sin duda nuestros ensayos serán difíciles; tendremos que luchar con grandes obstáculos; es preciso afrontarlos con calma y resolucion, pero sin exageracion y sin debilidad.

»Hé aquí la verdad; desde nuestros primeros pasos, tocando nuestras avanzandas, encontraremos implacables enemigos que sus triunfos han hecho audáces y confiados. Habrá que hacer un vigoroso esfuerzo, pero no está por encima de vuestro valor; para preparar vuestros movimientos, el jefe que os manda, que lo prevee todo, ha acumulado mas de 400 bocas de fuego, siendo las dos terceras partes al menos de grueso calibre: ningun obstáculo material podrá resistir, y para lanzaros en esta brecha, sereis más de 150.000, todos bien armados, bien equipados, abundante-

mente provistos de municiones, y tengo la confianza de que todois animados de un ardor irresistible.

»Vencedores en este primer período de la lucha, vuestro triunfo está asegurado, pues el enemigo ha enviado sobre las orillas del Loire sus mas numerosos y mejores soldados; los heróicos esfuerzos de nuestros hermanos los detienen.

»¡Animo, pues, y confianza! Pesad que en esta lucha suprema combatimos por nuestro honor, por nuestra libertad, por la salvacion de nuestra querida y desgraciada patria; y si este móvil no es suficiente para inflamar vuestros corazones, pensad en vuestros campos devastados, en vuestras familias arruinadas, en vuestras hermanas, en vuestras esposas, en vuestras madres desconsoladas!

»Ojalá que este pensamiento os haga participar de la sed de venganza, la sorda rabia que me anima, y que os inspire el desprecio del peligro.

»En cuanto á mí, estoy bien resuelto: hago el juramento delante de vosotros, delante de la nacion entera: yo no entraré en París sino muerto ó victorioso: vosotros podeis verme caer, pero no me vereis retroceder. ¡Entonces no os detengais, pero vengadme!

»¡Adelante, pues! ¡Adelante! y que Dios nos proteja.

»París 28 de noviembre de 1870.—El general en jefe del segundo ejército de París, *A. Ducrot*.»

(30)

#### Parte del rey á la reina.

Hoy se ha verificado una salida importante por el lado del Este contra los wurtembergueses y sajones cerca de Bon-

neuil sur-Marne, Champigny y Villiers, que fueron tomados; pero al anochecer fueron recuperados con el concurso de la 7.<sup>a</sup> brigada.

Al mismo tiempo tenían lugar otras salidas menos importantes en las cercanías de Saint-Denis contra la guardia y el cuerpo de ejército. Yo no podía abandonar á Versalles por encontrarme en el centro. El enemigo pareció haber contado con la victoria de los franceses cerca de Orleans, para reunirse con los vencedores.

(31)

**Carta enviada por Molke á Trochú sobre la  
derrota del ejército.**

*Franco del Loira.*

Versalles 5 de Diciembre de 1870.

Podrá ser útil informar á V. E. de que el ejército del Loira ha sido ayer desbaratado cerca de Orleans y que esta población se encuentre nuevamente en poder de las tropas alemanas.

Si V. E. juzgara conveniente convencerse por medio de uno de los oficiales, no tengo dificultad en facilitarle un salvo conducto para sí y volver.

Recibid mi general la expresion de la alta consideracion con que tengo el honor de ser vuestro muy humilde y obediente servidor,

El jefe de Estado Mayor,

*Conde de Molke.*

(32)

**Respuesta del general Trochu.**

París 6 de Diciembre de 1870.

V. E. ha creído que podía ser útil informarme de que el ejército del Loira ha sido desbaratado cerca de Orleans, y que esta población se encuentra nuevamente en poder de las tropas alemanas.

Tengo el honor de acusaros el recibo de la comunicación, que no creo preciso verificar por los medios que V. E. me indica.

Recibid mi general la expresión de la alta consideración con que tengo el honor de ser vuestro muy humilde y obediente servidor,

El gobernador de París,

*General Trochu.*

(33)

**La delegación de Burdeos á la nación francesa sobre la capitulación de París.**

Ciudadanos:

El extranjero acaba de hacer sufrir á la Francia la más cruel injuria que le era dado recibir en esta guerra maldita, castigo terrible de los errores y de las debilidades de un gran pueblo.

París, inexpugnable por la fuerza, vencido por el hambre, no ha podido resistir más tiempo; el 28 de Enero ha sucumbido.

La ciudad, sin embargo, queda aún intacta como un

último homenaje debido por la barbárie á su poder, y á su grandeza moral. Los fuertes sólo se han rendido al enemigo.

Pero París al sucumbir nos ha dejado la misión de fijar el precio de sus sacrificios heroicos durante cinco meses de privaciones y de sufrimientos. Ha dado á la Francia tiempo para reunir sus hijos, formar ejércitos aún, pero valientes á los cuales solo les falta la solidez de los viejos ejércitos. A París debemos todos los elementos necesarios para vencer y vengarnos, si es que aún tenemos corazones de patriotas decididos.

Pero como si la suerte adversa se empeñara en abatirnos algo mas sinistro, mas triste, mas doloroso que la caída de París nos habia sido deparado; se ha firmado sin consultarnos un armisticio, cuya culpable ligereza hemos visto nosotros mismos. Tardianonte, que entrega á las tropas prusianas departamentos ocupados por nuestros soldados y que nos impone la obligacion de permanecer tres semanas en el descanso para reunir en medio de la suerte circunstancias porque atravesamos una Asamblea nacional.

Hemos pedido explicaciones á París y guardado hasta ahora el silencio, esperando para dirigiros la palabra la llegada de un miembro del gobierno de la capital, al cual estábamos decididos á remitir nuestros poderes; siendo delegacion de un gobierno hemos querido obedecer para dar una prueba de moderacion y de buena fé, para probar á todos, amigos y enemigos, que la democracia no es solo el mas grande partidos, sino el mas escrupuloso de los gobiernos.

Sin embargo, nadie llega de París, y es preciso obrar; es

preciso, cueste lo que cueste, evitar las pérfidas combinaciones de los enemigos de la Francia.

La Prusia cuenta con el armisticio para enervar, disolver nuestros ejércitos.

La Prusia espera que una Asamblea reunida despues de tantas desgracias y de la espantosa caída de París, habia de estar pronto á firmar una paz deshonrosa.

De nosotros depende que estos cálculos salgan fallidos, y que el instrumento preparado para matar el espíritu de resistencia, sirva para exaltarle.

Del armisticio hagamos una escuela de instruccion para nuestras jóvenes tropas: empleemos estas tres semanas en preparar con más ardor que nunca la organizacion de la resistencia.

En lugar de una Asamblea reaccionaria y cobarde que espera el enemigo, nombremos una Asamblea verdaderamente nacional, republicana, queriendo la paz si la paz asegura la honra y la integridad de la Francia; pero capaz de querer la guerra y dispuesta á todo, antes que á contribuir al asesinato de la Francia.

Franceses:

Acordaos que nuestros padres os han legado una Francia compacta é indivisible.

No hagamos traicion á nuestra historia; no entreguemos nuestras propiedades tradicionales en manos de los bárbaros.

¿Y quién firmaria?

No seriais vosotros legitimistas que tan valiente os batís bajo la bandera de la República, para defender el territorio de la vieja monarquía.

Ni vosotros, hijos de 1789, cuya obra, ha sido amarrar todas las provincias bajo un lazo indisoluble.

Ni vosotros, clases trabajadoras de las ciudades, cuyo inteligente y generoso patriotismo se ha representado siempre á la Francia fuerte y una como iniciativa de los pueblos en las libertades modernas.

Ni vosotros, en fin, obreros, propietarios de los campos que nunca habeis recateado vuestra sangre por la Revolucion, á quien debeis el suelo que pisais y vuestra dignidad de ciudadanos.

No, no se encontrará un francés capaz de firmar este pacto infame del extranjero, se engaña; tendrá que renunciar á mutilar la Francia, porqué todos nosotros, animados del mismo amor pátrio, impasibles en nuestras desgracias, volveremos fuertes y á una para arrojar al extranjero.

Para cumplir esta mision sagrada es preciso dedicar nuestros corazones, nuestras vidas y sacrificios, quizás más difícil, nuestras opiniones.

Es preciso agruparnos alrededor de la bandera de la República, y hacer prueba sobre todo de nuestra sangre fria y nuestra energía.

No tengamos ni pasiones ni debilidades, juremos simplemente como hombres libres de tener hasta la muerte la Francia y la República.

¡A las armas; á las armas!

¡Viva la Francia!

¡Viva la República, una é indivisible!

*Leon Gambetta.*

(34)

## CONVENCIÓN.

Entre el señor conde de Bismark canciller de la Confederación germánica, estipulante á nombre de S. M. el emperador de Alemania, rey de Prusia, y Mr. Julio Favre ministro de Negocios extranjeros del gobierno de la defensa nacional, con provision de los poderes regulares, han convenido las condiciones que siguen :

## ARTÍCULO PRIMERO.

Un armisticio general en toda la línea de operaciones militares en vías de ejecucion entre los ejércitos alemanes y franceses; comenzará hoy mismo para París y para los departamentos en un plazo de tres dias: será la duracion del armisticio de veinte y un dias, á contar desde el de la fecha, de suerte que, escepto el caso en que haya que renovarse, terminará en todas partes el 19 de Febrero al medio dia.

Los ejércitos beligerantes conservarán sus posiciones respectivas que serán determinadas por una línea de demarcación.

Esta línea partirá de Pont-l'Évêque sobre los límites del departamento de Calvados, se dirigirá sobre Lignieres, en el Nordeste del departamento de la Mayenne, pasando entre Brionde y Fromentel: tocando al departamento de la Mayenne á Lignieres, seguirá el límite que separa este departamento del de el Orne y de la Sarthe, hasta el Norte de Morannes, y se continuará de suerte que queden á la ocupación alemana los departamentos de la Sarthe, Indre y Loir, Loir-et-Cher, del Loiret, de l'Yonne, hasta el punto donde á el Este de Quarré-les-Tombes, se unen los departamentos de la Cote-d'Or, de la Nièvre y de l'Yonne. A partir de este punto, el trazado de la línea será reservado á un acuerdo que tendrá lugar tan pronto como las partes contratantes esten impuestas sobre la situación actual de las operaciones militares que se están ejecutando en los departamentos de la Cote-d'Or, del Doubs y del Jura. En todos los casos atravesará el territorio compuesto de estos tres departamentos dejando á la ocupación alemana los departamentos situados al Norte, y al ejército francés los situados al Mediodía de este territorio.

Los departamentos del Norte, y del paso de Calais, las fortalezas de Givet y de Langrés, con el terreno que las rodea á una distancia de diez kilómetros, y la península del Havre hasta una línea á partir de Etretal en la dirección de Saint-Romain, quedarán fuera de la ocupación alemana.

Los dos ejércitos beligerantes y las avanzadas se coloca-

rán á una distancia de diez kilómetros de las líneas trazadas para separar sus posesiones.

Cada uno de los dos ejércitos se reserva el derecho de mantener su autoridad en el territorio que ocupa, empleando los medios que sus comandantes juzguen necesarios para conseguir su objeto.

El armisticio se aplica igualmente á las fuerzas navales de los dos países adoptando el Meridiano de Dunkerque como línea de demarcación al Oeste, de la cual, se mantendrá la flota francesa, y al Este se retirarán tan pronto como puedan ser advertidos los buques de guerra de los alemanes que se encuentren en las aguas Occidentales. Las capturas que se verifiquen despues de la conclusión y antes de la notificación del armisticio, serán restituidas lo mismo que los prisioneros que de una y otra parte sean hechos en el intervalo indicado.

Las operaciones militares sobre el terreno de los departamentos del Doubs, del Jura y de Cote-d'Or, así como el sitio de Belfort, continuarán independientemente del armisticio, hasta el momento en que recaiga un acuerdo sobre la línea de demarcación, cuyo trozo á través de los tres departamentos mencionados, se ha reservado á un estudio ulterior.

#### ARTÍCULO 2.º

Este armisticio así convenido, tiene por objeto permitir que el gobierno de la defensa nacional convoque una Asamblea elegida libremente que deliberará sobre las cuestiones

de si la guerra debe continuarse ó las condiciones con que haya de hacerse la paz.

La Asamblea se reunirá en la ciudad Burdeos.

Para la eleccion y reunion de los diputados que la compongan se procurarán todas las facilidades por los comandantes de los ejércitos alemanes.

**ARTÍCULO 3.º**

Serán entregados inmediatamente al ejército aleman por las autoridades militares francesas todos los fuertes que forman el perímetro de la defensa exterior de París, lo mismo que su material de guerra. Los terrenos públicos y las casas situadas fuera de este perímetro entre los fuertes, podrán ser ocupados por las tropas alemanas hasta una línea que deben trazar comisarios militares. El demás terreno entre esta línea y el recinto fortificado de la ciudad será considerado como neutral. La forma de entregar los fuertes y el trazado de la línea mencionada, formarán el objeto de un protocolo que deberá unirse á la presente convencion.

**ARTÍCULO 4.º**

Durante la duracion del armisticio no entrará el ejército aleman en la ciudad de París.

**ARTÍCULO 5.º**

El recinto será desguarnecido de sus cañones, cuyo ma-

terial se trasportará á los fuertes que se designen por un comisario del ejército aleman.

#### ARTÍCULO 6.º

Las guarniciones (ejército de línea, guardia móvil y marinos) de los fuertes de París, serán prisioneros de guerra excepto una division de 12.000 hombres que la autoridad militar en París conservará para el servicio interior.

Las tropas prisioneras de guerra depositarán sus armas, que se reunirán en determinados sitios y se irán entregando segun reglamento por comisarios, segun costumbre: estas tropas permanecerán en el interior de la ciudad sin poder franquear el recinto durante el armisticio. Las autoridades francesas se comprometen á cuidar de que todos los individuos pertenecientes al ejército y á la guardia móvil queden consignados en el interior de la ciudad. Los oficiales de las tropas prisioneras serán designados por una lista que deberá remitirse á las autoridades alemanas.

Al espirar el armisticio, todos los militares pertenecientes al ejército acantonado en París tendrán que constituirse en prisioneros de guerra del ejército aleman si la paz no está concluida para entónces.

Los oficiales prisioneros conservarán sus armas.

#### ARTÍCULO 7.º

La guardia nacional conservará sus armas: queda encargada de la guarda de París y del mantenimiento del orden. Hará su servicio lo mismo que la gendarmería, y las tropas similares empleadas al servicio municipal, tales como la

guardia republicana, carabineros y bomberos, la totalidad de esta categoría no podrá exceder de 3,500 hombres.

Todos los cuerpos de franco-tiradores se disolverán por una orden del gobierno francés.

#### ARTÍCULO 8.º

Inmediatamente despues de la firma de los presentes y antes de la toma de posesion de los fuertes, el comandante en jefe de los ejércitos alemanes dará á los comisarios que el gobierno francés envíe, todas las facilidades, tanto en los departamentos como en el extranjero, para preparar el aprovisionamiento y hacer llegar á la ciudad las mercancías que le vengán consignadas.

#### ARTÍCULO 9.º

Despues de la entrega de los fuertes, del desarme del recinto y de la guarnicion estipulados en los artículos 5.º y 6.º, el aprovisionamiento de Paris se efectuará libremente por la circulacion en las vías férreas y fluviales. Las provisiones destinadas á este objeto no podrán estraerse de los terrenos ocupados por tropas alemanas, y el gobierno francés se compromete á hacer la adquisicion de ellas fuera de la línea de demarcacion que rodea la posición de los ejércitos alemanes, á ménos de una autorizacion en contrario dada por estos últimos.

#### ARTÍCULO 10.

Toda persona que quiera abandonar á Paris necesita proveerse de un permiso librado por la autoridad militar fran-

cesa y sometido al V.º B.º de los puestos avanzados prusianos. Estos permisos serán concedidos por derecho á los candidatos, á la diputacion en provincias, y á los diputados de la Asamblea.

Esta autorizacion no podrá usarse más que de las seis de la mañana á seis de la tarde.

#### ARTÍCULO 11.

La ciudad de París pagará una contribucion municipal de guerra de 200 millones de francos. Este pago deberá efectuarse antes del dia décimo quinto del armisticio. La forma del pago se determinará por una comision mixta franco-alemana.

#### ARTÍCULO 12.

Durante el tiempo del armisticio no se distraerá nada de los valores públicos que han de servir de garantías para cubrir las contribuciones de guerra.

#### ARTÍCULO 13.

La importacion en París de armas, municiones ó material que sirvan para su fabricacion se prohíbe durante el tiempo del armisticio.

#### ARTÍCULO 14.

Inmediatamente se procederá al cangeo de todos los prisioneros de guerra que se hayan hecho por el ejército francés desde el principio de la guerra. Con este objeto, las autoridades francesas remitirán en el plazo más breve, listas

nominativas de los prisioneros de guerra alemanes á las autoridades militares alemanes en Amiens, el Mans, Orleans y Vesoul. La liberacion de los prisioneros de guerra alemanes se efectuará en los puntos más próximos de la frontera. Las autoridades alemanas remitirán en cambio, en los mismos puntos y el plazo más breve posible, un número igual de prisioneros franceses, de graduacion correspondiente á las autoridades militares francesas.

El cange se extenderá á los prisioneros civiles, tales como capitanes de navío de la marina mercante alemana y los prisioneros franceses civiles que se han internado en Alemania.

#### ARTÍCULO 15.

Se organizará entre París y los departamentos por intermedio del cuartel general en Versalles un servicio postal para correspondencia abierta.

En fé de lo cual, los que suscriben han autorizado con sus firmas y sellos las presentes convenciones.

Dado en Versalles á 28 de Enero de 1871.—Firmado:

*Julio Favre.—Bismarck.*

